

Eso NO ESTABA *en mi* LIBRO *de* HISTORIA *de* ESPAÑA

por

FRANCISCO GARCÍA DEL JUNCO

El descubrimiento de las Fuentes del Nilo, la expedición Malaspina, las visitas de tribus vikingas a tierras del Guadalquivir, Blas de Lezo, el «Lago Español»... y otros acontecimientos singulares que permanecen olvidados en la Historia de España.

Muchos conocemos que Felipe II dispuso la Armada Invencible para castigar a Inglaterra por sus acciones de piratería y ataques a las colonias españolas… y que fracasó; pero ¿quiénes saben que Inglaterra sufrió su mayor derrota naval a manos de Blas de Lezo, que contaba con un soldado español por cada diez ingleses?

O que Malaspina llevó a cabo una de las expediciones científicas más osadas del siglo XVIII.

¿Quién sabe que España envió alrededor del mundo una expedición para vacunar contra la viruela a miles y miles de personas condenadas a morir por la enfermedad?

Que la Inquisición española, pese a su fama, fue el tribunal inquisitorial más condescendiente de todas las inquisiciones europeas.

¿Y que Inglaterra y Estados Unidos fueron, en su tiempo, los países más interesados en falsear parte de la historia de España para ocultar la suya propia?

Si hablamos de la Paz de las Tres Vacas, ¿quién advierte que es el tratado de paz vigente más antiguo de Europa, por el que Francia sigue pagando en la actualidad tres vacas a España cada año?

¿Quién sabe que las terribles tribus vikingas llegaron hasta Córdoba o Sevilla?

O que las legendarias Fuentes del Nilo fueron descubiertas por un español en el siglo XVII.

¿Cuántos conocen que el océano Pacífico que cubre un tercio de toda la superficie de la tierra fue llamado el «Lago Español» por los enemigos de España?…

Estos, y muchos otros, son algunos de los capítulos que nunca debieron olvidarse, disfruta descubriéndolos con esta sorprendente y rigurosa obra: Eso no estaba en mi libro de Historia de España.

Lectulandia

Francisco García del Junco

Eso no estaba en mi libro de Historia de España

ePub r1.0
Titivillus 02.09.17

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para: Julio, Patete e Inma,
Javier y la Nena, Juan y Rosa,
Valerio y Maenita, Juan y la Cado, Pacoché e Isa, y Yeyo.

NOTA DEL AUTOR

Quizás parezca descabellado, tantos acontecimientos singulares, tantos hechos importantes, tantos españoles heroicos ¡y casi desconocidos! ¡Si se supiera que distinta es la idea sobre los héroes propios en Francia, Inglaterra, Estados Unidos o Alemania! Alguien podría preguntar: ¿es que los españoles solo hemos realizado loables gestas heroicas a lo largo de la historia? No. Como todas las naciones con un mínimo de historia en sus anales, España ha emprendido tareas titánicas y hazañas memorables; pero también ha cometido tropelías y barbaries de las que aprender. Pero, mientras unos vocean sus aciertos, otros —como muchas veces pasa en España— solo aireamos nuestros errores; y así, poco a poco, se va olvidando la historia. Quizás parezca que otras naciones son mejores que la nuestra, la realidad es que conocen su historia y están orgullosas de ella. Espero que este libro, con vocación divulgativa, sea buena simiente para despertar el interés certero sobre nuestra palpitante y larga historia.

LA MAYOR DERROTA NAVAL DE INGLATERRA: BLAS DE LEZO

¿Cuántos saben que el rey Felipe II construyó la mayor flota del mundo para castigar a Inglaterra por su piratería contra los barcos españoles? ¿Y que aquella armada se llamó «La Armada Invencible»? ¿Y que quedó, en parte, inutilizada por las tormentas? Aquello sucedió en 1588, han pasado más de 400 años y se mantiene la memoria de los hechos.

¿Y cuántos saben que, después, la mayor flota naval, hasta la 1ª Guerra Mundial, fue construida por Inglaterra? ¿Que la construyó para invadir Cartagena de Indias (en la actual Colombia) y, desde allí, ocupar toda la América española? ¿Cuántos conocen que los soldados ingleses multiplicaban por diez a los españoles y que, a pesar de todo, fueron derrotados?

¿Quién sabe que Blas de Lezo causó a Inglaterra la mayor derrota naval de su historia y que esta derrota fue ocultada por los ingleses? El desastre de Inglaterra y la destrucción de su escuadra es mucho menos conocida. Y, sin embargo, de aquello hace 275 años, bastantes menos que del desastre de la Armada Invencible española. De la primera hay libros, muchísimas publicaciones y buena memoria. De la segunda escasos libros, pocas publicaciones y mala memoria. ¿Por qué? Vamos a intentar exponer los hechos.

DOS IMPERIOS COLONIALES: ESPAÑA E INGLATERRA

España era, a principios del siglo XVIII, el mayor imperio colonial del mundo. Inglaterra no tenía más que trece colonias en la costa este de Norteamérica. La

India todavía no había sido invadida por ellos. Y África, donde más tarde hubo numerosas colonias inglesas, no había sido aún colonizada por Europa. Ese era el panorama colonial inglés. Inglaterra comenzaba a tener un imperio colonial, pero hasta el nombre de «imperio» le venía un poco grande.

DOS HOMBRES: BLAS DE LEZO Y VERNON

El Teniente General de la Real Armada Don Blas de Lezo y Olavarrieta (Pasajes, 1689 - Cartagena de Indias, 1741). Franco, seco, orgulloso y muy capaz. Se le ocurrían geniales estrategias ante los problemas militares que se le presentaban en las batallas, como veremos más adelante. Ingresó en la marina a los 12 años. En 1707 fue ascendido a Teniente de Guardacostas. Ascendió a Capitán de Fragata en 1710 por méritos militares. Ese año, en el puerto francés de Rochefort apresó 11 barcos ingleses y, tras abordarlo, remolcó a puerto el buque inglés Stanhope. En 1712, con 23 años, pasa a las órdenes del almirante Don Andrés de Pez. Obtiene los más favorables informes y es ascendido a Capitán de Navío.

Con el tiempo se le llamó también «Mediohombre» porque le faltaba una pierna, un brazo y un ojo. Esta palabra no era despectiva, se empleaba con admiración porque, a pesar de todo, no perdió ni una sola batalla en sus cuarenta años de servicio en la marina. La pierna izquierda la perdió en la batalla de Gibraltar en 1704, precisamente contra los ingleses. Se la amputaron en el mismo barco donde unas astillas se la habían dejado destrozada. Las condiciones en que se la cortaron no fueron fáciles, la batalla continuaba y los cañonazos contra el barco también. Lezo era buen bailarín pero no volvería a bailar. Tenía entonces 15 años y era guardiamarina. Más tarde, en la batalla de Tolón de 1706, un fragmento de piedra le saltó el ojo izquierdo. No hubo que sacárselo pero perdió la vista de ese ojo. Tenía 18 años y ya era teniente. Y, finalmente, perdió gran parte de la movilidad de uno de sus brazos en el sitio de Barcelona, en 1714. Tenía 25 años. En 1734 fue nombrado Teniente General de la Real Armada. Y en 1737 se le encargó que preparara la defensa de Cartagena de Indias contra Inglaterra, que estaba preparando su invasión.

El almirante inglés Edward Vernon (Westminster, 1684-1757). Delicado, arrogante y ambicioso de honores militares y civiles. Estudió en el colegio de Westminster. Su padre siempre tuvo el deseo de que fuera abogado y habló con él sobre el particular. Sin embargo, Vernon expuso su interés en ser militar y se

hizo marino.

Llegó a almirante de la flota inglesa. Salió victorioso en Portobelo y derrotado en San Lázaro, Cartagena y Cuba. En el ataque a Cartagena de Indias en 1741 reunió la flota de guerra más grande de la historia, por delante de la Armada Invencible de Felipe II y solo superada por las flotas navales de la 1ª Guerra Mundial. Si hubiera logrado la invasión de Cartagena la historia de América hubiera sido diferente, pues su secreta intención era conquistar la ciudad y usarla como cabeza de puente para invadir y ocupar toda la América española.

Hay detalles de su biografía que muestran a un valeroso militar, sí, pero que dejan entrever a un hombre muy lleno de sí mismo y ambicioso de honores. Sobre este particular —el deseo de honores y de ser admirado— hay un hecho muy significativo: «vendió la piel del oso antes de cazarlo». Lo explicamos a continuación.

La superioridad numérica de la escuadra inglesa sobre el ejército español, en barcos y hombres, era enorme. Por eso, cualquier militar habría previsto una abrumadora victoria inglesa. Pero en Inglaterra, esta previsión se convirtió en certeza y se dejaron arrastrar por un orgullo que rayaba la soberbia. Acuñaron medallas conmemorativas para celebrar la victoria ¡antes de declarar la guerra! y lo hicieron de la peor manera posible: enaltecían tanto a los ingleses como humillaban a los españoles. De hecho las medallas eran las siguientes.

En el anverso de una de ellas ponía: «Vernon, siempre victorioso». En otra: «Los héroes británicos tomaron Cartagena, 1º de abril de 1741». Y en otra más: «El orgullo español humillado por el almirante Vernon». Y, en esta última aparece Blas de Lezo arrodillado y vencido ante Vernon, entregándole su espada en señal de sumisión. Es una escena tan altanera que, si no fuera histórica, parecería casi increíble.

Acuñar medallas para conmemorar la victoria de una guerra, que ni siquiera se había declarado todavía, era algo que ningún ejército había hecho antes. Esto mostraba tres cosas. Primera, una confianza absoluta en su propio ejército; segunda, un desprecio igual de absoluto al ejército español; y tercera, una soberbia desbocada. Y acuñaron las medallas. Pero eso se volvió contra Inglaterra. ¿Por qué? Porque es una de las pruebas materiales que muestran dos cosas: la increíble superioridad numérica del ejército inglés y su enorme humillación al no haber logrado la invasión que se habían propuesto. Si no hubieran acuñado ninguna medalla, al menos, no quedarían recuerdos materiales

de la humillación sufrida. Si hubieran tenido el sentido común de acuñarlas tras la victoria (que no obtuvieron, pero que esperaban conseguir) al menos no habría pruebas de un orgullo tan desmedido. Pero al acuñarlas, esas mismas medallas fueron la humillación que el rey inglés, Jorge II, quería evitar cuando se enteró del desastre: prohibió que, en Inglaterra, se hablara de la derrota y que nadie escribiera sobre ella. Pero esas monedas se convirtieron en un recuerdo imposible de borrar. Se dio orden de fundirlas, pero ya era tarde: hay quien dice que Inglaterra todavía conserva 25 de ellas y España 26, quizá no sea así pero refleja muy bien los vaivenes de la historia.

Sobre el silencio que ordenó Jorge II, queremos exponer un hecho. Es de sobra conocido, en el mundo académico y científico, que cuando un país celebra una exposición, al pedir objetos a otro país para dicha exposición esos objetos suelen prestarse, con las debidas garantías. Pues bien, en la exposición sobre Blas de Lezo que tuvo lugar en el Museo Naval de Madrid en 2013-14, el National Maritime Museum, de Greenwich, se negó a prestar un cuadro del almirante Vernon cuando supo que era para una exposición sobre Blas de Lezo (como si, después de 275 años, se siguieran empeñando en borrar la historia).

DOS EJÉRCITOS

España. En Cartagena tenía seis buques: Galicia (nave capitana), San Carlos, San Felipe, África, Dragón y Conquistador. Seis grandes barcos de guerra. Cañones: 360 en los barcos y 630 en Cartagena y los fuertes de alrededor. En total, 990. Soldados: 2.230 de España y Cartagena y 600 indios: 2.830 en total.

Inglaterra. Ocho grandes navíos de tres palos (los mayores que se construían), 28 navíos de línea, 12 fragatas de combate y 130 de transporte de tropas. En total 180 naves (superioridad inglesa de 30 barcos por cada 1 español). Cañones: 2.620 (superioridad inglesa de 3 a 1). Soldados: 9.000 de desembarco, 2.000 macheteros negros de Jamaica, 15.000 marineros y 2.763 colonos norteamericanos: casi 28.800 (superioridad inglesa de 10 a 1).

TENSA CALMA

Blas de Lezo y Vernon eran viejos conocidos, aunque no se habían visto nunca.

Se encontraron, por primera vez, en la batalla de Gibraltar de 1704. Los dos eran muy jóvenes. La segunda, en el asedio de Barcelona en 1706, seguían siendo jóvenes. La siguiente fue en Cartagena de Indias en 1740, ya estaban llenos de canas, condecoraciones y experiencia. Cada uno de ellos tenía buen conocimiento del otro: de sus méritos militares y de sus defectos personales. Era la tercera y última vez que se encontrarían

El agente español Don Íñigo Azpilcueta había recabado información de unos ingleses en el Caribe, en Jamaica. Allí lo mandó el gobierno español para obtener detalles sobre los planes ingleses y obtuvo valiosos informes. Se enteró de que Inglaterra estaba preparando una increíble escuadra para atacar Cartagena de Indias y, desde allí, acometer las colonias españolas en América. Comunicó esta información al Gobernador de Cuba en la Habana y este a Madrid, a la corte de Felipe V.

La primera medida tomada por Madrid fue mandar a Cartagena a Blas de Lezo, que partió de Cádiz en febrero de 1737. Lezo estuvo en Cartagena hasta que venció a Vernon y murió pocos meses después. Murió de peste, enfermedad que surgió por el elevado número de cadáveres ingleses que quedaron sin enterrar. Vernon no fue hombre de honor, antes de ser declarada la guerra, atacó La Guaira, aunque sin resultados. También atacó Portobelo, donde causó serios destrozos.

En su ataque a Cartagena, Vernon contó con la ayuda de Lawrence Washington, hermano del libertador de los Estados Unidos. Lawrence, admirador de Vernon, luchó de parte del ejército inglés con 2763 colonos, de Virginia principalmente. Vernon tenía un secreto plan sobre los hombres de Lawrence, los sacrificaría en el combate terrestre contra los españoles mientras él aprovecharía para atacar el fuerte de San Felipe. Allí utilizaría escaleras que llevaba construidas con las medidas iguales a la altura de las murallas. En definitiva, los usaría como carne de cañón.

Ni Lezo ni Vernon tuvieron los colaboradores que hubieran deseado. Lezo tenía por encima, en el mando, al virrey Eslava quien dificultó sus planes pues no era capaz de seguir su estrategia. Y Vernon, más por su torpeza personal que por incompetencia de Wentwort, tuvo serios desencuentros con éste, que mandaba las tropas de desembarco y perdió muchísimos hombres en el desarrollo de los acontecimientos.

Vernon ya había hecho dos incursiones contra Cartagena en marzo y mayo de 1740. No consiguió nada, pero volvería. Ante todo, quería dos cosas: humillar a

España y ampliar las colonias inglesas en América a costa de las españolas. Lo que estaba en juego era el predominio de los mares y las tierras americanas. Y España había llegado en 1492, antes que los ingleses, cuando Inglaterra seguía siendo, a todos los efectos, un pequeño país medieval.

El interés por Cartagena de Indias no residía solo en la ciudad, grande, rica y populosa. Tenía una posición estratégica inmejorable pues era la llave para el resto de América del Sur. De ahí que su defensa fuera de vital importancia para la corona española. Cartagena estaba rodeada de fortificaciones. No se podía atacar de frente porque esto solo podía hacerse acercándose mucho y exponiendo los barcos a un intenso cañoneo de sus defensas. Tenía, además, tres líneas defensivas y cualquiera que quisiera conquistarla debía romper esas líneas.

Las primeras defensas impedían el acceso al puerto de Cartagena pues, desde ahí, sí se podía cañonear la ciudad. La única entrada al puerto era el canal de Bocachica. Ahí se construyó el castillo de San Luis: murallas de 120 m de largo, 3,5 m de altura y 2 m de espesor. Poseía 64 cañones. Tenía alrededor cuatro baluartes (castillos pequeños) y se reforzó con tres fuertes más y 20 cañones adicionales. Todo esto se completaba con el castillo de San José, de 22 cañones y situado frente al de San Luis. Entre uno y otro sometían a fuego cruzado cualquier intento de invasión: el canal de Bocachica quedaba defendido, principalmente, por los castillos de San Luis y de San José y 106 cañones. Era la primera línea defensiva que guardaba la única entrada por Bocachica.

La segunda línea defensiva la formaban los fuertes de Manzanillo con 30 cañones y el fuerte de Cruz Grande con diez. Situados uno frente a otro cerraban el acceso al puerto con fuego cruzado. Otros dos fuertes, el San Felipe y el Boquerón, tenían 31 cañones que atacaban de frente a quienes intentaran cruzar la línea entre el Manzanillo y Cruz Grande. Otros 10 cañones adicionales, sumaban en total 81 cañones en esta segunda línea de defensa.

La tercera línea la constituían el enorme castillo de San Felipe de Barajas y los grandes muros que rodeaban la ciudad, más de cien cañones y un elevado número de aberturas para fusiles. El conjunto de edificaciones militares que formaban el castillo de San Felipe de Barajas —vital para la seguridad de Cartagena— no tenía conexión por la superficie para dificultar la labor del enemigo, pero estaban perfectamente comunicadas mediante un sistema de túneles subterráneos.

El acceso de los barcos a Cartagena podía realizarse a través de Bocachica y Bocagrande. Por Bocachica, se imposibilitaba con dos enormes cadenas que,

cuando se atirantaban, impedían el paso de los buques. Los extremos de estas cadenas iban desde el castillo de San Luis al de San José, donde estaban los grandes carretes en los que se enrollaban las cadenas. Y el acceso por Bocagrande se impedía con un dique bajo el agua. Este dique consistía en una barrera de grandes piedras que impedían que, buques de gran calado, pudieran pasar sin permiso.

DESARROLLO DE LA GUERRA

En un primer intento, el 16 de marzo de 1741, Vernon quiso conquistar Cartagena mediante un desembarco por La Boquilla. Pensó que, dado el aplastante número de soldados de su ejército, ningún obstáculo podría hacerle fracasar. Pero no contó con varias cosas. En primer lugar una de las armas que Lezo había preparado: las palanquetas. Estas armas, inesperadas por los ingleses, demostrarían su efectividad. Consistían en unir dos balas de cañón (bolas macizas de hierro) mediante dos sistemas: con una barra de hierro cuyos extremos se fundían con las balas y formaban un todo compacto, o mediante una corta cadena, de manera que las dos balas quedaran trabadas pero sin rigidez. En ambos casos, las palanquetas disparadas por cañones, tenían varios efectos. En primer lugar su trayectoria era prácticamente imposible de prever: daba en el blanco, pero no en un sitio exacto. La curva que trazaba era ligeramente parabólica pero su grado de destrucción en las maderas de los barcos era mortífero. Destrozaba cualquier cosa que alcanzara pero, sobre todo, rasgaba las velas de los buques. Esto último —desgarrar las velas—, era un gran daño pues el barco quedaba prácticamente a merced de donde lo llevara el viento, sin que se pudiera controlar. Y esto, en mitad de una batalla, puede resultar fatal.

En el caso de las dos balas unidas por una cadena, su efecto era más devastador pues las cadenas hacían que las dos bolas giraran una alrededor de la otra, destrozaran cualquier cosa que se llevaran por delante, y la cadena hacía muy difícil cualquier control. Eran bolas dobles e inseparables, perfectas para desarbolar las velas de los barcos y dio buen resultado contra la flota de Vernon.

El otro asunto con el que no contó el almirante inglés, en este primer intento para desembarcar, fue el continuo cañoneo español que al estar, por el momento, intacto, conservaba toda su capacidad de tiro. Y en tercer lugar, los fusileros españoles, que esperaban a los ingleses en la playa de desembarque e hicieron un

gran número de bajas. Ni siquiera los ingleses que lograron desembarcar pudieron estabilizarse en tierra, y tuvieron que volver a los barcos. El primer asalto había sido una victoria para Lezo, pero Vernon aprendió y cambió de planes.

Atacaría de frente el primer anillo defensivo de la ciudad. Comprendía que este ataque supondría una dura lucha, que tendría que tomar el castillo de San Luis y, allí, los españoles no pondrían fáciles las cosas, pero Vernon no quería esperar. Acometería el castillo mientras los numerosos barcos ingleses utilizaban su artillería y destrozaban poco a poco el castillo español, tan importante para la defensa de Cartagena.

Así, paulatinamente y sin presentar una batalla abierta, fue desembarcando tropas y cañones. Veinte grandes cañones del calibre 24, es decir, casi tres metros y medio y cerca de 3.000 kilos de peso cada uno. Su potencia era destructiva, el lugar en el que diera la bala quedaba deshecho. Estos cañones le servirían para entrar por la Boquilla, destrozar el castillo de San Luis, arrasar cualquier estorbo y avanzar hasta el fuerte San Felipe sitiándolo por detrás. Se avecinaba la guerra sin cuartel.

Ciertamente, la situación que se presentó en el San Luis fue de defensa desesperada. Por un lado, el elevado número de soldados ingleses hacía prever que caería, pero por otro, a los 20 cañones británicos, Lezo respondió dotando al castillo con 24 piezas más pesadas, más largas y más potentes que las inglesas. La defensa del San Luis estaba siendo muy dura pues, desde el mar dos buques enemigos hacían fuego con ciento cincuenta cañones, más 28 que habían logrado desembarcar en tierra. Aunque el daño sufrido por los barcos y el ejército inglés era enorme, también lo fue el sufrido por el ejército español. La superioridad numérica inglesa estaba dando resultados.

En esta primera batalla, que duró varios días y se concentró en Bocachica, destrozaron las tres baterías que había alrededor del San Luis: Chamba, San Felipe y Santiago. Pero las palanquetas, las balas que Lezo mando unir, habían hecho un buen trabajo. Rompieron y rasgaron las velas de los barcos ingleses, palos, cuerdas y cualquier elemento que se interponía en sus trayectorias parabólicas. Aunque la superioridad numérica inglesa se estaba notando, los ingleses no llegaban a comprender como costaba tanto esfuerzo, tantas armas y tantos hombres tomar el San Luis, al fin y al cabo, solo un pequeño baluarte. El ejército español era reducido y, sin embargo, los resultados no parecían lógicos. Inglaterra, a pesar de los destrozos causados en las defensas de Cartagena, no

había podido desembarcar. Vernon no se explicaba cómo su ejército todavía no había tomado la ciudad y repetía, una y otra vez: «*God damn you, Lezo*», mientras seguía bombardeando el San Luis. A la vez, la decepción por no ver cumplidos sus planes con rapidez, aumentaba sus enfados con su lugarteniente Wentwort. Este, por su parte, se quejaba de que los barcos de Vernon no le ofrecían la ayuda que necesitaba. Y a Wentwort no le faltaba parte de razón pues Vernon prefería arriesgar los hombres de Wentwort, antes que sus propios barcos. En definitiva, se echaban las culpas mutuamente y crecía el malestar interno entre los oficiales.

El 4 y el 5 de abril, el almirante inglés dio orden de bombardear el fuerte de San Luis sin interrupción. En el castillo ya no quedaban ni balas ni bombas. Como también habían sido destruidas las murallas, los españoles, ante la casi desaparición de las defensas del fuerte sacaron bandera blanca pero los oficiales ingleses no quisieron hacer prisioneros. Las voces de mando inglesas decían: «pasad a todos a cuchillo», y uno de esos oficiales era Washington, el hermano del futuro libertador de Estados Unidos. El San Luis había sido tomado después de más de 6.000 bombazos y más de 18.000 cañonazos, según se lee en el diario que escribió Lezo. En esa batalla España perdió cuatro barcos e Inglaterra 10. Las bajas españolas fueron 370 y las inglesas 1.800. El día 6 de abril, tras 17 días de combate ininterrumpido, Inglaterra tomaba el San Luis, pero todo parecía excesivamente costoso. Parecía como si cada metro de suelo y cada fortaleza española se fuera a tomar a un precio desorbitado. Para los ingleses, algo estaba fallando. No obstante, la primera línea defensiva de Cartagena —la más importante— la habían ganado.

Mientras tanto, Lezo estaba poniendo en marcha otra de sus estrategias: las zanjas en «Z». El 19 de abril ordenó que se excavaran trincheras en las pendientes naturales que llevaban hasta las murallas de la ciudad, por el flanco sureste. Consistían en una larga zanja en forma de «zig-zag». Su intención era doble. Por un lado defender varios flancos a la vez y, por otro, evitar que las tropas españolas fueran arrasadas en el primer ataque. De esta forma, además, los españoles, a pesar de su inferioridad numérica, saldrían a campo abierto a combatir sin esperar que los ingleses llegaran al pie de los muros. Llegarían, pero más tarde y cuando ya Blas de Lezo les había tendido otra trampa de la que hablaremos a continuación.

Por otra parte, estas zanjas en «zig-zag» tuvieron como consecuencia que, cuando los ingleses comenzaron a acercarse a los muros para asaltar Cartagena y

empezaron a subir por el terraplén, el encuentro con esta inesperada trinchera los colocaba entre varios flancos de tiro con lo cual, no tenían que defenderse ante una línea de fuego, sino ante varias a la vez. Y mientras una parte del ejército inglés se dirigía a estas zanjas otra parte del mismo ejército sería «dirigido» hacia otra trampa mortal.

Fue una trampa ingenua y eficaz. Tan ingenua que parece difícil creer que Vernon cayera. Pero cayó. Blas de Lezo pidió dos voluntarios para una peligrosa misión de la que se les advirtió que difícilmente saldrían vivos. Salieron varios voluntarios y se escogieron dos. Se les encomendó que se pasaran a las filas enemigas e hicieran creer que entre las tropas españolas se había extendido el desaliento y debían hacer creer a los británicos que el mejor flanco para intentar asaltar la ciudad era por el este.

El 20 de abril se produjo el gran intento inglés para tomar Cartagena. Los supuestos desertores españoles guiaron a una parte del ejército inglés hacia el sector oriental: el este. Lo hicieron por la noche, mientras otras partes del ejército de Vernon se situaban en otros puntos alrededor de la ciudad. Los «desertores» estuvieron despistando a los ingleses, que no conocían el terreno, hasta llegar al sitio convenido. Allí, al amanecer, fueron sorprendidos por el ejército español que, previamente, se había preparado para «recibirlos». La masacre contra los ingleses fue enorme. Numerosas descargas de fusilería y artillería los estaban castigando duramente. Cuando comprendieron la trampa que les habían tendido y buscaron a los dos desertores, estos ya no estaban: habían logrado salvarse.

Ese mismo día 20 entró en funcionamiento una de las mejores tácticas empleadas por Lezo. Fue de gran originalidad y evitó el asalto a la ciudad. Vernon sabía que para tomar Cartagena debería asaltar sus muros. El 20 de abril, la superioridad numérica de los ingleses les había permitido rodear la ciudad. Para este asalto —definitivo, en los planes ingleses—, tenía previsto rebasar las murallas escalando los muros que la rodeaban. En previsión del asalto, Vernon llevaba en sus barcos numerosas escaleras de madera con la altura exacta para que la parte superior apoyara directamente en la parte alta de las murallas y, desde ahí, los soldados pudieran entrar.

Tres o cuatro escaleras a la vez no hubieran supuesto ningún peligro. Pero numerosas escalas manejadas por un alto número de soldados hacían de este método, a esas alturas de la batalla, el golpe definitivo contra España. Así se hizo. Se llevaron las escaleras, se colocaron en los sitios señalados, se pusieron

en pie, se apoyaron contra la muralla y… ¡no llegaban a la parte superior! Los oficiales ingleses no salían de su asombro mientras el fuego español caía inmisericorde contra ellos. Las escaleras medían lo mismo que las murallas, pero las partes altas de las escaleras no llegaban a la parte alta de las murallas. ¿Habían encogido las escaleras? ¿Habían crecido las murallas?

Había pasado lo siguiente. Lezo, al prever el avance del ejército británico, tan superior al español, comprendió que el asalto a la ciudad se realizaría con escalas —igual que en la Edad Media se asaltaban los castillos—. En un arranque de audacia, puso a trabajar a los soldados que quedaban, sanos y heridos —incluso los civiles de la ciudad ayudaron—. Excavaron al pie de las murallas un foso de entre uno y dos metros de profundidad durante varias noches. Poca cosa, pero suficiente para que los ingleses, que tenían perfectamente medidas las murallas y las escaleras, no pudieran alcanzar el parapeto y, en consecuencia, no pudieran asaltar la ciudad. Las escaleras se habían quedado cortas pues Lezo había «añadido» a las murallas unos dos metros de altura al excavar la zanja. Fue una de las más hábiles estrategias utilizadas porque, si los ingleses hubieran logrado el asalto, dado el número de sus soldados, hubieran tomado la ciudad.

Cuando los británicos comprobaron que las escaleras no servían para nada y que el grueso de sus tropas estaba al pie de las murallas expuestas al mayor peligro, ya era tarde. Los españoles utilizaron su artillería y toda la fusilería para repeler a un enemigo cuyas bajas eran cada vez mayores.

Por si fuera poco, los ingleses veían, aterrorizados, cómo sus soldados iban cogiendo una mortal y temida enfermedad: la peste. Esto no era, evidentemente, una treta de Blas de Lezo, pues él mismo moriría de la enfermedad poco tiempo después de la huida de Vernon. Sin embargo, Lezo sí contaba con ello pues había dos factores que no se le escapaban. Por un lado el calor que, aquel año, estaba siendo más duradero y alto de lo normal y facilitaba la extensión de la epidemia. Y por otro, el alto número de cadáveres, sobre todo ingleses, que se quedaban sin sepultar ayudaba a su propagación. También entre los españoles estaban cayendo enfermos. No obstante, estaban en zona abierta y esto hacía que el número de infectados no fuera tan alto. El caso entre los ingleses era distinto. Estaban hacinados en los barcos, sin poder llevar a los enfermos a hospitales y con el aire enrarecido en el interior de los buques. Cada día los enfermos contagiaban a más hombres sanos que, día y noche, convivían entre sí en los barcos. El número de bajas inglesas, producidas por la peste, se sumaba a las dificultades de Inglaterra.

Por último, el más feroz intento inglés por entrar en Cartagena se llevó a cabo lanzando frontalmente su ejército contra las puertas de la ciudad. Aunque todas las estrategias de Lezo habían dado resultado positivo y dañado enormemente al ejército inglés, el número de sus efectivos era muy alto. Entre los cañones que había desembarcado y los soldados que todavía estaban vivos, tomarían la ciudad. Contaban para ello con que las baterías españolas estaban ya inutilizadas, los muertos y heridos entre los defensores de Cartagena eran numerosos, y los barcos de la corona española habían ya desaparecido: cinco habían sido destruidos y uno apresado. Todo ello llevó a Vernon a tomar esa decisión. Además, había que hacerlo porque la moral de las tropas estaba ya bajo mínimos. Quienes no estaban heridos estaban muertos y quienes estaban sanos, temían contagiarse de peste. Confiando en la superioridad de sus efectivos y en los pocos soldados españoles que quedaban tomó la última decisión: o tomaba Cartagena… o tomaba Cartagena. Sí o sí. No se planteaba otra opción.

Y ante este último y feroz ataque, de nuevo, Blas de Lezo hizo lo imposible. Preparándose para la irrupción enemiga colocó los cañones sobre una rampa móvil. Si tenemos en cuenta que los cañones de la época eran fijos, comprenderemos que esta rampa les otorgaba una ligera variación tanto en alcance como en ángulo de tiro, de manera que las bajas que causaban eran superiores a las que causaría un cañón «anclado». Efectivamente, al poder subir y bajar la boca de los tubos, su alcance variaba según la intención de los artilleros. Una vez más, las tropas inglesas no podían comprender como los mismos cañones alcanzaban objetivos que un cañón terrestre normal no podía conseguir.

Cuando ya no quedaban en Cartagena ni cañones, ni artilleros que pudieran utilizarlos, ni armas; cuando el grueso del ejército inglés se estaba lanzando pendiente arriba, cuando el único y vital objetivo eran los grandes portones de la ciudad, los ingleses se llenaron de terror al ver que los españoles, en vez de esperar protegidos tras las murallas en el interior de la ciudad, salían al encuentro del ejército inglés. Ni un solo soldado que pudiera andar y empuñar un arma se quedó en la ciudad. Salieron al encuentro de un ejército que veía cómo, en vez de entrar en la ciudad, salían de ella para atacarlo. La salida de los soldados españoles por los grandes portones de la ciudad y bajando la pendiente que partía desde el pie de las murallas y que les eran favorables debió de ser brutal. Brutal porque tenían claro que solo existía una alternativa: o vencían a los ingleses, aunque parecía imposible, o los ingleses tomarían la ciudad.

Fue lo último. Y fue increíble porque parecía el mundo al revés. ¿No eran los ingleses quienes tenían que atacar? ¿Entonces por qué atacaban los españoles? ¿No eran los españoles los que se tenían que defenderse? ¿Entonces por qué se defendían los ingleses? ¿No eran los españoles los que tenían que huir? ¿Entonces por qué huían los ingleses? ¿No habían venido diez soldados ingleses por cada uno español? ¿Entonces por qué parecía al revés? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era todo aquello? Los ingleses creían que era una pesadilla, pero era la realidad. Y por eso no había posibilidad de despertarse de un mal sueño. El pánico se apoderó de ellos y se dieron la vuelta. Comenzaron a correr terraplén abajo y, para ir más deprisa, tiraron las armas y salieron huyendo. Ya no hubo orden ni concierto en la huida. Aunque algunos oficiales mandaban a la tropa que no se retirara, ya no había ni tropa, ni disciplina, ni ejército. Cada uno salvó el pellejo si pudo y como pudo. Abandonaban el intento de tomar Cartagena. Volvían a los barcos.

Finalmente, después de infructuosos intentos y, después también, de haber caído en todas las trampas que Blas de Lezo le tendió, Vernon tomó la decisión de retirarse. Los oficiales de su barco le oían decir de forma repetitiva: «*God damn you*, *Lezo*»: «Dios te maldiga, Lezo». Y ante el desastre sufrido envió una última carta personal a Lezo. En ella decía: «Hemos decidido retirarnos, pero para volver pronto a esta plaza, después de reforzarnos en Jamaica». Cuentan —no se sabe si es cierto o no— que Lezo contestó: «Para venir a Cartagena es necesario que el rey de Inglaterra construya otra escuadra mayor, porque esta solo ha quedado para conducir carbón de Irlanda a Londres, lo cual les hubiera sido mejor que emprender una conquista que no han podido conseguir».

Hay un dato importante que explica la dimensión del desastre inglés. Cuando Vernon abandonó Cartagena de Indias y ordenó la retirada, tuvo que quemar una parte de sus propios barcos para que no cayeran en manos de los españoles, pues había sido una masacre de tal magnitud, que ni siquiera le quedaba la tripulación suficiente para llevar a Inglaterra los barcos que quedaban navegables.

Aunque el número de bajas y pérdidas de material bélico siempre difiere entre los bandos enfrentados, en general, en la defensa de Cartagena de Indias, los dos bandos admiten los siguientes datos:

MUERTOS INGLESES	10.000
MUERTOS ESPAÑOLES	800
HERIDOS INGLESES	7.500

HERIDOS ESPAÑOLES	1.200
BARCOS INGLESES HUNDIDOS	50
BARCOS ESPAÑOLES HUNDIDOS	6

Dejemos que sea uno de los combatientes ingleses quien tome la palabra para terminar este capítulo. Al ser uno de los atacantes quien aporta el punto de vista inglés nadie podrá dudar de lo que supuso aquella batalla. Escribe uno de los combatientes, un tal J. Pembroke, en 1741:

> «Por la cuenta honesta (quiere decir sin mentir) tuvimos 18.000 muertos y, según un soldado español que capturamos, ellos perdieron a lo sumo 200. El Almirante Una Pierna (se refiere a Blas de Lezo) con su excelente mando y fuego mató a 9.000 de nuestros hombres. La fiebre general mató a un número parecido. Cuando eché la última mirada al puerto de Cartagena, su superficie era gris, con los cuerpos putrefactos de nuestros hombres que morían tan rápido que no podíamos enterrarlos. Y de los pobres agricultores de nuestras colonias norteamericanas murieron cuatro de cada cinco…».

PARA LEER MÁS:

- *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*. Comisiones, nº 397. 18 de septiembre de 2013.
- MANGADO, P. (2003), Blas de Lezo y Edward Vernon: la invencible inglesa frente a Cartagena de Indias. *El Astillero*, nº 5.
- RIBAS NARVÁEZ, R. (2008), *La conjura de la mentira. La derrota de Inglaterra en Cartagena de Indias*. Astorga (León).
- SEGOVIA SALAS, R. (2003), *Las fortificaciones de Cartagena de Indias: estrategia e historia*. Bogotá.
- VARGAS MARTÍNEZ, G. (1997), Vernon en Cartagena, 1741: nuevos datos sobre su derrota. *Credencial historia*, nº 89.
- VÁZQUEZ, A. (2009), *Mediohombre. La batalla que Inglaterra ocultó al mundo*. Barcelona.
- VICTORIA, P. (2005), *El día que España derrotó a Inglaterra*. Madrid.

- VV.AA. (2013), *Catálogo de la exposición «Blas de Lezo»*, Madrid.
- http://todoababor.webcindario.com/articulos/defens_cartag.htm
- http://usuarios.lycos.es/pay/lezo.htm
- www.admin.banrepcultural.org
- www.blasdelezoexposicion.com/
- www.elguaridadegoyix.com/blas-de-lezo
- www.lablaa.org/blaavirtual/historia/fortificaciones/indice.htm
- www.todoababor.es/articulos/bio_lezo.htm

LA EXPEDICIÓN MALASPINA (1789 – 1794)

Siglo XVIII. Reina Carlos III y España tiene la segunda flota más importante del mundo: 67 navíos de línea, 52 fragatas y 62 buques de menor tamaño. En conjunto, un despliegue de fuerzas difícilmente superable que permite acudir a cualquier lugar en el menor tiempo posible. Esto posibilita la defensa de un inmenso imperio, pero se equivocan quienes piensan que todo se resumía al aspecto militar. Semejante escuadra permitía expediciones y exploraciones con finalidades científicas por todo el mundo y en tal cantidad como nunca antes se habían realizado. El inglés, Catedrático de Historia de la Universidad de Londres, Fernández-Armesto, afirma:

> «La monarquía española de la época dedicaba al desarrollo científico un presupuesto incomparablemente mayor al del resto de naciones europeas. El Imperio del Nuevo Mundo era un vasto laboratorio para la experimentación y una fuente inmensa de muestras. Carlos III amaba todo lo referente a la ciencia y la técnica. En las últimas cuatro décadas del siglo XVIII una asombrosa cantidad de expediciones recorrieron el Imperio Español».

¿QUIÉN ERA MALASPINA?

Alejandro Malaspina (1754-1810) pertenecía a una familia noble venida a

menos. Hacía mucho tiempo que se habían vendido las propiedades familiares y solo quedaba un viejo castillo medieval medio en ruinas. Lejos estaba de pensar que al viejo castillo familiar volvería para pasar los últimos años de su vida. En Roma estudia en el colegio Clementino, donde se formaban los jóvenes de la nobleza y en el que recibió una esmerada educación humanística que le marcó para toda la vida. Era solo el principio de una sed de conocimientos que no se colmaría nunca. También estudió ciencias experimentales y, entre ciencias y letras, Malaspina se dedicó de lleno a las ciencias. Dirigió y fue el *alma mater* de la más ambiciosa expedición realizada en el siglo XVIII.

En 1774 llegó a España, donde ingresó en la Escuela de Guardiamarinas de San Fernando, Cádiz. Era su gran ilusión y su gran pasión, pues desde la adolescencia había mostrado su atracción por la carrera militar. De niño había soñado con ejércitos y batallas pero nunca llegó a pensar que la realidad sobrepasaría sus sueños más elevados. Su ingreso como guardiamarina en la Real Armada le llenó de emoción. Fue el hombre adecuado para la Academia adecuada porque era un espíritu emprendedor, culto e ilustrado y, en esa época, la Academia Naval de la marina española estaba realizando un proceso de transformación y modernización sin precedentes. Nuevos métodos, mejorar lo anticuado, reformar lo necesario, nuevas técnicas científicas de navegación, nuevos modelos de buques. En los astilleros de Cádiz, El Ferrol y Cartagena se introdujeron los últimos adelantos técnicos. A eso hay que unir que los marinos de Cádiz salían de la Academia con una formación completa en ciencias y técnica. Hay que señalar que la Real Armada era una de las instituciones más relacionadas con las mejores academias y más prestigiosos científicos europeos. No en balde, aquella época dio un grupo de marinos que se encontraban entre los mejor preparados de los siglos XVIII y XIX.

Su carrera en la marina fue fulgurante. En 1775, en la corbeta Santa Teresa defendió Melilla de los marroquíes y en 1776 fue ascendido a alférez de corbeta. En 1780 participó en el asedio a Gibraltar y los ingleses apresaron su barco, el San Julián. Malaspina sublevó a la tripulación y se hizo con el control de la nave arrebatándosela a los ingleses. En 1782 fue ascendido a capitán de corbeta por su actuación contra la escuadra británica en el cabo Espartel. Por aquellos años colaboró en la elaboración del Atlas Peninsular y los Derroteros de las Costas de España, dos de los proyectos más ambiciosos de la cartografía española.

En los años 80 del siglo XVIII comenzaron sus viajes de exploración. En

primer lugar, a bordo del Astrea, fue a Filipinas, ruta que acabaría conociendo bien. En ese viaje comprendió la importancia de la medicina a bordo de los barcos pues el escorbuto había afectado a la tripulación. En 1783 fue a Manila por segunda vez en la corbeta Asunción como segundo comandante y, en esa ocasión, el viaje se realizó sin imprevistos. En 1784 Tofiño le formó en cartografía y astronomía. En 1786, en el Astrea fue de nuevo a Filipinas circunnavegando la tierra. Por fin, en 1788 presentó al ministro de Carlos III, Antonio Valdés, su gran plan para hacer un viaje científico alrededor del mundo. El proyecto fue aprobado y en julio de 1789, a bordo de dos corbetas, la Descubierta y la Atrevida, comandadas por él mismo y por José Bustamante Guerra, también capitán de navío, iniciarían el viaje.

Por cierto que en aquellos viajes del siglo XVIII, que duraban meses y años, sucedían las cosas más imprevistas y había que estar preparado para todo. Como aquella vez tras el primer viaje a Filipinas en que, al llegar a puerto, los españoles que lo presenciaron no podían dar crédito a lo que veían. ¿Qué era aquella cosa tan enorme que se movía? ¡Un elefante! Estaban descargando de la fragata Astrea un elefante. ¿Qué pintaba un animal como aquel entre la mercancía que Malaspina traía a España? Era el regalo de un personaje importante que, en agradecimiento a sus gestiones y, tras haber trabado amistad, le había regalado el animal como un presente muy valioso. Por cierto, los diarios de a bordo no dicen nada de cómo hizo el viaje el elefante porque, desde luego, fácil no sería.

LA PREPARACIÓN DEL VIAJE

Semejante travesía requería una preparación larga y, sobre todo, concienzuda. Tenía el apoyo del gobierno, que puso a su disposición los medios adecuados y, en consecuencia, había mucho que pensar y planificar. En los barcos que les transportarían se habían introducido todas las mejoras técnicas de las que se disponían en la época.

Fundamentalmente era un viaje científico, pero no solo eso. Se habían propuesto estudiar y analizar «*in situ*», y a medida que llegaran, la situación de las colonias españolas. En esos años del siglo XVIII eran numerosísimas pero, en gran parte, requerían modernización administrativa, cambios en los gobiernos y

reformas mercantiles (aunque esto es muy fácil de detectar en el siglo XXI, en el siglo XVIII no lo era tanto). Como se puede observar, la expedición no era solo una de las muchas expediciones que España había sufragado desde el siglo XVI. Era algo más. Tenía un alcance de miras que nunca se había dado y, con el apoyo del gobierno y la preparación de Malaspina, se esperaban muchos resultados.

Malaspina había pensado largo y tendido en la situación de las colonias. Opinaba que haber sido los primeros en descubrir tantas tierras y haberse lanzado a su colonización había sido peor que haber llegado después. Pues los primeros tienen que amoldarse a las culturas indígenas y los segundos pueden dedicarse al comercio y sacar beneficios. Evidentemente, esto no era más que una opinión personal que encontró pocos seguidores. Proponía una política de autonomías para las colonias que contentara los deseos de futura independencia de sus habitantes. Pero esto no era compartido por todos porque había quien pensaba que, a esas alturas, una política de autonomía, no era acertada. Pero ni unos ni otros tenían toda la razón ni estaban completamente equivocados. Así lo demuestra el hecho de que todavía quedaban 25 años para la independencia de las colonias americanas y pocos se planteaban esa cuestión.

En 1788 el entonces Secretario de Indias y Ministro de Marina, Don Antonio de Valdés, recibe a los marinos Alejandro Malaspina y José Bustamante y Guerra. La pretensión de estos parece descabellada: hacer un viaje alrededor del mundo para explorar, investigar y estudiar todas las tierras pertenecientes a la monarquía española. Pretenden hacer un viaje de exploración como los que ya habían hecho Davis, Cook o Bougainville, y encima, más ambicioso. El plan que proponían esos dos capitanes de navío no solo parecía descabellado, sino que era una locura: querían, nada menos, que el gobierno de Su Majestad Carlos III lo aprobara, lo apoyara y lo financiara. Y, en el colmo de la inocencia, pedían la construcción de dos corbetas nuevas exclusivamente para el viaje.

Pues bien, descabellado o no, locura o no, el Secretario de Indias estudió la propuesta y le pareció muy oportuna (primer asalto ganado). Después la presentó al Secretario de Estado conde de Floridablanca y también le pareció acertada (segundo asalto ganado). Finalmente, ambos la expusieron al rey que la apoyó completamente (batalla ganada). Todos estuvieron de acuerdo en «embarcarse» en una aventura tan cara y tan ambiciosa. Desde ese momento Malaspina contó con todo el apoyo del gobierno y, en consecuencia, con todos los recursos y apoyo financiero en los años siguientes. Este apoyo gubernamental era

consecuente con su interés.

El objetivo principal que se había propuesto la expedición, en palabras del propio Malaspina, era realizar: «la Carta Hidrográfica del Pacífico». En consecuencia trazar las rutas marítimas más practicables, analizar el sistema de gobierno de las colonias y su política mercantil con España, estudiar el comercio de los productos propios de cada colonia, hacer estudios de etnología y antropología de sus habitantes. Tampoco quedaban al margen las relaciones internacionales pues otro objeto de estudio serían las bases de Rusia en el norte de la costa oeste de Estados Unidos, país recién fundado, así como las de Inglaterra en Australia y todo el Pacífico. Recopilar conjuntos botánicos, zoológicos, mineralógicos, etc. hasta formar colecciones lo más completas posible. Todo ello iría a parar a las colecciones reales que fueron el germen de los futuros Museos Nacionales.

Tanto el Secretario de Estado (actualmente corresponde al de Presidente de Gobierno), Floridablanca, como el ministro Valdés estaban al corriente de la preparación y de los fines de la misma. Que sus objetivos no eran solo científicos lo demuestra uno de los escritos de Malaspina: «Sin conocer América, ¿cómo es posible gobernarla?». Particularmente Valdés, Ministro de Marina, se mostraba interesado en todos los pormenores y pedía informes con frecuencia.

La ambición de los objetivos era enorme: levantar, completar y perfeccionar multitud de cartas marinas, realizar mediciones físicas y astronómicas, recoger muestras de los más variados materiales (vegetales y minerales), perfeccionar el perfil en las cartas marinas de numerosos lugares de la costa aún poco conocidos y «repensar» la defensa de las colonias americanas y asiáticas. Tampoco la parte etnológica era despreciable: estudiar pueblos, lenguas, costumbres, leyes, etc. Entre sus fines geopolíticos se encontraba también poblar las islas Hawai, descubiertas por España muchos años antes y convertirlas en base de operaciones entre América y Filipinas donde pudiera repostar el anual «Galeón de Manila». Asegurar el dominio del archipiélago Vavao. Entre sus fines también se incluían incrementar el conocimiento sobre ciencias naturales, realizar observaciones astronómicas y «construir cartas hidrográficas para las regiones más remotas de América». Curiosamente, a esas alturas de la historia, cuando el siglo XVIII tomaba ya su recta final, se seguía sin saber con seguridad si en Norteamérica, entre el océano Atlántico y el Pacífico, había algún paso.

Evidentemente hoy sabemos que no pero desde antiguo uno de los exploradores españoles había asegurado que sí existía y, hasta ese momento, ninguna expedición lo había comprobado. Dicho paso no existía pero su «descubridor» lo había confundido con una gran ría.

De la parte práctica del viaje se encargó Bustamante: víveres, tripulación, etc. Malaspina se encargaba de la parte científica, mapas, instrumentos técnicos, objetivos científicos, etc. Habían consultado y recibido información de numerosas academias europeas: Turín, París, Módena, Ferrara y Londres. En esa expedición la improvisación no tenía cabida. Orden, sistema y planificación podía haber sido su lema. Y en semejante viaje, los «acompañantes» eran pieza fundamental para alcanzar los fines propuestos con las mayores garantías de éxito científico. Por ello se embarcaron los mejores en cada rama de las ciencias que se iban a poner en práctica.

¿Y quienes les iban a acompañar? ¿Quiénes les habían aconsejado? Los marinos y personas mejor preparadas, Jorge Juan, Casimiro Ortega, José Salvareza (protomédico de la Real Armada), el conde de Fernán Núñez (embajador en París), José Mendoza (astrónomo de la Real Marina). A esto hay que sumarle el apoyo del Virrey de Nueva España que, desde hacía años, facilitaba todas las expediciones españolas en América. Y los científicos y oficiales, de primer orden que se embarcaron con él: Espinosa y Tello, Felipe Bauzá, Viana, Cevallos, Tova y Arredondo (uno de los cronistas del viaje) y el prestigioso Dionisio Alcalá Galiano. Para los asuntos de historia natural llevaban a los italianos Spallanzini y al marqués Gerardo Rangote. Para comercio al conde Greppi. Habían recibido informes de los ingleses Joseph Banks y Alexander Dalrymple y del francés Lalande, etc. En astronomía e hidrografía contaron con uno de los mejores técnicos de la Real Armada, Juan Gutiérrez de la Concha. Entre los dibujantes, a quien debemos muchos de los maravillosos grabados de la expedición, se contaba el profesor de perspectiva y pintor especializado en botánica José del Pozo. El pintor español José Guío, el italiano Fernando Brambila y Tomás de Suría natural del virreinato de Nueva España. A lo largo del viaje se incorporaría Juan Ravent. Como director de los naturalistas, la expedición contó con Antonio Pineda (nacido en lo que más tarde sería Guatemala). El botánico y dibujante francés Luis Née. Los botánicos Antonio Pineda y el checo Tadeo Haenke. Gaspar de Molina y José de Mazarredo se encontraban entre sus principales asesores. El primero, sobre las aplicaciones marinas de la electricidad y el segundo, sobre la maquinaria de purificación de

aires.

Entre los sabios a bordo se contaba Jorge Juan que, entre sus logros científicos, demostró que la tierra está achatada por los polos y calculó la distancia exacta de la tierra al sol. Dentro de sus encargos políticos fue enviado a Londres para espiar los adelantos navales ingleses. En poco tiempo se ganó la confianza de importantes hombres del gobierno inglés, entre otros al primer ministro John Russell, y pudo conocer los métodos de construcción de sus barcos. Envió a Madrid importantes informes cifrados que contenían diseños navales y un plan inglés para atacar las colonias españolas en América. La policía inglesa, tras apresar algunos de sus contactos, dio orden de capturarlo. En circunstancias propias de novela policíaca pudo salir para España antes de ser detenido. En aquella época la enemistad hispano-inglesa comenzaba una carrera difícil de detener y todos los métodos valían para aprovecharse, mutuamente, de las ventajas del otro (y los ingleses lo hicieron a conciencia).

Otro de los científicos embarcados con Malaspina fue el militar Alcalá Galiano, de la Real Armada. Una de las expediciones que realizó tenía la finalidad de determinar la posición de las Islas Terceras pertenecientes a la corona portuguesa, que habían sido mal situadas por el francés Flerieu. Ese era uno de los objetivos científicos del siglo de las luces, cartografiar y situar correctamente en los mapas lugares descubiertos hacia mucho tiempo pero que con los rudimentarios métodos antiguos no siempre estaban bien localizados. Galiano tenía la misión de corregir la situación de unas islas que, en los mapas, estaban en el limbo geográfico, situadas: «más o menos por allá». Se embarcó en la expedición Malaspina durante gran parte del viaje, aunque no lo realizó entero. De todas formas, lo suficiente como para que escribiera un sugestivo libro con sus observaciones y cálculos astronómicos.

Hubo numerosas anécdotas en la contratación del personal, entre ellos de los botánicos. Se necesitaban tres especialistas pero había numerosas solicitudes y, entre otros, se contrató a un francés: Luis Née, que no cabía en sí de alegría. Como entre otras cosas, en sus honorarios, estaban incluidos «mesa y criado» y un sueldo muy superior al que cobraba hasta ese momento, no pensaba, ni de broma, en perder semejante oportunidad. Así, por si acaso, dijo que era profesor de botánica, aunque no lo era. De todas formas contratarlo fue un acierto pues su labor fue excelente y recogió varios miles de plantas a lo largo del viaje.

Otro que quería un puesto como botánico fue un tal Cristiano Gmelin, alemán, sabio, ordenado, con experiencia y que solo pedía que le pagaran los

gastos del viaje. Gran oportunidad para llevar a un científico competente por muy poco dinero. Sin embargo, su petición no fue aceptada. ¿Por qué? Si se atan cabos, se puede suponer. Gmelin era sabio, pedía poquísimo dinero, estaba «casualmente» en Madrid cuando se reclutaba al equipo y probablemente estaba al servicio de los zares rusos. La expedición española tenía previsto atracar en lugares muy al norte del norte de América, llegaría hasta Alaska donde los rusos ya tenían intereses; España no necesitaba llevar en sus fragatas a ningún… ¡espía ruso! Esa era la razón.

Para la importante realización de las cartas náuticas y el perfeccionamiento de los litorales embarcó a los cartógrafos José Espinosa y Tello y, al ya nombrado Bauzá. Esto es un ejemplo de hasta qué punto todo se planificaba pues Tello y Bauzá eran discípulos de Tofiño que había empleado ya la técnica de Mazarredo para la preparación de los mapas y que era la que quería emplear Malaspina. Por ello, llevaba en sus barcos a los discípulos de quien ya había utilizado con buenos resultados lo mismo que él quería utilizar. Parte importante de la expedición sería la astronomía pues era necesaria para la correcta localización de los territorios y para el estudio de diversas cuestiones. Para ello llevó en las naves a Juan Bernáldez y a Juan Gutiérrez de la Concha, ambos de la Real Marina. También iba el cirujano Francisco Flores, el «disecador» José Guío. Y, evidentemente, no faltaron médicos y farmacéuticos, sacerdotes, artilleros (por si acaso), etc. Toda la tripulación estuvo formada por voluntarios. Los marineros se escogieron, sobre todo, entre los del norte con preferencia a los del sur. La razón era que los primeros estaban más acostumbrados a los climas fríos que tendrían que atravesar, como así fue.

LOS NAVÍOS

Como prueba del total apoyo que el gobierno ilustrado de Carlos III prestó a esta expedición se construyeron dos corbetas iguales, expresamente para el viaje y con todos los detalles necesarios. En principio fueron bautizadas con los nombres de «Santa Justa» y «Santa Rufina», patronas de Sevilla. Pero Malaspina les puso dos sobrenombres con los que fueron conocidas: Atrevida y Descubierta. Así rememoraba los navíos del explorador inglés James Cook, (los de Cook se llamaban «Resolution» y «Discovery»). El comandante de la primera era él, y el de la segunda era Bustamante. Componían la expedición 208

hombres.

Los barcos eran del tipo corbetas: barcos de velas de tres palos (los mástiles), cada palo tenía una cofa (plataforma de la zona superior), y varias vergas (cada una de las perchas perpendiculares de los mástiles, donde se aseguran las velas). Generalmente llevaban una sola batería de cañones que podían llegar a treinta y, algunas veces, más. Las velas eran cuadradas y, en general, estos barcos se dedicaban a misiones de exploración. Eran más ligeras que los navíos de línea que tenían hasta tres baterías de cañones y que se llamaban «de línea» porque iban uno detrás de otro para poder disparar todas sus baterías de cañones a la vez al mismo objetivo. Las dos corbetas de la expedición fueron especialmente diseñadas para el viaje teniendo en cuenta lo que se esperaba de ellas y las exigencias a que serían sometidas. Cada una de ellas llevaba una biblioteca científica con los volúmenes más especializados del momento. Asimismo llevaban laboratorios y los mejores equipos de astronomía, náutica, geodesia, meteorología, física, química y biología. Nada se había ahorrado para que la expedición tuviera el mayor éxito.

Fue planteada como una operación de grandes magnitudes en la que se combinarían intereses científicos, políticos y sociales. Además, era una respuesta a las expediciones que, sobre todo Inglaterra, realizaba en el Pacífico, en aguas que tradicionalmente se habían considerado españolas. Como vemos en otro capítulo de esta obra, el océano Pacífico era conocido como Lago Español. Y había un hecho incontestable: España poseía, en aquellos años, el mayor imperio colonial del mundo y los reyes de España tenían motivos de sobra para realizar esa y cualquier otra expedición de la envergadura que fuera con el fin de investigar, en cualquier sentido, lo que eran —según el derecho y la política de la época— sus posesiones.

La capacidad artillera de cada corbeta era de 22 cañones en batería y 4 en el puente aunque se montaron solo 16 para que hubiera más espacio para moverse y para los instrumentos técnicos. Las maderas de los barcos eran de la mejor calidad y se calafatearon a conciencia. Además, se les cubrió con planchas de cobre para darles mayor resistencia. ¡Instalaron pararrayos en las cubiertas de las dos corbetas! Era lo último en descubrimientos técnicos y nadie sabía a ciencia cierta si ese artilugio funcionaría o no. Sus objetivos eran América, Asia, Australia y el océano Pacífico. La expedición fue una de las más completas de las muchas que realizaron los países europeos en el siglo XVIII. Los cálculos de

Malaspina era que duraría 3 años o, a lo más 4, pero fueron 5. Tenía carta blanca para enrolar a quien quisiera —los mejores— pero nadie sería obligado.

Malaspina y Bustamante fueron relevados de todas sus obligaciones para que se dedicaran de lleno a la preparación del viaje, en lo que tardaron 10 meses. Semejante apoyo y medios requerían un gran desembolso económico que Carlos III ordenó que saliera del banco de San Carlos. Y además, se les facilitó todo lo imaginable. Las consecuencias no pudieron ser más positivas, como el tiempo demostró. Carlos III, bien informado de la expedición y a la que había dado su apoyo, moriría dos meses después sin poder ver los resultados del viaje que sus ministros habían favorecido tan decididamente. En junio de 1789 el oficial de la Real Armada Española, Alejandro Malaspina, dio la orden de partir. Dos corbetas, «Descubierta» y «Atrevida», 208 hombres, muchos objetivos, proyectos ilimitados e ilusionantes, todo se hace a la mar. Les esperaban cinco años de travesía. Comenzaba la Aventura.

EL VIAJE

Partieron del puerto de Cádiz rumbo a Canarias. Después les esperaba el estuario del Río de la Plata y Montevideo, capital de Uruguay y la ciudad más poblada del país, donde llegaron tras 52 días de navegación. Como Montevideo era excepcionalmente importante en las comunicaciones de Sudamérica hay muchos militares: un destacamento de dragones, artilleros, una compañía de infantería, una fragata de guerra, y lanchas cañoneras. Cualquiera se lo pensaría dos veces antes de atacar la posesión española. Allí hicieron su primer estudio en el poblado Maldonado tras lo cual, ponen rumbo a Buenos Aires, capital del virreinato de Río de la Plata. Al atracar en el puerto, el Virrey, marqués de Loreto, les entrega 28.000 pesos fuertes y les facilita el acceso a todos los archivos que desean investigar. A continuación visitan la colonia de Sacramento y, desde allí, a Patagonia en el sur del cono sur Sudamericano.

Curiosamente, una de las apreciaciones de Malaspina coincide con lo que muchos años antes había afirmado Magallanes cuando recaló en las mismas tierras lejanas y frías: que los nativos eran de mayor altura de lo normal. Allí continúan sus estudios, esta vez entre los indígenas: los indios patagones. En Europa circulaban extrañas y fantasiosas leyendas sobre estos pueblos y su estatura de gigantes. La expedición no se limitó a observar y sacar alguna

conclusión. Convivió algunos días con una tribu de unos sesenta individuos. Llegaron al extremo de estudiar su idioma y comprobaron que no había razón para las leyendas que corrían por Europa. Eran pueblos muy nobles, de hombres fuertes y se reafirmó en que eran un poco más altos de lo normal, pero nada excepcional. Fumaban mucho y bebían mucho también. Era diciembre de 1789. Desde Patagonia pusieron rumbo a las Malvinas donde España tenía una base y una pequeña población. Allí recalaron en el puerto de La Soledad y hasta allí les fueron acompañando bancos de ballenas y lobos marinos.

En todas las escalas se desplegaban las actuaciones de tantos científicos como llevaban las dos corbetas: operaciones cartográficas, magnéticas, barométricas, astronómicas, geodésicas y trigonométricas. Los naturalistas no se daban respiro: análisis de suelos, formación de herbarios y estudio de animales desconocidos, propiedades, pureza y características de minerales. Potabilidad, origen y caudal de las aguas. Se reunieron y clasificaron toda clase de objetos. Dibujaban miles de plantas, flores, árboles y arbustos. Quizá, entre los dibujos más interesantes, se cuenten los referidos a las costumbres, tipos humanos, actividades de los aborígenes, tatuajes, vestidos, etc. En palabras de Juan Pimentel, la labor consistía en:

«Clasificar especies, lenguas y pueblos, levantar un inventario razonado y sistemático de los recursos naturales y sociales del Imperio. Trazar una imagen coherente y unificada de toda su diversidad geográfica y cultural… sería más fácil decir lo que no hicieron que decir lo que hicieron».

De las Malvinas, a finales de año, ponen rumbo al Pacífico a través del cabo de Hornos (el extremo sur de América). Lo cartografían con métodos modernos y obtienen un mapa perfecto. Cruzar al otro océano a través del cabo de Hornos era peligroso. El frío glacial, la ausencia absoluta de poblaciones en las costas, el clima de vientos huracanados y repentinos, hielos y rutas poco conocidas. Todo eso lo convertían en una zona temida por los marinos. En esas condiciones cualquier incidente, cualquier dificultad y, sobre todo, un naufragio significaba el fin. Para intentar reconfortar en algo a los marineros y a la tripulación se decide darles mayor ración de coles, pan y, sobre todo, vino con el que calentarse. Y para que el frío no influya en la exactitud del reloj, desajustándolo, lo ponen por las noches pegado a un farol. Era un método «doméstico» —el que tenían en aquellas durísimas circunstancias— y dio resultado.

Recalaron en los puertos más importantes. En el de Arica les llamó la atención las barcas de los indios chanco porque eran de pieles de lobo marino

infladas como flotadores. Sobre las pieles ponían planchas de madera y sobre la madera había capacidad para cuatro indios. Después siguieron hacia El Callao, Guayaquil, Realejo, Acapulco, San Blas, y otros. Más tarde, su siguiente escala a través de las zonas más inhóspitas de la tierra, se encuentra en la isla de Chiloé. Cuando avistan el puerto de San Carlos de Chiloé, el 25 de enero de 1790, también avistan numerosas piraguas de los indios huiliches. Se acercan en una comitiva de recepción de 40 guerreros, las intenciones y la actitud son muy amistosas. Tras atracar en el puerto lo primero que hacen —es una misión oficial y son militares—, es cumplimentar al Gobernador de la isla. Allí recalarían hasta el mes de febrero. Ya en tierra, los guerreros les dan la bienvenida de parte del cacique Catiguala. La bienvenida consiste en hacer sonar fuertemente unos instrumentos enormes en forma de trompetas: es su forma de mostrar cortesía. Estudian sus costumbres, vestidos, carácter, forma de vida, etc. Las conclusiones son numerosas: dicen que son tímidos, supersticiosos, paganos que adoran ídolos, rencorosos y vengativos, robustos, atléticos y fuertes. En las tribus huiliches el trabajo lo hacen las mujeres, y los hombres guerrean pero no trabajan. Ellas se ocupan de todo. Dicen también que continuamente están fumando tabaco y que el Gobernador les cobra impuestos entre los 18 y los 50 años y que pagan religiosamente al gobernador y éste al rey.

En Chiloé ocurre un suceso que muestra la dureza de la marina de aquellos tiempos y que Malaspina, aunque científico, era consciente de mandar una tropa militar. Uno de los vigilantes del campamento se da a la fuga después de haber robado un ternero y pensar en casarse con la hija de un rico agricultor de la zona. Es descubierto y el juez lo condena a un duro castigo: carrera de baquetas. Consistía en correr por cubierta entre dos filas de soldados que fustigan su espalda desnuda. El final siempre era el mismo: la espalda desollada. Eran soldados y esa era la disciplina militar.

Desde aquí se divide la expedición, para abarcar más capacidad de estudio. La Atrevida va a Valparaíso, en Chile, y la Descubierta hacia la isla de Juan Fernández, también en Chile. Esa isla fue descubierta por el explorador español del mismo nombre en 1574. En ella tuvo lugar la historia verídica de un pirata abandonado por sus compañeros —con un arma, pólvora y algo de comida— que logró sobrevivir más de cuatro años. Reunidos de nuevo en Valparaíso y tras recalar en Santiago de Chile, pusieron rumbo al Callao. Aquí se puso de manifiesto otra de las peculiaridades de la expedición: las conclusiones, con frecuencia tan adelantadas a su tiempo pues, en Panamá, Malaspina y parte de la

tripulación intuyeron la posibilidad de que en esta zona se pudiera abrir un canal que uniera el Pacífico y el Atlántico. Sería el canal de Panamá, abierto 124 años después.

Desde allí, rumbo al virreinato de Nueva España, México. En Santiago de Chile se une a la expedición el naturalista checo Tadeo Haenke que había recopilado ya 2000 especies de plantas sudamericanas desconocidas hasta ese momento en Europa. Mientras tanto, no hubo un momento de respiro. Bauzá y Maqueda se dedicaron a dibujar cartas marinas. Concha y Estrella realizaron los «mapas estelares»: el catálogo de estrellas observables desde Chile. Y Valdés iba obteniendo información en los archivos de las ciudades donde recalaban.

Especialmente interesantes, por todas las consecuencias que podría tener y por todo lo que podría «provocar», fueron las exploraciones de las zonas fronterizas conocidas como «tierras de nadie». Eran zonas entre territorios colonizados por distintos países y que, al estar generalmente alejadas de poblaciones importantes y centros de administración, eran llamadas «tierras de nadie» debido a su abandono por parte de las potencias colonizadoras. Dieron lugar a numerosos conflictos internacionales, sobre todo entre España e Inglaterra pues, a medida que estos países iban teniendo más posibilidades de todo tipo, se iban fijando en unos territorios que, al menos, no iban a ceder fácilmente a una potencia extranjera y/o enemiga. De ahí la importancia de estas exploraciones de Malaspina. Uno de los lugares visitados de estas características era la zona oeste del actual Canadá: Nutka.

En Nutka tiene lugar una curiosa investigación: si los indios de esas tribus son antropófagos: si comen carne humana. Eso era lo que se creía en España y en los países de toda Europa. La noticia la habían divulgado navegantes ingleses. La expedición hace averiguaciones y descubren que, en general, no comen carne humana. ¡Solo es un privilegio del jefe! Y entre las creencias espirituales de estas tribus, tras la muerte, solo el jefe tendrá una vida feliz después de la muerte. A los demás, tras la muerte, solo les espera ser convertidos en animales comedores de piojos. Y estudian también otras costumbres, como su sistema penal. Sus leyes nos parecen curiosas: aunque al asesino se le castiga solo con diez días de prisión, si vuelve a matar se le condena a muerte. El hombre que es infiel a su mujer paga con la vida, pero si es la mujer la que es infiel al marido, entonces bastan con cuatro días de cárcel. Quizá, en todo este sistema, quienes salen peor parados son los ladrones. Les cortan la nariz, los dedos y el pelo y son desterrados.

Desde aquí, rumbo al norte. Llegaron hasta las lejanas tierras de Mulgrave, en Alaska. Sintieron el frío intenso y pudieron estudiar y documentar en numerosos grabados la vida y las costumbres de las tribus de Mulgrave: tipos humanos, enterramientos, las pieles con que se cubrían los indios y un sinfín de costumbres. En estas costas, los españoles entraron en contacto con unos rusos que iban anualmente por aquella zona para pescar —Rusia hacía frontera con aquellos territorios— y el encuentro fue fructífero y muy interesante. A continuación continuaron el viaje para localizar el hipotético paso desde el océano Atlántico al océano Pacífico por Norteamérica. Un paso que durante más de dos siglos se creyó que existía. Había que comprobarlo y lo comprobaron: no existía. En el siglo XVII el explorador Maldonado se adentró en una enorme ría y, al no poder dedicar el tiempo necesario, pensó que era el principio de dicho paso. Para comprobarlo, Malaspina mandó las goletas «Sutil» y «Mexicana» al mando de los oficiales Dionisio Galiano y Cayetano Valdés. Conclusión: el paso nunca existió.

De los territorios del oeste canadiense y de Alaska, Malaspina deja unas interesantísimas anotaciones sobre el modo de vida de los indios, de cómo luchan contra el frío y de sus interesantes costumbres. Su marcha hacia el norte desconocido les puso en contacto con las tribus indias canadienses y con las tribus esquimales. Tribus esquimales porque, aunque habían llegado a Mulgrave, parecía que la expedición quería ganarle altura al propio norte: llegaron aún más al norte de Mulgrave, llegaron al monte San Elías, uno de los picos más altos de Norteamérica, con nieves perpetuas. En la lengua de las tribus que lo habitaban su nombre se traduce por: «la montaña más allá de la bahía de hielo» y «alta montaña».

Desde el norte, de nuevo al sur, a California donde había numerosos asentamientos españoles. Desde aquí, en 1792 comienza la etapa más larga del viaje y a finales de año, van comprendiendo que el viaje será más largo de lo provisto. Primero a Acapulco, de ahí a la isla de Guam arribando a las islas Marianas. Desde aquí pusieron rumbo a Filipinas. En esta etapa, Malaspina recaló mucho tiempo —casi medio año— y, por las numerosas anotaciones de su diario, se ve que ya conocía bien las islas. No en vano había ido varias veces siendo joven. Al llegar tiene una preocupación: no encontrarse con «los moros», piratas musulmanes famosos en aquellos mares por su crueldad. Como el puerto de Manila, la capital, era bueno y había agua, víveres en abundancia y

poblaciones cercanas a la costa, decidió anclar los barcos y bajar a tierra para hablar con los misioneros españoles en aquellas islas. Pero, tanto los misioneros como los nativos, al ver los barcos huyeron al interior pensando, precisamente, que eran piratas.

Pasados unos días consiguen entablar diálogo. Tanto los nativos como un misionero español mayor, no hablan más que de los corsarios pues «sus visitas» son casi diarias y lo arruinan todo. Cuando los filipinos comprenden su error de haberlos tomado por piratas se acercan. Rodean las dos corbetas con sus canoas, les dan la bienvenida. Les traen comida y gallos de pelea para que vean el deporte nacional. Llegarán, incluso, a subir a los barcos para bailar allí sus danzas tradicionales. A medida que van pasando los días van llegando otros religiosos, la confianza aumenta y es mutua. De las conversaciones Malaspina destaca que casi solo hablan de los piratas de las islas de Jolo y Mindanao. El comandante de la expedición dice sobre ellos: «Son sus estragos el verdadero azote, y seguramente la única causa de su total inutilidad para la robustez de la monarquía». Los misioneros reclamaron armas y pidieron a los expedicionarios que defendieran a los filipinos, que eran súbditos de España. Malaspina les dio pólvora y algunas armas.

Desde Manila la corbeta «Atrevida» sale hacia Macao y la «Descubierta» hacia la isla de Luzón. Poco dura esta división para abarcar más territorios. Al cabo de una semana vuelven a Filipinas y atracan en el puerto de Cavite. Las corbetas necesitaban reparaciones y los hombres descanso. Plagas de cucarachas invadían el barco. Pululaban por todas partes, hasta en la sopa (y nunca mejor dicho), en los camarotes, en las camas, en todos lados. Y los hombres llevaban trabajando sin descanso desde hacía ya mucho tiempo; necesitaban recuperarse.

En esta salida a Macao y Luzón se topan con los famosos piratas y, esta vez, de verdad. Son tres barcos a menos de una milla, cargados de violentos orientales con fama de crueles. Los españoles no esperaban una sorpresa de este tipo, inesperada y desagradable, y deciden plantar batalla. Se disponen para el combate y toman posiciones: la artillería se encuentra preparada para disparar sus pesadas bolas de hierro que hundirían cualquier navío de madera (como eran entonces) con sus impactos. Pero los piratas toman conciencia de los cañones y de las raras maniobras de las corbetas y, en vez de prepararse para el abordaje, dan la vuelta. ¿Qué maniobras raras habían visto? Que las dos corbetas enfilan las proas en su dirección y se van abriendo en abanico: un movimiento envolvente con el que intentan «encerrar» dentro a los navíos piratas y tomar

posiciones para hacer fuego con la artillería. Hay un giro en la escena y ahora los bandidos comienzan a huir mientras les persiguen los barcos españoles: comienza la persecución. Los españoles navegan abriéndose para acorralarlos. Los piratas huyen a remos para escapar de la tenaza que les tienden las dos corbetas. Éstas disparan varios cañonazos y acosan a los barcos que se han convertido de perseguidores en perseguidos. Pero los piratas van más rápido porque no hace nada de viento y van a remo mientras que las corbetas son tan enormes que no es imaginable el uso de remos. O hay viento o no se mueven… y no se mueven porque esa tarde no hay nada de viento.

Todo esto nos puede parecer romántico, idílico y novelesco pero la realidad era diferente. Desde luego, novelesco sí era, pero novelesco no significa necesariamente idílico ni romántico. Por ejemplo, cuando parten de Filipinas, la Atrevida pone rumbo al mar de China, la Descubierta examina las costas de la isla filipina de Luzón. (Tienen previsto reunirse poco más tarde). Allí ascienden montes de tránsito difícil; chocan con tribus tan salvajes que parecen prehistóricas y nada amistosas; las picaduras de insectos son constantes, muy punzantes y el fuerte picor nada tiene que ver con el de los mosquitos de España que, al compararlos, perecen bichitos agradables; los reptiles no tienen ningún aspecto «amigable»: serpientes enormes o muy venenosas, cocodrilos de dientes y fauces brutales; volcanes que escupen lava sin estar nunca seguros de si van a hacer erupción o no. El comienzo de las lluvias monzónicas donde encontrar algo seco es una ilusión absurda y el agua caída no deja de asombrarles por la fuerza con que cae. ¡Bonito panorama! Se refugian en Manila varios meses.

En mayo ya están las dos juntas otra vez y ponen rumbo a China, a Macao. Allí, un mandarín les confunde ¡otra vez! con piratas. La razón es que hacía poco que el pirata Zeng Yi había asolado aquellas costas y tenían auténtica obsesión con que se repitiera la visita. Pronto vuelve la confianza. Los españoles despiertan expectación y curiosidad, sus ojos no son rasgados, son altos y de piel muy pálida: verdaderamente los europeos son personas extrañas. Las corbetas disparan muchísima pólvora sin balas ni bombas. Pólvora que hace mucho ruido y que alegra mucho a los chinos pues son muy aficionados a los fuegos de artificio. Se ganan la confianza de los españoles. Macao es una ciudad muy comercial y allí hay delegaciones españolas, inglesas, portuguesas y de otros países, hasta suecas.

Desde Filipinas pusieron rumbo a Nueva Zelanda y a la inmensa Australia. Allí recalaron en Sydney, donde estuvieron quince días sin parar de investigar

(en el siglo XVIII, Australia era colonia inglesa pero prácticamente desconocida). Querían estudiar la colonización inglesa de esos territorios tan alejados del mundo civilizado. Tras dos semanas levaron anclas y se dirigieron a las islas Sociedad, a las islas Tonga y a las Vavao donde la tripulación pudo descansar unos días. Todas aquellas islas habían sido descubiertas por españoles en expediciones anteriores. En ellas las relaciones entre la expedición española y los nativos de aquel archipiélago se desarrollaron de la manera más amistosa y fraternal. Desde el principio, los indígenas mostraron una amabilidad y una hospitalidad muy llamativas. En justa correspondencia, los expedicionarios ayudaron médicamente en todo lo que pudieron, ayudaron a los indígenas en pequeñas obras de ingeniería y colaboraron en todo lo que les pidieron.

En las islas Vavao, también conocidas como islas de los Amigos, como muestra de amistad los nativos les ofrecieron bailes de música sencilla y armoniosa: buen clima, buena música, bebida abundante, bonitas mujeres. Indígenas muy amistosos y cordiales que daban repetidas muestras de afecto y simpatía. Para los expedicionarios era como el paraíso, y así lo pintaron los dibujantes de las corbetas. En las muestras de amistad las mujeres danzaban y todos, hombres y mujeres, cantaban. Saludaban chocando nariz con nariz. No conocían el sentido de darse las manos, darse besos o abrazarse, solo nariz con nariz. De todas formas, a pesar del mucho afecto mostrado por los nativos, alguno intentó robarles algo. Cogieron al ladrón y recuperaron lo sustraído. El jefe de las tribus tonga, llamado Vuna, quedó para siempre amigo de Malaspina que pactó con él un acuerdo político entre España y las islas. Finalmente, pusieron rumbo a América: tocaba el viaje de regreso.

EL REGRESO

El viaje de vuelta se iba realizando con paradas técnicas. Cabo de Hornos, Malvinas, Montevideo y, desde allí a España, escoltados por barcos de guerra pues, las relaciones entre Francia y España se habían deteriorado tanto con la revolución francesa que temían ser hundidos por barcos franceses si se topaban con ellos. Hundidos, o lo que sería peor, podrían apropiarse de la preciosa carga que llevaban. Como la historia demostró en los años siguientes con la invasión napoleónica de España, Francia no tenía escrúpulos para apropiarse por la fuerza de los tesoros artísticos de otras naciones. La Convención francesa había

guillotinado a Luis XVI y la guerra entre Francia y España estalló. El diario de las semanas que duró la navegación por el Atlántico de vuelta a España, está lleno de angustiosas prevenciones de Malaspina por la posibilidad de encontrarse con buques franceses. Hay que comprender la angustia del comandante ante la posibilidad de que lo que tanto tiempo y trabajo había costado pudiera ser robado o hundido en cuestión de horas. Finalmente, llegaron al puerto de Cádiz, de donde habían partido cinco años antes.

Por los diarios de a bordo y los diarios personales de los oficiales se pueden seguir muy bien todos los pormenores del viaje. Durante los cinco años de travesía había habido de todo. Contratiempos de todo tipo. Tormentas que, más de una vez, amenazaron la supervivencia de las corbetas. Gran alegría en fiestas a bordo y en tierra, por objetivos cumplidos y recepciones oficiales. También por motivos más prosaicos: cumpleaños, fiestas y celebraciones religiosas y de año nuevo. Pero también momentos de gran tristeza: enfermedades y muertes pues, durante cinco años y 208 personas en aquellas circunstancias, tenía que haber de todo. Y de manera constante, sobre todo, aventuras.

LOS RESULTADOS

El 21 de septiembre de 1794 la expedición regresó a Cádiz. Durante sesenta meses realizaron el viaje científico más importante de la historia de España. Recalaron en América, Asia y Oceanía. Habían recorrido casi todo el Imperio Español, y teniendo en cuenta que en ese momento era el mayor del mundo, no era poco. Habían realizado los más diversos estudios e investigaciones con una altura académica, técnica y científica insuperables. Estudios hidrográficos, astronómicos, etnológicos, agrícolas, zoológicos, geográficos, botánicos, etc. Realizaron hasta un vocabulario de lengua mulgrave, hablado por algunas tribus del noreste de Norteamérica, que fue publicado en Madrid en 1991. De los indios mulgrave afirmaron que eran fuertes, de caras redondeadas y pintadas en colores negro y rojo, que el pelo era oscuro y la boca grande, narices anchas y ojos pequeños. Como vemos, no desaprovecharon los aspectos antropológicos de la expedición.

Pero ¿cuáles habían sido los resultados concretos del viaje? ¿Qué se había conseguido? ¿Había valido la pena? Sin ningún género de dudas, la expedición había sido un éxito completo. Prueba indiscutible eran los cientos de miles de

hojas grabadas, dibujadas y escritas que se habían recopilado. Y los numerosos ejemplares de las colecciones ya citadas, las mediciones astronómicas, 14.000 plantas estudiadas, 500 especies animales (357 aves, 124 peces, 36 cuadrúpedos y 21 anfibios), 70 nuevas cartas náuticas, más de 1000 ilustraciones, anotaciones sin fin…

No es fácil describir, en pocas líneas, los resultados de la expedición. El argentino Bonifacio del Carril, doctor en derecho, en su obra sobre Malaspina lo describió de la siguiente forma:

«En todos los lugares donde se detuvieron… se midieron y calcularon los niveles. Se levantaron cartas geográficas. Se exploraron y reconocieron los alrededores. Se hicieron observaciones geológicas, botánicas y zoológicas. Se realizaron estudios etnográficos y lingüísticos. Se recogieron numerosas carpetas que se fueron remitiendo a España o se conservaron en las corbetas para preparar el informe final después del regreso».

Todo el material forma parte de un cúmulo de actividades científicas de primer orden, a la altura de las mejores expediciones que desde Europa se realizaron aquel siglo. Nada se dejó de estudiar: ni la peculiar geografía de muchos lugares visitados ni el clima extremo de muchos territorios. Las costumbres curiosísimas de los nativos de muchas islas y lugares. La forma de vida de numerosas poblaciones y tribus. La antropología de los tipos humanos tan distintos entre unos territorios y otros. Los estudios sobre la economía y su incidencia en España, las mejoras a introducir, los cambios necesarios. Nada se olvidó. Las puntualizaciones sobre las colonias para que resultaran beneficiosas. Todo ello no hubiera sido posible si, desde el principio, no se hubiera llevado absolutamente todo con orden y con método.

Malaspina y Bustamante se habían propuesto unos objetivos tan ambiciosos que parecían imposibles de cumplir. Y sin embargo, se cumplieron. Era el resultado final de una campaña increíble. El cúmulo de saberes y experimentaciones realizadas fue enciclopédico. Fue la mayor cantidad de material de primer orden que se conseguiría en una sola expedición española a lo largo de toda su historia. Tantos materiales se encuentran hoy repartidos por archivos, museos y universidades de todo el mundo: Londres, Sydney, Filipinas, México, Moscú, y un largo etc. Pero la parte más importante se encuentra en el Museo Naval de Madrid. Entre las conclusiones no es la menor la clara síntesis de los problemas y las soluciones que Malaspina realizó sobre los asuntos coloniales del imperio español. También aquí profundizó en sus análisis. Aportó

información sobre aspectos tan distintos como el provecho de las plantas medicinales y qué enfermedades curaban, hasta la repoblación de lugares tan lejanos e inhóspitos como Patagonia, al sur de Argentina, pasando por las reformas que él juzgaba beneficiosas para el comercio que mantenía el «Galeón de Manila» entre América y Filipinas. Llegaba al extremo de aconsejar autonomía para las colonias que, pensaba, así no querrían nunca la independencia.

El 3 de diciembre Malaspina y Bustamante llegan a Madrid y el día 4 marchan a El Escorial y son presentados a los reyes Carlos IV y Mª Luisa de Parma: «fueron presentados a sus SS. MM (Serenísimas Majestades) por el Excmo. Sr. Don Antonio Valdés, Secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina». La acogida fue cordial, la corte estaba en todo su esplendor: embajadores, cortesanos, ministros, gentilhombres de cámara, etc. Todos les reconocieron el mérito de haber planificado y comandado la expedición y Malaspina presentó los resultados del viaje.

Pasados unos días se empleó a fondo, junto con algunos de los colaboradores de la expedición, en preparar la publicación y los resultados del viaje. Para este fin se formó una comisión en Aranjuez y comenzó a trabajar. Entretanto, como distinción a sus méritos, se le ascendió en el escalafón militar y se le concedió el grado de brigadier de la Armada en 1795 (el brigadier era superior al coronel e inferior al general). En los periódicos de la época se escribía: «la Nación se vanagloria de tener en Malaspina a un nuevo Cook».

EL OCASO

Hasta ese momento todo habían sido honores y reconocimientos. Pero Malaspina deseaba más: un puesto de importancia que no llegaba y la edición completa de sus viajes. Comienza a impacientarse y comete un grave error: se inmiscuye en intrigas y actividades políticas contra el valido (hoy se llamaría Presidente de Gobierno) Manuel Godoy. Algunos han querido ver en sus intervenciones políticas una actitud llena de inocencia, pero los hechos no eran tan ingenuos. Por el contrario, fueron bastante calculados. La realidad es que llegó al extremo de elaborar una lista secreta con los nombres de los que formarían un futuro gobierno. Para ello había que derribar al que estaba vigente y a Godoy desterrarlo a la Alhambra. María de Frías y Pizarro, dama de la reina María

Luisa, se enteró de todo e informó al valido. En consecuencia Malaspina fue juzgado, se le expulsó de la Real Armada y fue condenado a diez años de cárcel en la prisión militar del castillo de San Antón de la Coruña. Teniendo en cuenta que la acusación era de conspiración, parece que la condena no fue severa. La comisión que estaba preparando la publicación del viaje fue disuelta y la documentación confiscada. Godoy era el «Presidente de Gobierno» y él, solo un brigadier de la Real Armada. No había calculado las fuerzas de cada uno. Sobre todo teniendo en cuenta que aquellos que habían hecho posible el viaje ya no se dedicaban a la política y no podían abogar en su favor. Malaspina había jugado sus cartas y había perdido. De hecho, si no se hubiera dedicado a la intriga política, le hubiera ocurrido lo mismo que a su compañero Bustamante que, después de la llegada, lo nombraron Gobernador de Montevideo. Lo que hace pensar que a él también se le habría concedido un importante cargo.

No obstante, a mitad de la condena la prisión es conmutada y marcha a Italia a sus propiedades familiares. ¿Todo esto produjo en Malaspina animadversión a los reyes, a España, al ejército…? No. Fue su actividad política lo que le había creado enemigos. De hecho, cuando llega a Italia y es recibido con honores le proponen ser Ministro de la Guerra en la recién creada República Cisalpina, pero lo rechaza. Desea seguir sirviendo a España y no soporta la idea de servir en otro país. Él mismo declara que sigue amando a España y a su marina donde recuerda haber ingresado como Guardiamarina con la ilusión de los 20 años.

Ya instalado en Italia, la muerte de su hermano lo dejó como heredero de la fortuna familiar, lo que le permitió vivir con desahogo. Pero hasta aquí le persiguió la intranquilidad porque su expedición no se publicaba y, lo que le resultaba peor, no sabía qué había sido de todo aquel material. No imaginó que pasarían 90 años antes de que se publicaran. En Italia, cerca de Mulazzo, donde nació, murió en abril de 1810. Sin duda, ni las intrigas ni la política habían sido su fuerte. Sí fue lo suyo la ciencia, donde pocos hombres llegaron tan lejos como él.

PARA LEER MÁS:

- BUSTAMANTE Y GUERRA, J. (1999), Relación de las navegaciones que ejecutó separadamente la corbeta de SM la «Atrevida» en el viaje verificado unida a la «Descubierta» en los años de 1789, 1790, 1791, 1792,

1793 y 1794. Madrid.

- FERNÁNDEZ-ARMESTO, F. (2006), Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración. Barcelona.
- GALLERA GÓMEZ, A. (2010), Las corbetas del rey. El viaje alrededor del mundo de Alejandro Malaspina (1789-1794). Madrid.
- http://blog.bne.es/blog/la-expedicion-malaspina/
- http://phantalassa.imedea.uib-csic.es/amalaspina/
- MANFREDI, D. (1994), Alejandro Malaspina: la América imposible. Madrid.
- SÁIZ, B. (1992), Bibliografía sobre la Expedición Malaspina y sobre los científicos que en ella participaron. Madrid.
- SOLER PASCUAL, E. (1999), La aventura de Malaspina. Barcelona.
- SOTA, J. de la (1994), Tras las huellas de Malaspina. Madrid.
- VV.AA. (1987-1997), La expedición Malaspina 1789-1794. 9 vols. Madrid.
- VV.AA. (2001-2004), The Malaspina Expedition, 1789-2004, Journal of the Voyage by Alejandro Malaspina. 3 vols. Londres-Madrid.
- www.expedicionmalaspina.es/Malaspina
- www.fbbva.es/TLFU/microsites/malaspina/malaspina.html

Los vikingos invaden España

Los vikingos desembarcaron, lo vimos desde los acantilados. Vinieron corriendo, con hachas en las manos. Su aspecto era aún peor de lo que decían. Entraron con una furia incontenible y lo arrasaron todo a sangre y fuego. Sus ataques despiadados tenían como consecuencia muertes brutales. Mataron a los hombres y humillaron a las mujeres antes de pasarlas a cuchillo. Saquearon y se llevaron el botín: todo lo que pudieron cargar. Incendiaron las casas, la iglesia, los graneros y los establos. Volvieron a sus barcos y se fueron. Todo fue muy sanguinario y muy rápido. No respetaron ni a los niños. Imposible reconocer que antes, ahí, había un pueblo o una aldea. Cuando regresamos los que habíamos logrado huir, solo vimos humo y ruinas. Y muchos muertos, muertos por todas partes. A quienes no mataron se los llevaron vivos. Su destino no iba a ser muy bueno, los iban a convertir en esclavos. Todo parecía una pesadilla, pero no había sido un mal sueño, había ocurrido de verdad. Nunca habíamos pensado que aquellos guerreros del norte llegarían hasta Hispania. Tan al sur…

Un antiguo pergamino medieval, escrito en latín y conservado en la Real Academia de la Historia, en Madrid, dice que los vikingos vinieron a España. Es la Crónica Albeldense (o Cronicón Emilianense). En este manuscrito dice algo muy curioso: que los vikingos fueron derrotados por las tropas del conde Pedro, frente a las costas gallegas.

Pero ¿esto puede ser posible? Siempre se tiene la imagen de los vikingos peleando contra pueblos mucho más al norte de la Península Ibérica. Pues, el caso es que sí. Los vikingos, los temidos guerreros del norte de Europa, vinieron varias veces a España, a pillar todo lo que pudieron. Procedían de los países nórdicos y, allí, no estaban unidos en países grandes como los conocemos hoy. Estaban organizados en clanes y tribus que con frecuencia, seguían sus propias

leyes y, con más frecuencia aún, estaban divididos. Una cosa sí tenían en común: las invasiones y los saqueos por todas las costas europeas. Y cuanto más al norte, más frecuentes. Era un hecho que deseaban botín y, dado el clima de sus países de origen, en invierno era más apetecible navegar, guerrear y obtener fáciles riquezas, que quedarse en sus fríos países de origen sin nada más que hacer que esperar que pasara el invierno.

Hoy tenemos de los vikingos la imagen de guerreros feroces, sedientos de sangre, inmunes al frío y al dolor, acostumbrados a la guerra y a la muerte y que solo buscaban saquear y robar. Y esto era así, es la imagen que nos han legado los documentos antiguos. Pero también eran buenos navegantes, construían buenos barcos y trabajaban el metal y la madera. No hay que pensar, para nada, que entre las distintas tribus y clanes vikingos se llevasen bien. En absoluto. Tenían tantas peleas y batallas entre ellos como los que más. Los vikingos asentados en los actuales territorios de Dinamarca y Noruega estaban en guerra casi continua, era el deporte nacional.

A su mala imagen ha contribuido bastante su mitología. Sus dioses principales no son muy amables: Odín y Thor. Odín (o Wotan), dios de la guerra y de la muerte, le faltaba un ojo, llevaba en sus hombros dos cuervos que le decían lo que pasaba en cada momento y le acompañaban dos lobos y un caballo de ocho patas. Thor, dios del trueno, del rayo y de la fuerza, dios violento que llevaba siempre un gran martillo para cazar trolls y gigantes. Y, dentro de la mitología, había un grupo de mujeres que habían elegido mantenerse vírgenes y pelear como guerreras, eran las skjaldmö. Incluso las leyendas antiguas reflejaron esta imagen: bebían vino en calaveras y llevaban cascos con cuernos… Pero esas dos cosas no eran ciertas. Lo que sí era cierto es que, desde que tenemos noticias de ellos, el terror que inspiraban era legendario. De hecho no hay más que ver algunos de sus nombres: Harald el Despiadado, Gaulaj Lengua de Víbora, Harik Hacha Sangrienta, Harald Diente Azul, Bjorn Costilla de Hierro, Ottar el Negro. Nombres poco tranquilizadores todos ellos.

Sus costumbres funerarias eran verdaderamente lúgubres. El cuerpo del difunto se quemaba o de depositaba en un barco que también se quemaba o se dejaba a la deriva para que las aguas lo llevaran hasta el más allá. Y si no había sido bueno o no se le enterraba correctamente podía no encontrar el descanso jamás y el alma estaba condenada a vagar eternamente sin reposo. También creían que los espíritus de los familiares muertos podían convertirse en fantasmas para visitar y atormentar a los vivos, y eso anunciaba nuevas muertes

en la familia. Creían, además, que si a los esclavos se les enterraba de cualquier manera podían regresar después de muertos para martirizar a sus antiguos amos. Y eso cuando no eran sacrificados a la muerte de su dueño para seguir sirviéndolo en la vida de los muertos. Y la comida no era muy exquisita. Para celebrar una de sus grandes fiestas religiosas comían grasa de ballena conservada en leche agria, testículos de carnero, tiburón pasado, cabeza de cordero y paté de cabeza de cordero. Y todo ello con «muerte negra»: aguardiente a base de comino.

Sus barcos fueron uno de los elementos que más les ayudaron a llegar a lugares muy distantes. En los siglos VIII a XI, los vikingos navegaban en unos barcos llamados drakkars, que quiere decir Dragones. Con ellos llegaban a cualquier parte de la costa pues nunca se arriesgaban en mar abierto. Eran barcos de madera, estrechos, ligeros, diseñados para la navegación rápida en aguas poco profundas, por eso eran de muy poco calado. Además, como los dos extremos: la proa y la popa —parte delantera y parte trasera de los buques— eran prácticamente iguales, tenían la ventaja de cambiar de dirección sin tener que dar la vuelta. Los drakkars de los siglos XI y XII se impulsaban combinando los remos y el viento y podían alcanzar velocidades considerables para aquel tiempo: hasta 30 km por hora. Los remeros no eran esclavos, ni condenados. Los mismos guerreros eran los remeros pues, de otra forma, no hubieran cabido todos en barcos tan ligeros pero de tan escasa capacidad. Eran ellos mismos. Además, como a su corto calado se unía su escaso peso, podían navegar por aguas poco profundas. Esto explica que subieran los ríos de los países que saqueaban, lo que a veces, ni los propios naturales podían hacer. Y esto, indudablemente, era una ventaja para ellos.

Volvamos a nuestra Crónica Albeldense. Del mismo siglo datan los siguientes hechos históricos. En el año 844 los asturianos y gallegos quedaron absortos, dejaron sus aperos de labranza y sus vacas y miraron al mar. Vieron llegar unos barcos de velas, muy veloces, estrechos, largos y llenos de hombres de piel muy blanca y pelo del color del sol e incluso rojizo. Ya habían oído hablar de ellos. Habían oído hablar en toda Europa: la cristiana y la musulmana. ¡Eran los vikingos! Los muy temidos vikingos que saqueaban, robaban y mataban allí donde llegaban. Las noticias que tenían de ellos no dejaban lugar para el optimismo. Estaban viendo los mismos barcos que acababan de saquear la costa sudoeste de Francia. Era agosto del año 844.

Pero ¿cómo llegaban desde sus tierras tan lejanas, donde parece que siempre es invierno? ¿Sería verdad que sus noches duran 24 horas y que los hielos nunca se derriten? El caso es que estaban allí y para empezar saquearon, mataron e incendiaron la población donde estaba la torre de Hércules (el faro en funcionamiento más antiguo del mundo), situada en La Coruña. Tras arrasar la ciudad, se adentraron hasta Lugo dejándolo todo «*tam quam tabulam rasa*»: «como una mesa limpia». Aunque también utilizaban espadas, su arma principal era el hacha que fabricaban muy bien y, además, servía como arma arrojadiza. Y como defensa, utilizaban un escudo con un círculo de metal en el centro.

Por otra parte, la frecuencia de sus saqueos les proporcionó cierto conocimiento de las costumbres de sus enemigos. Por ejemplo, cuando atacaban tierras de cristianos, comprobaron que el mejor momento era cuando estaban todos juntos en la iglesia, rezando o en misa. De esa forma lograban matar a la mayoría porque, además de estar reunidos en un mismo lugar, observaron que los cristianos, cuando iban a la iglesia, iban desarmados. Sin duda, el mejor momento para atacarlos.

Después de este saqueo Ramiro I, que tenía conocimiento de que se acercaban, les preparó una «bienvenida» y los derrotó. Este encuentro se narra en la Crónica General de España, donde dice: «Y así ocurrió allí que el rey don Ramiro los venció y desbarató, y luego mandó poner fuego a la flota y les quemó 70 barcos». No obstante, quizá no fue una derrota muy grande pues continuaron sus ataques a las poblaciones costeras y llegaron hasta Lisboa. Allí se presentaron, en septiembre, con más de 50 barcos. Intentaron tomarla pero, como tenía buenas murallas, no lo lograron aunque arrasaron los alrededores.

Los siglos VIII y IX fueron los de mayor actividad vikinga en la Península, de manera que volvieron con planes más ambiciosos pues, tras saquear Gijón, siguieron hacia el sur sin que nadie los pudiera parar. Llegaron hasta Cádiz y la saquearon a fondo, junto con Medina Sidonia y Sanlúcar. No contentos con esto, más bien envalentonados por los resultados, decidieron subir el Guadalquivir navegándolo. No lo conocían y, por tanto, no sabían qué encontrarían, pero eso no era obstáculo para ellos. Tomaron la desembocadura del río y llegaron hasta Sevilla. La Híspalis romana que ahora era la Isbilya musulmana. Allí estuvieron, incendiaron la ciudad, sus habitantes pasados a cuchillo y robaron y desvalijaron durante siete días. No es difícil imaginar el terror de los sevillanos pues, incluso a muchos los tomaron prisioneros para convertirlos en esclavos. El historiador

musulmán Ibrahim Ibn Yacub escribió: «En el año de 844 unos paganos atacaron Sevilla, la saquearon y asolaron, incendiando y matando». Era la tarjeta de visita vikinga.

Era una humillación. Que el poderoso emirato andalusí fuera atacado por guerreros de países tan al norte que nadie los había pisado: era una humillación. Por eso abd Al-Rahman II, bisnieto de abd Al-Rahman I, el fundador del emirato, salió al encuentro de aquellos guerreros de piel muy blanca y pelos amarillos y rojos. Qué raros y qué diferentes eran de los musulmanes. Pero el hecho es que avanzaban a gran velocidad y, en solo unos días, habían entrado en varias ciudades y las habían dejado como acostumbraban. Era un ejército de unos 2.000 hombres, que no era poco. El enfrentamiento tuvo resultados positivos para los musulmanes: 1.000 vikingos cayeron muertos y a 400 que hicieron prisioneros les cortaron la cabeza mientras los sobrevivientes observaban las ejecuciones. Los restantes huyeron de Sevilla. Pero en su huída algunos se fueron quedando por el camino y tuvieron dos opciones: adaptarse a la vida musulmana de Al Ándalus o ser ejecutados en la propia Sevilla. De hecho, cuentan las crónicas que, muchos fueron colgados en la zona de Sevilla llamada Tablada y que los árboles que sostuvieron sus cuerpos eran palmeras.

Abd Al-Rahman II no quería problemas y, para concertar una paz que asegurase el futuro, envió un diplomático que entablara negociaciones con ellos, un hombre principal de Jaén: al-Gazal. Pero no sabemos cómo acabó esta historia. Lo que sí conocemos es que eran inasequibles al desaliento pues los que pudieron escapar, en vez de irse rápidamente a sus tierras, se quedaron y continuaron robando. Esta vez le tocó el turno a Niebla, en Huelva. Este fue el último hecho digno de mención de esta oleada de vikingos a la Península Ibérica. Y además, para desgracia de los habitantes de Al Ándalus, no olvidaron que los musulmanes vivían en una buena tierra y eso les animaría a venir de nuevo.

Pero, a veces, también ellos perdían batallas. Aunque no era lo corriente. En el siglo IX habían sido derrotados en Sevilla por abd Al-Rahmán II y 150 años después fueron derrotados en Dorset, en el sur de Inglaterra. Allí, en 2009, se realizó una excavación arqueológica y se obtuvieron evidencias materiales de lo que ocurría a los perdedores, aunque fueran vikingos.

Los esqueletos excavados pertenecen a un grupo de 54 hombres. A todos ellos se les cortó la cabeza, con espadas o hachas, y se hizo de manera frontal. Es decir, no por la nuca (desde la espalda, como en cualquier ejecución) sino de

frente, para que los guerreros vikingos vieran al verdugo y cómo los iban a ejecutar en el momento de la muerte. Otro dato es que todos eran jóvenes. La mayoría entre 17 y 25 años y unos pocos, los mayores, de unos 30 años. Este dato nos permite apreciar que, aunque representamos a los vikingos como hombres mayores, no era así. Eran jóvenes.

De los huesos estudiados se extraen numerosas conclusiones. Que eran jóvenes sanos, robustos y fuertes, según el director de la excavación. Los esqueletos pertenecen a un grupo que cometió una imprudencia que pagaron con la muerte, se adentraron demasiado en tierra mientras su tabla de salvación, que era el drakkar, estaba en la playa a varios kilómetros. Era un pequeño grupo de invasores que fueron hechos prisioneros de guerra. La mayoría de ellos recibieron varios golpes antes de ser capturados y, una de las víctimas, alzaba el brazo para defenderse del hacha porque tiene cortados todos los dedos de una mano. A la mayor parte de ellos se les cortaron las caras y las orejas derechas.

La fosa está datada a finales del siglo X o principios del XI. ¿Por qué se apilaron las cabezas en un lugar separado de los cuerpos? probablemente porque se les dio tratamiento de trofeo. Como vemos, tras una de sus frecuentes invasiones, no era raro que regresaran a su tierra bastantes menos de los que habían salido.

Año 858. Los vikingos volvieron a la Península al mando de «Costado de Hierro» que, tras saquear París, llegó a ser rey de Dinamarca. En España llegaron de nuevo a las puertas de Santiago de Compostela y los gallegos prefirieron pagar el «Danegeld», impuesto de monedas y objetos de oro, antes que enfrentarse a ellos. En esta incursión atacaron y, como era su costumbre, saquearon Menorca, Mallorca, Ibiza y Formentera. Ni se cansaban ni había fuerza que los hiciera desistir. En la nueva oleada de ataques llegaron, otra vez, a Pamplona y raptaron al propio rey navarro García Iñiguez. Pidieron por su rescate 70.000 dinares, una suma fabulosa para su tiempo, que les fue entregada a cambio de la vida del rey.

Hemos de tener en cuenta que no necesariamente eran siempre los mismos vikingos los que venían —distintos países, clanes, territorios—, de manera que podían no ser los mismos que asolaron Sevilla y se enfrentaron a abd Al-Rahman I. Por todo ello, en previsión de posibles nuevos ataques de aquellas tribus del norte que venían en sus raros pero rápidos barcos, comenzaron a construir fortalezas costeras.

Pero no parece que el problema tuviera fácil solución porque, el año 968 ya estaban de nuevo aquí. Y como no respetaban ni vidas ni haciendas, esta vez le tocó el turno, de nuevo, al obispo de Santiago de Compostela, Sisenando, que murió asesinado. Después saquearon algunos monasterios y atacaron Lugo. Todavía vendrían más veces hasta mediados del siglo XI. Cuando dos siglos más tarde el infante Don Fernando, hermano del rey de Castilla Alfonso X el Sabio, se casó con la princesa vikinga Cristina de Noruega, ya hacía mucho tiempo que los pueblos del norte habían dejado de saquear las costas de Europa. Por cierto, la tumba de la princesa noruega que murió en 1252 se encuentra en una antiquísima iglesia de Covarrubias, un pueblo de Burgos. Allí hay una estatua de la princesa y, a veces, los turistas noruegos hacen una ofrenda floral a su compatriota.

Y si en España pasaba todo esto, en Inglaterra, Irlanda y la costa norte de Francia era un verdadero calvario. Pues en el sur de España las incursiones vikingas no dejaban de ser excepcionales por su infrecuencia pero en los países nombrados, durante épocas, estas incursiones eran anuales.

Desde luego, hasta donde pueden llegar nuestros conocimientos históricos, sabemos que eran hombres valientes, y que eran arrojados y temerarios. Pero ¿de dónde les venía esa actitud? Quizá de su visión fatalista de la vida. El fatalismo les llevaba a despreciar los riesgos hasta ser temibles porque, verdaderamente, despreciaban a la misma muerte. Esto les llevó en sus conquistas más lejos de lo que unos pueblos atrasados y rudos pudieran imaginar. Así, Dublín fue una fundación vikinga y durante más de 300 años estuvo controlada por ellos. También llegaron a Islandia y Groenlandia, aunque esto no tiene más mérito que ir a unos lugares todavía más fríos que los que ya habitaban aunque, aguantar ese frío, si que era una proeza.

PARA LEER MÁS:

- ÁLVAREZ PÉREZ, V. (2013), *Los vikingos*. Madrid.
- HALL, R. (2008), *El mundo de los vikingos*. Madrid.
- MORALES ROMERO, E. (2004), *Historia de los vikingos en España*. Madrid.
- SAN JOSÉ BELTRÁN, L. (2015), *Quienes fueron realmente los vikingos*.

Barcelona.
- VELASCO LAGUNA, M. (2010), *Breve historia de los vikingos*. Madrid.
- VV.AA. (2010), *¿Qué?… Todo sobre los vikingos*. Barcelona.

El Océano Pacífico
El «Lago español»

Hubo un tiempo, mucho tiempo, en que el mayor océano del mundo, el océano Pacífico, se llamó «Lago Español». Así lo llamaban por los muchos viajes, exploraciones, descubrimientos y dominio que España realizaba en aquellas aguas. España estuvo presente en aquellos territorios durante casi cuatro siglos: 380 años. Este océano ocupa más de un tercio de la tierra y quienes comenzaron a llamarlo así no fueron los españoles, sino sus adversarios políticos. En esta forma de llamarlo había una mezcla de admiración (bien disimulada) y envidia. Admiración: ¿cómo era posible que un país pudiera dominar el mayor océano del mundo? Envidia: ¿hasta dónde iba a llevar España sus dominios?

Llamar «Lago Español» al océano Pacífico puede parecer presuntuoso, porque ¿cómo llamar así al océano más grande de la Tierra? Pero ¿qué se han creído los españoles? A ver: ¿siempre tienen que ser tan orgullosos?, ¿es que la Tierra era suya? Bueno, en realidad, el nombre de Lago Español fue una denominación empleada por todos los países con intereses marítimos. Desde finales del siglo XVI todos los países con intereses en los mares, con alguna flota de importancia, con deseos de colonias o comercio ultramarino, llamaban así a aquel océano. El Pacífico era El Lago Español porque así lo veían los demás países de Europa. Muy brevemente vamos a ver por qué lo llamaban así. En este sentido es interesante señalar que los historiadores de lengua inglesa han sido los que más han utilizado esta denominación.

A finales del siglo XVI la costa oeste de América estaba bien definida en los mapas españoles. Hay que aclarar que, cuando los barcos españoles exploraban y descubrían nuevos territorios en América, los mapas y toda la información

obtenida era secreta y se depositaban en los archivos españoles. De esa manera se lograba ir aumentando el conocimiento de nuevas tierras y lugares en provecho de España y, a la vez, que los enemigos no pudieran aprovecharse de esos descubrimientos. Por eso se consideraban secretos y eran muy valiosos. Así, mientras España iba «completando» los mapas con nuevos descubrimientos, Inglaterra, Holanda o Francia se iban informando de todo ello, pero lentamente. Además, hay que hacer otra aclaración. Cuando en una exploración iban varios barcos, iban también, lógicamente, un capitán en cada barco. Y cada capitán llevaba su diario de a bordo. Con esto, las informaciones recogidas de cada viaje eran lo más completas posible pues se realizaban dos o tres relatos del mismo viaje y lo que omitía uno lo completaba otro. Hoy, la colección más completa del mundo de documentación americanista se encuentra en el Archivo General de Indias, en Sevilla.

Si la costa americana estaba bien definida, la costa asiática era prácticamente desconocida. Se sabía de la existencia de tierras asiáticas, de culturas antiguas, pero ¿muchas o pocas? ¿Grandes o pequeñas? ¿Ricas o pobres? y, sobre todo, ¿por dónde se llegaba allí? ¿Cuál era el camino marítimo? ¿De qué corrientes marinas había que servirse y que estrechos, si es que existían, había que atravesar? Para internarse en aquellas aguas, en busca de lo desconocido, eran necesarias unas condiciones que harían que, el país que las tuviera, fuera el primero y, en consecuencia, pudiera extender por aquellos mares su soberanía. Esas condiciones eran: poseer las últimas técnicas marítimas, conocer los últimos descubrimientos, tener bases en América, disponer de buenos marinos, hombres dispuestos a arriesgarse hasta el máximo y una monarquía dispuesta a apoyarlo todo. España tenía estas condiciones. Y España se lanzó.

Para cualquier país europeo toda posibilidad de adentrarse en los mares del Pacífico era hacerlo desde la costa oeste de América. Y a finales del siglo XVI, todas las costas conocidas en el oeste de América eran españolas, desde el sur de Sudamérica hasta el norte de Norteamérica, desde Chile hasta Alaska. Esa costa americana era, también, parte del Lago Español.

Los portugueses ya conocían y, en parte, navegaban por el Pacífico pues sus barcos daban la vuelta por la India y por Indochina. Es decir, el viaje que hacía Portugal era por Sudáfrica, de ahí a Goa, en la India y, de ahí, a Macao y las

Molucas. Y después, la vuelta por el mismo sitio: largísimo. ¿Dónde iba a encontrar España una ruta alternativa que ofreciera considerables ventajas? En pasar por el Estrecho de Magallanes, es decir, por el sur de Chile y cruzar del Pacífico al Atlántico sin llegar al Cabo de Hornos que estaba más al sur todavía y, sobre todo, era peligroso y frío.

Las ideas que se tenían, por los viajes realizados hasta entonces, era que las islas del Pacífico estaban habitadas por indígenas bondadosos y amables que vivían en islas paradisíacas. Que la riqueza de estos lugares era legendaria. Que todos vivían en paz y armonía. Por allí todo era ideal: palmeras balanceadas por la brisa, mares tranquilos y pesca abundante, no hacía ni frío ni calor y, por eso, los isleños llevaban poca o casi ninguna ropa, los nativos eran angelicales, la belleza no tenía límites… Y, aunque algo de esto podía haber, lógicamente no podía ser así. No podemos olvidar que entre muchos pueblos de esta zona del mundo se realizaban sacrificios humanos, los castigos eran durísimos, se practicaba el canibalismo, como descubrió Álvaro de Mendaña cuando llegó a las islas Salomón en 1567. Y como «comprobó» el capitán inglés Cook en 1779, porque se lo comieron a él. En muchas islas, la comida era de subsistencia y en otras, como en Pascua, a veces se mataba una parte de la población porque el alimento no llegaba para todos. Y todo esto sin contar con tribus cuyo salvajismo era extremo, como los papúes. O como pasaba en todos aquellos territorios, la ausencia más absoluta de cualquier medicina; las enfermedades las «curaban» a base de magia.

Si tenemos en cuenta que la anchura del Pacífico, desde la costa sudamericana hasta las islas Filipinas, es de 19.800 km comprenderemos lo extraordinario que era internarse por aquellas aguas con aquellos barcos de velas, pequeños, de lentas maniobras, casi siempre a merced del viento y las corrientes y sumamente incómodos. Y a pesar de todo, España y Portugal, estaban a la cabeza de las innovaciones y descubrimientos navales, tenían los mejores barcos y los mejores navegantes. De hecho, Tomé Cano, en su obra «*Arte para fabricar, fortificar y aparejar naos* (barcos) *de guerra y merchante* (mercantes)», de 1611, afirmó:

> «confieso que en las cartas prefacios y aprobaciones de mi obra confío más en las orientaciones náuticas provenientes de pilotos portugueses y españoles que en las novedades incorporadas por marinos

y escritores ingleses u holandeses, por ser “marineros de ayer a hoy”».

Hay varios hechos a tener en cuenta. En primer lugar que, cuando decimos que el Pacífico era español queremos decir (y así lo damos por entendido) que las tierras, islas y archipiélagos que hay en ese océano fueron, en su mayoría, descubiertas por navegantes y exploradores españoles y también, aunque en menor medida, portugueses. Que los barcos y flotas que surcaban aquel océano eran, en su mayor parte de España. Y que, hasta el siglo XVIII, ninguna potencia naval y colonial pudo dañar la soberanía de España en aquella amplia zona, aunque muchos lo desearon y lo intentaron.

Hay otra cuestión que se suelen plantear quienes se interesan por la historia de España en aquellos siglos. El planteamiento es sencillo. ¿Por qué España no colonizó y pobló todas aquellas tierras y todos aquellos archipiélagos? Si desde 1580, con la unión de la corona portuguesa, se convirtió en el mayor imperio de la historia, con todo aquello ¿no habría sido aún más poderosa? Si el planteamiento es sencillo, la respuesta es irrefutable: nunca ha existido un país que pueda colonizar tantos territorios, tan lejanos unos de otros y tan distintos entre sí. Y menos en los siglos XVI-XVII, y menos aún con la población con la que contaba España, y menos todavía con todos los territorios que ya tenía y que requerían el empleo de todas sus energías. Pensar que un país pudiera colonizar todo aquello es historia ficción.

Y no obstante, España influyó poderosamente en toda la zona. Aparte de que, aunque no lo podía colonizar todo, sí colonizó Filipinas y otros archipiélagos. Fue el primer país de Occidente que intercambió embajadores con Japón. Fue el único país que unió su lengua a otra y creó el idioma chamorro. Controló y dominó aquel océano como ningún país llegó a controlar ningún otro. Y, solo por poner un ejemplo, en Australia las fiestas y conmemoraciones por los descubrimientos de sus tierras por parte de españoles son numerosas. Comprendemos que lo expuesto hasta aquí puede parecer triunfalista y, también ante esta objeción, queremos aclarar tres detalles. ¿Triunfalista? Imposible. Pocos países en el mundo sufren una autocrítica tan feroz y autodestructiva como España. En segundo lugar, ¿triunfalista? No. Podríamos aprender de Inglaterra y de Francia, donde cualquier hecho histórico —cierto o creído como tal— es objeto casi de reverencia. En España esto es impensable. ¿Triunfalista? No. Solo es la historia. La historia real, verdadera, de las cosas como pasaron. Y

nosotros no tenemos la feliz culpa de que esto hubiera sido así.

Para afirmar el dominio de España en el Pacífico ni bastaban las leyes que lo aseveraran, ni bastaba el hecho de nuestra presencia allí. Los fundamentos fueron de dos tipos: de hecho y de derecho. El derecho acompañó siempre las exploraciones y descubrimientos que se hicieron siempre conforme al derecho de aquella época. Vamos a intentar exponer solo los más relevantes, por orden cronológico.

Antes de comenzar a detallar algunas de estas expediciones hay que aclarar que, ante las diferencias entre España y Portugal, por los nuevos descubrimientos que iban realizando en América, el papa Alejandro VI promulgó la bula de 1493 y, después, los dos países firmaron el tratado de Tordesillas en 1494. Por esta bula y este tratado España y Portugal «se dividían el mundo» de norte a sur, cortándolo como una naranja. Y a España le tocaba la parte en la que estaba el océano Pacífico, pero que todavía no se conocía. Y, desde luego, para entender los continuos ataques de otros países —y de sus piratas—, hay que tener en cuenta que con estos pactos no estaban de acuerdo Inglaterra, Holanda y Francia. Estos países veían cómo el mundo era repartido entre España y Portugal y que a ellos se les dejó al margen. ¿Y por qué no se opusieron? Porque ni tenían medios para oponerse ni tenían medios para lanzarse al océano.

En contra de lo que inconscientemente se pueda pensar, el océano Pacífico también tuvo que ser descubierto. No era como el Mediterráneo que «siempre estuvo ahí». Fue el extremeño Vasco Núñez de Balboa, nacido en Jerez de los Caballeros, Badajoz, en 1475, quien lo descubrió en 1513. Lo bautizó con el romántico nombre de «Mar del Sur», como se le siguió llamando hasta el siglo XIX. Desde ese momento, España, que buscaba una ruta alternativa para llegar a las islas de las especias, larga, peligrosa y controlada por Portugal, se lanzó a una actividad expedicionaria y exploradora como nunca se había visto. Núñez de Balboa partió desde Santa María de la Antigua del Darién, en Colombia. Formaban la expedición 190 españoles y casi mil indios. Cruzó, con enorme dificultad el istmo de Panamá. Buscaba un mar desconocido del que le habían hablado los indios y llegó al océano Pacífico. Abrió, para España, las puertas del océano desconocido y más grande del mundo pues ocupa un tercio de la superficie terrestre. Era el 25 de septiembre de 1513.

Después del descubrimiento de América, el de Núñez de Balboa es, sin duda,

uno de los descubrimientos geográficos más importantes y de mayores consecuencias de la historia. Por ello, cuando Balboa comunicó su hallazgo, Carlos V mandó a Magallanes y Elcano que comprobaran si se podía llegar a ese océano bordeando el sur de América. Y, en caso de que se pudiera, si continuando la navegación, se podía llegar a los alejados territorios de Asia. Era algo casi fantástico, probablemente imposible. Pero si existía esa ruta, serían inmensas las posibilidades que se abrirían para España. Y esa ruta existía.

Ya en esa época, desde hacía 25 años, España estaba explorando América donde, a cada exploración y descubrimiento le seguía, sin solución de continuidad, otra exploración y otro descubrimiento. Fue la época en la que un solo país hizo el mayor número de exploraciones de la historia. Y lo increíble no es esto, lo increíble es que todo eso se realizara con los escasos medios que se tenían en los siglos XVI y XVII.

Indudablemente, especial interés merece Juan Sebastián Elcano que fue el primero en dar la vuelta al mundo en la nao Victoria. Comenzó en agosto de 1519 y acabó en septiembre de 1522; más de tres años. Estuvo embarcado como capitán de la expedición de Magallanes pero a éste lo mataron los indígenas de la isla de Mactam y Elcano tomó el mando. Descubrieron muchos territorios, entre ellos las islas Filipinas, las Marianas, las islas Sonda y otras más. El nombre de islas Filipinas se lo pusieron en honor del rey Felipe II de España. Es uno de los navegantes que no pueden faltar en cualquier historia del Pacífico. Su gran realización ha sido ya relatada en miles de libros. Tras la primera vuelta al mundo, comenzaron los descubrimientos españoles en Asia y el Pacífico y ya no se detendrían hasta el siglo XVIII. Los peligros, aventuras y desventuras, esperanzas y desilusiones de aquellos hombres son una muestra del temple del que estaban hechos. Muchos de ellos regresaron y alcanzaron la fama, pero muchos otros se quedaron en el fondo de las aguas.

En 1535, Tomás Martínez Gómez, un dominico obispo de Berlanga, salió para arbitrar en las diferencias que surgieron entre Pizarro y Almagro que discutían sobre el alcance de sus descubrimientos. En esta expedición, que en principio no era de exploración, el obispo español descubrió las islas Galápagos. Las que mucho más tarde, en el siglo XIX, Darwin hizo famosas por sus estudios sobre la evolución.

Desde la costa oeste de Nueva España, el primero que se lanzó al mar fue Hernán Cortés, por el otro lado del océano —es decir, el lado que no era

conocido— en vez de seguir la larga ruta portuguesa. Quería llegar a China y realizó cinco expediciones, desde 1532 a 1539.

Hemos hablado de la importancia del estrecho de Magallanes pero ¿quién y cuándo lo cartografió? Fue Juan Ladrillero en 1557, el primer europeo que veía icebergs y realizó un curiosísimo relato. Decía que eran como islas, pero de hielo. Y que ese hielo era tan duro como la piedra. También hacía referencia al intenso frío del estrecho. Hay que tener en cuenta que, poco más al sur, el extremo de Chile ya se encuentra cercano a la Antártida. Era tanto el frío que pasaban que pedían perdón a Dios porque pensaban que morirían de las bajas temperaturas (como a veces pasaba). Por cierto, Juan Ladrillero realizó las primeras recetas de cocina a base de algas. A Ladrillero lo llamó el gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, para trazar las cartas náuticas del peligroso estrecho de Magallanes. Ladrillero tenía ya más de 50 años, pero era un marino experimentado y competente.

Partió desde el puerto chileno de Valdivia con tres naves del tipo «bergantín». Localizó la boca del estrecho en un lugar al que pusieron el significativo nombre de «Última Esperanza». Y aún así, no fue fácil. Ladrillero estuvo varios meses navegando entre un saliente y otro de la costa sudoeste chilena hasta que, por fin, dio con el paso entre los dos océanos. Era 1588. Lo cruzaron, lo cartografiaron y comenzaron el viaje de vuelta. Pero la vuelta resultó ser más difícil aún por los fuertes vientos, las intensas borrascas, el frío —era el invierno austral— y, además, la carencia de víveres. Tuvieron que invernar en tierra firme durante cinco meses. Cuando pasó el invierno «salieron» de nuevo al Pacífico pero con tan mala suerte que además de terribles tormentas, la tripulación se amotinó, por esta vez, sin consecuencias.

En 1574, otro Juan, de apellido Fernández, realizó una nueva exploración saliendo del puerto del Callao, en Perú. Navegando en dirección sur descubrió las islas llamadas «Islas Juan Fernández», un pequeño archipiélago de Chile, a cuyas islas puso los románticos nombres de: «Más a Tierra», «Más Afuera» y «Santa Clara» y al conjunto del archipiélago «Islas Desventuradas», aunque hoy los nombres han cambiado y el archipiélago se llama «Juan Fernández». Estas islas eran verdes, fértiles y, a la vista, paradisíacas. Fernández se atrevió a ir desde Lima hasta el norte de Chile lejos de la costa, lo que nadie se había atrevido a realizar antes. De esta forma descubrió que esta ruta evitaba la fuerte corriente (que hoy conocemos como corriente de Humboldt) y que era mucho más rápida que la que se utilizaba. Así descubrió que el viaje que había

realizado, y para el que se tardaban tres meses, podía hacerse en un solo mes. Este acortamiento del tiempo en viajar de un lugar a otro era una de las ventajas que se iban obteniendo al desplegar por los mares tantas naves de un mismo reino.

Por las razones que expusimos al principio, España no pudo poblarlas y en consecuencia se convirtieron en refugio de piratas y almirantes ingleses que, cuando huían de la marina española se escondían en esas islas. Allí descansaban, reponían fuerzas y después volvían a sus fechorías. Quizá, el hecho más novelesco de este lugar sea que, en ellas, a un pirata inglés de nombre Selkirk que, hasta en su barco, armaba bronca el capitán lo condenó a ser abandonado en una isla desierta. Allí sobrevivió casi cuatro años y medio hasta que otro barco lo rescató. Algunos han expuesto este hecho como origen de la novela «*Robinson Crusoe*» de Defoe. Sin embargo, el verdadero origen está en un marino español, Pedro Serrano, que naufragó en el Caribe en 1526 y vivió en una pequeña isla arenosa ocho años. El Inca Garcilaso escribió su historia y, de ahí, Defoe la pasó a su famosa novela en 1719.

En la larga serie de viajes hacia lo desconocido y afán de aventuras, no todos acababan bien. El océano era inmenso, las aguas extrañas y las rutas por trazar. En esas condiciones, los barcos que no volvían eran muchos, sobre todo al principio. Se lanzaban al océano pero, a veces, no se volvía a saber nada de ellos. El gran problema era que no se conocía todavía el régimen de corrientes marinas y vientos que, de manera regular, llevan siempre determinadas direcciones. Esto era sumamente importante porque a la vuelta, cuando no se encontraban estas corrientes, el barco intentaba volver a puerto y no encontraba «el camino». No sabían aún que en el Pacífico hay una fuerte corriente recta en dirección este-oeste y que, al llegar a las costas asiáticas, toma dirección norte. Su conocimiento daría seguridad a la navegación pero había que descubrirlo.

Una de las primeras expediciones que no volvió fue la de Gonzalo Gómez de Espinosa. Gonzalo era lugarteniente de Magallanes y, cuando éste murió y Elcano tomó el mando, fue también su lugarteniente. En este ínterin, la expedición llegó a las islas Molucas. Desde aquí Gómez de Espinosa se propuso volver a Nueva España para informar al virrey de lo que iban descubriendo pues allí esperaban noticias de la expedición. Lo que Espinosa tenía que comunicar era la importante noticia de que habían llegado a Filipinas partiendo de la costa americana. Con esta buena noticia puso rumbo a las colonias españolas en América. Pero el barco, que se veía empujado por el viento en una dirección que

no era la que querían —y todavía no sabían por qué—, no pudo regresar.

El siguiente marino que no pudo volver fue Álvaro de Saavedra, primo de Hernán Cortés, que lo mandó en una expedición de salvamento en 1527-29. Saavedra partió de Zihuatanejo, en México. Perdió dos de las tres naves en un fuerte temporal y tras mucho tiempo de navegación llegaron a Mindanao, en Filipinas. En el viaje de Saavedra ocurrió algo llamativo. En las islas en las que iban recalando, se iban encontrando españoles de anteriores expediciones que habían naufragado o que no habían logrado su objetivo o que habían sido presa de los temporales o cuyas naves habían sido destruidas; al final, llegado el desastre, cada uno se salvaba como podía y algunos lograban llegar a tierra firme. Eran españoles que, como ellos, habían intentado la aventura y no lo habían conseguido. Los encontraron en la propia isla de Mindanao, en la isla de Barragán, en la isla de Gilolo y en Tidore. Con el barco cargado de agua y víveres iniciaron el «Tornaviaje» a Nueva España, pero no se presentó practicable. De nuevo las tormentas lo obligaron a regresar y, en este regreso Álvaro de Saavedra descubrió la gran isla de Nueva Guinea que, en 1543-45 volverían a explorar Bernardo de la Torre e Íñigo Ortiz de Retes. En 1529 volvieron a intentar la vuelta a Nueva España y de nuevo fue imposible.

Era como si el Pacífico, a veces no tan «pacífico», se hubiera convertido en una inmensa cárcel de la que no podían salir. Álvaro de Saavedra, que descubrió las idílicas islas Hawai, murió cerca de ellas. Pero la tripulación volvió a intentar, una vez más, terminar la misión que se les había encomendado y pusieron, de nuevo, rumbo a Nueva España. Y otra vez las tormentas lo impidieron. Finalmente decidieron quedarse en Tidore, en las islas Molucas. Allí acabó uno de los viajes que no encontró el camino de regreso. Pero el gobierno y los navegantes no se dieron por vencidos. Más tarde, en 1544, Ruy López de Villalobos volvía a intentar ir desde la isla de Sarangani, en Filipinas, a Nueva España, en el actual México. No lo logró y de nuevo, un año más tarde, volvió a intentarlo. Esta vez partiendo de Tidore, en las Molucas. Nuevo fracaso. Eran hombres que comprobaban cómo el descubrimiento de rutas seguras para surcar la tierra por mar, de un extremo a otro, se cobraba su peaje.

Hoy resulta difícil hacerse una idea de lo que suponía perderse en el amplio océano. Barcos pequeños con grandes limitaciones de agua y comida y, el escorbuto haciendo presa en los marinos. Una vez que la tripulación se daba cuenta de que el barco navegaba sin rumbo fijo, con frecuencia se producía un motín. Pero eso no era nunca la solución a los problemas, era, casi siempre, el

principio del fin. Y de un fin bastante lento en el que, sin posibilidad de escapar a ningún lado, se veía cómo se acababa la comida y, sobre todo, el agua. Y, a la vez, agua por todas partes, hasta que se perdía la esperanza. Y la esperanza se perdía cuando se empezaban a echar los cadáveres por la borda. Cadáveres de compañeros de navegación durante muchos años, cadáveres de amigos. Y eso era muy duro porque, entre otras cosas, significaba que el siguiente cuerpo sin vida lanzado por la borda podía ser uno mismo. Porque se zarpaba y se sabía hacia dónde se quería ir pero, si se llegaba y cuándo, era otro cantar. Y más en el Pacífico, que ocupa una tercera parte de la superficie terrestre.

La dureza de aquellos viajes muestra que aquellos hombres estaban hechos de una «pasta» muy especial. No eran solo las tormentas, la escasez de alimentos, el peligro de quedarse sin agua y el probable encuentro con piratas. También existía el peligro de las enfermedades. De ellas, la más normal, era el escorbuto. Primero comenzaban a sangrar las encías y después, con una rapidez angustiosa, a caerse los dientes. Para los marineros era el «demonio» de las navegaciones. En estas condiciones no es muy difícil comprender la frase de uno de aquellos navegantes: «más vale morir una vez y no muchas. Que cerrasen los ojos y dejasen el barco ir al fondo del mar. Ni Dios ni el rey obligan a lo imposible». O el hecho de que el capellán de un barco, realizara 92 funerales en dos semanas. Así, cerca de las islas Marianas se encuentra el «cementerio de doña María», pues María era el nombre de una mujer que se suicidó ante tanto sufrimiento.

Había numerosos casos extremos más propios de una novela que de la historia: cuando en 1657 el galeón San José llegó a México sin ningún tripulante a bordo. Era un «barco fantasma» en el que, todos sus tripulantes, habían muerto en la travesía. Y, aunque con todos sus tripulantes muertos, este barco volvió. Porque tampoco eran raros los barcos de los que no se volvía a saber nada. Como sucedió con el navío en el que Balboa embarcó a su enemigo Nicuesa en 1511: se perdió en el mar. Así, «se perdió en el mar». Y nunca más se tuvieron noticias. Y en el famoso galeón de Manila, que hizo su travesía de 1565 a 1815, durante los primeros 65 años eran más los viajes que se perdían y naufragaban que los que acababan con éxito. Había que hacer frente a la inmensidad del viaje, los temporales, los ataques de potencias enemigas y el rico botín que atraía a los piratas. Todo era como una angustiosa novela de aventuras, pero no era una novela.

Y todo esto sin contar que al principio, además de los peligros, el problema

principal era que el viaje de regreso nunca estaba asegurado pues la vuelta no podía hacerse por el Pacífico. De hecho, las corrientes marinas y los vientos empujaban siempre hacia el oeste. Como veremos a continuación, hasta 1564, no se encontrará el itinerario que había que seguir para volver. A cualquier marino actual le debe parecer muy sencillo pero, durante la mayor parte del siglo XVI, era la gran preocupación de los reyes de España y los virreyes de sus colonias. Hemos dicho que los españoles que se aventuraban en estos viajes eran de otra pasta. Y no es exagerado pues sabían desde dónde partían y cuándo pero nunca se sabía si habría regreso.

La primera expedición que navegó por la ruta correcta fue el de Andrés de Urdaneta. Partió de Filipinas con Miguel de Legazpi en 1564 y regresó a Acapulco, en México. Uno de los fines de Urdaneta era encontrar la ruta de vuelta desde Asia a América pues el desconocimiento de una ruta de este tipo ponía en peligro todas las misiones. Salió de Filipinas y llegó hasta Taiwán, desde allí a Japón y, desde allí —aprovechando la corriente japonesa del Kuro-Sivo— volvió a Acapulco, en México. ¡Habían regresado! Y lo habían hecho por una ruta segura. Habían partido 200 hombres y volvían 18 marineros y aun así, al desembarcar, solo él y el capitán Salcedo pudieron salir de la nave por sus propios pies. Los pocos que quedaban estaban demasiado enfermos para hacerlo por sí solos. Desde entonces, a la vuelta se le llamó «Tornaviaje». La navegación segura entre Asia y América, entre Filipinas y Nueva España, era ya una realidad ¡La comunicación entre todas las colonias españolas del mundo se había logrado!

Urdaneta había hallado la ruta de retorno navegando de oeste a este por el Pacífico. Entre otras enormes ventajas hizo posible la ruta del Galeón de Manila entre Filipinas y México que estuvo vigente hasta 1815. Pero además, facilitaba la navegación. Pues como hemos visto los temporales, el hambre, la sed y, como consecuencia, los posibles motines, hacían de ese viaje un infierno. Una vez que la ruta ya era «dominio» español, los españoles parece que se pusieran de acuerdo en descubrir nuevas y desconocidas tierras. Así Toribio Alonso de Salazar descubría las islas Marshall en 1526, y Pedro Sánchez Pericón descubría el archipiélago de las islas de la Pasión años después.

Si Alonso de Salazar descubría el archipiélago de las Marshall en 1526, Álvaro de Saavedra, en la nave Florida, las conquistó para el rey de España dos años después. Como vemos, no se tomaban respiro. Hablamos de las Marshall,

pero el primer nombre que se les dio —se lo puso Saavedra— fue el de Islas de los Pintados. Es fácil suponer por qué. Con el nombre de Islas Marshall las rebautizó el inglés John Marshall que fue allí en 1799 y aunque España las reclamó y así lo reconocieron las demás naciones, Inglaterra no lo hizo y, poco a poco, se le quedó el nuevo nombre.

Con Tornaviaje o sin él, con seguridad o con peligros, los marinos y exploradores españoles continuaban sus viajes. Así, en 1567-1569, le llegaba el turno a Álvaro de Mendaña y Neira. Se propuso como objetivo llegar a las islas Salomón desde Lima. El nombre de «Salomón» es muy significativo de lo que esperaban encontrar. Se hablaba de aquellos sitios como de lugares de gran riqueza. Marchó con dos naves y 160 hombres. Llegó a las islas y después volvió una vez más con ánimo de colonizar. En 1595 le autorizaron la segunda expedición. Esta vez de poblamiento y, para ello, llevaba lo siguiente. 500 hombres con sus mujeres, 20 vacas, 10 yeguas, 20 cabras, 20 ovejas, y cosas varias. Sin embargo murió en la travesía y, en contra de todo pronóstico, tomó el mando su mujer Isabel Barreto y decidió poner rumbo a Filipinas para llegar a América que era el camino largo y ya conocido pero, también, el más seguro. Se ve que, tras la muerte de su marido, ya no quería aventuras. Sin embargo, el viaje de vuelta fue un cúmulo de desgracias, sobre todo de hambre y de sed. Y, aunque comenzaba a influir en los marinos, parece que ella se mostró bastante frívola pues, aunque faltaba el agua, lavaba sus vestidos con agua potable. En este viaje descubrieron las islas Marquesas, Santa Cruz y recalaron en las Marianas que habían sido descubiertas anteriormente por Magallanes.

Por cierto, que los españoles de aquellos tiempos se sorprendían, igual que nosotros, al ver a los habitantes de las islas Salomón. ¿Por qué? Porque son los hombres más negros del mundo fuera de África y, a la vez, los más rubios del mundo fuera de Europa: muy negros y muy rubios. Es uno de los casos más extraños de las islas del Pacífico. Teniendo en cuenta que las islas Salomón se encuentran al este de Papúa Nueva Guinea, el caso —sabiendo como son los tipos físicos de aquella área del mundo— es bastante sorprendente. Durante mucho tiempo se pensó que era parte de la herencia genética de los europeos que se habían ido quedando en las islas. Pero esto no es así pues, como se ha demostrado recientemente, la variante genética del pelo rubio de los isleños es diferente de la europea y, por tanto, no proviene de ellos. Así, pues, sigue sin aclararse el misterio.

Volviendo a las islas Marianas, antes que Marianas, se habían llamado «Islas

de los Ladrones» por lo siguiente. Los españoles se sorprendieron de algunas costumbres de los indígenas de este archipiélago porque, sin previo aviso, se adueñaron de una pequeña embarcación española: un esquife. El esquife era una barca que servía para medir la profundidad en aguas superficiales. Por eso las comenzaron a llamar «Islas de los Ladrones». Pero este «robo» estaba dentro de lo normal entre los indígenas. Los españoles aun no conocían las curiosas costumbres de muchos pueblos del Pacífico. Por ejemplo, una de las más interesantes era que un visitante debía llevar regalos a las personas visitadas y éstas, además, tenían derecho a coger lo que quisieran de dichos visitantes. Todo esto es lo que llevó al nombre de Ladrones para denominar estas islas. Después se les cambió el calificativo por el de islas Marianas, que deben su origen a la reina de España Doña Mariana de Austria, segunda esposa de Felipe IV.

Sobre las islas de los Ladrones, un manuscrito de finales del siglo XVI (el códice Boxer), de un marino español que hacía la ruta Acapulco-Manila, relata numerosas curiosidades, tipos humanos y costumbres. Como el manuscrito no está transcrito al español del siglo XXI y es un poco largo, vamos a extraer solo algunos fragmentos con un lenguaje actual. Entre otras cosas dice:

> «A los habitantes de aquellas islas les da igual zozobrar o no, porque los nativos son como peces en el agua y si la barca se llena de agua la sacan con medio coco que les sirve de escudilla. Sus barcos son tan ligeros que van donde quieren de manera que parecen caballos domésticos y disciplinados. Cuando llegan cerca de un barco, sobre todo, quieren hierro, porque este es su oro, y del hierro se sirven para todas sus cosas y herramientas. Para cambiarlo por este metal traen muchos cocos, agua muy buena, algunos pescados que cogen con anzuelo y arroz preparado a su manera. Y frutas, plátanos y otras que no las conocíamos. Llegados como a un tiro de piedra se ponen de pie en sus barcas y dan grandes voces diciendo "arrepeque, arrepeque", que quiere decir: "amigos, amigos". Y viendo hierro se acercan y dan por él todo lo que traen en las barcas. Cuando, desde los barcos, les dan con una cuerda abundancia de clavos viejos y cacharros, cogen la soga donde han atado los hierros, la cortan con los dientes como si fuese un rábano y, a cambio, atan a ella los cocos y lo que les piden por señas.
>
> Tienen una cosa extraña, para ser tan codiciosos de hierro, y es que

no dan más por un gran pedazo que por uno pequeño. Y si les echan un pedazo a la mar, son tan buenos buzos y nadadores que, antes que lleguen muy abajo, lo cogen y se vuelven a su barca.

Tomé una espada e hice que se la quería arrojar y al punto que la vieron dieron grandes voces y alaridos. Era que todos querían que se la arrojase y ofrecieron de todo. No se la llevaron y volvieron dos veces más ofreciendo todo lo que tenían. Teníamos, además de la espada, un cuchillo viejo y sobre el hubieron de reñir entre ellos. Al fin, se quedó con él un nativo que lo cogió, que debía de ser más principal y valiente y aun de mejor entendimiento porque (una vez conseguido) bailaba y hacía muchos meneos para aficionar a que se lo comprasen y daban a entender que estimaban aquello y que era bueno.

Es gente muy corpulenta y de grandes y fornidos miembros, de mucha fuerza. Es gente que toma un coco que es menester partirlo con un hacha y ellos de un puñetazo lo parten. Un día tres hombres cogieron a un indio para llevarlo consigo y él se abrazó a ellos y los llevaba arrastrando y corriendo. Las fuerzas de su talle son mucho más grandes que el de un hombre muy bien hecho y mejores piernas, que esto es general a todos los indios de esta tierra. La cara es ancha y chata, todos muy morenos, la boca muy grande. Los dientes los labran agusanándolos, los tiñen con un barniz colorado para conservar la dentadura sin que jamás se caiga un diente por viejo que sea. Otros los tiñen de negro. Tienen el cabello muy largo, unos suelto y otros con un lazo detrás. No visten ningún género de ropa, sino como nacen andan. Tienen pocas armas, solo arcos con unas puntas de flecha de hueso de pescado. Usan hondas con gran puntería, y llevan por detrás unas bolsas con piedras para lanzarlas. Dicen una cosa muy extraña de estas islas, que no hay ningún género de animal nocivo o provechoso. Tampoco aves o pájaros. Estas son las noticias que hasta ahora se tiene de la gente de estas islas que llaman de los Ladrones».

Y no acaban en estas islas de los Ladrones los países del Pacífico que deben sus nombres a los españoles. A las islas Filipinas se les puso su nombre en honor del rey Felipe II; a las islas Marquesas en honor de la esposa de un virrey de Perú; Nueva Guinea debe su nombre a que, a los españoles que las descubrieron,

sus habitantes les recordaron mucho a los habitantes de la Guinea africana. Las islas Salomón a que los españoles creyeron que allí se encontraban las famosas minas del rey bíblico Salomón. Las islas Galápagos a que los hispanos que llegaron por primera vez vieron allí muchos de estos animales. La isla Juan Fernández a que su descubridor se llamaba así. La isla Guadalcanal a un pueblo de Sevilla, de donde eran algunos de los que iban en el primer barco que llegó allí. Y un largo etcétera.

Poco a poco vamos viendo por qué el nombre de Lago Español, no era producto de un orgullo desmedido sino consecuencia de los hechos y del derecho. Pedro Fernández de Quirós sería el siguiente en probar suerte. Tras haber sido intermediario entre Isabel Barreto y la enfadada tripulación, fue uno de los que llegó a salvo a Nueva España. Pero era uno de esos hombres que no sabían lo que era el desaliento y pretendió, hasta que lo consiguió, el permiso para hacer un nuevo viaje al Pacífico. El permiso o la autorización que pedían los exploradores antes de lanzarse a una nueva aventura era fundamental pues, sin él, ni le era posible recabar una tripulación, ni contaba con el apoyo de la corona y, en consecuencia, tampoco podía utilizar para abastecerse las numerosas bases que España ya tenía por el mundo. Corría el año 1605 y lo nombraron almirante. Era un visionario, y el tiempo le dio la razón. Pensaba que debía existir una Tierra Austral cerca de los lugares que habían visto en su última expedición.

En este viaje descubrió las islas Carolinas, Taumacos, las Cook, Tikopia, Nuevas Hébridas, Vanuatu y 24 archipiélagos más. Salió de Lima y llegó al lejano lugar de las Nuevas Hébridas. Llegó hasta las islas llamadas Vanuatu y las denominó «Austrialia del Espíritu Santo». El continente australiano le debe su nombre. Él fue quien lo bautizó como Australia aunque, en realidad, aún no había llegado a ella pero las islas Vanuatu no se encuentran lejos de ese continente. El nombre que le puso fue Austrialia, en honor a los reyes de España de la Casa de Austria. Pero el segundo o tercer copista se equivocó y, en vez de Austrialia, puso Australia y ese fue el nombre que quedó para la historia. Y de nuevo, un misterio en torno a los hombres de estas expediciones. De vuelta a Nueva España, una noche subió a uno de sus barcos y desapareció. Así. Sin más. No es que el barco saliera a navegar, seguía atracado. Pero nadie volvió a saber nada de él. Evidentemente, surgieron ideas novelescas pero, a ciencia cierta, nada.

En el estrecho de Torres hay numerosos islotes y arrecifes que se encuentran

entre Nueva Guinea y Australia. Su nombre se debe a su descubridor Luis Váez de Torres. Este había sido comandante de una de las naves de la expedición de Fernández de Quirós en 1606, mandado por Felipe III. Comenzaba una nueva expedición con una meta clara: llegar a Australia. Durante más de un mes estuvo explorando ese nuevo estrecho entre Nueva Guinea y Australia al que nadie había puesto nombre todavía porque, a pesar de su gran importancia, ningún barco había pasado antes por ahí. Torres es, actualmente, muy conocido en Australia, donde descubrió unas 30 islas además de Nueva Guinea. Además, realizó una extraordinaria colección de mapas porque llevaba con él a un buen dibujante: Diego de Prado y Tovar que los realizó en 1606.

Entra en liza Diego Gutiérrez, gran dibujante de cartas marinas a quien Felipe II pidió que le hiciera un buen mapa de todos los territorios que se habían descubierto en América y de los que él, Felipe II, era el rey. En definitiva, quería un mapa que demostrara su poderoso imperio americano. En ese momento, en Europa pensaban que la única manera de ir desde Asia al oeste de América era por Asia. Pero el mapa de Felipe II demostraba ya que el estrecho de Magallanes era practicable y, por tanto, el viaje podía hacerse mucho más corto y seguro. Se dice que al pirata inglés Francis Drake le llegó noticia de la existencia de este mapa y de la localización del estrecho. Y, en 1579, lo atravesó. Era la primera vez que alguien que no fuera español o portugués lo pasaba. El Pacífico se veía así con intrusos que, todavía durante mucho tiempo, no tendrían nada que hacer. Pero era el primer intruso, más tarde llegaron otros. Hasta entonces solo lo atravesaban los españoles y estaban muy tranquilos porque era un estrecho difícil y, sobre todo, desconocido. Sobre la dificultad de atravesarlo baste un ejemplo. En esa primera ocasión en que lo atravesó el pirata Drake, llevaba cinco barcos y solo logró pasar uno. Cuando España pensó fortificar aquellos lugares para que ningún barco enemigo pudiera volver a atravesarlo, el intenso frío hizo que el intento de fortificaciones fracasara. Nadie podía vivir allí ni construir nada.

Llegamos al siglo XVII y el Lago Español sigue siendo, cada vez más, un mar de rutas marítimas fundamentalmente hispanas que facilitan al máximo las relaciones internacionales. Como ejemplo conocido de esta política exterior que España hizo a través del Pacífico conocemos la historia del primer embajador de Japón en España: Hasekura Tsunenaga.

En 1609 el Gobernador de Filipinas, Rodrigo de Vivero, en un viaje a España

naufragó por Japón. Los japoneses ya tenían noticias de los barcos y hombres de Europa que señoreaban esos mares y lo acogieron muy bien, 300 samurais lo recibieron ceremoniosamente. Rodrigo Vivero se quedó en Japón una temporada. Después España envió a Japón un embajador en 1611: Sebastián Vizcaíno y Japón envió un embajador a España: Hasekura Tsunenaga entre 1613 y 1620. Hasekura quería visitar a las dos autoridades del universo —esa era su mentalidad y su intención—: el papa de Roma y el rey de España. En Roma las relaciones con el papa fueron muy cordiales. Volvió a Madrid y como en Japón había un cambio de política y los cristianos estaban siendo martirizados, la mayoría de su séquito se quedó en Coria del Río, Sevilla. Allí, el apellido «Japón» es abundantísimo y ese es el origen: una embajada japonesa que se quedó en España. De los casi 2000 apellidos «Japón» que hay en España, más de 600 se encuentran en Coria del Río, un pequeño pueblo de Sevilla.

Ya en el siglo XVIII el Lago Español comenzó a ser menos español. Durante los siglos XVI y XVII el océano Pacífico había sido un indudable dominio hispano, disputado por Portugal y, en menor medida por Holanda. Sin embargo, otros países se internaban ahora por aquellas aguas, las relaciones internacionales eran más complejas, los países conocían ya lo que España conocía desde hacía mucho tiempo, las balanzas de los juegos políticos cambiaban y el orden establecido también.

Pero que el Lago fuera menos español, no quiere decir que dejaran de hacerse numerosas expediciones. Así, por ejemplo, una de la que guardamos uno de los diarios de viajes, fue a las islas Tahití en 1774 y 1775, descubiertas por Fernández de Quirós, en 1605-1606. Este diario fue escrito por un tal Pantoja y cuenta numerosas anécdotas y cómo eran los contactos entre aquellos españoles del siglo XVIII y los indios del archipiélago.

Cuenta que en la isla de Todos los Santos (una de las Tahití) tienen muchos perros y que se los comen y que son los descendientes de los que, a principios del siglo XVII, Fernández de Quirós dejó allí. Quirós dejó escrito que en esta isla clavó una cruz y esa cruz, muy maltrecha, la encontró esta expedición española en 1774. Una de las veces que intentaron desembarcar, una multitud de indios armados de arcos, hondas y lanzas comenzaron a seguirlos por la orilla hasta que se cansaban y se sentaban pero, entonces, aparecían más indios que continuaban siguiendo el barco. Tenían actitud amenazante, gritaban, tiraban piedras con las hondas y querían pelea. Finalmente se calmaron los ánimos y los indios

acabaron subiendo al barco español para cambiar todo tipo de cosas y mostrando una alegría muy grande.

Sigue diciendo:

> «los indios de estas islas son muy domésticos, de estatura regular y de color de mulatos, aunque hay algunos blancos y de buena cara, pero son muy codiciosos y desconfiados. Tienen una curiosa manera de demostrar amistad. Que en lugar de darse la mano y abrazarse, se las ponen sobre los hombros y unen nariz con nariz. Los jefes, llamados "eris", para mostrar su grandeza no cogen jamás del plato común sino que otro indio lo coge y se lo pone en la mano y él se lo toma. Otro de los "eri" es muy pusilánime pues, cuando oye un cañonazo (que solo era la señal de virar el barco) se asusta en extremo y se queda más de un cuarto de hora como tonto. Por eso, para que no se asustara, fue necesario avisarle antes de cada cañonazo. Preguntando los españoles el por qué de esto respondieron que era porque, cuando vinieron los ingleses, usaron esas armas de fuego y mataron mucha gente de la isla y por eso le tiene tanto miedo».

Este triste sentimiento era consecuencia de la actitud de la expedición inglesa, comandada por el capitán Cook. De hecho, aquella expedición estuvo en Tahití y el recuerdo que dejó entre los nativos no fue bueno. Cook escribió en su diario numerosas anotaciones negativas sobre los indígenas de muchas islas del Pacífico. Los modales del inglés no eran amables. Así lo demuestra, por ejemplo, que, cuando una expedición española llegó poco tiempo después de la estancia de Cook, los indígenas les dijeron que los ingleses les habían hecho daño y que habían forzado a sus mujeres. Y, sobre las «malas pulgas» del capitán inglés, él mismo cuenta un serio percance de su estancia en Tahití: tuvo un conflicto con otro jefe de aquella isla cuando lo sorprendió robando alguna cosa y escribe: «Su conducta me había exasperado hasta tal punto que cuando lo tuve a cierta distancia le disparé dos tiros de fusil por encima de su cabeza». Y esto no fue un hecho aislado pues sus tropiezos con los naturales de las islas eran habituales. Tanta intransigencia no podía acabar bien, como ocurrió en 1779. Ese año tuvo otro choque con algunos nativos, que robaron una pequeña barca, esta vez, en las islas Sándwich. Cook no supo redirigir la discusión, tomó a su jefe

Kalaniopuu y lo mató. Por eso, no es de extrañar que los indígenas de aquella isla acabaran matándolo. Después lo descuartizaron, lo asaron… ¡y se lo comieron! Triste destino de un gran explorador que se creía superior a los indígenas de las islas que visitaba.

La actitud de los españoles fue distinta. Pantoja, autor de un diario de la expedición a las islas Tahití en 1774 y 75 escribió el aviso que se dio a los españoles: «quien tratase de cosas deshonestas con los naturales (aprovecharse de las mujeres), los maltratase o quitase alguna cosa, no devolviéndole lo suficiente, sería castigado con el rigor que el delito mereciese». Y lo cierto fue que este aviso se cumplió. Solo así se comprende la sorpresa de los nativos cuando vieron que los españoles que cometían algún delito contra ellos eran castigados por sus propios jefes.

En otra de estas islas los españoles compraron a los indios plumas de colores muy vivos y extraños. Y de uno de los indígenas Pantoja dice que era un joven muy serio, de 17 o 18 años, estatura regular, bien plantado, muy fornido y su color algo moreno; y quien escribe el diario dice que no sabe si sería por el sol que recibe continuamente. Tiene un lunar muy negro en el carrillo derecho y otro sobre el labio, no muy grandes.

En otra isla de este archipiélago, los indígenas vieron que los españoles llevaban un isleño que era de allí y cuando desembarcaron fue recibido con mucha ternura y alegría, llorando de gusto todos sus parientes y amigos, besándole y abrazando sus piernas, en mucho rato no le dejaron dar un paso ni le permitieron con el llanto hablar. Pasada esta primera emoción se consolaron y comenzó a contarles lo que escuchaban con mucha admiración y silencio.

Vieron una tumba, de donde obtuvieron información sobre sus costumbres fúnebres. El cadáver estaba en una casa desbaratada y, debajo de ella, dijeron que estaba el cuerpo. Visitaron otros cementerios indígenas y los isleños quisieron meter miedo a los españoles diciendo que el demonio los veía y que les haría daño. Pero los españoles les enseñaron una cruz pequeña y les dijeron que, ante esa cruz, el demonio no podía hacer nada y que incluso huía. Observaron que, al depositar los cadáveres en sus tumbas, los ponen de tal manera protegidos que las ratas no puedan acceder, pues hay muchas por todos lados y que al cuerpo les ponen mucha comida alrededor. Vieron dos mujeres con las caras ensangrentadas y supieron que eran parientes de uno de los difuntos recientemente muerto y que, al ver a los españoles, se comenzaron a golpear la cabeza, con mucho llanto, hasta hacerse sangre en señal de sentimiento. Los

españoles no sabían si la sangre se la hacían con las uñas o con algún instrumento.

También escribe que, para los asuntos importantes, se reúnen los indios y los jefes en una casa muy grande y se sientan todos y allí deciden. En este caso tenían que acordar si permitían que dos misioneros españoles se quedaran en la isla y como en todo momento los españoles se mostraron muy respetuosos con los indígenas, decidieron que sí. Sobre el respeto que los españoles tenían a los indios es muy elocuente que, como castigo, a un español que se había aprovechado de una mujer (no por violarla, que esto no se consentía), por no haberle dado un regalo prometido después de estar con ella, el marinero español recibió, por orden del comandante, 50 azotes atado a un cañón. Se sorprendieron los indios pues decían que eso era muy al contrario de lo que hacían los ingleses. Y el comandante mandó que les explicaran la diferencia entre los católicos y los protestantes.

Hay una reflexión muy interesante en el diario. Dice: «creo que no se les deben llamar “bárbaros” en todo, sino solo en que no amen nuestra religión, porque el modo de pensar y discurrir es muy extraño del concepto que nosotros tenemos».

Los indígenas tenían castigos muy duros. Uno de ellos era que a los ladrones (aunque no se sabe muy bien a qué llaman robar, por lo que veremos a continuación) los sacan a mar abierto en una canoa, les amarran los brazos, les atan una piedra en los pies y los echan al agua. Y allí dejan que se ahogue. Cuando traen comida desde un barco, los de tierra tienen por costumbre robarles mientras van al barco a por más y, según parece, esto no tiene más remedio que muchos palos y voces. Y, llegando a otra isla diferente, lo que escriben es que sus habitantes siguen las mismas leyes y son tan ladrones como los otros. En estas islas las mujeres no pueden comer delante de los hombres y, cuando lo hacen, se esconden de las miradas masculinas para que ningún indio las vea. Y la separación entre sexos es radical, solo a los casados se les permite vivir juntos.

Los naturales de estas islas son muy desconfiados y creen que, cuando se les pide alguna cosa para verla, se las quieren quitar y como ellos son tan ladrones, creen que los demás también los son. El autor del manuscrito afirma que son muy cobardes y, entre otras cosas, que a los prisioneros de guerra les sacan los ojos y se los come el jefe. Tienen gran temor al demonio a quien dicen que ven muchas veces y le tienen mucho miedo porque los maltrata mucho. Afirman que por los ojos, la nariz, la boca y los oídos echa fuego y se esconde bajo tierra. El

modo de mandar de sus jefes (los eris y los capitanes) es muy extraño, porque no les tienen mucho respeto. Llegados a la isla de Santa Rosa, vuelven a decir que sus naturales son muy propensos a robar. Y en esta isla se les dio un caso curioso. Al subir al barco para los intercambios, uno de los indios al ver a un marino le decía: «evajine» que quiere decir «mujer». Quizá porque pensó que lo era por ser bien parecido y estar afeitado.

No siempre se puede fechar con exactitud cuándo comienza a cambiar una situación. Sabemos que el Pacífico deja de ser dominio español en el siglo XVIII. ¿Podemos decir un año concreto? Si hubiera que hacerlo, pensamos que fue 1763, cuando terminó la guerra de los Siete Años. Por los tratados de paz de esta guerra, España obtiene unas ventajas evidentes en algunas zonas y, a cambio Inglaterra obtiene de España otras ventajas. Los ingleses obtienen permiso para que sus barcos viajen a la Habana y a Manila. De alguna forma, esta fue la apertura de la puerta a los dominios españoles. Sin embargo no se puede pensar que esto disminuyó el imperio colonial español pues, de hecho, pocos años más tarde, este alcanzaría la mayor extensión de su historia, después de la época de Felipe II, cuando el rey heredó Portugal con todas sus posesiones.

Además, el conocimiento de los mares, la tradición marinera, las bases de abastecimiento, los mapas de territorios, islas y pueblos seguían haciendo de España el país idóneo para continuar las expediciones. Todo era tan grande que no todo estaba descubierto. Así lo demuestra el hecho de que todavía unos años más tarde, Domingo de Boenechea, en 1772-73 saliendo de Lima, en Perú, descubriera las islas Tuamotu, las islas Sociedad, las islas Moorea y las Bora Bora. Y poco antes, en 1770, la famosa isla de Pascua pasaba a formar parte de las posesiones españolas. Y ya que esta isla es una de las más conocidas del mundo, a causa de las grandes estatuas de piedra: los «moais», vamos a exponer cómo pasó a formar parte del imperio.

La isla fue descubierta por el holandés Jakob Roggeveen que llegó a ella casualmente en 1722. Aquella llegada no tuvo consecuencias de ningún tipo y no hubo continuidad en los viajes pues Roggeveen ni siquiera la tenía en su ruta de viaje. Sencillamente, «se la encontró». La pequeña isla estaba verdaderamente perdida. Pertenece a Chile y la parte más cercana de la costa chilena se encuentra a 3.800 km de distancia. Para hacernos idea de lo aislada que está, señalamos que esa distancia es mayor que la de ¡Madrid a Moscú! (3.440 km). Y las islas más cercanas, las Pitcairn, se encuentra a 2.075 km.

Fue posesión española desde 1770. Ese año Felipe González de Haedo fue en una expedición enviada por el virrey de Perú. Por eso, los primeros mapas de la isla y los primeros dibujos de los moai, fueron los realizados en esta expedición. Resulta curiosa la inocencia de aquellos dibujos pues no trataban de hacer una «fotografía», sino solo señalar los ídolos que había muy cerca de sus playas. Sin embargo, los mapas y los cálculos topográficos realizados de la isla se hicieron con gran exactitud. De hecho reseñaron todo tipo de accidentes geográficos y, como hemos señalado, los primeros dibujos realizados de los moai. Por cierto que los españoles, posteriormente, quedaron asombrados porque algunos isleños medían más de 2 m y tenían la piel muy clara. La mayoría tenían una pequeña barba y el cuerpo lleno de tatuajes.

En la isla de Pascua se escribía un raro alfabeto llamado «rongo rongo» y el primer documento rongo rongo conocido es la firma de los jefes rapanui del acta de anexión de la isla a la corona española el 20 de noviembre de 1770. Está firmado por los oficiales que asistieron al acto y por tres jefes indígenas de la isla. Todo se hizo de manera muy jurídica y protocolaria. Cuando acabó la ceremonia, se firmaron las actas, se celebró misa y se pusieron cruces en los tres ángulos importantes de la isla. De lo escrito por el comandante Haedo y el piloto de la fragata entresacamos lo siguiente.

> «Con lo que se finalizó este acto, firmando el de posesión los indibiduos que correspondia y tres Yndios de los que allí havia como en numero de 300» … «y para mayor corrovoracion deste acto tan serio firmaron algunos de los Yndios concurrentes gravando en el documento testimonial ciertos caracteres según su estilo».

La isla de Pascua quedaba, oficialmente, incorporada al imperio español. Por cierto, aquellos pascuenses pensaban que eran los únicos habitantes del mundo pues, tan alejados de todo, nunca se les ocurrió pensar que había otras tierras y otros lugares habitados. Para ellos, el planeta era una inmensa cantidad de agua con una isla en medio, su isla.

Vamos a exponer algunos párrafos de los diarios de la expedición, donde se detallan varios hechos curiosos. El día que llegaron los españoles subieron dos indígenas al barco y en todo momento mostraron gran confianza y ningún miedo. Tras regalarles ropa, al día siguiente, fueron 200 nativos más, con la

intención de recibir ropa también. Los jefes de la isla llevaban penachos en la cabeza como signo de autoridad y casi todos los hombres llevaban el cuerpo completamente pintado y lleno de tatuajes. Los isleños les daban gallinas, plátanos y víveres. Sus canoas eran cinco pedazos de tablas muy estrechas, porque en la isla no había árboles gruesos y, en vez de clavos, las unían con piezas de madera.

Los españoles exploraron la isla acompañados de los nativos. Éstos mascaban una raíz que después se restregaban por el cuerpo para pintárselo de amarillo. Algunos tenían los lóbulos de las orejas con un agujero por donde metían grandes aros de hoja de caña seca. Los isleños vivían en cuevas y los jefes en cabañas.

Los españoles de aquella expedición hablaban 26 idiomas, pero no pudieron hablar con ellos con facilidad. De todos modos, el lenguaje más antiguo del mundo, el de los signos, les sirvió para comunicarse, hasta el punto de que pudieron hacer un pequeño diccionario español-rapanui. Los expedicionarios calcularon la población en unos 1000 habitantes y no había viejos entre ellos. Les explicaron que, como los recursos de la isla eran muy limitados, cuando superaban ese número y nacía un niño, se mataba al mayor que pasara de 60 años y, si no había ninguno, se mataba al niño. Los pascuenses les explicaron con gran desconsuelo que, cuando llegó el barco holandés de Roggeveen, disparaban a los nativos que se acercaban al barco y mataron, al menos, a 12.

Si hoy, las grandes estatuas repartidas por toda la isla, los moais, nos causan asombro, también se lo causaron entonces a aquellos españoles que eran los primeros en contactar con los naturales de la isla. Aunque preguntaron a los indígenas quién, cuándo y cómo los habían tallado, no supieron responderles nada. Escriben que, desde el barco, parecían grandes árboles y, al desembarcar, los describieron como:

> «Ydolos que adoran estos naturales, son de piedra, tan elevados y corpulentos que parecen columnas muy gruesas… Son de una pieza todo el cuerpo y el canasto (el sombrero que tienen sobre la cabeza) es otra pieza. En el sombrero labran concavidades donde ponen los huesos de los difuntos. Causa admiración que no se desplomen».

En los años siguientes, hasta fines del XVIII, España sigue mandando

expediciones y reafirmando su soberanía en tierras y mares que, ahora, otros países reclamaban para sí sin saber que pertenecían a España desde hacía siglos.

El siglo XVIII supuso para la marina española un cambio. Se continuaron realizando exploraciones, algunas de una altura científica increíble, como la de Malaspina, a la que dedicamos un capítulo en estas páginas. Ahora, todas las exploraciones llevaban unos equipos científicos modernos. Ya no se embarcaban «con lo puesto». Los aparatos de los buques eran «científicos», todo estaba mucho más organizado. Ciertamente todo perdía espontaneidad y aventura, pero el conocimiento científico y la seguridad de las tripulaciones ganaron muchos enteros. Todos los pormenores estaban más reglamentados. En los viajes se confeccionaban cartas náuticas y mapas muy precisos y exactos. Los manuales de navegación eran buenísimos y ofrecían una ayuda como nunca antes habían podido ofrecerla. Igual pasaba con los mapas, tenían errores mínimos y las rutas estaban ya perfectamente hechas. Quedaban muy lejos aquellos tiempos en los que se sabía cuándo y de dónde salía una expedición pero nadie sabía cuándo ni adónde llegaría, ni si llegaría. Muy lejos quedaban los tiempos en que las tripulaciones se embarcaban sabiendo, a ciencia cierta, que había muchas posibilidades de no volver.

Cuando terminó la guerra de Cuba en 1898, las últimas colonias españolas Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam pasaron a Estados Unidos. España se quedó sin bases importantes en el Pacífico. Como consecuencia de esa guerra, además de perder los territorios señalados, al no poder mantener los que le quedaban vendió a Alemania los archipiélagos Palaos, Marianas y Carolinas, lo que sentó muy mal a Estados Unidos que hubiera querido llevar su rapiña a esas islas y quedárselas también. Después, España entró en negociaciones para comprar territorios de Arabia y del Mar Rojo pero no llegaron a buen término. El imperio español y su dominio del Pacífico habían terminado.

Como la herencia española en el Pacífico es muy amplia, vamos a exponer, solo, un caso interesante. Una parte de esta herencia es el idioma «chamorro». Es la mezcla de una lengua malayo-polinesia y del español de los siglos XVI y XVII. Se habla en las islas Guam, Marianas, Carolinas y otras islas de Oceanía. Y, al igual que el español, también tiene la letra «ñ» en su abecedario.

A lo largo de estas páginas han ido saliendo muchas exploraciones y el descubrimiento de numerosos territorios a lo largo y ancho del Pacífico, pero solo son una pequeña parte de las realizadas bajo pabellón español. Y, aunque

sería un trabajo muy interesante exponer todas las exploraciones, aparte de que se sale de la intención de este trabajo, harían falta varios volúmenes. Por ello exponemos brevemente un pequeño listado de islas y lugares descubiertos por España. Aun así, no están todos los descubrimientos pero sí los más importantes. Y desde luego, no están todos, ni mucho menos, los descubridores principales españoles que se embarcaron en estas expediciones:

—Islas Filipinas, descubiertas por Magallanes y Elcano, en 1521.

—Islas Marianas, descubiertas por Magallanes y Elcano, en 1521.

—Islas Tuamotu, descubiertas por Magallanes, en 1521.

—Isla de Amsterdam, descubierta por Elcano, en 1522.

—Islas Carolinas Occidentales, descubiertas por Gonzalo Gómez de Espinosa, en 1522.

—Islas Carolinas, descubiertas por Toribio Alonso Salazar, en 1526.

—Islas Marshall, descubiertas por Álvaro de Saavedra, en 1526.

—Papua Nueva Guinea, descubierta por Álvaro de Saavedra, en 1527-1529.

—Islas Hawai, descubiertas por Álvaro de Saavedra, en 1527-1529.

—Islas del Almirantazgo, descubiertas por Álvaro de Saavedra, en 1527-1529.

—Islas Schouten, descubiertas por Álvaro de Saavedra, en 1527-1529.

—Islas Aroe, descubiertas por Álvaro de Saavedra, en 1527-1529.

—Isla Uluti, descubierta por Saavedra, en 1528.

—Islas Galápagos, descubiertas por Tomás Martínez Gómez, en 1535.

—Islas Gilbert, descubiertas por Hernando de Grijalva, en 1536-1537.

—Islas de Revillagigedo, descubiertas por Hernando de Grijalva, en 1536-1537.

—Islas Espórades, descubiertas por Hernando de Grijalva, en 1536-1537.

—Islas Mapia, descubiertas por Hernando de Grijalva, en 1536-1537.

—Islas Palaos, descubiertas por Rui López de Villalobos, en 1542-1545.

—Isla Iwo Jima, descubierta por Rui López de Villalobos, en 1542-1545.

—Islas Volcano, descubiertas por Bernardo de la Torre y Ortiz de Retes, en 1543-1545.

—Islas Bonin, descubiertas por Bernardo de la Torre y Ortiz de Retes, en 1543-1545.

—Isla de la Pasión, descubierta por Sánchez Pericón y Rodrigo de Angle, en 1566.

—Islas Salomón, descubiertas por Álvaro de Mendaña, en 1567-69.

—Islas Ellica, descubiertas por Álvaro de Mendaña, en 1567-69.

—Isla Ellice, descubierta por Álvaro de Mendaña, en 1568.

—Islas Juan Fernández (antes islas Desventuradas), descubiertas por Juan Fernández, en 1574.

—Nueva Zelanda, descubierta por Juan Jufré y Juan Fernández, en 1576.

—Isla Vancouver, descubierta por Juan de Fuca, en 1592.

—Islas Cook, descubiertas por Mendaña, en 1595.

—Isla Pukapuka, descubierta por Mendaña, en 1595.

—Isla Jarvis, descubierta por Mendaña, en 1595.

—Islas Marquesas, descubiertas por Álvaro de Mendaña, en 1595.

—Islas Santa Cruz, descubiertas por Álvaro de Mendaña, en 1595.

—Isla de San Clemente, descubierta por Sebastián Vizcaíno, en 1602.

—La Antártida, descubierta por Gabriel de Castilla, en 1603.

—Islas Nuevas Hébridas, descubiertas por Fernández de Quirós, en 1605-1606.

—Islas Vanuatu, descubiertas por Fernández de Quirós, en 1605-1606.

—Islas Tahití, descubiertas por Fernández de Quirós, en 1605-1606.

—Isla Rakahanga, descubierta por Fernández de Quirós, en 1605-1606.

—Isla Pitcaim, descubierta por Fernández de Quirós, en 1605-1606.

—Estrecho de Torres, descubierto por Luis Váez de Torres, en 1607.

—Islas Georgias del Sur, descubiertas por Gregorio Jerez, en 1756.

—Islas de la reina Charlotte, descubiertas por José Pérez Hernández, en 1774.

—Isla Príncipe de Gales, descubierta por Francisco de Bodega y

Cuadra, en 1775.

—Islas Vavao, en las islas Tonga, descubiertas por Francisco Mourelle, en 1781.

—Isla Sala y Gómez, descubierta por José Salas Valdés, en 1793.

PARA LEER MÁS:

- BERNABÉU ANTÓN, S. (1992), *El Pacífico Ilustrado. Del lago español a las grandes expediciones*. Madrid.
- CARDELÚS MUÑOZ-SECA, B. (2003), *El Mar Español (España en el Pacífico)*. Madrid.
- FERNÁNDEZ SHAW, C. M. (2000), *España y Australia. Quinientos años de historia*. Madrid.
- LANDÍN CARRASCO, A. (1992), *Descubrimientos españoles en el Mar del Sur*. Madrid.
- LAORDEN JIMÉNEZ, L. (2014), *Navegantes españoles en el océano Pacífico. La historia de España en el gran océano que fue llamado «Lago Español»*. Madrid.
- RAINER, F. BUSCHMANN. (2014), *Navigating the Spanish Lake: The Pacific in the Iberian World. 1521-1898*. United States.
- VALDIVIESO CENDEJAS, J. Mª. (2014), *El Lago Español o un imperio de andar por casa*.
- VV.AA. (1992), *Descubrimientos españoles en el Mar del Sur. Madrid*.
- www.agenciasinc.es/Reportajes/Cinco-siglos-de-espanoles-por-el-Pacifico
- www.mgar.net/var/oceania.htm

CUANDO ESTADOS UNIDOS ERA ESPAÑOL

Que Estados Unidos es una de las potencias más importantes del mundo es cosa sabida: potencia económica, demográfica, militar… Es el tercer país más grande después de Rusia y Canadá; y el tercero más poblado después de China e India. Lo que es menos conocido es que más de la mitad de su actual territorio fueron posesiones españolas. Si hemos optado por exponer este hecho, en muy breves páginas, con algunos de los acontecimientos más importantes de su incorporación a la corona española no es por nostalgia. Es porque el imperio español fue uno de los dos más grandes de la historia y en aquellos territorios se llevaron a cabo exploraciones, descubrimientos, encuentros entre culturas, fundaciones y hechos poco conocidos por la mayoría de los propios españoles y estadounidenses.

En Estados Unidos hay ciudades donde ondean pendones de Castilla, banderas de España y escudos de ambas. Su historia la cuidan sin complejos, aunque la mayoría la conocen poco. Resulta llamativo ver los barcos que recorren el Misisipi, donde ondea el pendón de Castilla; en Luisiana banderas de España, o la «Calle de Borbón» en Nueva Orleans. Y a lo largo de todo el país placas conmemorativas, escudos, esculturas de reyes españoles, numerosísimas estatuas de exploradores, y un largo etc.

En 1492 los Reyes Católicos Isabel y Fernando (el título de «Reyes Católicos» lo concedió el Papa Alejandro VI en 1496), financiaron una empresa que parece una fantasía y, como resultado, se descubrió América. Inconscientemente, se puede pensar que con el descubrimiento ya estaba todo hecho. Pero no había nada hecho, todo estaba por hacer: la colonización de un continente. Lo que quedaba por delante fue una de las mayores gestas de la historia del hombre. Y si tenemos en cuenta los medios de que disponían en el

siglo XV y XVI y la poca población que había en la Península Ibérica (8 millones de habitantes, según los cálculos más optimistas) nos daremos cuenta de la magnitud de la empresa. Quedaban por delante exploraciones, descubrimientos, fundaciones, etc. Y todo eso en un continente de 42.500.000 km cuadrados, 85 veces más grande que España.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de esas expediciones y descubrimientos se realizaron en el siglo XVI. Con medios tan escasos y rudimentarios que cuesta trabajo pensar que se llevaran a cabo. Larguísimas y penosas exploraciones con un fin incierto, donde con frecuencia los exploradores perdían su hacienda y la vida. En la mayoría de las ocasiones se presentaban dificultades y problemas inesperados a los que había que hacer frente sobre la marcha. Entre estas dificultades no fue la menor la enemistad y agresividad mostradas por numerosas tribus indias. Enfermedades desconocidas que hacían mella en unos europeos que no tenían anticuerpos y de las que no sabían nada. Terrenos y climas que, aún hoy, no han sido dominados por el hombre. Pero el hecho es que las exploraciones se hacían con una voluntad férrea y su alto número hizo que esa fuera la época de mayores descubrimientos en Norteamérica. Que llegaran hasta Alaska y Canadá da una idea aproximada de lo que se consiguió. Por eso, uno de los fundadores de la moderna geografía, Humboldt, afirmó que la humanidad debía eterna gratitud a la monarquía española, pues la multitud de expediciones científicas que había financiado había hecho posible la extensión de los conocimientos geográficos.

Nuestro propósito no es exponer una lista completa de exploradores y lugares descubiertos. Sería imposible en unas pocas páginas. Solo vamos a mostrar algunos de los que podrían resultar más relevantes sin que por ello minusvaloremos, para nada, muchísimos otros. Las primeras exploraciones en territorios de los actuales Estados Unidos las llevaron a cabo los españoles que, desde México y las Antillas emprendieron, durante todo el siglo XVI, una sistemática penetración hacia el norte. Vamos a hablar de muy pocos. Declinaremos hablar de Álvarez de Pineda, en 1520. Pánfilo de Narváez, en 1528. Gordillo, Quexos y Gómez, que recorrieron la costa atlántica. Cabrillo y Ferrero que, en 1543, llegaron a Oregón por el Pacífico. O Fray Junípero Serra. Y Juan de Oñate y un largo etc. De cada uno de ellos se podrían escribir biografías que son auténticas novelas de aventuras, pero esto se sale de nuestro propósito. Los primeros hombres blancos que cruzaron el Misisipi fueron

españoles. Españoles los primeros en atravesar el desierto de Nevada. Los primeros en explorar el Gran Cañón del Colorado. Y la lista de ciudades fundadas por ellos es tan larga que solo nombraremos San Francisco, Los Ángeles, Las Vegas, San Antonio, Tucson, Santa Fe, San Diego, El Paso o Memphis. Y son españoles los nombres de los estados de California, Colorado, Florida, Montana, Nuevo México, Nevada, Texas, Utah…

El nombre de California lo pusieron los españoles basándose en la regente de un paraíso ficticio descrito en una obra de Garci Rodríguez de Montalvo de 1510. Colorado toma su nombre del color rojo de la tierra a la que los españoles llamaban «tierra colorada». Igualmente, el río Colorado, fue llamado así por los españoles por el color rojizo de sus aguas, debido al barro que arrastraba desde las montañas. Florida la llamó así, por primera vez, Juan Ponce de León, por haberla descubierto el Domingo de Resurrección (llamado también, en España, Pascua Florida). Por ello, y en recuerdo de ese día le llamó «Tierra de Pascua Florida». El nombre de Nuevo México fue utilizado por primera vez por Francisco de Ibarra porque en el siglo XVI creían que los indios que habitaban el territorio eran mexicas (aztecas), aunque en realidad eran otras tribus. Montana le debe su nombre a la palabra española «montaña» pues, los primeros españoles llamaron «Montaña del Norte» a las zonas montañosas del oeste de Estados Unidos. Nevada se llama así porque limitaba al oeste con Sierra Nevada (también de origen español). Texas proviene de la palabra «teja» que significaba amigo. Otra versión afirma que se debe al árbol «teja», porque los españoles vieron muchos árboles de este tipo en la región. Utah procede del nombre que los españoles pusieron a los indios de esa zona. Hay otros mil nombres de origen español que no nos detendremos en enumerar.

En Canadá pusimos nombre a las islas Cortés, López, San Juan e Hidalgo y a muchos otros lugares. Más al sur, y poco a poco, se fueron incorporando a la soberanía española estados como Arizona, Nuevo México, Texas, Luisiana, Florida y California. ¿Y quién sabe que el nombre «Madrid» no solo es el de la capital de España sino también el de ciudades de los estados de Alabama, Nebraska, Iowa, Nueva York y Virginia? Cualquiera podrá reconocer que, si todo esto hubiera sido realizado por Inglaterra o Francia, los estudiantes de todo el mundo lo aprenderían en los colegios desde pequeños.

Antes de continuar queremos hacer alguna aclaración. Cuando hablamos del Virreinato de Nueva España, nos referimos a un inmenso territorio que abarcaba

gran parte de América del Norte y casi toda América Central. Llegó a tener una extensión de 6.000.000 de kilómetros cuadrados, sin contar las posesiones asiáticas: 12 veces España. Abarcaba México, California, Nevada, Colorado, Utah, Nuevo México, Arizona, Texas, Oregón, Washington, Florida, zonas de Idaho, Montana, Wyoming, Kansas, Oklahoma y Luisiana. Todos estos territorios forman parte de Estados Unidos. También abarcaba parte de Canadá y muchos otros países.

Y algunos pocos datos nos pueden ayudar a comprender el alcance de la presencia española en Norteamérica. Son los siguientes:

—Superficie actual de Estados Unidos: 9.400.000 de km^2.
—Superficie que estuvo bajo soberanía inglesa: 1.000.000 de km^2.
—Superficie que estuvo bajo soberanía española: 5.000.000 de km^2.

Si el Virreinato de Nueva España era inmenso, su frontera norte también lo era. Recorría una gran parte de los actuales estados Unidos: California, Arizona, Nuevo México, Texas, Luisiana, Florida y, todos ellos, quedaban dentro del Virreinato… Tenía una longitud de más de 3.000 km y había que defenderla. ¿Defenderla de quién? De las tribus indias que atacaban los territorios españoles, sobre todo siux, comanches y apaches y, más adelante, de los ingleses.

Y ahora que tratamos de tantos territorios de Estados Unidos que fueron españoles, es el momento de exponer unas breves pinceladas de los contactos entre los indios y los españoles. El cine de Hollywood hizo famosas las tribus indias, casi siempre presentados como «los malos de la película» y hoy son conocidas en todo el mundo. Desde el principio España se relacionó con las tribus cheyenes, sioux, arapahoes y navajos, entre otras. Pero parece que los indios de esas tribus aparecen en la historia, de repente, a mediados del siglo XIX, cuando los norteamericanos los van expulsando de sus tierras, para buscar oro. Es el más recurrente de los guiones de las películas: vaquero bueno contra indio malo. Probablemente sea una manera inconsciente de crear una especie de historia mitológica (aunque son términos opuestos). Pero sin embargo, una vez más, la historia fue de otra forma. ¿De otra forma? ¿Otra vez los españoles primero? Claro, si llegaron allí antes que los vaqueros de las películas pues, necesariamente otra vez, los españoles primero.

Las películas de indios suelen narrar la conquista del oeste —la invasión de

las tierras indias— por los norteamericanos. Alguien podrá pensar: ¿y no es lo mismo que hicieron los españoles al llegar a América? No. No es lo mismo, porque los españoles convivieron con los indios, se casaron con ellos, formaron sociedades con ellos y no los echaron de sus tierras (allí siguen sus descendientes). Y en Norteamérica, ni convivieron con los indios, ni se casaron con ellos, ni formaron sociedades con ellos y, además, sí los echaron de sus tierras. Cuando tiene lugar la conquista del oeste por los vaqueros americanos hacía ya varios siglos que los contactos, el conocimiento mutuo, la paz y la guerra con ellos, ya habían tenido lugar entre los habitantes de Nueva España y muchas de aquellas tribus. Precisamente porque fueron muchas, vamos a hacer referencia solo a dos de ellas: las tribus comanche y apache.

Las tribus indias en contacto con los españoles fueron muy diversas: guerreras y pacíficas, nómadas y sedentarias, ganaderas y agrícolas, etc. Pero, entre ellas, pocas fueron tan belicosas, guerreras y hostiles como los apaches y los comanches (afortunadamente eran enemigas entre sí). Mataban, robaban, quemaban y destrozaban todo lo que podían. Era su forma de vivir y de hacer la guerra. Estas tribus vivieron en el imperio español, en el norte de Nueva España. Especialmente los apaches fueron los que más costó pacificar. Eran los mejores jinetes de América, evitaban la lucha si estaban en desventaja y, cuando peleaban, lo hacía a muerte y sin cuartel. Lo malo era que, estas tribus, recorrían un amplio territorio dentro de las fronteras del Virreinato: desde Arizona y Nuevo México hasta Oklahoma y Texas. Y todo eso había que pacificarlo.

El virrey español, conde de Gálvez, dejó unos escritos donde habla de estos indios. Su relación es muy viva y gráfica. Detalla su forma de guerrear y por qué fueron, verdaderamente, un problema. Este virrey fue nombrado Ciudadano Honorario de Estados Unidos, en noviembre de 2014, por su intervención en favor de Estados Unidos, en su guerra de independencia contra Inglaterra. Gálvez escribió:

> «El modo de conducirse es siempre el mismo. Se forma la tropa, grande o pequeña, y nombran entre todos un jefe que los mande, el más atrevido, más sagaz y más acreditado, cuya elección nunca sale errada, porque jamás tiene parte en ella la adulación … sólo la utilidad pública, y no hay nobleza heredada, favor, ni fortuna que se interponga. A este jefe lo obedecen hasta perder la vida, solamente en campaña, pues en sus

> rancherías todo hombre es independiente. Trae cada uno su caballo, por supuesto muy bueno… Caminan de noche… haciendo alto en las sierras pedregosas donde no se estampa la huella para no ser seguidos por el rastro. Desde las alturas dominan y registran los llanos; no hacen lumbre, siempre atacan por sorpresa; sus golpes son terribles y casi inevitables, pues tienen constancia para esperar un mes entero la hora del descuido».

Estos indios, así como otras tribus parecidas, debían ser la pesadilla del virrey que, como todo gobernante, deseaba paz en los territorios que tenía encomendados y, por lo que vemos, no siempre la conseguía. De hecho no es usual que, en los documentos escritos por los virreyes se dedique tanto tiempo a describir las cualidades bélicas de los indios. Sin duda, para él, era un problema. Continúa:

> «Se embadurnan el cuerpo y se coronan la cabeza con hierbas y tendidos en el suelo parecen pequeños matorrales. Así se acercan a los soldados y les registran la ropa y el cuerpo con el mayor silencio mientras duermen… Mientras hacen esta tarea se comunican con infinita variedad de voces imitando exactamente el canto de lechuzas, tecolotes y el aullido de coyotes, lobos y otros animales. Cuando han explorado bien la zona, por medio de las mismas señales se retiran, desatan sus caballos, los montan y guardando el mismo silencio hasta la inmediación en que pueden ser sentidos embisten con tanta furia que no dan tiempo de tomar las armas ni ponerse en defensa al hombre más diestro y de más precaución… tomando bien sus medidas nunca fallan el golpe y diez indios, en poco más de un minuto dejan a veinte de los nuestros en el campo… No se puede explicar la rapidez con que atacan ni el ruido con el que pelean, el terror que derraman en nuestra gente, ni la prontitud con que dan fin a todo… Siempre atacan por sorpresa, sus golpes son terribles y casi inevitables pues ellos tienen paciencia para esperar un mes entero el momento oportuno de atacar».

El importante encargo de defender un territorio tan enorme, y con tantas tribus indias, se les dio a los «Dragones». Estos eran batallones de los ejércitos europeos que estuvieron en activo desde el siglo XVI hasta el XIX. Se

caracterizaban porque cuando actuaban al ataque lo hacían a caballo y cuando actuaban a la defensiva, lo hacían a pie. Para defender la frontera de Nueva España había 15 compañías de «Dragones de Cuera». La «cuera» era un abrigo sin mangas formado por varias capas de piel, hasta siete capas que, en consecuencia, a veces llegaba a pesar más de diez kilos. La cuera se mostró como la mejor defensa contra las flechas de los indios: no la traspasaban mortalmente. Las compañías la formaban, las más numerosas, unos 50 militares españoles y algo más de 100 indios cada una. Se instalaban en fuertes o «presidios», que no tenían nada que ver con cárceles. Los presidios eran, sencillamente, fortificaciones para que se acuartelaran las tropas y tenían fines fronterizos.

Tras el descubrimiento del nuevo continente, España se lanzó a su colonización. Sería un grave error pensar que el motor de esta aventura era solo económico. Sin duda, el oro y la plata, atraían en el siglo XV tanto como a nosotros en el XXI. Sería hipócrita censurar que algunos quisieran riquezas, como si los europeos colonizadores de otras zonas del planeta, siglos después, no las hubieran querido. Como si nosotros mismos tampoco las quisiéramos. Y también sería un error pensar que las riquezas no tuvieron nada que ver. Pero el alto número de sacerdotes y frailes que se embarcaron hacia América, sin nada material que ganar, ni riquezas que buscar, hace pensar en un motivo mayor: la evangelización. Además, todos los reyes de España insistieron en que a los indios había que darles un trato humano, «como a los vasallos de Castilla». El afán de riquezas solo fue uno de los motores de una empresa que, si solo se hubiera movido por el oro, habría sido un fracaso desde el principio. El motor principal de la colonización de América fue la evangelización. La prueba de ello es que ningún otro país a lo largo de la historia mandó tantos sacerdotes y frailes como España mandó a América. Los nombres más usuales de barcos, ríos, ciudades, etc. eran de santos, advocaciones de la Virgen y acontecimientos religiosos.

Que la evangelización fue uno de los pilares de la colonización española lo demuestra la fundación de numerosas misiones desde las que, frailes y sacerdotes, intentaban enseñar la fe católica a los indios y donde, siempre, encontraron refugio y protección. Un ejemplo entre muchos es una de las misiones fundadas por el fraile Junípero Serra llamada san Carlos Borromeo de Carmelo, en 1771, en el condado de Monterry, California. La construyeron entre

él mismo, cuatro indios ya católicos, tres marineros y cinco soldados. Que los marineros y los soldados ayudaran, sin las mínimas condiciones necesarias y con la carencia de los materiales imprescindibles, es prueba concluyente de que, la idea de evangelizar, era una constante entre la población española. Pero esta idea de evangelizar no se limitaba a predicar la palabra de Dios. Serra procuraba a los indios medios de subsistencia. Con mucho sentido común fray Junípero Serra basó la economía en cultivar maíz, trigo y viñedos, y en criar ganado. Y siempre haciendo frente a un problema ya conocido: la escasa inmunidad de los indios a las enfermedades que los convertía en objetivo de las bacterias y los microbios. De todas formas, y como se vio por el crecimiento de la población india unos 20 años después, la misión era, verdaderamente, un lugar de trabajo y vivienda para los indios.

El primer descubridor en el que nos fijaremos es Juan Bermúdez que realizó once viajes a América entre los años 1495 y 1519, la mayoría de ellos como piloto. El piloto de una nave era un importante cargo en la navegación. Era, por explicarlo llanamente, el que guiaba el barco. En 1505 partió de Sevilla para llevar provisiones a los asentamientos españoles en América. Tiempo después, en uno de sus viajes de vuelta, en vez de ir hacia el noreste fue hacia el norte. En esa ruta encontró una serie de islas a 1.000 km al este de Carolina del Sur. Juan Bermúdez las bautizó con el nombre de su barco: Garza. Pero la historia, rindiendo homenaje a su descubridor, las rebautizó como islas Bermudas. Hoy son un país independiente compuesto por cerca de 400 islas.

En 1503, el explorador vallisoletano Juan Ponce de León fue uno de los participantes en la conquista de Higüey, en la actual República Dominicana, que capitaneaba Nicolás de Ovando. Dicha conquista, a pesar de la fuerte resistencia de los nativos, fue un éxito. Más tarde, Ponce de León pidió permiso para explorar una isla cercana llamada Borinquén (actual Puerto Rico). Como recompensa a sus servicios le concedieron autorización para marchar, con casi cincuenta hombres, hacia aquella tierra inexplorada en la que no sabían lo que encontrarían. Allí, al norte de aquella isla del Caribe, fundó el primer asentamiento, su capital, la actual San Juan de Puerto Rico. Fue nombrado Gobernador para que la colonizara y entablara relaciones amistosas con los nativos.

Pasados unos años, en 1512, Ponce de León se planteó un nuevo reto. Hasta entonces las islas Bahamas era uno de los puntos más al norte en el que se internaban los barcos españoles. Observando su situación respecto a Cuba, La

Española (República Dominicana actual) y Puerto Rico se comprende que la navegación al norte de estos lugares estaba destinada al descubrimiento de Florida. El reto de Ponce de León fue navegar más allá del norte conocido y para ello contó con dos carabelas y el permiso de Fernando el Católico (solo de Fernando, y no también de Isabel, pues la reina falleció en noviembre de 1504). Así llegó, siempre hacia el desconocido norte, a la península de Florida que descubrió el 27 de marzo de 1512. Era el primer encuentro de la península con una larga serie de exploradores españoles que, con el tiempo y muchísimo trabajo, terminarían por convertir Florida en una de las colonias españolas que hoy forman parte de Estados Unidos. No fue fácil. Los intentos de exploración, asentamiento y colonización de la tierra fueron en vano durante mucho tiempo. Pero una vez que comenzaron las exploraciones, ya fue parte de la monarquía española.

Sobre las dificultades a las que se enfrentaban los españoles al llegar a nuevas tierras y entrar en contacto con otros pueblos, podemos citar a los indios de la tribu timucua. Muchos de sus componentes practicaban el canibalismo, eran polígamos y, con frecuencia, las indias cuando tenían hijos, los sacrificaban al dios sol. La misma muerte de Ponce de León es un ejemplo de la dificultad de aquellas expediciones. En una de sus múltiples aventuras, en 1521, luchando contra unos indios le dieron un flechazo. Poco después moría en la Habana a consecuencia de las heridas. Allí había ido para morir y en su catedral está enterrado.

Fue aquí, en Florida, donde se fundó la primera ciudad que perduraría para siempre. Fue la primera colonia europea, española, que ya no permanecería solo unos años hasta que los tifones, o los indios, o las enfermedades, o cualquiera de los mil peligros que existían, acabara con ella. La primera ciudad permanente de América del Norte llamada San Agustín de la Florida fue fundada por Pedro Menéndez de Avilés y es la ciudad más antigua de Norteamérica. Corría el año 1565. Hoy las cosas nos parecen tan asequibles como son en el siglo XXI pero, en aquellos siglos, no era así. Acabamos de decir que la ciudad más antigua de Norteamérica es san Agustín. Y podría parecer que se fundó y ya está. Que los españoles continuaban sus exploraciones y fundaban ciudades que permanecían en el tiempo. Pero la realidad era muy diferente. Si san Agustín es la ciudad más antigua de Norteamérica, no fue la primera en fundarse. Se hacían varios intentos hasta que se lograba que un asentamiento tuviera condiciones para

pervivir. Y había que intentarlo hasta que se conseguía. Así, antes que San Agustín se fundó San Miguel de Guadalupe en 1526, Santa Mónica Filipino en 1559, y Santa Elena en 1560. Y tantos otros asentamientos y fundaciones fallidas porque cuando no era el clima, era la falta de agua, o los ataques de los indios, o las enfermedades y otras mil causas…

Fue también la población más septentrional de los dominios españoles en América y, en consecuencia, largamente deseada por los ingleses. Hacerse con ella hubiera supuesto poner «una pica en Flandes» pues marcaría el límite de sus dominios, mucho más allá de donde los tenían. De hecho, en 1668, el pirata inglés Robert Searle la atacó, bombardeándola desde el mar, pero no pudo conquistarla. Entonces, para asegurar la defensa de la ciudad, en 1672, se comenzó la construcción del castillo de San Marcos y se finalizó en 1695. Se había construido con una rapidez excepcional —solo 23 años—, prueba de la gran importancia que le otorgaban a su defensa. Más tarde, en 1702, Inglaterra la atacó y bombardeó de nuevo y, de nuevo, no pudo conquistarla. Sin embargo, inasequibles al desaliento, otra vez en 1739, los ingleses intentan hacerse con ella. Nuevos ataques, nuevos bombardeos y nuevo fracaso. Había valido la pena la construcción del castillo pues, hay que tener en cuenta que, hasta ese momento, San Agustín estaba rodeada de nueve fuertes de madera, tan pequeños y simples como los de las películas de indios y vaqueros. Esos fuertes respondían a las necesidades defensivas contra los indios, ahora las necesidades defensivas habían crecido.

Este territorio fue muy difícil de colonizar. Los indios eran belicosos, la tierra era mala para la agricultura, poco apta para la ganadería, no había riquezas… Pero se llenó de ranchos, poblados, misiones y fuertes que mantendrían la soberanía española hasta el siglo XIX pues su importancia estratégica era enorme. Salvaguardaba el Virreinato de Nueva España cuya extensión abarcaba México y los actuales países de América Central, además de algunos territorios de Estados Unidos.

Si continuamos la pista de algunos descubrimientos por orden cronológico, nos encontramos con que uno de los mayores hallazgos realizados esta vez, no fue un trozo de continente ni una isla. En esta ocasión fue mucho más importante. Antón de Alaminos fue, durante mucho tiempo, piloto en las naves de Ponce de León. Con su experiencia y el conocimiento que tenía de las corrientes marinas, necesarias para «ayudarse» en la navegación de los buques,

era el hombre idóneo para el descubrimiento, en abril de 1513, de la «Corriente del Golfo». Esta corriente, la más importante del hemisferio norte de la Tierra, mejoró considerablemente la navegación entre Europa y América. Este descubrimiento trajo la ventaja de que los galeones y demás barcos podrían «dejarse llevar» por la corriente. Así ganaban seguridad y rapidez en una travesía y en unos tiempos en que la navegación era tan peligrosa.

Siguiendo adelante en el tiempo, y saltándonos numerosas exploraciones, llegamos a 1526. Aquel año, Vázquez de Ayllón, obtuvo en España autorización para explorar la fría tierra que se extendía al norte de Florida y que nadie sabía aún hasta donde llegaba. Desde Puerto Plata, en Santo Domingo, partió con cinco barcos costeados de su fortuna personal. Su propósito era colonizar Virginia, más allá del actual estado de Carolina del Norte. En este último territorio fundó el primer emplazamiento europeo de la costa este de los Estados Unidos, San Miguel de Guadalupe. Continuó más al norte y logró explorar la bahía de Chesapeake, Virginia y, fiel a la tradición española que llevaban a cabo todos los exploradores, levantó el primer mapa de esa bahía. Ayllón llamó a la actual bahía de Chesapeake bahía de Santa María. Todo esto tenía lugar cien años antes de la llegada de los Peregrinos en el buque Mayflower en diciembre de 1620. En este barco iban los 102 primeros colonos ingleses. Huían de Inglaterra, dicho sea de paso, porque eran de religión puritana calvinista y el rey inglés los perseguía porque la religión oficial inglesa era la anglicana.

Si tuviéramos que destacar a un explorador español, por sus incursiones y descubrimientos, podría ser Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Fue el primero en cruzar en toda su anchura América del Norte. Partió de Santiago de Cuba y pasó por los actuales territorios de Florida, Alabama, Misisipi, Luisiana, Texas, Chihuahua, Nuevo México y el desierto de Sonora, uno de los más calurosos del mundo. Recorrió grandes zonas de Estados Unidos y México. Fue el primer hombre blanco que vio bisontes a los que, recordando las tierras de España, comparó con toros. En sus escritos, verdaderas obras de geografía descriptiva del siglo XVI, describió todos los beneficios que las tribus indias obtenían de ellos. El historiador estadounidense Charles Lummis, en su libro «*Los descubridores del siglo XVI*», sobre Cabeza de Vaca entre otros, afirma:

> «Como proezas de resistencia física, las jornadas de estos olvidados héroes, puede afirmarse con toda seguridad que no tienen paralelo en la

historia. Fueron las marchas más asombrosas que ha podido hacer hombre alguno».

Esta afirmación es un reconocimiento a la exploración que realizó entre 1527 y 1536. Comenzó con seiscientos hombres y cinco naves y solo lograron sobrevivir cuatro de ellos. En una aventura tan duradera, larga y costosa las experiencias de los exploradores fueron de lo más variadas: pantanos, bosques, desiertos, indios y un largo etc. propio de la más fantástica novela. Fueron hechos prisioneros por algunas tribus. Otras veces fueron sus aliados, amigos, curanderos, etc. A lo largo de aquellos años, Cabeza de Vaca, en parte para mejorar su situación con algunas tribus, se hizo pasar por médico lo que, unido a ciertos conocimientos de medicina y mucha suerte, le atrajo el agradecimiento de los indios. Esto le facilitó su expedición pues, mientras duró, entró en contacto con las tribus timicuas, seminolas, túnicas, navajos, shoshones, pueblos, carancavas y otras más hasta un total de 14 naciones indias. Cuando llegaron a la costa mexicana del Pacífico habían recorrido 20.000 km. De vuelta a España, Carlos V lo nombró Gobernador de Río de la Plata y, en sus andanzas para tomar posesión del cargo descubrió las cataratas de Iguazú.

Pasados pocos años comenzó a explorarse el sureste de Estados Unidos. Era el turno de Hernando de Soto y corría el año 1539. Se adentró en el occidente de Florida y en algo más de cuatro años recorrió gran parte de Norteamérica, por los actuales estados de Florida, Georgia, Carolina del Sur, Tennessee, Alabama, Misisipi, Kentucky, Missouri, Arkansas, Texas, Luisiana, Indiana, Ohio e Illinois, hasta llegar a Chicago. Alcanzó la frontera con el actual Canadá que, entonces, era tierra despoblada y desconocida en su mayor parte.

El siglo XVI fue una época en que los grandes descubrimientos españoles y las exploraciones por inmensos territorios no se daban tregua. No se había terminado uno cuando el siguiente ya estaba en preparación. Así, inmediatamente después de Hernando de Soto, en 1541 Vázquez de Coronado exploraba el oeste de las tierras norteamericanas. Fue el primer hombre blanco que se internó en el legendario oeste de las películas, con la salvedad de que lo hizo 400 años antes que Hollywood las filmara. Alcanzó Nuevo México, Texas, Oklahoma, las Rocosas, Colorado, Kansas y Nebraska. Uno de sus objetivos fue llegar a la mítica ciudad de Cíbola, famosa por sus riquezas pero que nunca existió.

Se sabía que el norte del continente era muy grande, pero nadie conocía hasta qué punto. Coronado fue el primero que obtuvo una idea clara de su anchura. Es difícil apreciar en su justa medida el mérito de un hombre que había recorrido 6.000 km de tierras que nunca antes habían sido pisadas por el hombre blanco. Vázquez de Coronado había realizado algo de cuya importancia ni él mismo era consciente: con sus 6.000 km de recorrido y conocimiento de nuevas tierras había abierto la puerta para continuar la colonización de unos territorios que parecían no tener fin. Y no fue fácil. Posiblemente fue de todo, menos fácil. Uno de los problemas más constantes a los que tuvo que hacer frente fue que se topó con numerosas tribus indias. Unas pacíficas, otras desconfiadas y otras abiertamente belicosas y enemigas. Pero la penetración española ya no se detendría.

En 1558 le tocó el turno a Lavazares. Este penetró en la actual Texas e hizo la toma de posesión oficial en nombre del rey de España Felipe II. No se tenía aún un conocimiento correcto de las dimensiones de los territorios, ni de sus posibilidades humanas, económicas y de habitabilidad. Lo que sí se sabía —y en función de ello se actuaba— es que las tierras al norte de México, posesión española, desconocidas por cualquier europeo hasta el momento, debían ser del rey de España antes que del rey de otro país. Era España la que estaba llevando su cultura, su esfuerzo y su deseo de evangelización. En consecuencia, Lavazares, como tantos otros conquistadores, con la toma de posesión de la zona, añadía un extenso territorio a los ya extensísimos territorios de España en el continente descubierto por Colón. A continuación siguió su camino hacia el este, en el Golfo de México hasta llegar a la bahía de Mobile, en la actual Alabama.

Ciertamente, 1558 no fue el año en el que España pisó Texas por primera vez. Bastantes años antes, otros conquistadores habían llegado a esa zona y eso era lógico pues Texas era el límite norte de México. La importancia de la actuación de Lavazares fue la toma oficial de esa tierra. Desde ese momento ningún otro país podría tomar lo que ya era de España. Sin embargo, hubo una expedición francesa que lo intentó. Se internó en la zona y probó suerte. Fue la expedición de Cavelier de La Salle de 1685 a 1689, 127 años después de España. Intentó colonizar la desembocadura del Misisipi y fundó el Fort Saint Louis. Pero la expedición estuvo mal preparada desde el principio pues Francia no tenía ni buenos navegantes ni tradición marinera. Los mapas que llevaban eran equívocos, cometieron importantes errores de navegación y, por si fuera poco,

atracaron a 650 km del sitio al que querían ir. En el colmo del desastre los colonos se dividieron y se pelearon entre sí. Finalmente, los ánimos llegaron a tal extremo de violencia que asesinaron al propio La Salle y abandonaron Fort Saint Louis.

Madrid se enteró inmediatamente de la expedición francesa y se propuso evitar la amenaza de un fuerte francés construido en territorio español —sin ninguna autorización— que, además, podía amenazar el Virreinato de Nueva España. El gobierno de España mandó una expedición para encontrar y eliminar el asentamiento. El intento francés había sido un fracaso hasta el punto de que los expedicionarios tuvieron que abandonarlo. Cuando los españoles llegaron ya no había nadie y se limitaron a enterrar las armas y quemar los edificios. Cada fundación y asentamiento realizado por los españoles costaba varias expediciones y varios intentos hasta que, finalmente, daba resultado. Francia no podía esperar, sin tradición marinera alguna, llegar y fundar una colonia al primer intento y en un territorio a miles de kilómetros de su metrópoli. El lugar en el que se asentaron se excavó en 1996 y en la actualidad es un yacimiento arqueológico. España llevaba en América, evidentemente, mucha ventaja sobre las demás potencias europeas.

El 18 de agosto de 1598 se fundaba la primera ciudad española de Nuevo México, también parte de los actuales Estados Unidos. Se llamó San Gabriel y la zona en la que se asentó San Juan de los Caballeros. Contrariamente a lo que se suele pensar el nombre de San Juan de los Caballeros no tiene su origen en la célebre orden de caballería del mismo nombre sino al trato, completamente caballeroso y humano, que los conquistadores españoles concedieron a las tribus de indios oh-ke. Con el paso del tiempo, unos años después, San Gabriel se abandonó debido a sus escasas condiciones de habitabilidad. Para trasladar la población se buscó un sitio que, esta vez, ofreciera mejores condiciones, y en 1610 se fundó Santa Fe que es la primera capital de un territorio de los Estados Unidos: Nuevo México. En esta ciudad se encuentra la iglesia más antigua de Norteamérica, construida por los españoles a principios del siglo XVII, a la que pusieron por nombre Iglesia de San Miguel.

Nos encontramos ya en el último tercio del siglo XVII. Arizona, al sudoeste de los Estados Unidos, es posesión de la corona de España. Parecía que todo iría sobre ruedas pero, la verdad, es que pocos territorios costaron tanto esfuerzo. Si en principio se supuso que la zona atraería pobladores, el tiempo acabó quitando

la razón a quienes pensaban así. La situación llegó al extremo de que, desde México, capital del Virreinato de Nueva España, se consideró la posibilidad de que los españoles que habitaban aquellos lejanos, grandes y áridos territorios abandonaran la zona y volvieran hacía México. Si allí había población española, el virrey debía darles protección y procurar su subsistencia. Sin embargo, Arizona estaba demasiado lejos y los colonos malvivían. Así pues, era preferible que volvieran pues dejarlos sin protección y apoyo era impensable. Una vez más fueron los deseos de evangelización los que lograron que Arizona continuara siendo española. Entró en acción un jesuita al que solo le movía el afán de cristianizar a los indios, el Padre Kino. El jesuita comprendió que, si se iban los españoles, no habría posibilidad de evangelización y puso todo su empeño para que siguieran allí.

El padre Kino logró que los colonos continuaran en aquella tierra. Es uno de los hechos que demuestran que no fueron ni el oro ni la plata los motores de la colonización española. ¿Qué tenía que ganar España en aquellas extensas regiones? Nada, como demuestra el hecho de que, incluso hoy, sea uno de los territorios más despoblados de Estados Unidos. Lo que importaba era el alma de los indios: había que evangelizar. Los sacerdotes no se rindieron y, el padre Kino, comenzó el trato amable y humano con las tribus guaymas y seris. Más tarde también contactaría con otras tribus como la de los indios papagos, pumas, apaches, sobas, opas y cocomaricopas. El padre Kino no desaprovechó la ocasión de explorar y de investigar. Así, fue el primero que descubrió que California no era una isla, sino una península. Era 1698. Le dio el nombre de Alta California y sus mapas y planos supusieron un avance notable en el conocimiento y la cartografía de Norteamérica. Exploró Sonora en México y Arizona en Estados Unidos. No es que no se conocieran sino que se ampliaba ese conocimiento de unos territorios tan extensos que no se podían recorrer en una sola exploración. Al final de su vida había recorrido 30.000 km y fundó más de 30 ciudades. Una escultura de Kino se encuentra hoy en el Capitolio de los Estados Unidos.

Pasamos al siglo XVIII y el protagonista ahora es un fraile franciscano: Silvestre Vélez de Escalante. En 1776 buscó un camino practicable que uniera Santa Fe con Monterrey, en California. Para ello atravesó, entre otros caminos, 2.000 km por el desierto de Mojave y formó la «Spanish Old Trail» y, de esa manera, fue el primero en atravesar Utah. Cruzó para ello los actuales estados

norteamericanos donde se encuentran las Montañas Rocosas: Utah, Colorado y Arizona y las naciones de las tribus indias comanches, lagunas y yutas, entre otras. En su recuerdo, a lo largo del estado de Utah se encuentra la ciudad de Escalante, el río Escalante, el valle Escalante, calles, colegios, etc. Y en 1996 se inauguró el Parque Nacional Grand Staircasa Escalante.

Seguimos en el siglo XVIII y la Expedición Malaspina, entre 1789 y 1794, llega al estrecho del Príncipe Guillermo. Basta observar un mapa del extremo noroeste de Estados Unidos para comprender el mérito de alcanzar semejante punto en el siglo XVIII. Entre otros logros, tomó posesión de lugares muy al norte de Estados Unidos, en la actual Columbia Británica canadiense. No obstante, no nos detendremos en ello pues, a Malaspina, le hemos dedicado un capítulo aparte.

Alaska. El frío norte de hielos perpetuos. Allí, el tres de junio de 1790 un español, Salvador Hidalgo, tomó posesión en nombre del rey de España Carlos IV. Así, el imperio español alcanzaba la máxima expansión de su historia. Para hacerse una idea de la lejanía de este asentamiento y de la amplitud del imperio se puede coger un atlas y buscar el paralelo 61 Norte.

A este estado, el más al norte de Estados Unidos, España mandó numerosas expediciones. Por nombrar solo las más importantes: la de Juan Pérez, en 1774; la de Hezeta-Bodega, en 1775; Bodega-Mourelle, en 1775; Bodega-Arteaga, en 1779; Esteban Martínez, en 1778-79; Eliza-Fidalgo, en 1790; Caamaño, en 1792; Alcalá Galiano, en 1792. Y muchas otras. En Alaska no se establecieron grandes ciudades españolas (allí no hay grandes ciudades), pero se conservan más de setenta nombres de origen español. Quizá el más curioso sea uno que, en inglés, suena como «Quitatayarock». Su origen es el siguiente: en una de las expediciones, el capitán de uno de los barcos de vela, al ver una zona peligrosa en la que sobresalía del agua una gran roca dijo: «quítate de allá, roca», porque los barcos de vela eran muy lentos para maniobrar, y ha quedado el sonido de «quitatayarock».

ALGUNAS CURIOSIDADES

ESTADO NORTEAMERICANO QUE FUE MÁS TIEMPO DE SOBERANÍA ESPAÑOLA

La península de Florida fue el territorio de los actuales Estados Unidos que más tiempo fue de soberanía española. Descubierta por Ponce de León en 1512 y vendida a Estados Unidos en 1820, fue de España durante más de 300 años. Y es de Estados Unidos desde hace 196 años, desde 1820 hasta hoy (2016). Queda todavía más de un siglo para que la península de Florida lleve bajo soberanía estadounidense lo mismo que estuvo bajo soberanía española.

EL CABALLO

En América era un animal desconocido. Fue uno de los mayores progresos que España llevó y los españoles eran conscientes de su importancia. De hecho, Bernal Díaz del Castillo, que escribió la conquista de México por Hernán Cortés, no concreta los nombres de los hombres que acompañaban al conquistador español, pero consigna los nombres de todos los caballos que llevaron con ellos en las naves. Fue, sin duda, uno de los más poderosos medios de exploración y conquista con que contaron los españoles. Originalmente eran de raza andaluza, árabe e hispano-árabes que, con los cruces y el tiempo, acabaron convirtiéndose en raza mustang. El término «mustang» viene del término español «mesteño» con el que llamaban los españoles a los caballos salvajes.

¿Cómo se hicieron los indios con manadas de caballos? De la siguiente forma. En todas las exploraciones que realizaron los españoles llevaban consigo caballos. Lógicamente, entre tantas expediciones y a lo largo de tantos años, algunos animales escaparían. Otras veces quedaron libres tras la muerte de sus dueños. En otras ocasiones las exploraciones fracasaron hasta el punto de no poder dominar a los animales cuando lo único importante era salvar la propia vida. Hubo de todo. Una vez libres, con hierba, agua y sin enemigos naturales se multiplicaron. Al principio, los indios los veían con curiosidad por sus inmensas praderas, eran animales grandes, fuertes, pero desconocidos para ellos y les llamaban «gran perro». Sin embargo, con el tiempo, comenzaron a atrapar a los descendientes de los que habían quedado libres y que se habían convertido en caballos salvajes. La pericia india no tardó en aprender a domesticarlos y tribus como siux, cheyenes, pies negros y comanches se convirtieron en los mejores jinetes de Norteamérica.

CARTOGRAFÍA

A medida que se iban realizando las expediciones, se iba realizando un increíble trabajo de cartografía y documentación: los nuevos territorios se iban pasando a mapas. El Archivo General de Indias, en Sevilla, es el archivo americanista más importante del mundo y contiene la mayor colección de mapas antiguos del continente americano. Para ir dejando algunos avisos importantes, en ocasiones, los exploradores españoles, cuando pasaban por algún territorio todavía desconocido y para cuando viniera el siguiente explorador (tan seguros estaban de que no podría ser más que español), dejaban varias cartas metidas en vasijas y enterradas a los pies de algunos árboles.

CAMINOS REALES

En las colonias españolas, los Caminos Reales eran rutas en las que, cada tres años, se organizaban «Conductas». Las Conductas eran caravanas de carretas que transportaban colonos, familias, semillas, plantas, ganado, suministros, víveres, etc. Tuvieron una finalidad importantísima pues, hasta que una colonia era capaz de valerse, abastecerse y sostenerse por sí misma, estas caravanas servían para mantener el contacto con lugares más seguros. Eran escoltadas por los prestigiosos «Regimientos de Dragones de España». Unían ciudades, comunidades, misiones, fuertes…

El más importante era el Camino Real de Tierra Adentro. Su recorrido duraba 6 meses y, a través de 2600 km, unía México y Santa Fe. El Camino Real de los Tejas era el de penetración en Texas. Unía misiones y fuertes españoles entre Luisiana y México. Tenía 4.000 km. Estos Caminos Reales llegaron a formar una verdadera red. En 2004 fueron declarados «Camino Histórico Nacional» de Estados Unidos.

LA PRINCESA POCAHONTAS

El nombre de «Pocahontas» trae a la memoria la película del mismo nombre, rodada en Hollywood en 1995. Cuenta el amor entre una princesa india (Pocahontas) y un colono inglés (Smith). La historia fue cierta y los protagonistas también. Y es un hecho conocido porque lo divulgó la película. Sin

embargo, los primeros protagonistas de un hecho semejante en América, vivieron en otro tiempo, en otro lugar y tenían otros nombres. El primer colono del que se enamoró una india y que le salvó de una muerte segura fue el español Juan Ortíz, nacido en Sevilla en el siglo XVI. En una de las expediciones que realizó cayó prisionero de los indios de la tribu ucita, junto con sus compañeros.

Se le condenó a morir quemado vivo pero no se llegó a ejecutar la condena. Se salvó porque la hija del jefe de la tribu, llamada realmente Ulele, se enamoró de él y consiguió que su padre le perdonara la vida. El jefe indio le perdonó pero, como no dejó de maltratarlo, la princesa Ulele le preparó la huida. Huir, pero ¿a dónde? Todo rastro de civilización española estaba lejísimos. Ulele encontró ayuda en el jefe indio de la tribu mococo que, como eran rivales de los ucita, protegió a Juan Ortiz. Allí estuvo durante 10 años, hasta que una expedición capitaneada por Hernando de Soto lo encontró y lo rescató.

BANDERAS Y ESCUDOS DE ESTADOS UNIDOS

Numerosos símbolos de Estados Unidos tienen su origen en los símbolos de España.

> —La bandera confederada. Aunque ha evolucionado a lo largo del tiempo, siempre ha tenido relación con la historia de España. Al principio tenía las franjas y los colores de la bandera de España y actualmente lleva trece estrellas dentro del Aspa de san Andrés o Cruz de Borgoña, símbolo de la bandera española en los siglos XVI-XVIII.
>
> —La bandera de Florida. Esta bandera tiene también, en recuerdo de su pasado español, la Cruz de Borgoña que, se encontraba en el escudo de armas de los reyes de España hasta Felipe VI. Sobre ella, el escudo del estado de Florida.
>
> —La bandera de Alabama. En la actualidad es, sencillamente, la misma que utilizaron allí los españoles durante más de tres siglos: la Cruz de Borgoña sobre fondo blanco.
>
> —La bandera de Arizona. En el centro, una estrella de bronce recuerda su pasado minero y, en la parte superior, trece barras con los colores rojo y amarillo de la bandera de España.

—La bandera de Nuevo México. También lleva el rojo y amarillo de la bandera de España.

—La bandera de Montana. Tanto su bandera como su escudo llevan, en español, la leyenda «oro y plata», en referencia a su pasado minero.

—El escudo de Texas. En la parte superior derecha está la bandera de España.

—El escudo de Los Ángeles. En la zona inferior izquierda el símbolo del reino de Castilla y León y abajo el año de su fundación por España.

—El escudo de Puerto Rico. Otorgado por el rey Fernando el Católico en 1511. Es el más antiguo de América.

—El escudo de Alabama. En la zona superior izquierda está el escudo de Castilla y León.

—Y en la fachada del Capitolio de los Estados Unidos, el escudo de Castilla y León.

EL SÍMBOLO DEL DÓLAR

El símbolo del dólar «$» representa una de las monedas más importantes del mundo, pero ¿de dónde surgió ese símbolo? De nuevo, tienen mucho que ver los reyes de España Isabel y Fernando. Las dos barras que atraviesan la S representan las Columnas de Hércules que formaban parte del escudo de armas medieval de Fernando el Católico. Las dos columnas se entrelazaban con una cinta con el lema en latín: *non plus ultra*, cuya traducción es «nada más allá», (que no había nada más allá del mundo conocido). Tras el descubrimiento de América, el nieto de los reyes, el emperador Carlos V, acortó la leyenda quitándole el «*non*». Entonces, solo quedó: *plus ultra*, cuya traducción es «más allá», (que sí había algo más allá del mundo conocido: América). Esta es la explicación del escudo de los Reyes Católicos que mantuvieron los sucesivos reyes de España.

Las monedas que se acuñaban en las colonias americanas tenían las efigies de los reyes españoles en una cara y las Columnas de Hércules en la otra. El dólar era una de las monedas que se acuñaba desde 1787, año en el que el Congreso de los Estados Unidos decidió la creación de esa moneda. Y como el dólar se creó con la paridad al «duro» español, adoptó como símbolo el de las

monedas españolas: las dos Columnas de Hércules entrelazadas con la cinta, pero cambiándolo un poco: alargaron la cinta hasta convertirla en una «s». Esta moneda se utilizó en las trece colonias originales que Inglaterra tenía en lo que después serían los Estados Unidos y cotizó en la Bolsa de Nueva York hasta 1997. El símbolo creado a partir del escudo de los reyes de España continúa vigente hasta hoy como representación de la moneda de Estados Unidos.

A MODO DE EPÍLOGO

Hemos llegado al final de este capítulo y deseamos aclarar de nuevo que los descubridores y personajes que han ido apareciendo por estas páginas son solo una mínima parte de los que descubrieron, exploraron, fundaron, colonizaron y llevaron el Evangelio a aquellas tierras. Una lista completa necesitaría varios tomos y, además, no es esa nuestra intención. Hoy, que tanta historia se está «fabricando», con este pequeño capítulo solo deseamos recordar una parte de la historia de España y de Norteamérica.

Antes de que Estados Unidos existiera como país en 1776, el «lejano Oeste» de las películas del cine había sido explorado y conquistado por españoles. Antes de que los colonos ingleses y sus descendientes exterminaran a las tribus de los indios de las praderas, los exploradores españoles ya habían entrado en contacto con la mayoría de ellas y sin necesidad de exterminarlas. España guerreó, hizo convenios, firmó pactos y comerció con ellos. Siempre las respetó como naciones. Combatió y pactó con los indios, a los que el cine hizo famosos varios siglos después. Dejó su huella de Florida a California cruzando por los actuales estados de Texas, Nebraska, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Missouri, Kansas, Colorado, Arkansas, Arizona, Nuevo México, Alabama, Misisipi, Tennessee y Alaska. Si la bandera de España ondeó en esos lugares fue gracias a españoles que quisieron hacer historia, españoles de una «pasta» especial. Una historia apasionante, casi siempre sufrida y siempre heroica.

Nos parece muy acertado lo que Fernando Martínez y Carlos Canales escriben en su obra «*Banderas lejanas*». Lo exponemos a continuación.

> «Españoles fueron los primeros europeos que avistaron el cañón del Colorado, cruzaron y navegaron por el Misisipi, atravesaron las llanuras de Kansas, se internaron en los desiertos de Nevada y fundaron ciudades

como Los Ángeles, Santa Fe, San Francisco, El Paso, San Luis, Pensacola, Monterrey, San Diego y una infinidad de poblaciones de las que muchas siguen conservando su nombre en español. Durante 300 años, navegantes, misioneros y descubridores plantaron la bandera de España en fuertes, misiones y ciudades en América del Norte, desde México hasta la frontera de Alaska y Canadá».

«Es fácil recordar nombres como Cortés y Pizarro, pero a veces se olvida que ellos no fueron sino los líderes más afortunados de una generación asombrosa de personajes marcados por su fe en el destino, con una sed de aventura y de conocimiento descomunal. Hombres cuya audacia, valor e imaginación superan a los de cualquier otro tiempo de la historia».

PARA LEER MÁS:

- LUMMIS, C. (2009), *Los exploradores españoles en América*. Madrid.
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, F., CANALES TORRES, C. (2003), *Banderas lejanas*. Madrid.
- MORALES PADRÓN, F. (1996), *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Madrid.
- VV.AA. (2009), *Atlas de los exploradores españoles*. Barcelona.
- www.eldistrito.es
- www.grandesbatallas.es/herencia%20espanola%20en%20usa.html
- www.mecd.gob.es/galvez
- www.somosprimos.com/hough/hough.htm

LA PAZ DE LAS TRES VACAS

¿Cuántas guerras habrán tenido lugar en el mundo a lo largo de la historia? Innumerables, desgraciadamente. De hecho, los primeros escritos del hombre, hace más de 5000 años, narran las guerras entre sumerios y akkadios, habitantes de Mesopotamia, la zona histórica más antigua del mundo. Parece que el ser humano, desde siempre, ha tenido una extraña predisposición a pelearse. Y es más fácil pelearse con quien está cerca que con quien está lejos. Y si son vecinos, mejor. Y esto es lo que sucedió entre dos valles navarros. Estos valles, aunque hoy son parte de España y de Francia, en la Edad Media, que es cuando tiene lugar lo que vamos a narrar, no lo eran.

¿Quiénes fueron los protagonistas de esta guerra? Los pobladores de dos zonas fronterizas del Pirineo. Esto no es extraño porque, como hemos dicho, entre vecinos se guerrea mejor. Por parte de la Navarra española los protagonistas fueron los habitantes del valle del Roncal y por parte de la Navarra francesa los habitantes del valle de Baretous. El problema comenzó y se desarrolló como sigue.

En 1372, un ganadero de Baretous y otro del Roncal (Pierre Sansoler y Pedro Carrica) tuvieron una pelea por el aprovechamiento de una fuente de agua. Y comprender el origen de la pelea es sencillo, porque los dos eran ganaderos y lo que había por medio era agua para el ganado. Los ánimos se calentaron y Carrica mató a Sansoler. Y como sucede en estas cuestiones de poblaciones vecinas, lo que empezó siendo una pelea entre particulares acabó convirtiéndose en una pelea entre dos pueblos. Y por supuesto, los habitantes de cada localidad daban la razón a su propio residente. A renglón seguido un primo de Sansoler, con unos amigos, quiso vengar a su pariente. Fueron a casa de Carrica y no lo encontraron, pero encontraron a su mujer, que estaba embarazada, y la mataron.

La cosa se fue complicando por momentos y Pedro Carrica fue a casa del primo. Allí estaban él y sus amigos. También estaba su mujer con un niño chico en brazos. A la mujer y al niño los respetaron y no les hicieron nada pero a los demás los mataron.

Ya no había quien pusiera un poco de orden y los franceses organizaron una emboscada en un desfiladero y mataron a varios españoles. Hay quien dice que a 25. Ante la espiral de violencia, el rey de Navarra y el vizconde de Foix intentaron poner paz, pero ya era imposible. En este momento de la historia aparecen elementos fantásticos como que los franceses estaban dirigidos por un tal capitán Agote que tenía cuatro orejas y que el capitán español Lucas López de Garde lo atravesó con su lanza y los galos huyeron despavoridos.

Volviendo a la historia, quienes tomaron la iniciativa fueron de nuevo los navarro-españoles. Y así se fue caldeando lo que solo había sido una discusión entre dos ganaderos, hasta llegar a la batalla de Aguincea donde perdieron la vida 53 españoles y 200 franceses. En esta batalla ya no lucharon solo los habitantes de los dos pueblos que habían iniciado las hostilidades, sino todos los pueblos de los dos valles porque ya se mezclaron dos asuntos, uno práctico y otro emocional. El práctico era el derecho y dominio de los pastos y del agua, muy importante para gente dedicada a la ganadería. Y el emocional era que unos eran españoles y otros franceses.

Era evidente que había que frenar el problema porque ni las autoridades de la parte española ni las de la francesa deseaban que un conflicto vecinal se convirtiera en guerra abierta. Por ello, intervinieron los máximos mandatarios de uno y otro lado. Por parte española intervino el rey Carlos II de Navarra (1343-1378) y por parte francesa el vizconde Gastón III de Foix (1343-1391), que en un primer intento no lograron frenarlo. Pero como las cosas seguían mal decidieron que, en vez de arreglar el problema con más batallas, se solucionara según el dictamen de un tercero que sería un árbitro imparcial que mediara entre las dos partes. La condición era que este mediador conociera bien las costumbres y leyes consuetudinarias de ambos lados del Pirineo. Y el mediador en el que las dos partes estuvieron de acuerdo fue el pueblo de Ansó, villa del Alto Aragón que se encuentra en Huesca, en el Pirineo español. ¿Y un pueblo cómo podía ser mediador en un conflicto? Con una solución que consistía en elegir a «seis omes buenos», seis hombres buenos que se reunirían en Ansó bajo la presidencia de su alcalde.

Los seis hombres buenos se reunieron, previa autorización del rey de

Navarra y del vizconde de Foix. Estudiaron despacio el problema en la iglesia de San Pedro de Ansó pues, así, estarían más inspirados por el Espíritu Santo. Lo presidiría el alcalde de Ansó, Sancho García y cinco vecinos que harían de «árbitros, arbitradores y amigables componedores que estaban posados a manera de jueces». Escucharon a los testigos de una y otra parte y examinaron los documentos.

Estuvieron reunidos desde el 28 de julio hasta el 18 de agosto. Leyeron la sentencia en la Iglesia de San Pedro y dictaminaron lo siguiente. Cada año, todos los años, y en la misma fecha, los habitantes del valle francés debían entregar a los habitantes del valle español tres vacas. El 13 de julio es el día en que los franceses del valle de Baretous debían entregar las vacas a los habitantes del valle de Roncal. Todos se comprometieron a respetar la decisión del alcalde de Ansó y los otros cinco hombres buenos que resolvieron «por ciento et un aynnos» (por ciento un años, es decir, para siempre). El tratado va antecedido de la siguiente justificación:

> «por bien de paz et de concordia et por tirar odios, rencores, malas voluntades, dannos, travayllos, gastos, intereses, lesiones, muertes, feridas, golpes, peleas, bregas, depredaciones, guerras y disensiones entre las dichas partes».

Como vemos quedaba todo atado y bien atado. Los documentos originales, aunque se hizo copia posterior, se quemaron durante un incendio de 1427 en que ardió casi toda la villa —solo quedaron 25 casas en pie— y la iglesia.

El tribunal, para que no hubiera posibilidad de futuros desacuerdos, lo dictaminó todo sobre las vacas. Que debían ser vacas de dos años, no debían tener defectos («sine macula») y debían ser iguales, debían tener el mismo «astaje, pelaje y dentaje», es decir, hasta los cuernos, los pelos y los dientes debían ser iguales, y no tener tacha ni lesión alguna. Las vacas debían entregarse —y así se continúa haciendo hoy— en la «piedra de San Martín» («Pierre de Saint Martin», en el lado francés) que, como desapareció en 1858 tras el trazado de límites entre Francia y España, se realiza en el mojón 262 de la actual división fronteriza, junto a la Mesa de los Tres Reyes, cada cual en su territorio. El lugar es exactamente el mismo.

A continuación el alcalde de Isaba, que preside el acto, pregunta tres veces a

los franceses si van a pagar el tributo y los preguntados responden que sí las tres veces. Y las tres vacas se reparten de la siguiente manera: dos son siempre para el pueblo español de Isaba y la otra se reparte dándola cada año a cada uno de los tres pueblos del valle del Roncal que intervinieron en la batalla.

Así sigue haciéndose hoy pues, desde 1376, en que se selló el tratado internacional llamado «La Paz de las Tres Vacas» —llamado también Pacto de Ansó—, casi nunca ha dejado de cumplirse. La entrega de las vacas ya no tiene nada que ver con la enemistad de otros siglos y el tiempo ha ido convirtiendo la entrega en un motivo de fiesta. Así lo demuestra que, al final de la ceremonia, los roncaleses ofrecen un banquete a sus vecinos a base de carnero asado. En la actualidad, las vacas vuelven a Francia y los del valle de Baretous pagan su precio según mercado.

Pero el tratado se cumple detalladamente: el valle francés de Baretous entrega las vacas al valle español de Roncal y las autoridades de Ansó continúan fiscalizando que todo se haga conforme a la sentencia que, hace 640 años, se dictó en la iglesia de Ansó, que es de la siguiente forma. El alcalde de Baretous coloca la mano derecha sobre el mojón 262, después el alcalde de Roncal y, después, cada uno de los demás representantes, sin que nadie quite la suya hasta que todos han puesto su mano. El alcalde de Isaba, que preside el acto, la posa el último y dice tres veces: «pax avant, pax avant, pax avant», que quiere decir: «paz en adelante». Después responden de la misma forma los del valle español y, a continuación, se entregan las tres vacas, examinadas por el veterinario de Isaba. Finalmente, el alcalde de Isaba entrega un recibo al alcalde de Baretous. A partir de ese momento los franceses dispondrán de los pastos desde el 10 de julio y durante 28 días y los españoles desde mediados de agosto hasta el día de Navidad. Los transgresores eran objeto de fuertes multas y si no tenían dinero para pagar, pagaba la villa (su pueblo). El agua se podía utilizar para beber y para amasar el pan.

Años después de que se firmara el pacto, ya era tradicional el pago del tributo de las tres vacas. Incluso uno de los cronistas de Felipe II escribe el relato de lo que pasa cada vez que llega el 13 de julio y se entregan las vacas:

> «pasadas estas cosas, los roncaleses, con liberalidad de hidalgos, dan luego de merendar a los franceses con pan, vino y muy buenos perniles de tocino y lo mismo hacen a todos los que acuden a la fiesta».

La Paz de las Tres Vacas ha tenido algunos incidentes, pocos para el tiempo que lleva en vigor. En 1621, se rechazaron dos de las tres vacas por presentar defectos y se separaron enfadados unos con otros, pero continuó haciéndose cada año. Mucho más tarde, en 1793, en plena revolución francesa y siendo enemigas declaradas España y Francia no se pudo realizar la entrega como indicaba el tratado. Sin embargo, los baretones, estaban dispuestos a cumplir y el 17 de agosto fueron a Isaba y entregaron las tres vacas. Decían que la guerra no podía romper el pacto y lo ratificaron con una carta en la que decían «y entre tanto, estamos y correremos con la misma fraternidad o hermandad». Más tarde, ya en la guerra de la Independencia, en 1810, aunque no pudieron entregar las vacas, entregaron su equivalente en dinero.

En la segunda mitad del siglo XIX los periódicos de Francia comenzaron a publicar el tratado y la operación que, desde tanto tiempo atrás, se hacia cada año. La opinión pública gala no comprendió el verdadero sentido amistoso que había ido tomando con el paso del tiempo. De hecho lo tomó como una humillación porque los periódicos empezaron a escribir cosas absurdas y a «calentar» la situación. Empezaron a decir que era antifrancés. La historia que contaban los periódicos era descabellada: que los franceses querían paz y los españoles guerra, que los franceses tenían que descubrirse la cabeza y los españoles se mantenían cubiertos, que los franceses llevaban bandera blanca y los españoles armas de asta larga, que los franceses no podían llevar armas y los españoles llevaban fusileros que apuntaban a Francia, y un largo etc. Los ánimos se fueron calmando a medida que los periódicos dejaron el asunto como un problema del pasado, pero se estuvo a punto de revocar la tradición. Finalmente, durante la segunda Guerra Mundial, los alemanes impidieron el acto por temor a que los franceses escaparan a España. Como en esos años de la guerra mundial no se entregaron las tres vacas, después del conflicto, en compensación los franceses comenzaron a entregar una más, cuatro, hasta que los españoles la perdonaron.

La Paz de las Tres Vacas es el tratado de paz internacional vigente más antiguo de Europa.

PARA LEER MÁS:

- HUALDE, F. Tributo de las Tres Vacas Milenario y único, *Noticias de*

Navarra, del 30.01.2011, Pamplona.

- ITURRALDE Y SUIT, J. (1980), El tributo de las tres vacas, *Revista Euskara*, nº 3.
- www.diariodenavarra.es/especiales/rinconessingulares/indez, el 20.XI.2005
- www.espanafascinante.com/fiestas/
- www.vallederoncal.es/tradiciones/tributo-de-las-tres-vacas/

La Inquisición española

Si oyen hablar de la Inquisición, se imaginan hombres que se retuercen de dolor mientras los queman vivos. Si escuchan la palabra Inquisición, piensan en malvadas salas de torturas donde se aplican los más refinados tormentos. Si tratan de la Inquisición, piensan solo en España. Pero ¿hay razones para esto? Vamos a verlo.

La importante guerra de la propaganda la ganaron los adversarios políticos de España. Éstos se emplearon a fondo contra la Inquisición española (aunque también existía en sus países) hasta el punto de que llegaron a identificar a la Inquisición, solo, con España. Por eso Menéndez Pelayo pudo escribir, de forma bromista: «¿Por qué no había industria en España? Por la Inquisición. ¿Por qué somos holgazanes los españoles? Por la Inquisición. ¿Por qué duermen la siesta los españoles? Por la Inquisición. ¿Por qué hay corridas de toros en España? Por la Inquisición…». Y así podríamos seguir nosotros: ¿Por qué hay sequía en verano? Por la Inquisición. ¿Por qué hay enfermedades en el mundo? Por la Inquisición. ¿Por qué…? ¿Por qué…? Por la Inquisición. Por la Inquisición.

TEMA COMPLEJO

Si hay algún tema discutido y debatido en la historia de España, es la Inquisición. Hay pocos asuntos sobre los que se haya escrito tanto, y casi en una única dirección: su demonización. Si hay alguna cuestión que haya sido recurrente para la Leyenda Negra antiespañola, ha sido el de la Inquisición. ¿Cómo es posible que los historiadores españoles que han investigado sin prejuicios, con honradez intelectual, hayan sido silenciados? ¿Cómo es posible

que haya que esperar, en términos generales, hasta el siglo XX para ver publicadas investigaciones bien documentadas y enfocadas de manera desapasionada y neutral?

¿POR QUÉ SE FUNDÓ?

¿Por qué se fundó el tribunal del «Santo Oficio de la Suprema y General Inquisición»? Sin conocer el motivo de su fundación, comprenderla es misión imposible. Hubo varias razones pero la más importante fue solucionar el grave asunto que suponía, a finales del siglo XV, el problema de los conversos. Estos fueron llamados también «marranos». En contra de lo que comúnmente se cree, no se les llamaba «marranos» para identificarlos con este animal, sino porque muchos de ellos habían abjurado falsamente del maranah tah. Los conversos eran los judíos que se convertían al cristianismo. También recibían este nombre: «marranos» los musulmanes convertidos pero, para nuestro caso, no interesan. Estas conversiones creaban un importante problema cada vez más serio porque, muchos de ellos, no se convertían de corazón, sino para obtener favores y privilegios, pero seguían practicando su religión en secreto. Esta actitud producía el odio de la población cuando observaba dos cosas. Primera: siempre hacían causa común entre ellos. Y segunda: en palabras ya clásicas, «eran cofres cerrados». Es decir, su dinero —y tenían mucho— no llegaba a la población no judía más que a través de prestamos a un interés altísimo. Esto, en tiempos de crisis y carestía producía entre el resto de la población unos sentimientos que, con frecuencia, eran causa de serios desórdenes en las ciudades.

Además, hubo ocasiones en que, en secreto, trataban ofensivamente los ritos, rezos y creencias cristianas y esto no ayudaba, precisamente, a calmar los ánimos. Esta fue la razón principal para fundar la Inquisición. De hecho, la mayor parte de la causas juzgadas por el tribunal no era la enorme cantidad de faltas, pecados y herejías que algunos imaginan sino, casi exclusivamente, la práctica secreta de ritos judíos por quienes habían negado su fe judía para aceptar la fe cristiana y se bautizaban, convirtiéndose en cristianos.

Había otra importante razón para averiguar quiénes se habían convertido sinceramente y quiénes no. En el siglo XV y XVI, sin unidad religiosa no podía haber unidad política. Para comprender la importancia de la unidad religiosa hay

que considerar que todos los países la tenían entre sus principales objetivos. De hecho, las creencias y la fe eran un aglutinante de la población con el que se lograba la ausencia de problemas religiosos. Sin ella, los asuntos de estado y la paz interior de cualquier reino podían verse seriamente en peligro, como demostraron las guerras de religión que asolaron Europa.

Si se conseguía solucionar el grave asunto de los conversos, se solucionaría un problema de desorden social. Muchas personas veían en los conversos, y en los judíos en general, la causa de importantes desórdenes, como así fue. De hecho, el problema converso fue tan grave que se vio la necesidad de instaurar un tribunal que juzgara la sinceridad de las conversiones de judíos en cristianos. Por esta razón el 1 de noviembre de 1478 el papa Sixto IV, a petición de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, promulgó la bula Exigit sincerae devotionis affectus por la que se fundaba el Consejo de la Suprema y General Inquisición. Y, en contra de lo que algunos piensan, el apoyo de la población castellana al tribunal fue mayoritario.

Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, se marcaron el objetivo de la unidad religiosa como uno de los fundamentos del estado del siglo XV. En consecuencia, solo las personas bautizadas podían disfrutar de los derechos y libertades propios de aquel siglo. Aunque pensaban que los judíos debían ser admitidos en la sociedad como súbditos normales, este pensamiento chocaba con la actuación en los demás reinos: Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, estados alemanes… En esos países se prohibía la práctica de la religión si no era la oficial del estado. Poco a poco, las presiones diplomáticas y políticas de esos países contra la tolerancia de los Reyes Católicos llegaron a ser tan constantes que tuvieron que actuar igual que Inglaterra, Francia, etc. para evitar violencias populares.

Y esto no era una simple cuestión de elección pues la realidad era que la población creaba disturbios muy serios y violentos contra los judíos y que los barrios judíos de varias ciudades —las juderías— fueron asaltados y sus habitantes muertos. Por ello, los judíos tenían que elegir entre bautizarse e integrarse en la sociedad común o abandonar el territorio. De ahí las conversiones simuladas de muchos de ellos porque, en realidad, planeaban volver a su propia religión cuando ya no tuvieran peligro. Y, como consecuencia, surge la Inquisición para separar los conversos sinceros de los conversos falsos. Mientras esto no se consiguiera, continuarían los conflictos, sobre todo urbanos. Hemos de pensar en la preocupación de los monarcas por evitar disturbios que,

con frecuencia, se extendían de ciudad en ciudad y ponían en serio peligro la convivencia. Hay que señalar que los judíos fueron expulsados de muchos países antes que de España. Y no defendemos la idea de expulsarlos para evitar desórdenes en las ciudades pero, según el orden establecido en aquellos siglos, no se encontró otra solución.

Y todo no era tan fácil como nos puede parecer a nosotros, personas del siglo XXI. A los desórdenes sociales originados por falsas conversiones hay que sumar que esos falsos conversos practicaban herejías o las aceptaban implícitamente. Y esto, para la población cristiana era motivo de gran inquietud pues lo veía como ataques a su propia fe religiosa. De ahí el apoyo de la población a la Inquisición que nos puede parece tan incomprensible hoy. A esto había que sumarle las acusaciones de trato con el demonio, brujería, protestantismo y herejía —cuestiones, todas, que en aquellos siglos se tomaban muy en serio—. Todo resultaba confuso. Confuso, pero siempre peligroso.

Las revueltas que tenían como objetivo el odio a los judíos comenzaban siempre con violencia hacia ellos pero, la realidad es que, conforme iba avanzando el disturbio tenían lugar robos, asesinatos y desórdenes de todo tipo. Esto es lo que los reyes querían evitar. Se dirá: ¿y qué tiene que ver esto con la Inquisición? Pues que el odio hacia la población judía tenía como detonador que muchos judíos disimulaban practicar la religión cristiana pero, en realidad, continuaban practicando el judaísmo. Si la Inquisición lograba averiguar qué judíos se habían convertido de verdad y cuáles no, este problema se evitaba. ¿Por qué? porque todos los judíos, en general, no serían ya objeto del odio de la población. Solo los convertidos para obtener ventajas y, entonces, de ellos se ocuparía el poder temporal y, así, los disturbios urbanos contra las juderías ya no tendrían sentido. Como así fue.

A todo esto había que sumar, para aumentar el odio, los bulos acerca de cruentos rituales y profanaciones en los que los judíos se veían envueltos. Y, para empeorar el problema, en España los conversos habían logrado una influencia enorme porque, a causa de la educación que recibían, estaban en inmejorables condiciones para acceder a trabajos intelectuales y a negocios, en los que siempre fueron —y siguen siendo— sobresalientes.

EN OTROS PAÍSES

En aquella época, en todos los países, las cuestiones religiosas se mezclaban con las políticas, las militares y las de orden social. Todo esto nos puede parecer incongruente: sencillos motivos religiosos que provocan grandes desórdenes y matanzas en las ciudades. Sí, nos puede parecer incongruente porque estamos en el siglo XXI. Pero, en los siglos XV a XVII, las razones religiosas y políticas estaban tan unidas, y todo estaba tan relacionado, que sería infantil pensar que todos aquellos millones de personas, todos aquellos monarcas, todos aquellos países estuvieran equivocados. Sería poco menos que pensar que todos eran tontos. Y ni España era una excepción, ni lo eran los Reyes Católicos. Y, no obstante, los Reyes Católicos tuvieron unas ideas muy, muy adelantadas a las de su tiempo y a las de sus contemporáneos.

Una cuestión importante que hay que conocer: todos los países de Europa Occidental tuvieron sus propios tribunales religiosos y civiles. Todos. Vamos a hablar de la Inquisición española pero muchos otros países también la tuvieron, como en Languedoc, Francia, que la aprobó en 1184, tres siglos antes que la de Castilla. En Portugal en 1536 y la romana en 1542.

Y si hablamos de los países protestantes, exponemos algunos hechos. En la Reforma de la Iglesia Escocesa en el siglo XVI, su líder John Knox condenaba a muerte a los católicos sorprendidos asistiendo a Misa por tercera vez y decía: «todo lo que nuestros adversarios católicos hacen es diabólico». Y Lutero afirmó: «Si tuviera a todos los frailes franciscanos católicos en una sola casa, les prendería fuego». ¡Olé! Y si hablamos de los tribunales calvinistas de Suiza se puede poner la carne de gallina. En Ginebra Calvino decía la siguiente amabilidad: «Quien no quiere matar a los papistas (a los católicos) es un traidor: salva al lobo y deja indefensas a las ovejas». Y esta teoría la llevaban a la práctica pues, la sentencia dictada por la Inquisición suiza, contra el español Miguel Servet, dice: «Por estas y otras razones te condenamos, M. Servet, a que te aten y lleven al lugar de Champel, que allí te sujeten a una estaca y te quemen vivo, junto a tu libro manuscrito e impreso, hasta que tu cuerpo quede reducido a cenizas, y así termines tus días para que quedes como ejemplo para otros que quieran cometer lo mismo». Su pecado: no estaba de acuerdo con las teorías sobre la Santísima Trinidad de los calvinistas suizos.

En Inglaterra la persecución religiosa llevada a cabo en el siglo XVI fue de las más cruentas. En 1534 se promulgó el Acta de Supremacía. Quiere decir que el

rey de Inglaterra es la única cabeza de la iglesia. Los franciscanos, entre otros, se opusieron y fueron quemados sus siete monasterios y martirizados un alto número de religiosos. Y la actuación de los tribunales episcopales contra los católicos no le iba a la zaga. De hecho, cuando el rey inglés Enrique VIII comenzó la persecución religiosa, había en Irlanda alrededor de mil sacerdotes, monjes y frailes dominicos y treinta años más tarde, cuando ascendió al trono su hija Isabel I, solo quedaban cuatro. En esta persecución, el parlamento inglés estableció que los sacerdotes católicos fueran colgados, decapitados, descuartizados, sacadas las entrañas y quemadas y finalmente —por si no estaban bien muertos— que su cabeza se hincara en un poste en un lugar público.

Unos años después, con Isabel I, la persecución a los católicos se recrudeció. Ser sacerdote era castigado con la muerte y quien los ayudara, de cualquier forma, también era castigado con la muerte. La muerte no era rápida, ¡y la gente pagaba por ver aquellas ejecuciones! Con Oliver Cromwell (1599-1658), la persecución y los horrores llegaron a su máximo. Los católicos fueron perseguidos como animales a los que se da caza. Cromwell será recordado como el dictador inglés que trató a los católicos como se trata a los peores animales. Sus campañas para exterminarlos, en Irlanda e Inglaterra, (afortunadamente no llegaba a más) fueron crueles incluso comparándolas con lo que se hacía en la época. Se hizo tan odioso que, cuando los monárquicos volvieron al poder, (mandó ejecutar a Carlos I en 1649), su cadáver fue desenterrado, colgado de cadenas, decapitado y su cabeza clavada en lo alto de una pica a la entrada de la abadía de Westminster.

¿Que cómo trataba a los católicos? Así. Por ejemplo, cuando los habitantes de Nueva Ross, por el miedo a ser pasados a cuchillo, negociaban la rendición de la ciudad, Cromwell les dijo: «si por libertad de conciencia queréis decir libertad de celebrar misa esa no será permitida». Y a los obispos irlandeses (los irlandeses eran su obsesión) les escribió: «sois parte del anticristo y, en breve, todos tendréis sangre que beber». Cuando invadió Irlanda prohibió la religión católica, los sacerdotes fueron asesinados en cuanto se les apresaba, y las tierras de los católicos fueron entregadas a los invasores escoceses e ingleses. Por supuesto, las matanzas de católicos fueron implacables e insuperables. La historia de Irlanda no recuerda nada parecido.

Alguien puede pensar que esta dureza se practicaba en Inglaterra porque

estaban en el siglo XVI. Sí, claro, en siglo XVI. ¿Sí? Pues, para quienes piensen así, exponemos que ¡hasta 1871! la prestigiosa universidad de Oxford seguía exigiendo la declaración de aceptación de los Treinta y Nueve Artículos de la profesión de fe de la iglesia episcopal de Inglaterra a todos los candidatos a un título. Sería maravilloso saber qué habrían dicho si, semejante fanatismo, se hubiera practicado en las universidades españolas hasta esa fecha.

UNA INCÓGNITA: ¿POR QUÉ SE HABLA SOLO DE ESPAÑA Y NO DE EUROPA?

En primer lugar y, en nuestra opinión, una de las incógnitas más difíciles de entender del problema de la Inquisición española es la siguiente. La Inquisición no fue un tribunal exclusivamente español, lo hubo en otros países como veremos más adelante y donde no hubo tribunales con ese nombre los hubo con otros. El hecho es que tribunales religiosos los hubo en otros países y en otras religiones (anglicanos, luteranos, calvinistas, etc). La cuestión es: si no fue un tribunal exclusivo ni de España ni de los católicos ¿por qué al hablar de la Inquisición se piensa solo en España? Aunque la respuesta a este asunto la veremos al final, a continuación exponemos, brevemente, algunos datos sobre esta cuestión.

W. Monter, tras investigar en los archivos de la Inquisición afirma que entre 1559 y 1566 la Inquisición española ejecutó alrededor de cien personas. Pues bien, en el reinado de la reina María de Inglaterra (1553-1558) se ejecutaron el triple de personas por delitos religiosos: herejía, brujería, etc. El rey francés, Enrique II (1547-1559) ejecutó a unas doscientas personas por el mismo tipo de delitos. En los Países Bajos, la actual Holanda, los ejecutados por herejía, brujería, trato con el demonio, etc, alcanzó la increíble cifra de varios miles y, en los años siguientes, se ejecutarían muchísimos más. La Inquisición española reprimió a quienes disentían de la religión oficial, pero si hubo un país experto en este tipo de represión y con un número de condenados increíblemente alto, fue los Países Bajos. También Inglaterra que, en el siglo XVII, bajo el despotismo de Cromwell realizó una abierta y brutal persecución contra los católicos. No justificamos los errores con otros errores pero sí afirmamos que, en España, fueron muchas menos las ejecuciones y las víctimas que en otros países europeos del entorno. Y no es que las equivocaciones de un país justifiquen las

equivocaciones de otro país. Uno no se puede escandalizar de las condenas de la Inquisición española sin escandalizarse de las condenas de la Inquisición de otros países. No era bueno, pero era la mentalidad de todo un continente.

MENTALIDAD

Lo anterior es importante porque hay que intentar analizar los hechos históricos con la mentalidad de la época en que ocurrieron, solo así se pueden comprender. De lo contrario serán pocos, muy pocos, los hechos que puedan llegar a entenderse. «Meterse» en la mentalidad de otros tiempos no es un ejercicio fácil pero, al menos, hay que intentarlo para comprender la historia… Entonces ¿qué conclusión sacar? Que dentro del funcionamiento normal de los países europeos de aquellos años, España no hacía nada que no fuera normal. En consecuencia, si es condenable la actuación del tribunal de la Inquisición en España, es igual de condenable —ni un poco más y ni un poco menos— el funcionamiento jurídico de toda Europa. Y de todo esto surge una nueva pregunta. ¿Por qué, entonces, se ataca con tanta virulencia a la Inquisición española y no se atacan los tribunales religiosos de los demás países y de la misma época?

Evidentemente, no pretendemos decir que la persecución por razones religiosas se pueda justificar. Eso sería aberrante. No es ni mínimamente justificable. Pero este juicio es propio del siglo XXI y en los siglos XV, XVI y XVII el pensamiento era muy diferente. De hecho la Inquisición española no fue un tribunal genuinamente español sino que copió su funcionamiento, juicios, procedimientos, etc. de la Inquisición francesa fundada en el siglo XII.

SU MALA FAMA

Es un hecho innegable que la Inquisición es uno de los tribunales de la historia que han tenido peor fama. Esto resulta llamativo porque otros tribunales peores o similares ya se han olvidado. La creencia de que las cárceles de la Inquisición eran las peores del mundo, tienen poco que ver con la realidad, pero su mala fama se extendió como la pólvora. ¿Dónde se encuentra la causa de este hecho? Sin duda, las causas son diversas y complejas pero vamos exponer las más importantes. La principal es que a los presos se les prohibía hablar de sus

experiencias en las cárceles y de todo lo que hubiesen conocido durante su prisión. Como consecuencia de esta prohibición de contar sus experiencias, ante el desconocimiento general, se inventaban y transmitían las más horribles historias. ¿Y quién desmentía esas historia? Nadie, precisamente porque se castigaba hablar de las experiencias de quienes habían estado allí dentro. Y esas personas eran las que podían desmentirlo. La prohibición de hablar cerró las bocas y las plumas de los propios inquisidores y les dejó indefensos ante la infamia.

Las cárceles de la Inquisición no eran los lugares horribles que algunos autores extranjeros inventaron sin conocimiento. Sobre este asunto copiamos un extracto que Henry Charles Lea, libre de toda sospecha de favor a la Inquisición escribió en Historia de la Inquisición en España (Madrid, 1983). Dice así:

«Las prisiones secretas de la Inquisición eran menos intolerables que los calabozos episcopales o seculares. La política general respecto a ellas era más humana e ilustrada que la de las otras jurisdicciones, tanto en España como en cualquier otra parte».

Desde principios del siglo XVI —es decir, poco después de su aprobación— los opositores al tribunal decidieron atacarlo con la imprenta. Como la Inquisición se aferraba a su norma de silencio y no entró en el debate ni se molestó en desmentir nada, con esta actitud, dio vía libre a sus enemigos. Éstos, desde el principio, comenzaron a «inventar» su propia Inquisición, y su visión del tribunal ha llegado hasta nosotros: en eso se sigue creyendo. Su propaganda tuvo verdadero éxito. ¿Y, por qué ese empeño en injuriar un tribunal que «ni les iba ni les venía»? Fundamentalmente por un hecho muy importante: porque muchos de los que estaban en contra lo estaban por motivos políticos, no religiosos.

Desde el siglo XVI la enemistad de algunos países hacia España era la normal, como en cualquier época hacia la primera potencia mundial del momento. Esto no cambia ni a través del tiempo, ni según los países. Desde finales del siglo XV y hasta mediados del XVII España era la indiscutible primera potencia. Y en los siglos XVI y XVII, la enemistad de Inglaterra y Holanda era manifiesta. ¿Por qué? En el caso de Inglaterra por dos razones. Primero, por temor a la Armada Invencible que España preparaba para castigar la piratería inglesa contra los barcos españoles que venían de América. Y segundo, porque Inglaterra veía en el catolicismo el enemigo a batir y a España como su baluarte.

El caso de los Países Bajos era diferente pero allí, el odio era mayor. Holanda pertenecía a España por herencia de Carlos V en favor de su hijo Felipe II pero, pasados los años querían la independencia. Para desprestigiar el poder español del que querían independizarse, encontraron una buena estrategia en la difamación del tribunal. Estos países vieron en la Inquisición un elemento a través del cual se podía atacar a España, y no desaprovecharon la oportunidad. En el caso de Holanda porque estas falsedades, como resultado paralelo, incitaban a la rebelión. Pero lo verdaderamente venenoso en todo este asunto es que tanto Inglaterra como Holanda tenían unos tribunales que dejaban en pañales a los de la Inquisición española.

En esta lucha política en la que todo valía, la imprenta se empleó a fondo, y la Inquisición fue su objetivo. Sobre todo los protestantes, que consideraban el catolicismo como la cuna de los males de Europa, escribieron las mayores fantasías. Su odio les llevó a publicar auténticas mentiras, pero la imprenta y los prejuicios dieron buenísimos resultados: la política de propaganda estaba funcionando. La Inquisición se presentaba como el ejemplo de todos los males, de la opresión, de la crueldad y de la intolerancia. Muchos de estos textos, leídos sin pasión y con sentido común serían motivo de risa, si no fuera por la confusión y el daño que han causado. Se escribió sobre torturas y suplicios que nunca existieron, ni siquiera en los tribunales civiles más bárbaros. Se inventaban unas cárceles que eran el colmo del horror humano. Todo iba dirigido a desprestigiar la religión católica y, si para eso había que falsear la Inquisición, pues se falseaba, se inventaba y se publicaba. Y a esto hay que sumar las fantasiosas descripciones de calabozos, verdugos y torturas que jamás existieron. Algunos escritores sin escrúpulos, como en el siglo XIX John Motley o Ingram Cobbin, describieron tal grado de sadismo, de refinada crueldad y de placer en el dolor ajeno —todo inventado— que, para disculparlos, habría que suponerles una mente calenturienta y enfermiza más que otra cosa. Pero era gente sin escrúpulos para mentir y tuvieron numerosas ediciones en el mundo protestante. No se estudiaba ni se investigaba la veracidad de tales relatos. Simplemente se leían y se creían. Y esto sigue sucediendo hoy entre personas poco formadas. Por poner solo un ejemplo de este tipo de descripciones, el conocido Allan Poe escribió en 1842 su obra El pozo y el péndulo. Trata del tormento al que es sometido un preso de la Inquisición y el sadismo descrito —muy típico del autor — llega a extremos realmente morbosos. Pura fantasía, pero una de las obras

más conocidas de Poe.

¿Y qué decir de las láminas de torturas donde se inventaban todo tipo de tormentos? No importaba que no fueran ciertas, importaba que impactaran, nada más. Pero lo más llamativo es que algunas de estas láminas, como las inventadas por Bernard Picart en el siglo XVII, siguen poniéndose en libros sobre la Inquisición en pleno siglo XXI.

LOS PROCEDIMIENTOS JUDICIALES

Con los archivos inquisitoriales en la mano, los investigadores actuales han podido demostrar que los procedimientos judiciales eran menos malos que el que se aplicaba en otros países y en los tribunales civiles. En otras palabras, las garantías —hasta donde se podían tener en los siglos XV y XVI— de los tribunales de la Inquisición eran mayores que las de cualquier otro tipo de tribunales.

No obstante, y aunque esto fuera así, el hecho de ver implicada a la iglesia en un tribunal de matiz político y violento le produjo un daño del que le costaría siglos recuperarse. Fue un daño profundo y duradero. Entre otras razones porque la Inquisición solo podía actuar contra personas bautizadas y quedaban fuera de su jurisdicción los fieles de otras religiones, fueran las que fueran. Como hemos explicado anteriormente le interesaban los falsos conversos porque defendía la pureza de la fe. Por eso, las personas de otras religiones no le interesaban: sobre ellas no tenía nada que decir ni nada que juzgar. Pero a la vez esto tenía una consecuencia que rara vez se toma en consideración: los conversos sinceramente convertidos al cristianismo quedaban abiertamente amparados sin que nadie pudiera molestarles.

Dentro del funcionamiento judicial hay un hecho sobre el que se discutió mucho: el anonimato de los acusadores. Mantener el anonimato facilitaba las acusaciones por envidia o enemistad, lo que sería suficiente para suprimirlo. Sin embargo, cuando se discutió si mantenerlo o no, el cardenal Cisneros defendió su mantenimiento porque algunos acusadores a quienes se había identificado, habían sido asesinados. Esta fue la razón para que se mantuviera el anonimato aunque esto llevó a muchas acusaciones injustas.

Otro hecho negativo era que la persona que hubiera sido juzgada por la

Inquisición arrastraba un desprestigio social importante. Aunque al reo se le hubiera declarado inocente, ante sus vecinos y conocidos, quedaba desacreditado. Otro perjuicio que se sufría era que al preso se le confiscaban sus bienes mientras estuviese cautivo. De ahí se sacaba para mantenerlo, darle una comida digna, ropa y otros utensilios pero, mientras tanto no podía disponer de su dinero.

En ocasiones el reo era culpable de delitos poco importantes. En esos casos no había ni multas, ni torturas, ni nada parecido. Pero si había sido declarado culpable, para aliviar su culpa debía llevar un sambenito por un tiempo determinado al salir de su casa. El sambenito era un vestido amarillo o negro con cruces pintadas sobre él.

CÁRCELES Y PRISIONES

Si analizamos las cárceles y prisiones del mundo entre los siglos XV y XVIII nos llenaremos de pena por las personas que se encerraban allí. En los calabozos y las prisiones no había ningún tipo de consideración hacia de los presos. Hay que tener en cuenta que en esa época los derechos humanos no eran un derecho para nadie y menos para quienes habían sido juzgados y condenados. Esta era la situación normal y general en todos los países. Sin embargo, sin que las cárceles de la Inquisición fueran hoteles de cinco estrellas, que además no existían, eran más benignas que las cárceles civiles de cualquier país. Así lo demuestra la frecuencia de un hecho curioso. Se daba el caso de que presos comunes encerrados en cárceles civiles, decían en voz alta alguna herejía o doctrina contraria a la iglesia para que su caso pasara a ser competencia de la Inquisición y, en consecuencia, se les llevara a sus cárceles. No es que la Inquisición fuera una maravilla de humanidad pero se preocupaba de que sus cárceles no fueran inhumanas. Y esto es importante porque este esfuerzo era inexistente en las cárceles civiles que existían entonces. Se les daba de comer regularmente pan, carne y vino. A sus expensas, pero se les daba de comer todos los días. Esto no puede decirse de las cárceles habituales en la época y, para los presos que no tenían dinero, los gastos de las comidas eran asumidos por el propio tribunal. También se les daba ropa si no tenían. Y en el colmo de la contradicción de lo que hoy se piensa, hasta ciertas comodidades, como papel. De hecho, fue en las cárceles de la Inquisición en Valladolid donde estuvo 4 años preso fray Luis de

León y allí pudo escribir su libro: Los nombres de Cristo. Pluma, tinta y papel no le faltó.

CASTIGOS

Evidentemente, el castigo al que se tenía más temor era el de la hoguera. Este castigo, que hoy nos parece inhumano —y que lo es— era tan usual durante el siglo XV, que la Inquisición no puede ser condenada por usarlo. En países como Inglaterra, Francia (recuérdese el caso de Juana de Arco), los Países Bajos y los países alemanes, el uso de este castigo brutal fue tan frecuente que, en comparación, la Inquisición lo usó poquísimo. La Inquisición solo lo aplicaba a los herejes impenitentes y a los relapsos. Y de hecho, bastaba que se arrepintieran antes de ir a la hoguera para que les quitaran la vida antes de quemarlos. De manera que lo que se quemaba era su cuerpo muerto. La mayoría de las ceremonias de hoguera de las que tenemos documentación escrita se hacía a efigies, pues el condenado o había muerto o se había escapado.

Hay un hecho jurídico curioso. En toda Europa se equiparaba el delito de herejía (grave afirmación contra la doctrina religiosa) con el de lesa majestad (alta traición al rey). Es decir, la herejía se consideraba alta traición y, en consecuencia era castigada con la hoguera. De ahí que la Inquisición también empleara la hoguera. ¿Por qué? porque el poder se servía de la herejía, un mal que todos consideraban el más grave, para consolidar su poder. Estas eran las disposiciones jurídicas de todos los fueros y leyes vigentes en Europa desde el siglo XIII. En este siglo, la actuación inquisitorial en el Imperio Germánico, Borgoña y el Franco Condado fue muy dura. Y en Francia su implantación data de 250 años antes que en España.

Vamos a exponer el número de ejecuciones, solo para mostrar algunos datos históricamente ciertos basados en los archivos de la Inquisición. En el profundo estudio de Henry Kamen en La Inquisición española. Una revisión histórica, (Barcelona, 1999) expone algunos números. Afirma que, exceptuando los primeros 20 años de funcionamiento del tribunal, durante la mayor parte de su existencia la Inquisición estuvo lejos de ser una máquina de la muerte… En Valencia, Galicia y 19 de los tribunales repartidos por España el porcentaje de ejecuciones entre 1540 y 1700 fue inferior al 2 por 100. Es decir, fueron ejecutadas menos de tres personas al año, lo cual representa un porcentaje

inferior a cualquier tribunal español o europeo.

TORTURA

Uno de los asuntos más legendarios de la Inquisición es el de las torturas. La tortura no era uno de los fines de la Inquisición y el tribunal procuró evitar la crueldad y la brutalidad. En unos siglos en que usar la tortura era lo habitual en los tribunales, la Inquisición española siguió una práctica favorable para los presos si se compara con las demás instituciones de justicia. La tortura era empleada en pocos casos y como último recurso. Además, las confesiones bajo tortura no eran admitidas pues se habían obtenido por la fuerza y solo se aceptaban si el acusado se ratificaba al día siguiente de haber sido torturado. Esto tampoco pasaba en los tribunales comunes de la época. En esos, cualquier declaración realizada bajo tortura era aceptada como cierta. Las escenas de sadismo que describen algunos escritores tienen poco que ver con la realidad. Y cuando había que torturar, los torturadores eran verdugos públicos que trabajaban para los tribunales civiles y no eclesiásticos. Las torturas refinadas y los suplicios propios de sádicos no existieron en la Inquisición. Cuando se torturaba, se empleaban los métodos comunes a cualquier tribunal de cualquier país: el potro, la garrucha y la toca.

Sobre este asunto, las exposiciones que a veces se organizan en ciudades europeas sobre la Inquisición van más allá de lo ridículo. Siguen «vendiendo» a los turistas y a los incautos un tribunal de verdugos con capucha y los ojos inyectados de odio, música gregoriana, instrumentos de tortura sacados quién sabe de dónde y, por supuesto, nunca faltan los monjes. Atraen a un pequeño sector de turistas morbosos pero su parecido con la realidad es pura coincidencia.

CENSURA DE LIBROS

Otra de las acusaciones que se hace a la Inquisición española es la de los libros prohibidos, el famoso «Índice» (lista de libros que no se podían leer). Se han hecho tales ataques a este índice que parece que solo en España se prohibieron libros. Con la Reforma protestante, se comenzó a descubrir en todos los países

un alto número de libros de «dudosa doctrina» para la religión de aquel país, cualquiera que fuese. En los países católicos libros protestantes y, en los países protestantes libros católicos. Tampoco en este campo la Inquisición española fue la más férrea, ni la más censora, ni siquiera la primera. El primer país que comenzó a regular el permiso de impresión fue Inglaterra, que lo hizo en 1538. En los años 40 del siglo XVI, les tocó el turno a los estados italianos. Sin embargo, en España todavía no se habían planteado semejante forma de censura. Y cuando en España aún no existía ninguna lista de libros censurados, la universidad de París ya realizó una guía de títulos prohibidos en 1542. En la universidad de Lovaina, en 1546. Y en Italia entre 1540 y 1550. Sobre este asunto, en palabras de Kamen: «España entró tarde en el terreno de la censura».

Una vez más aclaramos que lo que queremos exponer es que, aunque hoy nos parezca censurable el funcionamiento de la Inquisición, era el natural en la Europa de su época. Y que, como dicho funcionamiento era normal, no se le puede acusar de oscurantismo. Si acaso se le podría acusar de hacer lo que hacían todos los demás países. Y una acusación de esa índole, no dejaría de ser un poco curiosa.

LAICOS, NO SACERDOTES

¿Y quién no asocia, en la imaginación personal de cada uno —lo que hoy se llama «el imaginario popular»—, los procedimientos de la Inquisición a hombres jóvenes o mayores, altos o bajos, gordos o flacos pero siempre, siempre sacerdotes fanáticos? Pues esta imagen —tan arraigada que costará siglos deshacer— es errónea. Y es falso por la sencilla razón de que los procedimientos judiciales de la Inquisición eran de una precisión que requerían una burocracia experta y bien preparada. Y esos burócratas eran preparados por el estado y, en gran parte, eran laicos, no clérigos. Sí había religiosos —los inquisidores generales eran siempre sacerdotes—, pero todo el procedimiento y su desarrollo requería un personal numeroso y cualificado que solo podía proporcionar, en número suficiente, el estado. Y, en este aspecto, la burocracia española se encontraba entre las más preparadas de Europa. Eran las instituciones del estado las que preparaban también el personal necesario para los Consejos de Estado, los tribunales, los corregimientos, las audiencias y un largo etc. Una gran parte del personal de la Inquisición eran, como para el resto de los organismos del

estado, civiles bien preparados. Y no siempre sacerdotes.

BRUJERÍA

A finales de la Edad Media, comenzó a extenderse una auténtica obsesión por las brujas. Fue como una mancha de aceite que se extendió sobre una superficie de agua cubriéndola por completo. De esta morbosa epidemia no se libró ningún país de Europa, ni del este ni del oeste, ni atrasados ni adelantados. Hubo una sistemática persecución para detenerlas y quemarlas. Entre las mujeres acusadas de este delito, hubo casos de todo tipo. Casos muy raros y curiosos en los que propia mujer decía que era bruja, que realizaba hechizos y sortilegios. Otros en los que afirmaban que tenían relaciones sexuales con el demonio y que volaban por las noches. Casos de locura absurda y casos de maldad aterradora. Hubo de todo. Pero con frecuencia, y para su desgracia, también hubo casos en los que a una mujer normal le podían complicar la vida por tener algún defecto físico, cualquier mancha en el cuerpo, o alguna enfermedad desconocida en aquel tiempo (que eran muchas).

Y no fue solo en Europa. La fiebre por las brujas llegó a las colonias inglesas en América. En Massachusetts, colonia inglesa de Norteamérica, se procesaron a más de 200 personas acusadas de practicar brujería y magia negra en la localidad de Salem. Estaban en 1692-93. Varias adolescentes del pueblo comenzaron a decir que vieron brujas volando en escobas, que veían espíritus y acusaron a varios vecinos de pactar con el demonio. Verdaderamente, todo era absurdo y ridículo. ¿Absurdo y ridículo? Pues algunos hombres que mostraron su incredulidad ante semejantes testimonios, fueron juzgados y ahorcados, ¿absurdo y ridículo?…

Para admitir como ciertas las declaraciones de los testigos —declaraciones del nivel que acabamos de ver— no pedían pruebas y, para colmo, el juez principal del tribunal era W. Stoughton, un conocido «cazador de brujas». El resultado fueron 20 mujeres ahorcadas, 4 muertas en la cárcel y un hombre mayor muerto por las torturas a que le sometieron (aplastarlo lentamente con piedras) para que declarara su propia culpa.

Cuando ya se había ajusticiado a las brujas principales, la población comenzó a pensar que, quizá, todo había sido un error. Sin embargo, el principal instigador de todas aquellas muertes, el juez W. Stoughton, nunca se arrepintió.

Su castigo… llegó a gobernador de Massachusetts. Y todo esto pasaba en 1692 cuando ya hacía muchos años que en ningún país de Europa ni se quemaba ni se acusaba a nadie, seriamente, de brujería.

Siglos antes, en España e Italia, los teólogos y obispos consideraron —con criterio increíblemente moderno— que «volar por los aires, tener relaciones sexuales con el demonio y hacer hechicerías» eran enfermedades y alucinaciones que, más que ser castigadas, debían dar lástima. Esta es la razón por la que en España la Inquisición solo se ocupó de algún caso de brujería excepcionalmente. Para situar en su justa medida la benigna actuación del tribunal en este tipo de casos, como ejemplo de cómo estaban los ánimos en Europa exponemos que solo en el año 1609 y en la zona sur de Francia, se produjo una «caza de brujas» en la que se quemaron a 80 mujeres, solo en aquel año.

En España, en agosto de 1614, la Inquisición dio instrucciones sobre este tema. Reafirmaban que la existencia real de brujas era más enfermedad que realidad y fue criterio general de la Inquisición que cuando se presentara una acusación de este tipo se considerara que esas mujeres «tenían engañados los sentidos». En consecuencia, en contra del criterio normal en aquel tiempo, se aconsejaba mucha prudencia y benevolencia en las investigaciones y todos los testimonios y acusaciones de brujería fueron rechazados. Mientras tanto en los demás países las acusaciones de brujería produjeron numerosas víctimas. En España se salvaron de la hoguera y de la ira popular muchas mujeres acusadas de ser brujas porque la Inquisición las consideró enfermas o locas. Sin embargo, los tribunales civiles sí continuaron quemándolas a pesar de que la Inquisición ya había dado su veredicto de que era enfermedad y no herejía.

Como la Inquisición no se tomó en serio las leyendas de brujería, por eso apenas actuó contra ellas. Es más, en España hay documentadas veinte sentencias de muerte a brujas mientras, en los Países Bajos, Inglaterra y Francia se han documentados varios miles. Caso increíble es el de Holanda, donde la obsesión por la brujería llegó a tales extremos que, solo allí, se quemaron más mujeres que en toda Europa junta.

Hay otro curioso asunto. Muchas personas piensan que la Inquisición fue un invento de España y de sus reyes. Nada más lejos de la realidad. Antes de su aprobación en España ya se había aprobado en otros lugares, como ya hemos explicado. Los problemas con los judíos y los intentos de solucionarlos, antes que en España, habían comenzado primero en Francia, después en Inglaterra y más tarde en muchos otros países. Y, casi siempre, acompañados de ataques a los

barrios donde vivían, las juderías, y a matanzas de judíos.

De hecho, se les expulsó de España en 1492. Pero tres siglos antes, en 1182, el rey Felipe Augusto los expulsó de Francia, en 1290 el rey Eduardo I los expulsó de Inglaterra, en 1421 se les expulsó de Austria, en 1488 de Parma y en 1490 de Milán. De todos estos lugares se les expulsó antes que de España. Y después, por orden cronológico, se les expulsó de Lituania, Portugal, Provenza, Brandemburgo, Túnez, Nápoles, Génova, Baviera y Orán. Así pues, parece claro que no era solo España quien tenía un serio problema con el odio de la población hacia los judíos.

PARA LEER MÁS:

- DUMONT, J. (2009), Juicio a la Inquisición española. Madrid.
- KAMEN, H. (2013), La Inquisición española. Barcelona.
- MARTÍN DE LA HOZ, J. C. (2010), Inquisición y confianza. Madrid.
- MESSORI, V. (2008), Leyendas negras de la Iglesia. Barcelona.
- RODRIGO ITURRALDE, C. (2012), La Inquisición. Un tribunal de misericordia. Buenos Aires, Argentina.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (2012), Isabel I. Reina. Barcelona.
- https://leyendasnegrasdelaiglesia.wordpress.com/
- www.aciprensa.com/noticias/historiador-desmiente-8220leyenda-negra8221-sobre-la-inquisicion/

El español que descubrió las fuentes del Nilo

ENTRE LA HISTORIA REAL Y LA INVENTADA

Quien conozca un poco de geografía, o de historia de los descubrimientos, sabrá que las fuentes (su nacimiento) del Nilo son dos: el Nilo Blanco y el Nilo Azul. En esta historia vamos a hablar del Nilo Azul. Según parece fue descubierto por James Bruce en 1765. Este inglés descubrió el nacimiento del gran río africano, el río que hizo posible la antigua cultura egipcia, el río que hizo decir a Heródoto (griego del siglo V a. C.): «Egipto es un regalo del Nilo». Desde luego, el río ha sido muy importante a lo largo de la historia pero, increíblemente, el descubrimiento de su nacimiento no se realizó hasta ¿1765?

Según algunos libros de geografía ingleses, el británico llegó al nacimiento del Nilo Azul en 1765. Era el primer hombre blanco que llegaba a ese lugar, el primer occidental que dejó pruebas escritas de su hazaña, el primer europeo que logró semejante proeza. Porque, desde luego, llegar hasta allí con los medios del siglo XVIII era una proeza de la que difícilmente podemos hacernos una idea.

Pero ¿era importante llegar a las fuentes del Nilo? Sí. Lo era porque ampliaba el conocimiento geográfico del mundo. Porque completaba la idea del «ubi» en el que nos movemos. Porque aumentaba el conocimiento del origen y desarrollo de los grandes accidentes geográficos que, solo en parte, se conocían. Llegar a las fuentes del Nilo, al nacimiento del Nilo Azul era, sí, muy importante para un conocimiento más completo del mundo. Y este descubrimiento se lo debemos a James Bruce. Esta es la historia oficial, la que sale en los libros, la que se estudia en algunos colegios. Pero no es la historia real.

La historia real es que las fuentes del Nilo no fueron descubiertas en 1765 sino en 1618. Que su descubridor no fue un inglés sino un español. Que no se

llamaba James Bruce sino Pedro Páez. Que no nació en Stirlingshire (Escocia) sino en Olmeda de las Fuentes (Madrid). Que James Bruce llegó con 152 años de retraso sobre Pedro Páez. Y que Pedro Páez es uno de los exploradores españoles más desconocidos a pesar de que realizó una de las mayores gestas exploradoras de la historia moderna.

EL RÍO NILO

Brevemente exponemos por qué este río y, por tanto, el descubrimiento de su nacimiento es tan importante. El Nilo ha sido considerado el río más largo del mundo hasta el año 2008. Ese año, nuevas mediciones le asignan al Amazonas unos kilómetros más. Por tanto, el Nilo queda como el segundo río más largo del planeta, con 6.853 km. Para hacernos una idea de su importancia señalamos que los países por los que pasa son la República Democrática del Congo, Sudán del Sur, Sudán, Kenia, Burundi, Etiopía, Eritrea, Egipto, Tanzania, Ruanda y Uganda. Y que entre sus aguas se forman las islas Filae, Elefantina, Gezira, Agilkia, Kitchener y Más, además de un sinfín de islas menores.

El Nilo tiene un único cauce hasta Jartum, capital de Sudán. Desde aquí se divide en sus dos grandes ramales, el Nilo Blanco y el Nilo Azul. El Nilo Blanco llega hasta las cataratas Victoria (entre Zambia y Zimbabue) que fueron descubiertas en el siglo XIX, y el Nilo Azul llega hasta el lago Tana (Etiopía). Por tanto, el Nilo tiene dos inmensos afluentes que son considerados su nacimiento: el Nilo Blanco y el Nilo Azul.

SU DESCUBRIDOR

Pedro Páez Jaramillo nació en 1564 en Olmeda de las Fuentes (Madrid), entonces llamada Olmeda de Cebolla (no hace falta mucha imaginación para saber cual era el cultivo principal) y murió en Gorgora (Etiopía) en 1622. Su familia era acomodada y le proporcionaron los estudios y la educación propios de su nivel. Comenzó sus estudios en Belmonte (Cuenca) y, después en la universidad de Alcalá. Con 18 años ingresó en la Compañía de Jesús. Corría el año 1582. Los jesuitas le completaron la formación que había recibido en la infancia y lo mandaron a estudiar a la universidad de Coimbra (Portugal). Allí se

convirtió en un hombre de cultura muy superior a la media de la época, y destacó especialmente por su facilidad para los idiomas. Los aprendía con esfuerzo, pero con una facilidad poco común y esta característica le serviría mucho en el futuro, como tendría ocasión de comprobar. En la descripción que han hecho de él sobresale que se le consideraba «una persona amable, culta y considerada hacia los sentimientos de los demás».

En la vida de Pedro Páez las aventuras, los peligros, los descubrimientos, los viajes, son tan increíbles que difícilmente una novela de aventuras puede superarlos. En su vida nada hacía presagiar que viajaría tanto y por culturas tan extrañas.

SUS VIAJES, SUS AVENTURAS

En esa época los jesuitas mandaban a muchos de sus miembros a evangelizar en países lejanos. Pedro Páez se muestra obediente a lo que le dicen sus superiores en la orden y marcha para la India, a la ciudad de Goa, una de las colonias que Portugal tenía en Asia. Se embarca en el puerto de Lisboa a bordo del «Santo Tomás» y comienza la travesía. Pasa un año en el colegio de San Pablo de Goa y, desde allí, es destinado a Etiopía junto a Antonio de Monserrat, también sacerdote jesuita.

Su misión era reforzar la misión que los jesuitas habían fundado unos años antes en el norte de aquel país. De los cinco sacerdotes que formaban la misión tres habían muerto y había poca comunicación con la central jesuita de Goa. Sencillamente, van a evangelizar al pueblo etíope, pero abrigan un deseo: convencer al rey que ya era cristiano ortodoxo, para que ingresara en la iglesia católica. Piensan que, si logran esta conversión, muchos etíopes se harán también católicos. Páez cuenta entonces 24 años y Antonio Monserrat pone la experiencia porque es mayor e, incluso, llegó a vivir en la corte del Gran Mogol durante ocho años antes de esta nueva aventura. Con el nombre de «Gran Mogol» se definen los seis emperadores más importantes del Imperio Mogol, uno de los grandes imperios musulmanes de la India. Tan a fondo se tomó su vivencia en este apartado lugar del mundo que confeccionó el primer mapa conocido del Tíbet.

Esos eran los planes de la Compañía de Jesús y de los dos obedientes sacerdotes pero, por lo que iba a suceder, ese no era exactamente el plan de Dios.

Y no lo era porque pocos días después de haber embarcado para Etiopía comienzan los problemas: una tormenta obliga a que el barco en el que van embarcados tenga que interrumpir el viaje y abandonar la ruta. En la isla de Elefanta, a nueve kilómetros de la costa india, tienen que detenerse. El nombre de Elefanta se debía a que en las cuevas de la isla se encontraban muchas figuras de este animal. Días después, cuando amainó el temporal, se dirigen hacia Baçaim, en el norte de Bombay, en la costa centro oeste de la India. En este lugar se refugian de nuevo durante varios días aprovechando que había una fortaleza portuguesa. Tras algunas semanas para arreglar los desperfectos ocasionados por los temporales embarcan de nuevo, esta vez, hacía Diu. Este enclave se encontraba frente a la costa sur de la India y era parte de la antigua India portuguesa y, por tanto, pertenecía al imperio portugués. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de las costas indias conocidas eran de Portugal y que en 1580 este país y todos sus dominios pasaron a Felipe II. Fue así porque Portugal se quedó sin príncipe heredero y, por tanto, el país y todas sus posesiones y colonias debían pasar al heredero más cercano a la Casa de Avís (reinante en Portugal) que era Felipe II, porque su madre fue la princesa Isabel de Portugal.

Llegados a Diu, no contentos con la aventura que supusieron las tormentas y el cambio de ruta, consideraron que no era seguro andar en aquella lejana tierra con traje sacerdotal y decidieron disfrazarse de comerciantes armenios para cruzar hasta Mascate (Omán) que era de dominio portugués y por tanto, como hemos dicho, español. Todo lo hicieron de manera muy discreta. Si los hubieran descubierto hubieran tenido serios problemas ya que la población de esa zona era musulmana. Pero no iban a acobardarse por una condena a muerte o a la esclavitud. Su objetivo era llegar a Etiopía y harían todo lo posible por llegar. Si había que pasar peligros eso estaba siempre dentro de la providencia divina.

De manera que despreciando los riesgos pusieron, desde Mascate, rumbo a la pequeña isla iraní de Ormuz, en el golfo Pérsico. Desde Ormuz tenían planeado pasar a África pero, una vez más, no podrían realizar los propósitos que tenían tan bien planeados. Ormuz, tierra extraña para los europeos, presentaba mucho exotismo —que Páez y Monserrat ni buscaban, ni les interesaba—, pero también tenía peligros que los misioneros desconocían. Uno de ellos, y no el menor, eran las enfermedades propias de esas latitudes. Comenzaron a tener fiebre, de pronto tenían escalofríos, tiritonas, vómitos, diarreas y dolores de cabeza, músculos y articulaciones. Todo no acababa ahí. Con frecuencia tenían más sueño del natural pero dificultad para poder dormirse y falta de apetito. Les había picado un

mosquito Anófeles: tenían malaria.

Y tuvieron que estar en cama durante varias semanas. En diciembre de 1589, ya recuperados se dirigieron a una isla de la costa somalí: Zeila. ¿Habían acabado los inconvenientes y los peligros? En realidad, no habían hecho más que empezar porque, ese mismo mes, el barco en el que viajaban fue atacado por piratas. Siempre produce inquietud un imprevisto en el mar pero, si este imprevisto son piratas, la inquietud se convierte en algo más. ¿Qué harían? ¿Matarían por matar? ¿Solo robarían? Intentaron escapar pero no pudieron y los piratas se hicieron con el barco y con su tripulación. A Páez y Monserrat no los mataron pero los vendieron como esclavos a los turcos. Después, ya en enero de 1590, otra tormenta enorme hizo zozobrar el barco turco en el que viajaban. Muchos pasajeros pensaron que sería el último día de sus vidas pues, en ocasiones, parecía que iban a hundirse. Quedó tan maltrecho que no volvió a navegar pues el barco quedó sin mástiles y encalló entre las rocas superficiales de las islas Kuria Muria, en las costas de Arabia Saudita. Al menos no se hundieron.

Como la nave había quedado tan destrozada por las tormentas, para seguir el viaje tuvieron que cambiar de barco. Parecía que ya podrían continuar de nuevo el viaje, como esclavos, pero sin nuevos contratiempos. ¿Todo arreglado?, ¿continuar su viaje en paz? De nuevo, esos no eran los planes de la providencia. Si hasta entonces habían sufrido varias tormentas, habían tenido que detenerse varias veces y habían sufrido malaria ahora, aunque parecía imposible, la cosa se ponía mucho peor. Peor porque en el barco, en el colmo de la mala suerte, a los dos jesuitas les quitaron los turbantes y… ¡descubrieron que no eran musulmanes, sino cristianos! Eso no estaba en el guión y, en el siglo XVI, era una firma de condena a muerte si sucedía en territorio musulmán. Unos cristianos que se hacían pasar por musulmanes serían peligrosos y, además, en el siglo XVI el Imperio Turco ni era débil, ni amigo de cristianos: ya llevaban muchos siglos de luchas y guerras con ellos y además eran esclavos. En ese momento se encontraban en la zona sur de la Península Arábiga: puro islam.

Verdaderamente, ya no podía pasarles nada peor. ¿Qué no? A veces, las cosas, siempre pueden ponerse peor. Les acusaron de ser espías; si no ¿por qué iban disfrazados de comerciantes armenios? Decidieron llevarlos ante el jeque que se encargaría de su suerte (de su mala suerte) dictándoles sentencia. Esto, teniendo en cuenta la época, el lugar y la acusación parecía una segura condena a

muerte y no precisamente por métodos rápidos. El jeque tenía su residencia en la ciudad de Haydan, en el desierto de Hadramaut y, para llegar, tenían que atravesar este desierto de la península Arábiga, en el actual Yemen. Allí se dirigieron en condiciones «poco amables». Les ataron las manos, los colocaron detrás de un camello y se pusieron a andar ¿hasta dónde?, no lo sabían; ¿cuánto tiempo?, no lo sabían; ¿a dónde se dirigían?, lo ignoraban. Todos estos interrogantes hacían más angustiosa su situación pues un viaje en el que se desconoce todo y en el que las condiciones no pueden ser peores se convierte en una dura prueba. De todas formas, teniendo en cuenta que Hadramaut era uno de los desiertos de la península Arábiga, no es extraño que fueran víctimas del tremendo sol, con quemaduras y una sed continua. Con razón, aquel desierto era llamado por los árabes «el recinto mortal» que limitaba en el oeste con otro desierto que tenía el inquietante nombre de «la habitación vacía», así que no se sabe cuál de los dos era peor.

De hecho, las condiciones debieron ser tremendas pues, en un momento dado, sus «amos» pensaron que Antonio Monserrat se estaba muriendo porque, a las quemaduras de la cara producidas por el fortísimo sol, se unían ahora alucinaciones; mala señal. Para que llegara vivo ante el jeque lo montaron en un camello pero Pedro Páez tuvo que seguir pie, atado y detrás de la caravana de camellos. Estuvieron diez días viajando en aquellas condiciones. De aquel viaje, el propio Páez escribió: «caminábamos sin hallar gente ni caminos, porque el viento nos cegaba con la arena». Estaban en 1589. Fue realmente duro, exótico, y muy extraño pues, hasta 1931, casi 350 años después, ningún europeo volvió a cruzar aquel desierto. En 1931 lo hizo Bertram Thomas y en 1945 Wilfred Thessiger. Este último, para rendir homenaje a los dos españoles. Pero no hay mal que por bien no venga porque, gracias al sufrimiento de los dos misioneros, Páez pudo realizar la primera descripción de dos de los desiertos más calurosos e inhóspitos del planeta, Hadramaut y Rub'al Khali, al sur de Yemen.

No parece que el estado en que se encontraban despertase la piedad de los naturales del país pues, al llegar a Tarim, los habitantes de la ciudad los insultaron y les tiraron piedras. Hay que tener en cuenta que Tarim, en el actual Yemen, se encontraba dentro de la provincia de Hadramaut (en el desierto del mismo nombre) y que era conocida por ser un centro de difusión del islam. Y, en la actualidad sigue igual porque tiene más de 300 mezquitas y en 2010 fue elegida capital de la Cultura Islámica. Como las autoridades musulmanas eran autócratas el deseo de la autoridad era la ley. Por eso, al llegar a Al-Qalh, el

jeque sintió curiosidad por ver a dos hombres tan distintos a ellos, de piel tan clara, de un lugar tan exótico y desconocido como Europa. Porque de Europa apenas llegaban noticias y, muchas, difíciles de creer. Como que las ciudades eran libres y que los ciudadanos tenían derechos y representación en los poderes de las naciones. Cosas, todas, que nadie se creía, claro está. Por eso mandó llevarlos a su presencia. El jeque les trató bien y los invitó a comer y beber. Allí pudieron descansar. La bebida que les dio consistía en agua oscura hervida y, dentro, unos extraños granos negros. Una bebida desconocida en Occidente y que los dos sacerdotes calificaron como rara, de sabor un poco fuerte y algo amargo, pero que les reanimó. Era… ¡café! Cuando, pasado ya el tiempo, Pedro Páez pudo escribir toda su aventura no olvidó esta bebida y se convirtió, así, en el primer europeo que daba noticias de su existencia.

Continuaron su viaje hasta Haydan y allí los encerraron durante cuatro meses. Pero otra autoridad superior, el pachá turco de la región, quiso conocerlos y saber quiénes eran. Este residía en la ciudad de Saná, capital de Yemen y allí los llevaron. Y menos mal que el pachá los reclamó pues, por el cariz que iban tomando las cosas, en Haydan podían haberlos tenido encarcelados durante muchos años. No obstante, no había mucho de que alegrarse porque ni conocían las intenciones del pachá, ni sabían para qué les llevaban.

El camino a Saná pasaba por el desierto de Rub’al Kali, el que antes llamamos «la habitación vacía». Arena y más arena, sol y más sol, sin plantas, sin poblados, sin oasis, solo arena caliente y un sol abrasador. Estaban en 1590. Mientras estuvo cautivo y lo llevaban de cárcel en cárcel, sin saber cuándo saldría libre o si conseguiría salir libre, aprovechando sus dones para las lenguas estudió hebreo, chino y árabe. Pero lo de salir libres se complicaba cada vez más pues hacia 1595 los vendieron a un mercader turco que los empleó como galeotes (remeros en barcos grandes y pesados). Este trabajo era tan duro que solo se empleaban en él a los peores presos. Remar en los barcos, en las peores condiciones imaginables, acortaba enormemente los años de vida. Sin embargo no todo iba a salir tan mal pues, al menos, como galeotes estuvieron solo unos meses. Aunque las condiciones eran tan duras que algunos morían en tan solo unos meses.

Su amo, el mercader, los liberó de los remos del barco y se los llevó hasta Moka, en la costa del mar Rojo de Yemen. Allí estuvieron casi un año. Poco podían imaginar Páez y Monserrat que el propio rey Felipe II de España se estaba interesando por ellos y que su suerte iba a cambiar. España estaba muy

lejos y el rey debía de tener muchos asuntos más importantes que preocuparse por la suerte de dos sacerdotes perdidos por Asia, a tantos kilómetros de distancia. Pero esa era la realidad pues, en esa época, España tenía un servicio de espionaje que se contaba entre los mejores del mundo. Así le llegó la noticia al rey. Felipe II mandó al virrey de la India, Matías de Alburquerque, que pagara el rescate para liberarlos. Dos europeos no eran un botín muy valioso pero el precio que pidieron fue enorme: 2000 coronas. Posiblemente porque se enteraron de que un personaje muy importante de su país se interesaba por ellos. De hecho era nada menos que el virrey quien iba a pagar. Aprovecharon la ocasión y pidieron mucho dinero. Les entregaron el dinero y los jesuitas, finalmente, recuperaron su libertad. Sin embargo, a Antonio Monserrat esta libertad le iba a durar poco tiempo. Era mayor que Páez y los sufrimientos de seis años largos de penalidades, prisiones y esclavitud habían minado su salud. Murió en 1599.

Cuando recuperaron la libertad volvieron a la India, a Goa. Cualquier otro jamás volvería a pensar en viajar y, sin embargo, Pedro Páez no se rindió. Volvió a intentarlo y, además, al mismo país al que no consiguió llegar la primera vez: de nuevo a Etiopía. Estaban en 1603. Como su compañero Monserrat había muerto cuatro años antes, esta vez realizó el viaje sin compañía. Con menos penalidades consiguió su objetivo y llegó a Etiopía, un país con ciertas peculiaridades importantes pues era de los pocos lugares africanos que tenía una lengua escrita, el «amárico». Este hecho capacitaba a este país para tener una cultura «superior» a las de los pueblos vecinos que hablaban lenguas pero no las escribían. Páez estudió el amárico hasta que llegó a dominarlo.

Una vez llegado a Etiopía fue directo a Fregona donde se encontraban los jesuitas que iba buscando. Con mucha prudencia comenzó su labor de evangelización, lentamente. Debatía con clérigos coptos ortodoxos. Como sacerdote bien preparado sabía ir a la raíz de las diferencias entre la religión católica y la copto ortodoxa que, para facilitar las cosas, no eran demasiadas. Había que ir al fondo, con caridad pero con la verdad por delante. Tanto empeño en la evangelización tenía que dar frutos.

Pasado un tiempo, el emperador etiope, Za Dengel, quiso conocerlo. Páez departió largamente con él en diversas ocasiones. Era educado y afable, ni arrogante ni soberbio y sabía escuchar. Poco a poco, el emperador fue convenciéndose de que la religión de Pedro Páez era la verdadera y se convirtió. A ello había ayudado mucho el conocimiento que el aventurero español tenía del idioma del país, el amárico. Páez aconsejó al emperador que no publicara

demasiado pronto su paso de una religión a otra para no levantar recelos, pero el emperador no le hizo mucho caso y se produjo una guerra civil. Páez, para no verse envuelto en guerras que ni quería ni deseaba volvió a Fregona pero la guerra provocó la muerte del emperador. Su sucesor, el nuevo emperador Susinios Sequed III, entabló amistad con Páez, al que dio tierras y, pasado un tiempo, también se convirtió. Susinios, además, nombró a Pedro Páez su capellán. Le encargaron que diseñara algunos palacios e iglesias y, naturalmente, las diseñó según el estilo que conocía, que era el imperante en España: el plateresco.

Como capellán del rey debía acompañarle a donde él fuera y, en cierta ocasión, Susinios hizo una expedición militar hacia las montañas sagradas de Gishe, en sus territorios etíopes. A medida que avanzaba iba viendo como el paisaje se teñía, cada vez más, de color verde. Iba notando cómo la sequedad de las tierras que dejaban atrás iba cambiando por una humedad en el ambiente que lo hacía todo distinto. Era como si estuvieran en otro país pero, el caso es que era parte de los dominios del emperador etíope. En sus dominios vivían algunas de las tribus más extrañas de esa zona de África. Páez nunca había visto hombres que se pintaran la cara con esa profusión de colores y líneas verdaderamente extraordinarias. Algunos hombres de aquellas tribus, cuando se pintan, lo hacen intentando imitar la cabeza de algún animal de la selva y el resultado es de un parecido increíble. Caras humanas que semejan leopardos. Caras humanas llenas de puntos de vivos colores, cabezas llenas de vegetales. Etc. Se podía pensar que ya no se puede uno asombrar de ninguna tribu. Y esto es verdad hasta que se llega a la tribu mursi. Es una tribu etíope en la que las mujeres se adornan con gran cantidad de cosas sobre la cabeza: vegetales, cuernos animales, cencerros y campanas de metal, pinturas, etc. Llegan a tener un aspecto casi inhumano. Y sin embargo, ellas lo hacen para embellecerse y mostrar su estatus social. Se podría decir que, en esa zona de África, las tribus son casi más impresionantes que el propio nacimiento del Nilo.

Pasaron varios días y llegó a una zona con cataratas grandiosas, de una belleza como no había visto nunca. Había agua por todas partes, en claro contraste con las tierras desérticas de las que venía. Las cataratas que vio debían ser verdaderamente grandiosas porque eran conocidas por las tribus de la zona como: «el agua que echa humo». Con esta frase: «el agua que echa humo», describían las infinitas gotas y el vapor que levantaban las aguas al caer pues allí desembocaban más de cincuenta arroyos. Entre todos ellos, había uno que

destacaba, era el más grande, lo llamaban el Abbay. Había llegado al nacimiento del Nilo. Había llegado al Nilo Azul.

Era el 21 de abril de 1618 cuando, acompañando al emperador, Páez se convirtió en el primer europeo que llegó a aquel mítico y desconocido lugar, en las montañas de Gishe, a 30 km del lago Tana. Páez no presumió de su descubrimiento, pero era muy consciente de su importancia como se extrae de lo que dejó escrito: «Confieso que me alegré de ver lo que tanto desearon ver antiguamente el rey Ciro y su hijo Cambises, el gran Alejandro Magno y Julio César». Y describió lo que vio: «un vallecillo que se convierte en un campo grande… Cerca de la fuente, en el lado de arriba, vive gente». Estaba viendo el lago Tana, de más de 2000 km^2 y 1788 m de altitud.

SU ESCRITO

Páez escribió una completa obra sobre la geografía, costumbres, habitantes, etc. de Etiopía. De ella se conservan dos ejemplares, uno en la biblioteca vaticana y otro en la biblioteca de la universidad de Braga, Portugal. Los manuscritos durmieron el «sueño de los justos» durante más de 300 años hasta que, en Portugal decidieron publicarlo. La publicación se hizo con los medios de la época que, teniendo en cuenta que estaba acabando la Segunda Guerra Mundial, eran escasos.

El escrito de Páez tiene el interés y la exactitud de quien escribe sobre cosas «nuevas». A eso hay que sumarle tres hechos importantes. Primero, alguien a quien le había costado tanto llegar, escribiría muy a fondo sobre el lugar. Segundo, su formación académica le ayudaría a valorar, en su justa medida, lo que veía. Y tercero, Como hemos visto por su biografía, tenía un incansable afán por conocer la verdad. Solo esto puede explicar que sus escritos tengan la altura y el método científico que tienen a pesar de haber sido escritos poco antes de 1620. El propio Páez escribe: «ningún dato de los que aparecen es invención». Y hay muchísimos datos, algunos curiosos, otros interesantes y de todo tipo. Todo lo que escribió lo hizo tras haberlo visto personalmente o haber preguntado a varias personas distintas sobre un mismo asunto concreto. Cuenta sus andanzas, hace una detallada mención de la geografía de Etiopía y narra su historia. Cuando murió en 1622, sus compañeros misioneros enviaron el original a sus superiores en la India. El libro, que él mismo llamó «Historia de Etiopía» tiene

1.100 páginas lo que da una idea de su labor. En ellas se relata la historia del país desde Salomón y la reina de Saba hasta los años en que vivió su autor. Describe, entre otras cosas, las guerras civiles, los problemas sociales, la labor de los misioneros en condiciones muy difíciles y su relación con los emperadores.

La intención de su obra era reflejar del modo más completo posible sus conocimientos sobre el país africano y los pormenores que le habían sucedido. De manera que incluso introdujo en su libro la correspondencia, llena de afecto y de términos propios de reyes, entre el rey de España y el emperador de Etiopía. En una de estas cartas Felipe II pide un trato amable para el misionero que, como sabemos, se le dio sobradamente.

En España hemos tardado «un poco más» en publicar su *Historia de Etiopía*, se editó en 2014. Solo hemos tardado cuatro siglos. Porque, ya se sabe, en el actual momento político no conviene «recuperar» a españoles que hayan hecho algo digno de admiración no vaya a ser que alguien lo lea y se sienta orgulloso. Dejemos el orgullo para los ingleses, los franceses, los norteamericanos… Y continuemos con uno de nuestros deportes nacionales: la autocrítica negativa.

Siempre se ha oído decir que en España el pecado nacional es la envidia, y quizá sea así. Afortunadamente —por ahora— yo nunca la he experimentado. Por eso, cuando pienso en tantos españoles como Pedro Páez a lo largo de la historia, pienso que el pecado nacional no es la envidia sino el olvido.

No han sido pocos los exploradores que se han autoproclamado descubridores de las fuentes del Nilo Azul. Quizá el ejemplo más conocido sea el del inglés James Bruce que se atribuyó su descubrimiento en 1769, 152 años después de que hubiera llegado Páez. Además, ni siquiera fue el segundo en llegar. Era el tercero, pues el segundo fue el portugués Jerónimo Lobo que llegó diez años después de Páez. De las extraordinarias dificultades que tenía el acceso a las fuentes del Nilo es bien elocuente el hecho de que, en todo ese tiempo, nadie más fuera capaz de llegar. Y la fuente principal del Nilo Blanco, la más lejana, no fue descubierta hasta 1862 por J. H. Speke.

Hoy, la vida de Pedro Páez, leída cómodamente en un sillón, nos puede parecer romántica. Navegar entre tormentas, ser atacado por piratas, ser vendido a los turcos, padecer malaria, convertirse en esclavo, andar prisionero por el desierto, pasar cuatro meses en la cárcel, trabajar como galeote, verse involucrado en una guerra civil puede parecer romántico, pero no lo era. Podría ser objeto de la más increíble novela de aventuras pero romántico, no. En la vida de Pedro Páez, como hemos visto, hubo mucho sufrimiento. Y todo ese

sufrimiento no lo padeció para descubrir nada, aunque resultara un gran descubridor. No conviene confundir los objetivos principales de Páez. Nosotros nos hemos limitado a exponer en estas líneas, muy brevemente, algunos de los hechos más interesantes de su vida pero la realidad es que a él no le interesaba la exploración, ni la aventura. Por su cultura supo apreciarla y escribirla para la posteridad pero, desde el primer momento en que ingresó en la orden jesuita, su único y principal objetivo fue la evangelización.

PARA LEER MÁS:

- BISHOP, G. (1998), *A Lion to Judah: the travels and adventures of Pedro Páez,* S.J., the River Finder.
- PÁEZ, P. (2014), *Historia de Etiopía*.
- REVERTE, J. (2001), *Dios, el diablo y la aventura: la historia de Pedro Páez, el español que descubrió el Nilo Azul*. Barcelona.
- www.abc.es/cultura/20140312/abci-pedro-paez-etiopia-nilo-201403122248.html
- www.wikipedia.org/wiki/.pedro_paez
- http://rutaslegendarias.blogspot.com.es/2009/09/los-viajes-increibles-de-pedro-paez-i.html

EL REAL DE A OCHO: PRIMERA DIVISA INTERNACIONAL

La moneda española Real de a Ocho fue la primera divisa internacional aceptada por todos los estados. Cualquier país debía adaptarse a ella pues era la admitida, sin reservas, en todo el mundo para el comercio mundial.

Uno de los hechos que facilitó que alcanzase tanto prestigio fue que en el siglo XVI, cuando comenzó a acuñarse, España era la indiscutible primera potencia mundial y a esta potencia política y militar le acompañaban inmensos territorios. Entre esos territorios se encontraban las minas de plata más importantes: las de Potosí, Jauja y Huancavelica. La plata extraída de estas minas era de una pureza excepcional y, como las posesiones del Imperio español eran cada vez más amplias y era necesaria una moneda fuerte y común para comerciar, se pensó en esa plata para la nueva moneda: el Real de a Ocho.

El sistema monetario español se regía por una ley: la pragmática de Medina del Campo de 1497, que era una reforma monetaria que estableció «el real» como moneda de curso legal en la que se dividían las monedas de más valor. Con los Reyes Católicos la moneda de oro castellana más importante era el ducado que, en 1535, Carlos I sustituye por el escudo. El motivo de esta sustitución era proteger la moneda española de Francia y de los estados italianos que sustraían las monedas de oro españolas para acuñar sus monedas nacionales dándoles el valor de las españolas pero «metiendo» menos oro. En este contexto histórico y económico hay que comprender la iniciativa de crear una nueva moneda, fuerte y reconocida por todos los países: el Real de a Ocho, aunque al principio nadie pensó que llegaría a tener tanta importancia.

Fue Carlos I, por las Cortes de Valladolid de 1537, quien introdujo la nueva

moneda. De todas formas los primeros Reales de a Ocho comenzaron a emitirse a partir de 1543. De esta manera los reyes de España cimentaron la economía en dos sistemas; en el bimetalismo: en el sistema oro la moneda indiscutible fue la Onza y, en el sistema plata la moneda fue el Real de a Ocho.

CARACTERÍSTICAS

Fue una moneda de gran tamaño: generalmente más de 40 mm de circunferencia. El material empleado era plata purísima de gran calidad proveniente, desde 1545, de las minas de Potosí, en Perú. Se empleó durante más de tres siglos y durante ese tiempo tuvo curso legal en todos los continentes. Pesaba 27,47 gramos. Su pureza era de 93% y contenía 25,56 gramos de plata pura. Dos Reales de a Ocho equivalían a 1 escudo, que era de oro.

Desde Felipe II sus divisiones estuvieron perfecta y legalmente fijadas. Un Real de a Ocho se podía dividir en monedas de cuatro, de dos, de uno y de medio real. A la vez un Real de a Ocho tenía 272 maravedíes. De manera sencilla, la fragmentación monetaria (es decir, los valores de las monedas en circulación), que tanto posibilitaba su empleo en las transacciones comerciales internacionales era la siguiente:

1 Real de a Ocho	2 monedas de 4 reales
1 moneda de 4 reales	2 monedas de 2 reales
1 moneda de 2 reales	2 monedas de 1 real
1 moneda de un real	2 monedas de ½ real
1 Real de a Ocho	272 maravedíes
2 Reales de a Ocho	1 escudo

En una de las caras tenía el gran escudo de la monarquía española de los Austrias, las Columnas de Hércules, y con frecuencia, en tiempos de Felipe II, su efigie y la leyenda «Philippus II dei gratia, hispaniarum et indiarum rex». Las Columnas de Hércules las introdujo Carlos I y se mantuvieron hasta el siglo XIX. Felipe II fundó en Segovia la Casa de la Moneda, llamada «Casa del Ingenio», que fue la primera que introdujo la técnica de «molino», fundamental para la acuñación del Real de a Ocho. Su prestigio y excelente fabricación fue de tal envergadura que, además de ir perfeccionando su técnica de acuñación, las estuvo emitiendo hasta 1868.

Esta moneda, según los diversos territorios y circunstancias fue bautizada de diversos modos, Peso Fuerte, Peso Duro, Duro, Ducatón (en Italia) y Dealder, en los Países Bajos. Esto ayudó sobremanera a universalizar el sistema monetario español. El término «Peso Duro», dio lugar al «duro», moneda de curso legal en España desde el reinado de Isabel II hasta la introducción del euro (€) y que, a su vez, se dividía en cinco pesetas.

COMERCIO INTERNACIONAL

El Real de a Ocho precedió al dólar americano y a la libra inglesa como unidad monetaria financiera mundial, como demuestra que, hasta el siglo XIX las desplazó, así como al yen japonés, al thaler austriaco, a la piastra francesa, y al chelín inglés y, en Asia, a la rupia de India. Pervivió como moneda de curso legal y divisa para las transacciones internacionales hasta que el patrón oro puso fin al empleo de los metales preciosos (oro y plata) como uso corriente en las monedas.

Desde México partía el «Galeón de Manila» cargado con estas monedas hacia Filipinas y desde aquí, mediante el comercio, se distribuían a toda Asia. Especialmente China deseaba nuestras monedas pues solo aceptaba la plata como medio de comercio con extranjeros. Por su pureza, abundancia y el mantenimiento de su «ley de pureza» se empleó enseguida en todo el mundo y sirvió de referencia para las monedas de otros estados durante más de tres siglos. Esto quiere decir que, antes de la implantación del euro como moneda en la Unión Europea, y antes de la aceptación del dólar como moneda válida en muchos países, en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, un español que llevara reales de a ocho en el bolsillo podía viajar a cualquier parte del mundo sabiendo que su moneda sería aceptada en cualquier estado.

INFLUENCIA EN OTROS PAÍSES

El empleo de esta moneda supuso que el sistema de divisas español, cuya base era el Real de a Ocho, se internacionalizara. Y, como consecuencia de la expansión y prestigio de dicha internacionalización, sirvió de modelo para el nacimiento de otras monedas. Entre ellas el dólar norteamericano que se creó en

abril de 1792 tomando como base la «piastra» que era el término con el que los mexicanos llamaban al Real de a Ocho. Fue la primera en convertirse en moneda de curso legal en los Estados Unidos, estando en vigor hasta la ley que la derogó en 1857. Allí se conocía como el «Spanish Dollar» («Dólar Español»). Por su fortaleza monetaria la adoptaron y, en consecuencia, también adoptaron para siempre el símbolo español de las Columnas de Hércules. Es decir, el reverso de muchos de los Reales son las dos Columnas de Hércules, una a cada lado y, en esas dos columnas —emblema del escudo de los reyes de España— se inspiraron los americanos para crear el símbolo del dólar.

También se utilizó en las trece colonias inglesas de Norteamérica. Allí, y en general en el mundo anglosajón, el Real de a Ocho era conocido como: «Spanish dollar», «pieces of eight» o «eigth real coin». Mientras circuló en Estados Unidos, el dólar valía lo mismo que el Real de a Ocho y las acciones de las bolsas de Estados Unidos se denominaban en «octavos» de dólar (herencia del Real de a «Ocho»). En junio de 1977 cambió la denominación a dieciseisavos y, poco después, al sistema decimal.

Muchas monedas actuales como el dólar de Canadá, el dólar de Estados Unidos o incluso el yuan de China y, por supuesto, los Pesos de Filipinas y las monedas de casi toda Hispanoamérica están basadas en el Real de a Ocho español; y el término «Peso» en sus monedas tiene su origen asimismo en nuestra moneda.

En muchos de los lugares más remotos del planeta se aceptaba como pago, reacuñándola con el sello del lugar en el que se usaba. De esta forma, la moneda se extendió por toda Europa, América y grandes extensiones de Asia y África, llegando hasta lugares tan lejanos como Australia a mediados del siglo XIX y China desde el siglo XVII. ¿China?, sí. Y Japón, la India y, por supuesto, Filipinas, Corea, Tailandia, y casi todos los países asiáticos. El Real de a Ocho era la moneda reserva que se atesoraba en China, India y Medio Oriente. Fue tal su impacto que llegó a regular el sistema financiero internacional. Pero también llegó a desestabilizar las economías del este asiático y fue capaz de provocar el caos financiero en la economía china de la dinastía Ming.

Cuando hablamos de la internacionalización del Real de a Ocho, no es una forma de hablar. Por nombrar solo algunos países donde llegaba y la resellaban para usarla ellos, citamos Birmania, Brasil, Filipinas, Sri Lanka, Sudán, Zanzibar, Portugal, Inglaterra, Baréin, China, Tailandia, Arabia Saudí, Estados

Unidos, India, Camboya, todos los países de América, Nuevas Gales del Sur… El hecho de que llegara a Nueva Gales del Sur da una idea de lo que queremos explicar pues, esta zona de Australia es la más alejada del mundo de España. Se encuentra a casi 18.000 km y es la antípoda de España. Por los desiertos de Arabia, por las colonias inglesas de Norteamérica, por el África negra, por el lejano Oriente, por el asiático continente indostánico, por el norte, el centro y el sur de América. Hablamos, siempre, de miles de kilómetros. No importaba la cultura, la lengua, la lejanía o la política. Había siempre una actitud: donde llegaba el Real de a Ocho, se utilizaba para el comercio internacional.

En China estaba tan implantada su circulación que había una equivalencia oficial de monedas respecto a la moneda española. Un Real de a Ocho equivalía a 1000 cash de bronce o 7 maces y 2 candarines de plata o 1 tael. Más tarde el cambio equivalió a un dólar chino, que era lo mismo que un yuan de plata. Además, los chinos resellaban la moneda española para garantizar su ley y su peso.

En lugares de todo el mundo las resellaban con el sello nacional para que pudieran ser usadas como moneda local. Por todos aquellos países se extendieron los símbolos españoles. La cara y la cruz de la moneda: las Columnas de Hércules y las efigies de los reyes de España. Hay que aclarar que las reacuñaciones y resellos en todos estos países no la convirtieron en moneda importante sino que, por ser moneda importante, las reacuñaban y las resellaban en aquellos países.

Un caso curioso era el de Inglaterra que, aunque enemiga mortal de España en aquellos siglos, apreciaba mucho la plata española. Allí, como en todos los países, las resellaban. Pero, además, hacían otra cosa: les hacían un agujero central y extraían esa parte cortada. De esa forma obtenían dos monedas de curso legal: el chelín, que era la parte mayor, y el penique, que era la parte menor, la del centro. Así, en Inglaterra convertían en dos monedas inglesas lo que antes había sido una sola moneda española.

PARA LEER MÁS:

- CÉSPEDES DEL CASTILLO, G. (2003), El real de a ocho, primera moneda universal. *XIII Congreso Internacional de Numismática*. Actas, T. 2. Madrid.

- http://laorejadejenkins.es/historia/el-real-de-a-ocho-la-moneda-espanola-que-domino-el-mundo
- http://nuestrapasionporeloro.blogspot.com.es/2014/06/el-real-de-ocho-de-plata-fue-la-primera.html
- RUÍZ TRAPERO, M. (2005), El Real de a Ocho: su importancia y trascendencia. *IV Jornadas Científicas sobre documentación de Castilla e Indias en el siglo XVI*. Madrid.
- VILAPLANA PERSIVA, M. (1997), Historia del Real de a Ocho. Madrid.
- www.oroyfinanzas.com/2013/05/real-de-a-ocho-plata-primera-moneda-reserva-mundial/

REAL EXPEDICIÓN FILANTRÓPICA DE LA VACUNA

Hasta principios del siglo XIX la viruela era una enfermedad grave, a menudo mortal, para la que no había curación. Afectaba por igual a la población de todos los países y colonias. Los síntomas aparecen entre los 12 y 14 días después de que el virus infecte a la persona: dolor de espalda, delirio, diarrea, sangrado, fatiga, fiebre alta, malestar general, erupciones en la piel que se transforman en úlceras, fuertes dolores de cabeza y vómitos. En 1796 estaba teniendo lugar una de las epidemias más graves que se recordaban.

El descubridor de su vacuna fue el médico rural Edward Jenner. El médico observó que las lecheras de los pueblos que atendía solían coger una enfermedad parecida a la viruela humana pero más leve, la llamada viruela de vaca o vacuna —de ahí el nombre «vacuna»—. Era una variante de la enfermedad que contraían los humanos y no producía la muerte. Estudió el caso y comprobó que la inmunidad a la viruela humana la producía haber tenido antes la viruela de vaca y que eso lo provocaba el contacto con esos animales: quedaban inmunizadas. Intentó demostrarlo y, para ello, inoculó secreciones de la pústula de una vaca en la mano de una mujer dedicada a ordeñar y en un niño de 8 años. Los dos quedaron inmunizados a la terrible enfermedad. Los dos cogieron un poco de fiebre y cierto malestar durante algunos días, pero eso fue todo: había nacido la vacuna contra la viruela. En 1798 Jenner publicó su trabajo y en 1800 la vacuna llegó a España.

Durante los siglos XVI y XVII la enfermedad afectaba, en algunas epidemias, a entre un 20% y un 50% de la población y quizá lo peor era que en las colonias afectaba más a las tribus y poblados indígenas que no tenían anticuerpos. En 1802, pocos años después del descubrimiento de la vacuna, en el Virreinato de

Nueva Granada, en plena posesión española, se sufría una de las peores epidemias que se recordaban. La epidemia, que había surgido en Europa, había llegado ya a todas las colonias del mundo y, en esa época, el imperio colonial español era de proporciones inmensas. También allí estaba causando estragos la enfermedad. Los gobernadores y virreyes mandaron correos a España avisando de la situación y, algunos de estos correos, llegaron a Madrid en la Navidad de 1802. La enfermedad afectaba más a los indios en los siglos XVI y XVII, pero de aquello hacía mucho tiempo y los cuerpos se habían adaptado a las enfermedades europeas hacía mucho. Ahora afectaba por igual a indios, negros y españoles, ricos y pobres, de clase alta y baja. Todo ser humano estaba indefenso ante ella. Por eso, en marzo de 1803, el Consejo de Indias estudia la posibilidad de llevar la vacuna a las colonias. Hoy es fácil decirlo, pero en 1803 surgen muchos interrogantes ¿quién? ¿Cómo? ¿Con qué dinero? ¿En qué barcos? No eran problemas de fácil solución. Sobre todo había tres objetivos. Difusión de la vacuna, instrucción de personal sanitario y creación de un organismo (las Juntas de Vacunación) para asegurar la continuidad y conservación de las vacunas.

Todo esto se plantea en la Corte y en los círculos médicos. El problema era serio. Tras diversos estudios se decide mandar una expedición, «la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna». Su director sería el Médico de Cámara de Su Majestad, Francisco Javier Balmis, y el subdirector José Salvany y varios enfermeros, médicos y practicantes. Había que poner muchos miles de vacunas y, para ello, todo debía salir bien. Esto nunca era seguro porque, a principios del siglo XIX, un viaje tan largo y de tintes exclusivamente sanitarios no se había realizado antes. De la importancia que se concedió a la misión es buena prueba la rapidez con que se aprobaron y llevaron a cabo los planes. Se aprobó en marzo de 1803 y comenzó en noviembre del mismo año.

Desde el principio, Balmis contó con el permiso y aplauso del Rey Carlos IV lo que, andando el tiempo, sería de gran ayuda. Una de las razones de los Reyes Carlos IV y María Luisa de Parma era que la cuarta de sus hijas, la Infanta María Isabel, había contraído la enfermedad en 1798 y aunque se curó, la viruela le dejó serias señales en la cara. Y el caso más importante ocurrido en la familia real española se dio en 1724 cuando, el joven rey Luis I, murió de un ataque de viruelas el 31 de agosto, con 17 años. Era el hijo mayor de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya y llevaba en el trono siete meses. La enfermedad no distinguía entre pobres y reyes. Así pues, el rey apoyaría sin ambigüedades la

expedición.

LOS PROTAGONISTAS

Los protagonistas principales de la misión fueron dos: Balmis y Salvany. Pero también participaron otros sin los que no hubiera sido posible el éxito: dos médicos, dos practicantes y cuatro enfermeros. Todos de gran altura profesional y ética. Todos hicieron esfuerzos más allá de lo que exigía su trabajo. Pasaron numerosas penalidades y lo dieron todo por la salud de los demás. Ni pensaron ni se ocuparon de sí mismos. Y, sobre todo, participaron los niños. Los niños fueron incorporándose a la expedición en cada puerto para que, a través de ellos, la vacuna pudiera llevarse de un lugar a otro.

El director, Francisco Javier Balmis Berenguer, nació en Alicante, en 1753. Fue hijo y nieto de médicos y, siguiendo la profesión de su padre y su abuelo, en 1770 ingresó en el Hospital Militar de Alicante. Tenía 17 años. Llegó a Cirujano de Cámara Real. Murió en Madrid en 1819, con 66 años. El subdirector fue José Salvany Lleopart. Nació en Cervera en 1777 y murió en 1810 durante la expedición, en Cochabamba, en la actual Bolivia. Tenía 34 años. Y, desde luego, no podemos olvidar a Isabel López Gandalla. No era ni enfermera ni sanitaria pero, sin su cariño y cuidados a los niños, la expedición difícilmente hubiera conseguido éxito. En palabras del director, fue como una madre para ellos.

PREPARACIÓN

Durante la primavera y verano de 1803 se realizaron los preparativos necesarios. Seleccionar el personal, contratar el barco, hacer provisiones de agua y víveres, planificar el importante asunto de la conservación de la vacuna, pensar en el bienestar de los niños, y un larguísimo etc.

A lo largo de la expedición se terminaron utilizando cinco barcos a lo largo de los diferentes lugares que visitaron y los distintos grupos en que se dividieron. Pero al principio se pensó que sería necesario solo uno, el que saldría de España. Para su elección se tuvo en cuenta, sobre todo, que fuera veloz pues cada mes que se tardaba en llevar la vacuna, eran miles las personas que morían. Por esta razón se eligió un buque de correo de guerra, no era cómodos pero sí rápido y,

además, estaba acostumbrado a la travesía con América. Balmis no era un hombre amable pero sus dotes organizativas hacían de él la persona idónea para semejante misión. El subdirector de la expedición, José Salvany, era el carácter contrario a Balmis.

Entre los preparativos más importantes para el viaje, el fundamental era cómo llevarían la vacuna. Solo había una solución. Niños que no hubiesen pasado la viruela para ir vacunándolos a lo largo de la travesía uno tras otro. El plan era eficaz: ir pasando cada cierto número de días la vacuna de un niño a otro mediante el contacto de las heridas. Puede parecer duro pero no lo era. Era eficaz y no había ningún riesgo para los niños y, sobre todo, no había ningún otro método. Para ello Balmis embarcó a unos 20 niños de edades comprendidas entre 3 y 9 años. Hay una frase escrita por él a su vuelta a España de la que entresacamos su interés por el bienestar de los niños:

> «no tiene número las pesetas que he repartido entre los indios para que se dejasen vacunar y las empleadas en juguetes para que se entretuvieran a bordo los niños embarcados…».

Pero ¿de dónde se sacarían los niños? No era un asunto fácil. Las familias sin graves problemas no querían dejar a sus hijos pues, aunque la finalidad no podía ser mejor, nadie sabía cómo acabaría. Algunas familias sin recursos económicos pensaron que era una buena oportunidad pues, lo cierto era que los niños disfrutarían de todas las ventajas posibles. Esta era la solución, como llovida del cielo, para madres solteras o abandonadas. Entre las promesas que se hicieron a estos padres, una fue:

> «a estos niños se les hospedará y cuidará a cargo del Erario Público, serán bien tratados, mantenidos y educados hasta que tengan ocupación o destino con que vivir conforme a su clase y devueltos a los pueblos de su naturaleza».

Finalmente se seleccionaron niños de la Inclusa de Madrid y de la Casa de Expósitos de Santiago de Compostela. Al cargo de los niños estuvo una mujer —la primera enfermera infantil española—. Cuidó, acompañó, entretuvo y serenó a los niños en las largas travesías primero por el Atlántico y después por el

Pacífico. La mujer debía ser algo más que una buena madre pues Balmis, de carácter seco, escribió sobre ella:

> «La Rectora, que con el excesivo trabajo y rigor de los diferentes climas que hemos recorrido, perdió enteramente su salud, infatigable noche y día ha derramado todas las ternuras de la más sensible Madre sobre los 26 angelitos que tiene a su cuidado».

Balmis tenía un notorio sentido común. En contra de lo que era normal en la época, escogió para la expedición personas con formación sanitaria con preferencia a personas con títulos o de importancia social. Además, sabía que una vez embarcados, el viaje no sería, precisamente, de placer. Como todo se preparó a conciencia y se dejó por escrito, podemos saber incluso las comidas que hacían. Resulta curioso saber el régimen que llevaron. Exponemos un extracto:

> «a todos se les dará almuerzo, refrescos y cena… olla, principios, postres, vino y pan… Un buen cocido. Y alguna cosa más extra para niños enfermos».

El apoyo del rey se notó en que, a las máximas autoridades de todos los sitios donde preveían llegar, se mandó una Real Orden, en septiembre de 1803. La orden era que tuvieran con la expedición los mayores miramientos y se les ayudara en todo cuanto estuviera en sus manos, que les proporcionaran todo cuanto pidieran y estuviesen al tanto de lo que necesitaran. Se mandó esta orden al Comandante General de las Provincias de Interior y al de Canarias (primera etapa del viaje). A los Gobernadores de Puerto Rico y de La Habana. A los Virreyes de Nueva España, de Santa Fe, de Perú y de Buenos Aires. A los Capitanes Generales de Caracas y de Filipinas. A los Presidentes de las Audiencias de Guatemala y de Chile. Pero no serían estos territorios los únicos en recibir la visita de la expedición pues, además de los ya mencionados, se llegó a varios cientos de lugares y, entre ellos, a muchos de Asia.

Sobre la ambición científica de la expedición y cómo aprovechar al máximo las experiencias, son una clara muestra las indicaciones de Balmis. Expone que se ha de vigilar la influencia de la vacuna en otras enfermedades. Con las dotes

organizativas del director de la expedición se indica que las observaciones deben extenderse a la historia natural, la industria, el arte, la botánica y la medicina y dejar constancia de las demás enfermedades de cada país, con sus síntomas y remedios conocidos. Nada se dejó al azar. Aunque no era de carácter muy afable, Balmis era el hombre apropiado para dirigirla.

Y un detalle más de que no se dejó nada al azar es que, como en aquellos años Inglaterra y Francia se hallaban en plena guerra napoleónica, Balmis pidió al gobierno de Madrid que les expidiera unos visados para que, en la medida de lo posible, la guerra entre esos dos países no dificultara la misión. El gobierno, los expidió.

LA RUTA (EL DERROTERO)

Otro de los asuntos importantes era la ruta que se seguiría. En todos los documentos de la época a esta ruta se le llama: «Derrotero». Importante y nada fácil de solucionar porque el imperio español se extendía por todos los continentes y la separación entre unos territorios y otros era de enormes distancias. Se pensó y discutió despacio este problema. Hubo opiniones a favor de que fuera uno solo el barco que debía ir a todos los lugares. Esta era la opinión de Balmis que proponía que el buque debía ir a los cuatro virreinatos de España en América: Virreinato de Nueva España, de Perú, de Nueva Granada y de Río de la Plata, a las islas Filipinas además de Canarias y Puerto Rico y, por supuesto, Caracas, La Habana, Campeche, Veracruz, Puebla, México, Perú, Chile, Buenos Aires y un largo etcétera. Parecería la fantasía de un lunático si tenemos en cuenta que estaban en 1803 pero el hecho es que todos esos lugares, y más, se visitaron; ¡hasta China! Otros pensaban que era mejor dividirse para llegar a todos lados. Otros opinaban que había que enviar dos barcos pues, aunque sería más caro, daría mejores resultados.

España había dividido administrativamente las colonias en virreinatos y capitanías generales. En la época de la expedición había cuatro grandes virreinatos. El de Nueva España, el Virreinato del Perú, el Virreinato del Río de la Plata y el Virreinato de Nueva Granada. Pero sería un error equipararlos, en tamaño, a países actuales. Eran mucho más extensos, por eso la expedición tuvo más mérito.

El Virreinato de Nueva España, cuya capital estaba en la ciudad de México,

comprendía todo el actual México. También los siguientes territorios de los Estados Unidos que, entonces, eran de soberanía española: el estado de California, Nevada, Colorado, Utah, Nuevo México, Arizona, Texas, Oregón, Washington, Florida más algunos territorios de Idaho, Montana, Wyoming, Kansas, Oklahoma y Luisiana. Algunas zonas de Canadá, como la Columbia Británica. Y la Capitanía General de Guatemala, que abarcaba los actuales países de Guatemala, Belice, Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua. También abarcaba la Capitanía General de Cuba, que son los actuales países de Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Trinidad y Tobago y Guadalupe. La Capitanía General de Filipinas, que comprendía las islas Filipinas, Carolinas, Marianas y Guam. Todos estos territorios formaban el Virreinato de Nueva España. De manera que cuando nombramos este Virreinato estamos nombrando una zona mayor que todos los países del mundo actual menos Rusia. Y ahí querían llegar.

Otro de los cuatro Virreinatos era el de Perú. Éste abarcaba los actuales territorios de Perú, Colombia, Argentina, Ecuador, Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay, la parte de Brasil de soberanía española, parte del sur de Venezuela y las Islas Galápagos. El tercer Virreinato era el de Nueva Granada, cuya capital era Bogotá, y que se componía de los territorios de los actuales estados de Colombia, parte de Ecuador, parte de Panamá, parte de Venezuela, norte de Brasil, oeste de Guyana y algunas islas Galápagos. Por último el Virreinato de Río de la Plata, con capital en Buenos Aires y que estaba formado por Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia, parte de Brasil y Chile. También estaban incluidos en este Virreinato las islas Malvinas y la Patagonia.

Además de la enorme extensión de estos cuatro virreinatos, había otras circunscripciones: las capitanías generales. Se crearon en zonas militarmente estratégicas y, aunque dependían de un virreinato, tenían amplia autonomía y eran gobernadas por un capitán general. Fueron siete: la Capitanía General de Cuba, la Capitanía General de Chile, la Capitanía General de Guatemala, la Capitanía General de Venezuela, la Capitanía General de Puerto Rico, la Capitanía General de Yucatán y la Capitanía General de Santo Domingo. Como vemos, la enormidad del imperio español a finales del siglo XVIII y principios del XIX hacía verdaderamente atrevido cualquier intento de llegar a todos esos lugares.

Debemos aclarar que, si un mismo país aparece como parte de dos

virreinatos u otras dos circunscripciones cualesquiera, se debe a que, como entonces no existían esos países, cuando se formaron, sus fronteras abarcaron partes de más de una capitanía general o parte de más de un virreinato.

En mayo de 1803 se fijó la ruta que se seguiría. Pero, al final, fueron las circunstancias las que mandaron y, aunque partieron juntos, a medida que iban viendo la extensión y diversidad de zonas donde querían llegar, se dividieron varias veces. Los cambios se hicieron sobre la marcha a medida que veían lo más conveniente para detener la epidemia. El tiempo demostró que esta fue la mejor solución. Al salir de la Capitanía General de Venezuela, comienzan las divisiones y, con esta decisión, los resultados no pudieron ser mejores.

Antes hemos dicho que los pormenores y los inconvenientes iban a ser muchos. ¿Cómo podía ser de otra manera? El viaje sería largo, con varias divisiones para llegar a más sitios, con niños a bordo que había que cuidar más que a los demás y, no porque fueran los portadores de la vacuna, sino porque eran niños. En la primera fase la expedición fue conjunta. Desde España (La Coruña, donde se inició) hasta Venezuela. En la segunda se dividen en dos. La dirigida por Balmis que va a México y Filipinas. Y la de Salvany, a Sudamérica. A la vez cada una de ellas se divide más veces. La idea era óptima, llegar al mayor número de colonias en el menor tiempo posible. Así se hizo. En lo que se refiere al medio de transporte, el barco, había que elegirlo. Desde luego no daba lo mismo uno que otro. Se presentaron dos propuestas, la fragata Slip que era demasiado grande y pesada y la corbeta María Pita de 160 toneladas. Se eligió esta segunda.

EXPEDICIÓN CONJUNTA

Partieron del puerto de La Coruña hacia su primera etapa: Canarias. Tardaron 10 días en llegar a Santa Cruz de Tenerife. Allí comprobaron que la Real Orden de septiembre de 1803 surtía efecto: la acogida no pudo ser mejor. Todos los gastos de la estancia corrieron a cargo del gobierno insular. En esa época, toda fiesta incluía misas que se celebraron de manera grandiosa para dar gracias a Dios por la llegada de una vacuna que acabaría con tanto sufrimiento. Estuvieron en las islas casi un mes y realizaron tres tandas de vacunas. Nadie, de los que quisieron, se quedó sin vacunar. A cada una de las siete islas se pidió que mandaran algunos niños para que se les pudiera inocular la vacuna y, así, hubiera

vacunas cuando la expedición se marchara hacia América. Habían comenzado los beneficios para la población, el fin tan deseado de la expedición.

La siguiente escala fue Puerto Rico. Llegaron tras un mes de travesía. Aquí comenzaron algunos de los problemas a los que tendrían que hacer frente a lo largo del viaje, no todo iban a ser éxitos y felicitaciones. Las relaciones entre Balmis y el Gobernador Ramón de Castro, fueron tirantes. El motivo fue doble. Por un lado que no correría con los gastos de la expedición porque el médico de la zona ya había logrado la vacuna. El segundo problema fue consecuencia del primero: como los niños habían sido vacunados, ahora no se lograba encontrar otros que cumpliesen las características inmunológicas necesarias. Estuvieron en Puerto Rico desde el día de Reyes a marzo de 1804. El mismo mes del mismo año llegaron a Venezuela y estuvieron hasta mayo. El recibimiento volvió a ser apoteósico. Les escoltó una compañía de indios y:

> «se ofreció al regio comisionado un lujoso carruaje que ocupó en seguida llevando a su derecha al joven vacunado que traía en sus brazos el anhelado fluido y por entre la muchedumbre apiñada, en medio de los vítores, la música y los fuegos de artificio, llegó a la más hermosa casa de la ciudad, dignamente preparada para recibirle y en donde, vestidos de gala, le aguardaban el Gobernador y Capitán General de Venezuela Manuel Guevara y Vasconcelos, los altos funcionarios y todos los grandes patricios».

Aquí se inoculó inmediatamente la vacuna a 28 niños y 36 adultos. El Gobernador y Capitán General, Vasconcelos, fue un decidido defensor de la expedición. En vistas de las condiciones tan favorables de todo tipo, Balmis creó la primera Junta de Vacuna del continente. Era el 23 de abril de 1804. Ya establecida la vacunación en Caracas, se envió a otros territorios de la capitanía: Coro, Puerto Cabello, Ortiz, Santa María de Iripe, Tocuyo, Maracaibo, Cumaná e isla Margarita. Como estaba previsto, desde aquí se dividió la expedición. El número de vacunados fue enorme. En Cumaná casi 20.000 indios y en Isla Margarita 2000.

Las poblaciones a las que llegaban tenían sobrados motivos para darles homenajes y bienvenidas. Si nos situamos en el año de la expedición comprenderemos que no era fácil para los colonos americanos y asiáticos,

esperar una solución a la epidemia. Pero la recibieron. En España tenían los problemas propios de una metrópoli imperial, la solución sería carísima, el transporte de la vacuna lleno de contratiempos y, sobre todo, América quedaba muy lejos. Por todo ello, cuando en las colonias azotadas por la epidemia aparecían los barcos de la expedición con la vacuna que evitaría tantas muertes y tanto sufrimiento, la alegría se desbordaba. Esta alegría se traducía en agradecimiento a quienes estaban haciendo posible la salvación de tantas personas. Y hay que tener en cuenta que estas personas eran españoles y criollos pero también, y en mayor proporción, indios, negros, mulatos, etc. No es difícil comprender las fiestas, los actos religiosos que no podían faltar, bailes, fuegos artificiales, etc.

Hasta Venezuela la expedición había ido unida pero, a partir de ahí, se divide para llegar a más poblaciones y vacunar a más personas. No vamos a exponer las expediciones parciales resultantes de esta división, solo algunos datos.

LA EXPEDICIÓN DIRIGIDA POR BALMIS

Cuando se decide dividir la expedición, Balmis embarca hacia Nueva España a bordo del María Pita. La travesía por el Caribe fue muy incómoda: tormentas, mareas contrarias, fuertes lluvias. Ese mar, habitualmente tranquilo, parecía enfadado. Cuando llegaron a La Habana en mayo de 1804 pudieron descansar pues, en la travesía, se habían puesto enfermos los niños. De hecho una de las cosas que sucedieron y que afectó a todos los componentes del grupo fue la muerte de uno de los menores. Era inevitable que algo así sucediese en una expedición tan larga pero, no por inevitable, dejó de producirles gran dolor. En la Habana los niños fueron conducidos a la casa del Capitán General y fueron aplaudidos y festejados.

Balmis observó que la vacuna había llegado ya a la isla y, para ganar tiempo, parte hacia el destino que le habían impedido las tormentas: Nueva España. Necesitaba cuatro niños para transportar la vacuna pero no se los proporcionaron. Después de tres semanas, a falta de niños, consigue tres esclavas y «un tamborcito» —escrito por él— y soluciona el problema, El tamborcito era un joven tambor del Regimiento de Cuba que se prestó voluntario. En junio comunica al Capitán General de la isla, marqués de Someruelos, que zarpa en la corbeta María Pita con rumbo a Sisal, en la península del Yucatán, Nueva

España. Habían vacunado en Cuba a unas 15.000 personas. Llegan a Yucatán a fin de mes y es recibido personalmente por el Gobernador Benito Pérez, que se había desplazado para darles la bienvenida. Muy apoyado por la autoridades de la zona, comienza inmediatamente las vacunaciones: Puebla de los Ángeles, Guadalajara de Indias, Valladolid (de México), San Luis de Potosí, etc., y se establece otra Junta de Vacuna para que la inoculación llegue rápidamente a todos los territorios. Desde aquí a Guatemala y vuelta de nuevo.

Para llegar a México se le presenta el problema habitual: no consigue niños. En México, capital del Virreinato de Nueva España, había conseguido vacunar al diez por ciento de la población infantil. Todo un éxito. Tras conseguir 26 niños después de numerosas gestiones, parte hacia Filipinas. La travesía por el Pacífico se hizo con un grave contratiempo. Tuvo que hacer el viaje en la línea regular Acapulco-Manila, en un barco llamado Magallanes. Era un contratiempo porque debían adaptarse a las condiciones del barco, de la línea y de los demás viajeros. Fueron cinco semanas de viaje y el navío iba lleno: muchos militares, 75 religiosos, la tripulación, los 26 niños y Balmis y sus ayudantes.

Uno de los problemas de la falta de un sitio adecuado para los chicos fue que durante las noches, con el vaivén del barco, entraban en contacto unos con otros y, de esa manera, se realizaron siete vacunaciones artificiales a la vez. Esto puso en peligro la vacuna que no hubiera llegado si los vientos no hubieran sido favorables y hubieran tardado un poco más de lo previsto. Se habría roto la cadena sanitaria de niños en quienes se «transportaba» la vacuna. Las palabras de Balmis para describir esta parte del viaje no son muy alegres:

> «los niños estuvieron muy mal colocados en la Santa Bárbara, llenos de inmundicias y grandes ratas que los aterrorizaban, tirados en el suelo rodando y golpeándose unos a otros con los vaivenes del barco».

El viaje no debió ser muy apacible. En el archipiélago contó con toda la ayuda de la iglesia, que tenía gran interés en que se vacunara a los indios. Por ello, pudo planificarlo todo de manera que llegó, en el menor tiempo posible, a las zonas más alejadas de la colonia española. Vacunó en zonas tan lejanas y separadas entre sí como Manila, Cebú, Mindanao y Zambuanga. En Manila realizó 9000 vacunas, en la isla de Luzón 20.000 y en otras islas 11.000.

A partir de este viaje los problemas de salud de Balmis, una fuerte disentería

amibiana, se agravan. Pero, como se entera de que la vacuna no había llegado aún a China, se dirige a Macao desde Manila (Filipinas) para continuar difundiendo la solución a la enfermedad. Esta vez, para realizar el viaje lleva a tres niños a bordo de la fragata Diligencia. Fue el peor de todos los viajes que hicieron. En esta ocasión no fueron sorprendidos por fuertes lluvias ni tormentas. Fue más grave: les azotó un tifón.

El barco resultó muy dañado. Se perdió el palo de mesana, las jarcias, tres de las anclas del navío, el bote, la lancha y veinte hombres. Todos pensaron que morirían ahogados. Balmis se superó a sí mismo; no tenía ayuda, ni otra solución. Se encomendó a la misericordia de Dios —lo pone en sus escritos— y se puso a asistir a los niños. La mar embravecida puede durar mucho tiempo y, en esta ocasión, así fue: aquello duró 16 días. Se había terminado el tifón pero no los problemas. Ahora el temor era a los piratas chinos que infectaban aquellos mares. Esta vez no hicieron acto de presencia y pudo desembarcar en una isla a bordo de una canoa, él y los niños. Desde esta isla llegaron a Macao en un pequeño barco de pesca chino.

En Macao no remite su enfermedad pero continúa vacunando y, con ayuda de las autoridades, logra realizar un gran número de ellas. Tras haber llegado hasta la provincia china de Cantón, por problemas de salud, decide volverse a España. En algunas zonas de China no tuvieron mucho éxito pues las autoridades chinas, portuguesas y los empresarios ingleses —Cantón era colonia portuguesa con amplias relaciones con Inglaterra— no ayudaron. Por eso, allí resultó fallido en gran parte el plan de vacunaciones. En Cantón sólo se consiguió vacunar a veinte personas. Antes de iniciar su vuelta a España deja al mando a su ayudante para que, cuando termine en Asia, vuelva a México y acabe de implantar las infraestructuras médicas. Tras dejarlo todo planificado toma un barco portugués, el Buen Jesús de Alem y sale de Macao a Lisboa.

El barco portugués hace escala en la isla de Santa Elena, colonia inglesa y, con una entrega profesional extraordinaria se propone vacunar en la isla. Poco le importaba que fuera colonia española o inglesa. Tampoco eso le había importado en China. Le importaban las enfermedades y el sufrimiento de las personas y, en el caso de la viruela, él llevaba la solución. Pero no contó con que el Gobernador inglés, Robert Patton, iba a colaborar poco. No entendía de enfermedades, no entendía de vacunas y no estaba por la labor.

Para convencerlo organizó conferencias entre los médicos de la isla y como era colonia inglesa, haciendo uso de una diplomacia rara en él, cada vez que

podía repetía la idea de que era un descubrimiento inglés. Finalmente pudo vacunar a la población. Antes de abandonar la isla, el Gobernador le ofreció un homenaje y le entregó un paquete que había recibido desde Inglaterra hacía tiempo y del que solo sabía que eran cosas de medicina. Cuando lo abrió, Balmis encontró vacunas e instrucciones escritas por Jenner, su descubridor, pero hacía ya mucho tiempo que no servían para nada. En septiembre de 1806 llegó a Madrid y, desde allí, se dirigió a la corte que se encontraba en el palacio de la Granja de San Ildefonso, Segovia. El rey Carlos IV le felicitó públicamente por su proeza médica. Este día se vieron coronados todos sus trabajos. Además se le otorgaron varios cargos y una suculenta pensión que disfrutó el resto de su vida.

Pero la expedición no había terminado. Otros barcos y otras personas continuaban recorriendo territorios donde llevar la solución a tan temida enfermedad.

LA EXPEDICIÓN DIRIGIDA POR SALVANY

Balmis había llegado a Madrid pero el subdirector de la expedición, José Salvany y Lleopart, en el momento de la división había puesto rumbo a Santa Fe para llevar la vacuna a la extensísima América Meridional. Este había sido el motivo de la división: llegar al máximo posible de territorios. Iría a Nueva Granada y al Virreinato de Perú, en lo que emplearon 7 años.

Para llegar a Santa Fe se dirigió a la Guayra, de allí a Cartagena (ya en el Virreinato de Nueva Granada) y de allí a su meta. En estas largas travesías el asunto de los barcos no era de poca importancia, como ya hemos visto. Balmis se había llevado la corbeta María Pita y, ahora, Salvany fletó un bergantín, el San Luis. El apoyo financiero de la corona estaba resultando de vital importancia pues, de otra forma, la utilización de más barcos no hubiera sido posible. El nuevo navío iba a recorrer una travesía igual de mala que el anterior. Otra vez, el mar del Caribe iba a demostrar que podía enfadarse mucho.

Cinco días después de levar anclas el buque encalló. El barco dio con un banco de arena y no pudo seguir. El parón repentino, la carga por el suelo, la brusca inclinación del buque. El desconcierto fue grande pero afortunadamente todo quedó en un gran susto donde no hubo heridos serios. Pero había que seguir. Los enfermos esperaban y la enfermedad no se detendría. Llegaron a una playa desierta cerca de Barranquilla. No hubo pérdidas humanas pero las

materiales fueron importantes y, además, el viaje se alargó pues hubo que continuarlo a pie, a veces por zonas desérticas y, a veces, por zonas pantanosas. Esto podía haber representado un serio motivo de desánimo. Pero si Balmis era un médico consciente de la importancia de su misión, Salvany también lo era.

Igual que a Balmis lo habían acogido de forma excelente en muchos lugares, lo mismo iba a ocurrirle a Salvany. En Cartagena el recibimiento no pudo ser mejor. Los hicieron objeto de todo tipo de celebraciones y bienvenidas. El apoyo de las autoridades religiosas fue total. El Gobernador y los ciudadanos con posibilidades corrieron con todos los gastos que surgieron. Vacunaron a más de 2000 cartageneros y disfrutaron de las condiciones necesarias para reponerse del naufragio pues, como consecuencia, la mayoría había enfermado. Aprovechando la buena disposición del gobierno colonial Salvany creó una Junta Vacunal desde donde se extendería la medicina a Panamá, Portobelo y Buenos Aires. A Panamá llevaron la vacuna un religioso y cuatro niños y desde allí a Buenos Aires. Llevaban ya más de 56.000 vacunas. Si la finalidad de la expedición, antes de salir de España, parecía excesivamente ambiciosa, la abnegación de sus componentes y la organización político-administrativa de las colonias estaban haciéndola posible. Incluso más allá de los pronósticos más optimistas.

En junio salen de Cartagena hacia Santa Fe de Bogotá con diez niños portadores de la vacuna. Esta vez hicieron el recorrido por el río Magallanes en pequeñas embarcaciones. Era peligroso pero, en aquellas zonas, menos que hacerlo por tierra. Además de los chicos llevaba un médico, un practicante y un enfermero. Eran pocos pero el afán de vacunar a muchos enfermos les llevó a la decisión de dividirse, otra vez, en dos grupos para abarcar más poblaciones. Se volvieron a reunir en Santa Fe, capital del Virreinato de Nueva Granada. Allí se dieron de nuevo las más afectuosas muestras de acogida y obtuvieron el más decidido apoyo del Virrey.

Una vez más, el paralelismo con lo que le había sucedido a Balmis, se cumple. Salvany empeora de los pulmones. El Virrey salva la situación enviando un médico y diez niños al encuentro de Salvany que enfermó hasta el punto de perder un ojo pero pudo continuar hasta a Santa Fe. Volvían a estar reunidos los cuatro. Se pusieron manos a la obra con resultados espectaculares: más de 50.000 vacunas. Desde Santa Fe se dirigen a Popayán, nuevamente divididos en dos pequeños grupos. En Popayán realizan vacunas y se enteran de que la epidemia ha llegado a Quito, a donde se dirigen de inmediato de nuevo divididos en dos grupos. El de Salvany tuvo que recorrer los Andes: altas montañas,

caminos impracticables, falta de oxígeno, mal de altura, escasez de agua, dificultades sin fin. Pero lo lograron.

El otro pequeño grupo no pudo realizar su recorrido pues proyectaron hacerlo por mar y no contaron con el peligro ya tradicional: los piratas. ¿Piratas chinos en América? No. Piratas Ingleses. Mucho más abundantes. De hecho había piratas ingleses en la isla de Gorgona, en la bahía de Atacama, en el cabo de San Francisco y en la isla de Santa Elena. Infestaban el mar. Lo llevaban infestando desde el siglo XVI. Pero los dos grupos pudieron reunirse en Lima. La acogida de la población y de las autoridades volvió a ser extraordinaria. Pero tampoco aquí todo iba a ser favorable: ¡les roban cien pesos y parte del equipo médico! Pero como las autoridades les estaban muy agradecidas se hacen las oportunas pesquisas para encontrar lo robado y se les devuelve.

Parten hacia Perú donde reciben las mismas buenas acogidas en todas las poblaciones visitadas. Aquí se relacionan con un religioso al que instruyen y dan dosis de vacunas para las tribus de indios vicus, olmos, mopute, salas, jayancas y pacora. Eran médicos y no iban a ahorrase oportunidades de inmunizar a los más desfavorecidos. Aquí vacunaron a más de 56.000 personas.

A lo largo de tanto tiempo y largos caminos también sufren sucesos desagradables. Uno de ellos consistió en que, en uno de los viajes, los arrieros y los guías les abandonaron en un territorio desértico y desconocido. A la grave situación se sumaba la preocupación por el susto de los niños. Afortunadamente, el dueño de unas tierras cercanas los encontró y los socorrió. Otro de los sucesos, de distinto signo, les ocurre a su vuelta a Lima donde habían dejado personas preparadas y la continuidad de la vacuna ya era segura. Aquí ven que la medicina se comercializa sin control de las autoridades. La naturaleza humana es así pero a la expedición le produjo una gran decepción. Les costó trabajo reconducir la situación pero lo lograron.

Una vez restablecido el orden, vuelven a dividirse en dos pequeños grupos con idea de unirse más tarde. Sin embargo, ninguno de ellos pensaba que ya no volverían a encontrarse todos juntos nunca más. Esto no es extraño. Lo verdaderamente extraño era que, después de tantas divisiones por territorios tan extensos, múltiples caminos, circunstancias tan difíciles e imprevistos sin fin, se hubieran vuelto a reunir tantas veces. Por otra parte, Salvany, que se dirige a Arequipa, va empeorando seriamente hasta que llega muy enfermo a la ciudad. Se teme por su vida pero, de nuevo, mejora lo suficiente como para continuar.

Están en las Navidades de 1807. Se encaminan hacia La Paz y, desde allí, de nuevo a los indios y a los religiosos que los cuidaban. Esta sería la última tarea de Salvany que no finalizó pues murió antes de terminarla.

CONCLUSIÓN

La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna fue la primera campaña sanitaria de ámbito mundial de la historia. Duró de 1803 a 1814. La viruela, que afectaba igual a indios y a virreyes, a frailes y arzobispos, tuvo en esta expedición el principio de su final y todos se implicaron. La expedición promovida por el Rey de España para las colonias en América y Asia se convirtió en uno de los mayores y trascendentales éxitos de la historia de la medicina hasta principios del siglo XIX.

Una de las herencias más importantes de la expedición fue la creación de las Juntas de Vacuna, centros médicos que aseguraron su finalidad principal: la lucha contra las epidemias de viruela. Se establecieron en las principales poblaciones y, para su funcionamiento, se establecieron unas normas dictadas por el propio Balmis. Con las Juntas de Vacuna se institucionalizó la medicina en América. Todo esto era un enorme adelanto porque, hasta entonces, la sanidad había recaído en las órdenes religiosas que, con gran heroísmo de sus componentes habían hecho, una y mil veces, de buen samaritano. Además, estas Juntas aseguraron que, cuando los expedicionarios se iban de los lugares visitados, los médicos de cada lugar supieran lo que había que hacer en caso de nuevas crisis sanitarias. De hecho, para asegurar que todos, pobres o ricos, podrían vacunarse, Carlos IV ordenó que en los hospitales hubiera un lugar para conservar la vacuna y que ésta se realizaría gratuitamente a los pobres. E incluso a los más pobres se les ofrecería una pequeña gratificación.

La expedición no fue, en ningún caso, un viaje fácil. Numerosos problemas, dificultades, imprevistos, precaria salud del director y del subdirector, mares embravecidos y caminos inhóspitos, tifones y piratas, llanuras desérticas y montañas nevadas. No puede encontrarse una misión sanitaria que, hasta ese momento, salvara tantos obstáculos para conseguir su objetivo. Sobre este asunto Díaz de Yraola escribe:

> «… Salvany a través de los Andes, abandonado o perseguido, entre gritos de júbilo, naufragios y temporales, perdiendo jirones de su salud, manco en los Andes, tuerto de un ojo en Gaduas, en la polvareda de los caminos, traza una ruta heroica en beneficio de la humanidad…».

El director de la expedición, el Cirujano de Cámara Real Francisco Javier Balmis Berenguer, murió en Madrid el 12 de febrero de 1819. Tenía 66 años. Fue quien dirigió y planificó. A pesar de su fuerte carácter, tuvo el gran deseo de llevar la sanidad a los sitios más alejados y, en lo que respecta a los niños, se ocupó y preocupó por ellos, y tanto más cuanto más difíciles se hacían las condiciones. Inició la erradicación de la enfermedad y creó una magnífica estructura sanitaria en todas las colonias de soberanía española en América y en Asia. Como a su vuelta a Madrid, Balmis se negó a jurar fidelidad al rey francés José Bonaparte, las tropas francesas asaltaron su casa y, como nunca apareció su diario sobre la expedición, es muy posible que en aquel saqueo lo destruyeran.

El subdirector, José Salvany y Lleopart, murió en Cochabamba, en la actual Bolivia, el 21 de julio de 1810. Tenía 34 años. En los Andes, a una altura mortal para su enfermedad, tuberculosis pulmonar, desafió a la muerte en beneficio de los demás. Y la muerte le ganó el desafío. Salvany fue mucho más que un subdirector. Con su carácter amable y buenas maneras creó a su alrededor una atmósfera de reconocimiento. Quito, Perú, Piura, Santa Fe de Bogotá… había realizado casi 200.000 vacunas y había recorrido, en las más incómodas condiciones 18.000 km.

> Alexander von Humboldt, padre de la Geografía Moderna escribió: «Este viaje permanecerá como el más memorable de los anales de la historia».
>
> Y Jenner el descubridor de la vacuna, bien informado sobre la expedición española, escribió: «No puedo imaginar que en los anales de la historia haya un ejemplo de filantropía más noble y más amplio que este».

Francisco Javier Balmis, Médico de Cámara de Su Majestad y Director de La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, había escrito: «Amar y sufrir es, a la larga, la única forma de vivir con plenitud y dignidad». Y él vivió así.

PARA LEER MÁS:

- BLANCO LASERNA, L. (2006), *La soledad de Balmis. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, 1803-1806*. Madrid. (Para niños).
- DÍAZ DE IRAOLA, G. (2003), *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna: (1803-1810)*. Edición facsímil de la de 1948. Madrid.
- EVARISTO SANTOS, R. (2004), *Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803-1806): comisión Balmis y subcomisión Salnavy.*
- GARCÍA, E. V. (2013), *La soledad de Balmis. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna*, 1803-1806. Madrid.
- RAMÍREZ, S. et alii. (2004), *La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna: doscientos años de lucha contra la viruela*. Madrid.
- http://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/viewFile/71/74
- http://bvs.sld.cu/revistas/his/his_99/his1399.htm
- http://scielo.isciii.es/pdf/mesetra/v53n209/original9.pdf
- www.aeped.es/documentos/en-nombre-los-ninos-real-expedicion-filantropica-vacuna-1803-180
- www.vacunas.org/es/info-profesionales/temas-del-mes/3047-la-real-expedicion-filantropica-de-la-vacuna

CUATRO ISLAS ESPAÑOLAS PERDIDAS EN EL PACÍFICO

Si a usted le dicen que, en el océano Pacífico, hay cuatro islas españolas, posiblemente pensará: «… ¡Venga ya!». Y sin embargo, podría ser así. Existen cuatro islas que, oficialmente, nunca han dejado de ser de soberanía española. No existe ningún tratado ni documento por el que España las haya cedido, traspasado, dado, adjudicado, entregado o vendido. Sus nombres son: Guedes, Coroa, Pescadores y Ocea, actualmente Mapia, Rongueril, Kapingamarangi y Nukuoro. Era la Micronesia española.

Si antes de leer este capítulo, el lector ha leído el llamado «El Lago Español», comprenderá que, entre los cientos de descubrimientos y las innumerables expediciones realizadas por españoles entre los siglos XVI y XVIII, no es extraño que, en las tierras que España poseyó en aquel océano, las hubiera inmensas pero también pequeñas.

¿QUÉ ISLAS SON?

Son atolones, es decir, islas en forma de anillo con una laguna interior. Todas se encuentran en el océano Pacífico, entre Melanesia y Polinesia. Formaban la Micronesia Española y la formaban tres islas o atolones y dos arrecifes. El hecho de que no siempre sea exacto diferenciar un atolón de un arrecife y de las islas que sobresalen de ellos, hace que a veces aparezcan como tres islas y otras veces como cuatro o más. Son las siguientes.

Mapia, llamada también Guedes, Pegan, Kepulauan Mapia, Mapia Reef y

San David que es el nombre propiamente español. Es un atolón formado por dos islas: Bras y Pegun, y está en el archipiélago de las Marianas. Mapia es el nombre que se le da en la lengua actual de indonesia, el «baasa», pues está bajo administración de Indonesia. Se encuentra deshabitada. Es un atolón rodeado de un arrecife circular.

Ronguerik, llamada también Coroa. Es otra isla de tipo atolón y también está deshabitada. Está en el archipiélago de las Marianas, bajo administración de las islas Marshall. Es la de menor extensión: 1,68 km^2.

Kapingamarangi o Pescadores. También llamada Kapinga Molong, Piguiram o Pikiram. Está en el archipiélago de Palaos. Es un atolón de algo más de 1 km^2, formado a su vez, por una isla principal y 33 islotes. Está bajo la administración de Micronesia y es la más poblada, aunque no llega a 1000 habitantes.

Nukuoro, llamada también Monteverde, Coroa y Arrecife. Debe su nombre a Juan Bautista Monteverde, que fue piloto de la Compañía de Indias y la descubrió en 1806. Este pequeño archipiélago lo forman unas cuarenta islas menores que coronan un atolón. Su laguna central tiene un diámetro de unos 6 km. Se encuentra en el grupo de las Carolinas. Es un atolón de 40 km^2 y está bajo administración de Micronesia. No llega a 500 habitantes que hablan un idioma propio, el nukuoro que, en gran parte, es igual al que se habla en Kapingamarangi.

Están habitadas por pequeñas aldeas de pescadores. Algunas no reciben apenas turismo y, aunque los idiomas no son los mismos, se entienden entre ellos porque pertenecen a la misma familia lingüística malayo-polinésica. Lo más digno de resaltar en todas ellas es su gran belleza pues aquí se dan la mano dos detalles: que son atolones (con un lago interior) y que por el clima tropical tienen muchísima vegetación.

¿CÓMO Y CUÁNDO SE CONVIRTIERON EN POSESIONES ESPAÑOLAS?

Las islas Marianas fueron descubiertas por Fernando de Magallanes, en 1521, al dar la primera vuelta al mundo al servicio de España. Las Islas Carolinas fueron descubiertas por Toribio Alonso Salazar, en 1526. Y las Islas Palaos fueron descubiertas por López de Villalobos, en 1543. No obstante, dentro de esos archipiélagos, tres de estas cuatro islas, fueron descubiertas por Fernando de

Grijalva en 1537. En cualquier caso, la mayor parte de las islas de esa zona fueron descubiertas por españoles. El siglo XVI fue el siglo en el que al océano Pacífico se le comenzó a llamar «El Lago Español», precisamente por la cantidad de viajes, exploraciones y descubrimientos que España hacía en aquellos mares. Las cuatro islas de las que hablamos, por tanto, pertenecen a España desde la primera mitad del siglo XVI.

¿CUÁNDO Y CÓMO SE PERDIERON ESTOS ARCHIPIÉLAGOS?

Por el Tratado de Madrid de 1899 (firmado el 30 de junio) España vendió a Alemania los archipiélagos de las Carolinas, Marianas y Palaos por 25.000.000 de pesetas. La razón por las que España las vendió no era el dinero. Las vendía porque Estados Unidos provocó la guerra de Cuba para quedarse con las colonias españolas —Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam— y cuando España salió derrotada, se vio obligada a entregarle esos territorios que codiciaban; fue el llamado «desastre del 98».

Tras la entrega de esas colonias, España se quedó sin territorios importantes en el Pacífico, necesarios para poder controlar y mantener las dispersas y pequeñas islas que le quedaban en aquellos mares. En consecuencia, mediante negociaciones secretas pactó con Alemania la venta de esos tres archipiélagos en el Pacífico: las Marianas, Carolinas y Palaos. Las conversaciones tuvieron que ser secretas para no volver a levantar la codicia estadounidense que hubiera exigido esos archipiélagos. Esta afirmación —que Estados Unidos hubiera exigido esos archipiélagos— puede parecer imprudente pero, para mostrar que no lo es, exponemos brevemente una circunstancia relacionada con aquellos tratados.

Como hemos dicho más arriba, la guerra terminó con el tratado de París de 1898 por el que España debía entregar Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam a Estados Unidos. En la primera redacción del tratado se especificaba que España entregaría a EE.UU. las colonias que acabamos de nombrar. El tratado fue firmado por ambas partes y la guerra quedó, oficialmente, terminada. Sin embargo, Estados Unidos, no estaba dispuesto a dar la guerra por terminada si todavía había quedaba alguna rapiña que se pudiera apropiar. Así, ¡pasado un año de la firma del tratado!, los americanos advirtieron que, cerca de Filipinas, España también poseía otras dos pequeñas islas: Sibutú y Cagayán de Joló.

Aquellas dos islas no habían entrado dentro de la paz de París de 1898. Pero eso, a Estados Unidos, no le importaba. Estaban en condiciones de hacer valer su superioridad militar y, aunque era jurídica y moralmente injusto, lo revisaron. De esa forma, en 1900, obligaron a España a que entregase también las islas Sibutú y Cagayán. Ahora se comprenderá porqué decimos que, si hubieran sabido que en aquella misma zona España poseía otros tres archipiélagos, los hubiera exigido también. Y como España era consciente de la codicia norteamericana los vendió a Alemania en condiciones ventajosas antes de que Estados Unidos los exigiera.

Cuba, Puerto Rico y Filipinas son conocidas, no así la isla de Guam. Guam es la isla más grande de las Marianas y su capital es Agaña. Mientras estuvo bajo dominio español perteneció a una Capitanía General del Virreinato de Nueva España. La ONU, en su Comité de Descolonización, para evitar el colonialismo, ha instado a que se le de la independencia pero, como muchos supondrán, eso no está dentro de los planes norteamericanos. En Guam, las Marianas, Carolinas y partes de Hawai los nativos recibieron el nombre de Chamorros cuyo idioma, perteneciente a una lengua malayo-polinésica tiene tan grandes influencias españolas que es posible entenderse con ellos en nuestro idioma. Por poner un ejemplo los números del uno al diez y algunas frases son las siguientes:

Uno	Unu
Dos	Dos
Tres	Tres
Cuatro	Kuatro
Cinco	Sinko
Seis	Sais
Siete	Siete
Ocho	Ocho
Nueve	Nuebi
Diez	Dies
Adiós	Adios
Buena suerte	Buena suette
Buenos días	Buenas dihas
Feliz cumpleaños	Felis Kumpliañus
Saludos	Saludu
Yo soy Paco	Si Paco yo

Volviendo a las islas de Sibutú y Cagayán de Joló, alguien puede razonar que, quizá, es que esas dos islas son importantes, o grandes o muy pobladas. Pues ni lo primero, ni lo segundo, ni lo tercero. ¿Entonces, por qué las exigió Estados Unidos? Porque Estados Unidos era en ese momento una potencia emergente y ganar una guerra a quien había sido un gran imperio suponía, para ellos, una forma de decir al mundo: «aquí estoy yo y, desde ahora, tenéis que contar conmigo».

¿POR QUÉ ESTAS ISLAS NUNCA SE VENDIERON?

En el tratado por el que España vendía esos archipiélagos a Alemania —tratado de Madrid de 1899— se especificaban todas y cada una de las islas que formaban los archipiélagos vendidos, se nombraban todas y cada una de ellas y se concretaban la latitud y la longitud en que se localizaban. Todo perfectamente explicitado. Pues bien, por increíble que pueda parecer, las cuatro islas de las que ahora tratamos, pertenecientes a los archipiélagos de Palaos, Marianas y Carolinas que es lo que se vendió a Alemania, quedaron fuera del tratado. No se especificaron, ni se nombraron en los documentos. Se «olvidaron», nadie cayó en la cuenta de que los archipiélagos que se vendían no estaban completos. Pasado el tiempo, estos archipiélagos, tras la primera guerra mundial, los perdió Alemania en favor de Japón.

¿CUÁNDO SE DESCUBRIÓ QUE NO SE VENDIERON?

En 1948, Emilio Pastor Santos, investigador del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), descubrió en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, unos documentos referentes al tratado de paz hispano-estadounidense, firmado en París en 1898 y al tratado hispano-alemán, firmado en Madrid en 1899. Al estudiarlos comprobó que las cuatro islas habían quedado, oficialmente, fuera de los dos tratados. Esto se explicaría por el hecho de que en algunos mapas antiguos algunas islas pequeñas no aparecen. La consecuencia sería que, al no figurar en los mapas sobre los que se hicieron los acuerdos, quedaron fuera de ellos.

El asunto llegó al Consejo de Ministros del 12 de enero de 1949. El

Gobierno de Madrid, entonces, envió una nota a las Naciones Unidas sobre el asunto. En esta nota diplomática se reclamaba la soberanía sobre las cuatro islas pero, la reclamación debió hacerse sin mucha convicción y con bastante realismo. Hay que tener en cuenta que, en ese momento, las islas estaban bajo la administración fiduciaria de Estados Unidos y, la situación internacional en España era muy delicada. Por ello, el gobierno no hizo nuevas reclamaciones. Se puede entender, más bien, que actuó con la diplomacia que convenía en ese momento.

No obstante, hay que tener en cuenta que, si bien la reclamación no podía defenderse por la fuerza, sí se hizo por el derecho como el Ministerio de Asuntos Exteriores exponía claramente en el citado documento a la ONU, donde se escribió:

> «España se reservó una serie de derechos en Micronesia y que, por otra parte, la especificación de los territorios que España cediera en 1899 deja al margen determinados grupos de islas en la misma zona y, estos derechos, subsisten plenamente».

¿Y cómo son estas islas que un día fueron de España? Vamos a exponer algunas características. Si uno busca tranquilidad y «alejarse del mundanal ruido» su sitio es Kapingamarangi. ¿Qué por qué? Porque no hay televisión, ni periódicos, ni internet, ni luz eléctrica, ni radio (a excepción de una para comunicarse con el mundo exterior). Por eso. ¡No existe lo que en Occidente llamamos prisa, ni nada que se le parezca! Solo están habitados dos pequeños islotes de los 33 que forman el atolón (lo que estamos llamando la isla). Entre esos dos pequeños islotes han construido un puente y ya no tienen que ir de una a otra en canoa. En las mismas canoas que vieron los españoles, apoyadas en un patín que hace muy difícil que vuelquen. La aldea sigue teniendo un jefe, como antiguamente, aunque sus funciones hayan cambiado. Es curioso saber que los otros islotes más pequeños los utilizan como huertas. El suelo es, siempre, tierra apisonada que mantienen muy limpia. Tienen escuela para los niños, hasta primaria. En la isla hay un frigorífico grande, de placas solares, pero apenas lo usan. Ah, y están prohibidos los perros.

¿Y las relaciones con el exterior? Aparte de la radio del jefe, hay un carguero que llega dos o tres veces al año con lo imprescindible que no hay en la isla. Eso

es todo. Si se viaja hasta allí es conveniente no ponerse malo porque no hay médico. Aunque sí hay un enfermero con un mínimo botiquín. Se dirá: ¡pobres desgraciados, viven en la miseria! Ni de broma. Son casi autosuficientes y se les ve felices, sin grandes preocupaciones de las que llenan las calles de Occidente. Están muy alejados de lo que nosotros conocemos como mundo civilizado pero están contentos, y se les nota. Son muy religiosos, la mayoría católicos y protestantes, y hay dos iglesias de estas religiones en la isla. Las casas son cabañas pequeñas y limpias, aunque la vida social la hacen en una cabaña grande en el centro de la aldea, como antiguamente. Un aspecto curioso es el de los difuntos: no hay cementerio. Entonces ¿dónde se entierra a los muertos? Cada familia al lado de su casa.

Hemos tratado de Kapingamarangi, le toca el turno a Nukuoro. En líneas generales lo dicho para una sirve para la otra. También pertenece a Micronesia, pero su superficie es aún más pequeña y también tiene menos habitantes. No tienen todo lo que tenemos nosotros pero parece no faltarles de nada. Son felices, quizá, porque no se crean necesidades superfluas, de esas que en Occidente parecen de primera necesidad. Nukuoro, por no tener —igual que Kapingamarangi— no tiene ni aeródromo donde puedan aterrizar los aviones más pequeños. Quizá esto pueda parecer un lujo pero lo hay en muchísimas islas desperdigadas por los océanos, precisamente, para tener una rápida conexión con el exterior y para casos de gran emergencia. Pues ni eso, aunque un barco llega algunas veces, pocas, al año. ¿Y turismo? Tampoco, porque esta alejada de las rutas turísticas. Solo de vez en cuando llega algún despistado.

Y, para terminar, nos quedan Rongerik y Mapia. Están deshabitadas. Las dos se encuentran en el grupo de las islas Marianas y, la primera, depende administrativamente de las islas Marshall, aunque no se sabe qué administran. En Rongerik sucedió un hecho penoso. Cuando los Estados Unidos desalojaron las islas Bikini —un atolón de 28 islas— para realizar pruebas nucleares en las décadas 40 y 50 del siglo XX (hoy hay 3 islas menos que desaparecieron al probar la bomba de hidrógeno), a sus habitantes los mandaron a Rongerik. Pero la isla no tenía —ni tiene— condiciones de habitabilidad y pronto comenzaron a enfermar los antiguos habitantes de Bikini. De nuevo fueron desalojados también de allí para llevarlos a otras islas y, de nuevo y finalmente, a la isla Kili. Pero la tierra de los antepasados tira mucho y en los años setenta del siglo XX los antiguos pobladores de las Bikini intentaron volver. Sin embargo, debido a los

altos niveles de radiactividad, no pudieron.

A día de hoy España podría, teóricamente, reclamar estas cuatro islas como propias pues no existe ningún documento ni expediente que demuestre o pruebe que las islas dejaron alguna vez de ser españolas. Por tanto, en teoría continúan siendo españolas pues, según el Derecho Internacional, España ostenta jurídicamente la soberanía legal aunque no la política y administrativa. Lo cierto, sin embargo, es que tras la nota diplomática a la ONU, España no las volvió a ocupar ni a reclamar. Como, además, tienen poco valor estratégico y económico, no parece que el gobierno español vuelva a reclamarlas pero nunca ha renunciado oficialmente a ellas. Aunque nadie puede conocer el futuro…

PARA LEER MÁS:

- DEL REY, M., y CANALES, C. (2010), *Breve historia de la guerra del 98*. Madrid.
- PASTOR Y SANTOS, E. (1959), *Territorios de soberanía española en Oceanía*. Madrid.
- www.europapress.es/nacional/noticia-gobierno-zanja-toda-especulacion-mantenimiento-posesiones-espanolas-pacifico-20140420112139.html
- www.es.historia.wikia.com/wiki/Micronesia
- www.listas.20minutos.es/lista/islas-y-territorios-olvidados-de-espana-342000/

UN EXPLORADOR DE ÁFRICA
MANUEL IRADIER

Cuando se oye hablar de la historia de África, es habitual pensar en las exploraciones de los ingleses y en las colonizaciones del África árida por parte de los franceses. Las dos ideas son acertadas. Pero hubo otros países que intervinieron en la colonización del continente y otros exploradores que se internaron en él. Uno de estos exploradores fue Manuel Iradier y Bulfy. Uno de los españoles más interesados en ese continente, el que más hizo por los derechos de España allí y, sin embargo, prácticamente desconocido.

Iradier nació en Vitoria en 1854 y murió en Valsaín, Segovia, en 1911. Fue uno de los africanistas españoles más importantes del siglo XIX. Su vida es propia de una novela de aventuras más que la vida plácida de un burgués de provincias. A los cuatro años quedó huérfano de madre y su padre los dejó. Entonces lo recogió, a él y a sus tres hermanos, su tío Eusebio. Este, que los quiso y se ocupó de ellos, quería que Manuel se hiciera sacerdote. Pero Manuel, que ya entonces tenía otros planes sobre su futuro, no se inclinó por la carrera eclesiástica y decidió seguir estudiando en el instituto de Vitoria. Más tarde decidió ir a la universidad de Valladolid para estudiar Filosofía y Letras.

Sobre su espíritu aventurero hay varias anécdotas que nos muestran un hombre joven deseoso de salir a explorar tierras desconocidas. La primera es que en 1868 dio una conferencia en Álava —tenía solo 14 años— en la que disertó sobre las posibilidades de descubrir tierras en África. Daba muestras de haber ideado ya un proyecto de exploración de ese continente. Y el proyecto fue profundamente planeado pues fundó una sociedad para personas con las mismas inquietudes. En 1869 fundó la sociedad y la llamó «La Exploradora», que se

encargó de los trabajos preparatorios para la futura expedición que haría en 1873, aunque su primer objetivo fue explorar África Central. Otra anécdota es que, desde 1869 a 1873, recorrió la geografía alavesa y escribió y publicó sus experiencias sobre dicho recorrido.

Otro de los hechos de su etapa juvenil, que llama poderosamente la atención por lo ambicioso del proyecto, es que en 1870, contando solo 16 años, proyectó un viaje que atravesara África desde el cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur, hasta Trípoli, en el norte. Sus planes eran realizar el proyecto durante tres años. Había leído y conocía los descubrimientos que habían realizado otros exploradores ingleses que, en beneficio de la corona británica, llevaban años recorriendo el continente para saber, a ciencia cierta, cuáles eran los mejores territorios y convertirlos en colonias. Esto tenía importancia pues África se repartió entre algunas potencias europeas durante el siglo XIX. Iradier conocía las publicaciones de estos exploradores y ardía en deseos de recorrer los territorios que describían.

Pasados unos años conoció a uno de los pioneros de África, Stanley, de Gales. Era famoso porque había encontrado a Livingstone, perdido en la región de los Grandes Lagos durante dos años. Stanley influyó notablemente en Iradier pues, en 1873, el explorador inglés estaba en España y, a su paso por Vitoria, se conocieron. Iradier habló con el inglés largo y tendido y le expuso su plan de recorrer la ruta desde el cabo de Buena Esperanza a Trípoli. Stanley le escuchó y sopesó despacio las posibilidades del español. El galés tenía experiencia y le parecía que, para un primer viaje, era muy ambicioso atravesar África de sur a norte. En consecuencia, le aconsejó que partiera desde el golfo de Guinea, que era posesión española, hacia el interior inexplorado.

¿Entonces no iban a servir de nada todos los planes y proyectos que había hecho para su ruta del cabo de Buena Esperanza-Trípoli? Desde luego que iba a servir. En la preparación de ese viaje, Iradier obtuvo un conocimiento del continente y de lo necesario para una exploración de esa envergadura que fue una verdadera preparación para el nuevo proyecto. El proyecto Buena Esperanza-Trípoli, que tanto tiempo y trabajo necesitó, sería la base para planificar mejor el nuevo viaje. Además, se había ido haciendo con numerosas publicaciones que le ayudarían a enfocar la recogida de material y posterior publicación. Sin duda, la preparación de ese viaje que nunca realizó, fue la base para que sus exploraciones por Guinea fueran un éxito. Las publicaciones que

fue adquiriendo le dieron una visión más realista de lo que África guardaba.

LAS EXPLORACIONES

Iradier realizó dos viajes al continente negro. El primero en 1875, con 21 años y recién terminada la carrera en Valladolid. Regresó en 1877. Llegó al golfo de Guinea y partió al interior del continente. Era el África negra, inexplorada y desconocida. Las expectativas que despertaba el continente eran fabulosas y las narraciones que se editaban en toda Europa, increíbles. Y el hecho es que de todo había. Tribus prehistóricas, selvas impenetrables, el recuerdo del horrible comercio de esclavos, un clima atroz y enfermedades que se cebaban en el hombre blanco. ¿Qué reservaba el interior de Guinea Ecuatorial?

Sus viajes tuvieron dos importantes consecuencias. Una científica y otra política. La primera es que realizó interesantes estudios de geografía, biología, etnología y lingüística. La segunda, muy importante y de distinto signo, fue que facilitó el desarrollo de una colonia africana de posesión española y su reconocimiento en la Conferencia de Berlín. Esta colonia, más tarde, se convertiría en un país independiente: Guinea Ecuatorial.

BREVE HISTORIA DE GUINEA

¿Cuál era la historia de Guinea antes de las expediciones de Iradier? Los primeros en llegar al golfo de Guinea, en 1471, fueron los portugueses. Descubrieron la isla de Bioko, antigua Fernando Póo. Portugal colonizó las islas de Bioko, Annobón y Corisco a fines del siglo XV, y las convirtió en puertos de tráfico de esclavos ayudados de la tribu benga, que se ayudaba a su vez de la tribu pamúe. En 1641 se construyó la primera edificación en la isla: el fuerte de Punta Joko.

Las islas pasaron a soberanía española mediante los tratados de San Ildefonso en 1777 y del Pardo en 1778. Portugal entregaba esa zona de África a España y España cedía a Portugal unos territorios en Uruguay. Inglaterra se metió por medio pues, por lo visto, no le bastaba con tener en ese momento el segundo imperio mayor del mundo después del español. En 1783 llegaron a Fernando Póo para establecerse, en 1819 ya estaban instalados y en 1841 hace

una propuesta de compra a España. España se niega.

En 1841 Madrid manda a la marina para asegurar la posesión de las islas a la soberanía española y «rebautizan» con nombres españoles los que habían puesto los ingleses. Se manda un barco de españoles y cubanos para repoblar las islas. Para hacerse una idea de la dureza del clima y de las enfermedades ecuatoriales baste decir que, en los primeros cinco meses, falleció el 20 por ciento de los hombres y la mayoría de los supervivientes tuvieron que volverse. En 1858 llegó el primer gobernador español. En 1861, la isla de Bioko se convierte en presidio. En 1864, el siguiente Gobernador hizo una propuesta «a tono» con la política que Europa comenzaba a aplicar en África: ocupar la costa. Pero quienes tenían que decidir eran políticos y no lo aprobaron hasta 1883. En 1968 España concedió la independencia y la antigua colonia española adoptó el nombre de República de Guinea Ecuatorial.

Cabe preguntarse por qué España no colonizó África antes que las demás potencias, pues era el país idóneo por tradición naval, colonial y de vecindad con el continente. La respuesta es sencilla. Cuando Portugal da el golfo de Guinea a España, en esos años España tenía un imperio inmenso. Después de la unión de Portugal a España con Felipe II, esta época fue la de mayor extensión de posesiones españolas. Y África, todavía desconocida, presentaba un sinfín de enfermedades.

Una aclaración geográfica. La actual Guinea Ecuatorial tiene dos zonas geográficas. La continental y la insular. Esta segunda la componen las islas Bioko (antes Fernando Póo), Annobón, Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico. En África hay otros países con el nombre Guinea: República de Guinea y Guinea-Bissau.

PRIMER VIAJE

Fue una aventura hacia lo desconocido en todos los sentidos. Solo sabía una cosa con seguridad, que era peligrosa y eso por varias razones. En primer lugar porque todos los intentos de colonización que se habían llevado a cabo fueron costosísimos en personas y los resultados poco satisfactorios. El gran enemigo: el clima y las enfermedades de la zona ecuatorial. En segundo lugar porque iba a explorar una parte del África negra desconocida hasta entonces. Puede que hoy lo veamos como una romántica aventura, pero realizarla llevaba muchos

sacrificios y estar dispuesto a sufrir de todo. Era África ¿qué encontrarían? ¿Qué animales verían? ¿En qué ánimo encontrarían las tribus? ¿Qué accidentes sufrirían?

Él mismo escribió que en este primer viaje de exploración empleó 830 días. Sorprendentemente no partió solo con hombres igual de aventureros que él y que colaboraran en la expedición. Isabel, su mujer y Juliana, su cuñada, le acompañaron. Esa compañía es la primera sorpresa que presenta esta exploración porque, desde luego, el viaje era de todo menos cómodo y seguro. De hecho, en el transcurso de la exploración nació una hija, Isabel, que murió de malaria antes de volver a España. Y, en contraposición, también conoció los «baleles», bailes muy frecuentes de las tribus, que tenían lugar en todas sus celebraciones.

El viaje estuvo bien pensado. Como ya tenía práctica por la planificación del fallido viaje hasta Trípoli, la preparación de este otro la hizo con experiencia. Modernos instrumentos científicos para medir latitudes, longitudes, lluvias, climas y un largo etc. También útiles de escritura que se mostraron muy beneficiosos pues, gracias a ellos, pudo tomar notas de todo y más tarde transmitirlas y publicarlas. Y, por seguridad, algunos rifles. Con todo decidido y preparado, en enero de 1875 embarcaban en Cádiz con destino al golfo de Guinea. Les esperaba el África negra.

La capital de Guinea Española era Santa Isabel (hoy Malabo), en la isla de Fernando Póo (hoy Bioko). Era, con mucha diferencia, la ciudad más europea y moderna de la colonia. Pero esto no puede llevarnos a engaño. No quiere decir que fuera como una pequeña ciudad española. En realidad, era como un pequeño pueblo de cabañas de madera y algunas casas de ladrillo. Era la ciudad más importante porque al ser la capital se encontraban allí los edificios oficiales y el centro de la administración española, pero no dejaba de ser un poblado.

En mayo pisaron por primera vez tierra de Guinea, estaban en Santa Isabel, la capital. Vivió con su mujer en una cabaña más o menos grande que arreglaron para poder vivir mejor. No obstante, con las cosas que había por allí, podían vivir muy poco mejor que los propios nativos. Pronto se organizaron. Su mujer realizaba mediciones meteorológicas y Elombanguani, su auxiliar de raza negra, le ayudaba en todo lo que podía. Por sus escritos se ve que Elombanguani no solo le servía sino que le apreciaba y lo respetaba e Iradier, a su vez, siempre lo trató con educación. Desde aquí se internó varias veces en el continente.

Sobre el primer viaje, él mismo relata, a veces de forma pormenorizada,

algunas de las anécdotas de su exploración. Dice que pasó una noche entera en el barro, sin poder salir de allí. Naufragó varias veces y se salvó de milagro. Resultó envenenado al ingerir alimentos que no conocía. Sufrió incendios. Y como aviso a los aficionados a la caza mayor, los elefantes le pisotearon el campamento dejándolo completamente destruido. Sigue contando que el paludismo le afectó, y enfermó hasta cincuenta veces. Dice:

> «Yo no era un hombre vivo, era el esqueleto de un cadáver… Mi cabello se había caído… el rodete de las uñas había desaparecido…».

Había contraído malaria. También la habían contraído su mujer, su cuñada y su hija. ¿Y dónde pasó estos periodos de enfermedad? En la cabaña preparada para él y para su mujer. No era más que una cabaña de madera. Sin apenas medicinas y sin hospital o médico, aunque pudieron trasladarse a la casa del gobernador que entonces estaba vacía. Era África en el último tercio del siglo XIX. Y si alguien piensa que era solo cuestión de mala suerte, exponemos algunos de los datos que sigue escribiendo. Su hija, todavía muy pequeña, tuvo fiebre 15 veces, su cuñada 16, su mujer 37, y él 66. Pero lo peor estaba por llegar, su hija murió en noviembre de 1876. En este primer viaje fue la gota que colmó el vaso. Volvió a España para reponerse física y anímicamente, mientras Isabel y Juliana le precedían hasta Canarias antes de ir a la Península.

Cuando no eran las fiebres, eran las comunicaciones, la lluvia, la vegetación, el clima… Y es que no podemos imaginarnos sus exploraciones por carreteras, que no existían, o caminos transitables, que desaparecían con las lluvias y la vegetación. Esa parte del continente era todavía el África inexplorada y, por eso, completamente virgen, salvaje, sin rastros de civilización. Por ello, con frecuencia solo podían abrirse paso por la selva con machetes, cortando la vegetación. De hecho, escribirá en su diario: «Las selvas son la desesperación del viajero… Pero los peores enemigos son el clima y la humedad». Y los territorios explorados se encontraban en una zona que aparecía en los mapas como «País de los Bosques», lo que da una idea de la cerradísima selva que lo cubría todo.

Había sido un primer viaje de exploración muy duro pero fructífero. Por toda la documentación aportada y por las anotaciones que iba realizando durante los trayectos, sabemos que no perdió el tiempo. Recorrió casi dos mil kilómetros a

lo largo de selvas y territorios desconocidos por el hombre blanco. Llegó hasta las sierras Paluviole y Cristal. Remontó el río Muni hacía el interior donde las tribus negras nunca habían visto hombres de un color tan pálido, tanto que pensaban que eran magos o que estaban muy enfermos (lo que, a veces, era verdad). Desde el principio, como es lógico, habían surgido inconvenientes, pero todo dentro de un orden esperado; ya sabían a dónde iban y a qué iban.

Sin embargo, en Sierra de Cristal los problemas se agravaron. La mayoría de los porteadores indígenas querían volver a sus poblados. Llevaban recorridos casi 2.000 kilómetros, la selva era impenetrable, la dureza del camino grande y los mosquitos no daban tregua. Parecía que ese hombre blanco con pelos al final de la cara (la barba), una rara cosa sobre la cabeza (el casco blanco de los colonos) y la lanza que escupía fuego (el fusil), quería explorar toda África. Iradier, era consciente de la gravedad del problema. Si los indígenas se iban, la exploración se acababa. Habló con ellos para convencerlos de que se quedaran y les prometió más beneficios, pero no lo logró y abandonaron. Era enero de 1876, llevaban más de dos años de travesías, y regresaron a Santa Isabel.

Antes del regreso, Iradier pudo contactar con tribus que, en algunos casos, no habían visto nunca hombres blancos, eran las tribus fang, vengas, valengue, vicos, bija, bapukus y bandemus. Y otras, de escasa población, ya casi desaparecidas como pigmeos, mabeas, biondos y molenguis. En todo momento tuvo con ellos un trato respetuoso y esto le aportó notables ventajas en su segundo viaje. Realizó investigaciones antropológicas, topográficas, etc. En 1878, después de este primer viaje y ya en España, escribió una de sus obras más interesantes. «África. Fragmentos de un diario de viajes de exploración en la zona de Corisco».

INTERVALO ENTRE LOS DOS VIAJES

Desde el punto de vista científico hizo una labor muy meritoria. Los mapas y observaciones de zoología, botánica y geografía física, entre otras, estaban a la altura de las mejores de su tiempo. Terminó la aventura de este primer viaje en junio de 1877 y había recorrido casi 1900 km. A la vuelta de esta primera exploración, en España le reconocieron sus méritos. Los periódicos publicaron su viaje, algunos muy en consonancia con la época, pusieron énfasis en las anécdotas que interesaban al gran público y, finalmente, lo nombraron

académico de la Real Academia de la Historia. Corría el año 1880 y, por entonces, trabajó como profesor en el instituto de Vitoria.

Para un hombre con su espíritu aventurero y la recién adquirida experiencia en el continente negro, la siguiente oportunidad que se le presentó fue magnífica. En junio de 1883 la Sociedad Geográfica de Madrid organizó un congreso para estudiar el envío de expediciones a África. Pero hay un viejo refrán español que sentencia: «El hombre propone y Dios dispone». Y no pudo asistir, una vez más, por problemas de salud. Aunque envió propuestas con algunas ideas para afianzar la presencia española en Guinea.

En la preparación de su segunda exploración, Iradier quería poner en práctica lo que estaban haciendo las otras potencias europeas. Reclamar para España los territorios que explorase y los derechos de soberanía en una zona de África lo más amplia posible. Para ello era necesario volver en otro viaje de exploración que reafirmase la presencia española. Buscó la ayuda de la Sociedad Geográfica fundada en 1876, pero no consiguió el apoyo necesario. Mientras tanto Francia y Alemania ya habían puesto sus miras en aquella zona y se estaban adelantando. Entonces buscó el apoyo en sus amigos y compañeros de la sociedad que le habían ayudado en el primer viaje: La Exploradora. Esta sociedad deseaba, entre otros fines, llevar a cabo las medidas necesarias para obtener territorios en África: «El porvenir de España está en África…». En octubre de 1879 Manuel Iradier convocaba una reunión con los miembros de La Exploradora para obtener los fondos que le facilitaran su segunda exploración africana. Les expuso sus ideas:

> «… todas las naciones se encaminan al interior de África buscando lo desconocido… España, por sus posesiones en el golfo de Guinea, no debe abandonar a otros países la exploración de la rica zona limítrofe».

A todos les pareció maravillosa la idea pero no tenían el capital necesario. Cuando en 1883 se fundó en Madrid la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas, esta sí le ayudó. Ya se hacía viable su segundo viaje que comenzó en agosto de 1884. Uno de los objetivos que le encomendó la Sociedad era que adquiriera territorios en la zona continental del golfo de Guinea aunque, a esas alturas, franceses y alemanes le llevaban ya la delantera. Cuando llegó, tenía claro que una parte de la misión era conseguir esas tierras. Con su conocimiento

anterior de las tribus consiguió que la más numerosa e importante del lugar, la tribu fang, llamada también pamue, firmara su aceptación a la administración española.

En honor a la verdad hay que decir que la relación de Iradier con los nativos de Guinea fue, en todo momento y desde todos los puntos de vista, una relación respetuosa. En ningún momento los sometió a ningún tipo de trato ofensivo o humillante y, en esto, se diferenciaba de lo que estaban haciendo otros países europeos. De hecho, en su segundo viaje, los fang le recibieron como a un viejo amigo. Los nativos africanos no estaban acostumbrados a que los hombres que venían de lejos les trataran con semejante humanidad. En sus escritos se nota el respeto que siempre tuvo por África y por los nativos. Un respeto y consideración que le llevó a estudiarlos sin ningún aire de superioridad, lo que en ese momento en Europa era algo verdaderamente raro.

EL SEGUNDO VIAJE

En esta ocasión fue acompañado del doctor Osorio perteneciente a la sociedad de africanistas que les había procurado la financiación para esta exploración. Se dedicaron a explorar nuevas tierras y a estudiarlas despacio. Eran, en parte, las que Iradier había ya pisado en la primera ocasión. Fundamentalmente el río Muni, y los ríos Noya, Utambani y Bañe. Y otros como el Utongo y Cóngoa. Hay que tener en cuenta que el recorrido de estos ríos, aunque navegados por Iradier con anterioridad, eran casi desconocidos. Por ello, seguían los mapas que él mismo había hecho y los fueron perfeccionando. Cascadas, afluentes, pozas, remansos, todo era objeto de atención y análisis. Además, como la zona se encuentra en el África ecuatorial, las fuertes lluvias hacen que el recorrido de esos ríos aumente considerable y repentinamente de caudal. En esta ocasión llegaron hasta la bahía de Corisco. A ello hay que añadir la observación de animales. Animales de todas clases, grandes y pequeños, unos peligrosos y otros asustadizos. En aquellas expediciones todo resultaba novedoso y de todo tomaba notas.

Uno de los resultados más valiosos de este segundo viaje, comenzado en agosto de 1884, fue la realización de los mapas de la zona, que todavía no existían, y su posterior publicación por la Sociedad de Africanistas y Colonistas de Madrid. Otro de los logros, desde el punto de vista de la etnología, fue el

estudio de las lenguas de las tribus que habitaban la zona. Dentro de un estudio más amplio que abarcaba astronomía, clima y geografía, sus apuntes sobre la lingüística indígena se muestran hoy especialmente interesantes pues muchas de esas lenguas ya han desaparecido totalmente. Llegó al extremo de hacer un pequeño vocabulario con algunos de los términos de algunas tribus.

En este clima ecuatorial, con la humedad altísima, sol por el día y una lluvia fuerte que duraba días enteros y seguidos, y con todas las incomodidades imaginables, Iradier enfermó una vez más. La fiebre iba y venía hasta que comenzó a hacerse persistente y a subir notablemente por las noches. En aquellos territorios, lejos de cualquier punto civilizado y sin medicinas ni posibilidades de obtenerlas, todo el remedio que tenía era parar y pasar días enteros en algunas de las cabañas de los nativos. En esas circunstancias, en noviembre de 1884, decidió regresar.

Como resultados del segundo viaje logró adquirir, mediante acuerdos con los jefes locales, cincuenta mil kilómetros cuadrados de territorio. Osorio permaneció en Guinea y en agosto de 1885 emprendió una nueva expedición por el curso alto del río Noya y del Utamboni, logrando otros 18.000 kilómetros para España. Iradier y Osorio habían logrado la firma de más de trescientos setenta tratados de reconocimientos de la soberanía española. Unos años después de su vuelta escribió en 1887: *África. Viajes y trabajos de la Asociación vasca La Exploradora*.

Ya en España se fue reponiendo y pudo volver a su vida normal. Así, a principios del año siguiente entregó en la Sociedad de Africanistas y Colonistas de Madrid una documentación importante. Tan importante que serían los documentos clave para que España, en la Conferencia de Berlín de 1885, pudiera reclamar para sí la colonización de aquellos territorios. En esa documentación se encontraba el reconocimiento de más de cien jefes de tribus nativas, actas en las que se probaba que habían recorrido aquellos territorios. Entre ellos había, además, un tipo de documentación muy importante en la Europa del siglo XIX con vistas a la colonización: contratos de anexión con los jefes indígenas. Todo ello sería, gracias a Iradier y a sus exploraciones, una parte de la superficie de la futura Guinea Española.

En España se desengañó porque los políticos hacían nombramientos de personas de partido sin valorar si eran las adecuadas para los territorios africanos y volvió a enfermar. Le parecía que los políticos solo tenían en cuenta la

ideología y no las personas. En 1901 residió en Madrid y, por trabajo, se trasladó a Segovia en 1903. Murió en 1911 en Valsaín, Segovia, en casa de un amigo, donde había ido para recuperar la salud. Tenía 57 años.

LAS COLONIAS Y LA OPOSICIÓN DE ÁFRICA

Para comprender el deseo de Iradier de que España contara con posesiones en África hay que hacer una aclaración. En el siglo XIX los principales países europeos habían puesto sus ojos y sus intereses en África. España, Inglaterra, Portugal, Alemania, Italia, Francia y Bélgica se repartieron el continente. Era la época de las águilas y los leones, la época de los imperios. Este «reparto» oficial de África se llevó a cabo en la Conferencia de Berlín de 1885. A esta conferencia asistieron los países con colonias en el continente o con planes para tenerlas. Allí se reconocieron los derechos de España en el golfo de Guinea y, entre otros, se le asignó una superficie de 300.000 km^2.

Pero Francia también tenía intereses en la zona y, como era una de las potencias de la época, se opuso a que España tuviera tanta extensión. Por el Tratado del Pardo de 1900, Francia obligaba a España a aceptar una superficie once vences menor: 28.050 km^2 en vez de los 300.000 que le correspondían. Otro de los territorios que correspondían a España era el Sahara Occidental, con derecho a más de 600.000 km^2. Pero de nuevo los intereses de Francia chocaron con los de España y solo se pudieron colonizar 300.000 km^2. El Protectorado español de Marruecos no se decidió en Berlín, sino en los acuerdos franco-españoles de 1912. Por estos acuerdos España obtenía los protectorados del Rif y Yebala y el condominio internacional de Tánger. Ceuta y Melilla no se cuestionaron nunca, de ninguna manera, en ninguna conferencia, tratado o acuerdo internacional. Jamás estuvo ni «en los borradores», pues son parte de España desde el siglo XV.

RESULTADOS DE LA EXPLORACIONES DE IRADIER

En sus exploraciones, Iradier tomó notas de las tradiciones milenarias de las tribus negras que habitaban aquellas tierras, de sus costumbres, tan extrañas algunas de ellas, de las religiones animistas y prehistóricas. Y, en todo momento,

mostró una consideración y un respeto hacia los nativos, propio de los grandes hombres. Entre otras cosas documentó que, lejos de lo que se creía, su organización social no era anárquica sino estructurada.

Para apreciar en su justa medida las aportaciones de sus exploraciones, hay que tener en cuenta que las últimas operaciones científicas realizadas en la zona habían sido llevadas a cabo por José de Moro y Morellón que viajó a las islas del golfo entre 1836 y 1839. Exploró y sacó importantes conclusiones. Defendía la idea de que había que colonizar las islas y utilizarlas como base marítima, de comercio y de escala en la ruta a Filipinas. Y antes que él, en 1778, José Varela y Ulloa midió las latitudes y longitudes de las islas y estudió las corrientes, mareas, vientos, clima e hidrografía. Aquel estudio estuvo a la altura de las mejores investigaciones del siglo XVIII.

De la vida y de los documentos que Manuel Iradier dejó escritos, se trasluce el espíritu que lo impulsó. Sobre esto exponemos algún fragmento de sus propios escritos.

> «Lo digo con legítimo orgullo, sobre la bandera de mi querida España que tremolé durante tres años en los países africanos…».

En otra ocasión su amigo Irastorza lo visitó tras el desastre de 1898. España perdió Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam a favor de Estado Unidos que deseó y provocó la guerra y se portó como un ave de rapiña. En consecuencia también tuvo que vender, además, los archipiélagos de las Marianas, Carolinas y Palaos. La venta se hizo a Alemania y en secreto, lo que enfadó muchísimo a los americanos, que también los hubieran querido para ellos. De su estado de ánimo por estas pérdidas territoriales, Irastorza, dejó escrito:

> «He encontrado a Iradier casi delirante abrazado a un mapa de Filipinas y estrujando un montón de papeles. Dijo: Nos vamos a quedar sin la España asiática y sin la americana».

Y en otra ocasión, en 1901, sobre un asunto en las colonias dejó escrito:

> «Yo busqué el país del Muni para España. Si otros lo han desaprovechado allá ellos. La historia nos pedirá cuentas y las mías están claras».

Y la última. Cuando un amigo le dio un libro que defendía la independencia del país Vasco respecto a España le dijo:

> «Veo que cuando las cosas en España marchan mal, no se nos ocurren sino soluciones a la desesperada. Pero yo, que me siento muy euscaro, prefiero como modelo a Juan Sebastián Elcano», (Elcano, primer hombre en dar la vuelta al mundo, es modelo de los hombres que han realizado grandes gestas por España).

Deseamos dejar constancia de un dato interesante. Una de las pruebas irrefutables de la humanidad que se empleó en la colonización de Guinea es que cuando, al final de su primer viaje en enero de 1876, Iradier vuelve a la capital, Santa Isabel, trabaja como maestro en la escuela masculina y su mujer como maestra en la femenina. Este dato es muy importante porque demuestra que en esas fechas, cuando casi ningún otro país de los que estaban colonizando África se preocupaba por el desarrollo cultural de los nativos, España sí lo hacía. Y hay que decir más, el nivel sanitario, de limpieza pública y de higiene de Guinea, cuando España concedió la independencia en 1968 era el más alto de los países de la zona. Queremos dejar constancia de una frase escrita por el propio Iradier refiriéndose a las exploraciones españolas en África:

> «Lo digo con orgullo… que no se ha escrito el nombre de ninguna víctima ni caído una sola gota de sangre humana».

ALGUNAS COSTUMBRES DE LAS TRIBUS DE GUINEA

Vamos a ver algunas costumbres de las tribus que encontraron los españoles en Guinea Ecuatorial. En primer lugar hay que aclarar que las tribus de Guinea eran numerosas y distintas entre sí pero la más abundante, y que sigue siendo

preponderante hoy día, era la pamue. Pero había —y hay— otras: combes, bapukos, balengues, bengas, bujebas, bubis, etc. No obstante las costumbres de las que, brevemente, vamos a tratar, eran comunes a casi todas ellas. Como su antiquísima costumbre de fumar en pipa, hombres y mujeres fumaban sus pipas sin parar. Algunas tribus vivían ocultas en lo más espeso de la selva virgen, otras en la costa, otras en las llanuras, otras en el continente, otras en las islas, había de todo.

Los indígenas negros daban un gran culto a los espíritus de sus antepasados. Y creían que todo lo bueno que les podía llegar de ellos, les llegaba a través del cráneo. Por eso, el cráneo era la parte del difunto más valorada. Común a casi toda África es la creencia en la magia. Todo lo mágico, lo sobrenatural, lo misterioso, lo relacionado con los espíritus, lo supersticioso tenía una raigambre tan fuerte que nos parecería increíble. Creían en fábulas y leyendas como si fueran completamente reales. Los tabús y las supersticiones tenían fuerza de ley. Los ritos, rarísimos, interesantes, a veces poco agradables y, casi siempre, misteriosos eran tan habituales como respirar. Los maleficios, las maldiciones, la brujería, el ocultismo, los males de ojo, los hechizos y toda clase de magia estaban presentes en los actos de la tribu. Todo ello podía hacer de la vida del indígena algo muy complicado y convertirlo en esclavo de los espíritus de los muertos. Así se comprende que el hechicero de cada tribu tuviera un poder enorme.

Si tenemos en cuenta todo esto nos puede repugnar, pero no sorprender, que practicaran la antropofagia: (comer carne humana). Ante tanta magia, una de las creencias era que pensaban que, según se comiera una parte del cuerpo humano u otra, recibirían unos poderes u otros. Puede parecer un asunto de películas, sobre todo de Tarzán, que siempre se desarrollan en la selva africana. Sin embargo no es así. La antropofagia estaba muy presente, no solo en Guinea, sino en la práctica totalidad del África negra. Ellos creían que el que come el cuerpo de un guerrero adquiere su fuerza para el combate. El que se come a un niño o a un joven, adquiere su juventud. Y no solo eso. El que llevaba un diente de leopardo encima, adquiría su velocidad y su agresividad. Y así, tanto otros ejemplos. Por eso no es difícil comprender que el canibalismo fuera una práctica real. Pero como esta práctica obedecía a creencias mágicas y, de un europeo no querían nada, en consecuencia, un español no tenía peligro de «ser comido». Las viñetas de los chistes de un blanco metido en una olla rodeado de caníbales, no tiene sentido. Esto era así porque el indígena que comía carne humana no lo

hacía por hambre, lo hacía por magia. Al comerse a otro se adquiría el «evú», las cualidades que hemos dicho antes.

Estas eran las costumbres milenarias que existían en Guinea. Ya pasó todo. ¿Ya pasó todo? Bueno, en el año en que nos encontramos, 2016, es una locura pensar que sigue practicándose el canibalismo. Pero hasta finales de 1960, esto no había desaparecido. Vamos a ver, solo, dos o tres ejemplos bien documentados. Contados por los españoles que los conocieron.

En 1938, unos jóvenes cazaron un mono muy grande (sería un gorila) y los hombres mayores de la tribu opinaban que, quienes lo habían cazado, eran demasiado jóvenes para apreciar esa carne. Exponemos como lo refería, en una conferencia Bonelli y Rubio, Gobernador General en 1945. Los mayores de la tribu le decían que:

> «era una lástima que aquella carne se diese a los jóvenes, que no sabían apreciar lo delicioso de su sabor. Que solo los viejos la estimaban en lo que vale porque la carne de mono es muy buena, es muy dulce, casi como la carne de persona». Señal de que la habían probado.

Poco después, en uno de los poblados del interior se descubrió otro caso bastante peor. Un negro había matado a siete sobrinos suyos para comérselos. Y, no había pasado un año cuando, en la misma localidad, se registraron seis nuevos casos de canibalismo. Y esto no es novela pues está recogido de la colonia donde las autoridades tenían gran interés en acabar con esta costumbre. Sin mucho éxito por lo que vemos.

Podría pensarse que eso era en los años 30 del pasado siglo, nada más. Vamos a seguir viéndolo. En mayo de 1946, en el poblado de Akurenan, hombres pertenecientes a la secta mágica «beyen» se comieron a 16 personas. Esta vez el caso fue como sigue. Un hombre de la tribu mató a su hermano porque su abuelo le dijo que debía matarlo para comérselo dos meses después. Así que lo enterraron, a los dos meses lo desenterraron y se lo comieron. Es mejor no pensar en la operación: muerte, entierro, desentierro y comida putrefacta.

Para dejar ya este tema del canibalismo vamos a exponer el testimonio de una colonial, Erika Reuss Galindo, que relata su experiencia cuando vivió en Guinea en 1965 y 1971.

> «Algo que me impresionó bastante… Yendo a Sevilla Niefang (hoy niefang) paramos en un poblado. En lugar de la habitual algarabía… nos recibió un silencio sepulcral, no vimos ni un alma… Todo el poblado estaba en la cárcel por haber celebrado una ceremonia del mbueti. Esta secta practicaba (y practica) la necrofagia… En aquel caso se habían comido a su “obispo” (su hechicero), —no sé si entero o partes de él—, que había fallecido recientemente, para así adquirir sus cualidades… Estas prácticas estaban totalmente prohibidas. Actualmente hay muchas opiniones sobre el mbueti. Unos dicen que no son antropófagos (o necrófagos) —que solo se comen a los muertos, no a los vivos— otros dicen que sí. Yo, lo único que sé es lo que vi. Y que no nos pareció nada raro».

Otra de las costumbres, extendidísima, era la de los tatuajes. Tatuarse la cara y diversas partes del cuerpo era señal de pertenencia a una tribu, de haber pasado la niñez, de belleza y de mil cosas más. En 1943, el gobernador de Guinea, vio a un joven de 15 o 16 años con la cara llena de las cicatrice del tatuaje. Le explicaron que pertenecía a la tribu bubi y que era hijo del rey Alobaris. También le dijeron que era el último niño que había sido sometido a ese rito. Sin embargo esto no debía ser así pues, todavía a finales del siglo XX, había muchos hombres mayores en Guinea que tenían la cara llena de tatuajes y que solo se lo pudieron hacer en esa época: seguían practicándolo.

Asunto aparte merecía el tratamiento de la mujer, tan distinto al actual. En las tribus de la zona las mujeres no se casaban al enamorarse ni con quienes elegían. Eran compradas a su padre por sus futuros maridos. Entre los pamues los varones no se casaban con las mujeres de su tribu, sino que debían buscarla en otras tribus. Quien tenía más mujeres daba señales de ser más rico. Y era normal ver a un hombre mayor con varias mujeres, algunas de ellas muy jóvenes.

Para los amantes de la caza Guinea fue un paraíso. Elefantes, gorilas, leopardos; estos eran los tres animales de gran tamaño más abundantes y cazados en aquellas tierras. Toda la caza de animales salvajes se daba allí. Desde luego, a nivel mundial, eran otros tiempos. Con frecuencia, la caza de los grandes elefantes, no se realizaba por placer. El motivo era muy distinto (hablamos del siglo XX, hasta principios de los años 70). Los elefantes entraban en los poblados

y en las plantaciones y lo destrozaban todo. Por eso, el jefe de la tribu avisaba al delegado del Gobernador para que mandara un cazador que evitara el desastre. Por lo demás, las fotografías que se conservan de aquellas cacerías muestran leopardos largísimos y gorilas como, quizá, hoy sean muy difíciles de encontrar. Hoy se caza con buenos rifles de gran precisión pero aquellos nativos cazaban las presas con arco y con lanza. Nada más. Y hablamos de animales como el rapidísimo leopardo.

Dejamos para el final una rara y tremenda costumbres de algunas de aquellas tribus, la pena de muerte. Entre muchos pueblos de Guinea matar a un hombre de la misma tribu no era permitido en ningún caso. Por eso, cuando un hombre mataba a otro, el castigo era siempre la pena capital. El asunto curioso está en la forma en que los ejecutaban. Cogían al muerto y lo ataban fuertemente al hombre que lo había matado; brazos con brazos, piernas con piernas, espalda con espalda. Y lo dejaban hasta que se muriera, con el asesinado atado a la espalda. Eso debía ocurrir en pocos días debido al hambre. Pero es más fácil —y asqueroso— pensar que la putrefacción del cadáver atado a la espalda atraería a las fieras que acabarían devorando a los dos: al muerto y al vivo. Y quizá, así, le hicieran un favor al vivo. Y si este tipo de ejecuciones es curioso más aún lo es que en la tribu india hurona de Estados Unidos, se castigaba exactamente de la misma manera.

PARA LEER MÁS:

- DÍAZ-PINÉS, O. (1956), Iradier. Publicaciones españolas, nº 251. Madrid.
- EVITA, L. (1996), *Cuando los combés luchaban. Novela de costumbres de la Antigua Guinea Española*. Madrid.
- GUTIÉRREZ GARITANO, M. (2011), *Apuntes de la Guinea. Vida, obra y memoria de Manuel Iradier y Bulfy*. Vitoria.
- http://chrismielost.blogspot.com.es/2013/12/grandes-exploradores-manuel-iradier-y_17.html
- http://spainillustrated.blogspot.com.es/2012/06/aventura-de-iradier-en-guinea.html
- JIMÉNEZ FRAILE, J. (2000), *África. Un español en el Golfo de Guinea (Manuel Iradier)*.

- NOVOA, J. M. (1998), *Iboga, la sociedad secreta del Bueti, Guinea Ecuatorial: Un viaje de investigación al interior de las selvas guineanas en busca de la sociedad secreta de los bandjis, sus costumbres, sus ritos y la iniciación en sus crípticos rituales*. Madrid.
- www.biografiasyvidas.com/biografia/i/iradier.htm
- www.iradier.org

LAS MORTANDADES DE INDIOS EN HISPANOAMÉRICA

¿Quién no ha oído hablar de las matanzas que los malvados españoles realizaron entre los inofensivos indios? ¿Quién no ha oído hablar de la crueldad de los españoles que fueron a América? ¿Quién no ha oído, mil veces, que la sed de oro de los conquistadores hispanos era irrefrenable? Según parece, la maldad de los españoles arrasó un continente idílico y paradisíaco donde todo era felicidad hasta que llegamos nosotros hace más de 500 años. ¿Todo eso fue así? Vamos a verlo porque la historia podría ser diferente.

COMPLEJO DE CULPA

Llegados a este capítulo será imprescindible, por fuerza, hacer referencia a la Leyenda Negra antiespañola. La razón es que las supuestas matanzas de indios de América por los españoles es, junto con la Inquisición, la prueba de que cualquier mentira puede llegar a parecer verdad si hay detrás un buen plan de propaganda. Y decimos aunque sea falsa, porque eso no tiene importancia para quienes propagan la leyenda. Sus promotores pusieron en práctica, con gran éxito, el refrán: «calumnia, calumnia, que algo queda». Y, en este caso, queda mucho. Nuestra intención no es hacer un capítulo exclusivo sobre la Leyenda Negra, sino exponer referencias que nos ayuden a comprender por qué, si las matanzas de los indios en Hispanoamérica no existieron, hay tanta gente que las cree.

En nuestra opinión, el más doloroso efecto de la Leyenda Negra ha sido crear, en muchos españoles, un complejo de culpa que les lleva a la vergüenza de su propia historia. Sin embargo, los motivos de esa culpa son tan falsos como

decir que la tierra es cuadrada. Y… ¿alguien piensa que la tierra es cuadrada?, pues parece que sí.

Una parte fundamental de esa Leyenda Negra es afirmar que los indios hispanoamericanos fueron masacrados por los españoles tras el descubrimiento de América. Esta historia es falsa pero —hay que reconocerlo—, estuvo «bien montada». Vamos a explicar, brevemente, quiénes la montaron, por qué y por qué fue imposible que hubiera ocurrido. Todo ello referido exclusivamente a la actuación de los españoles en América. Pero antes vamos a intentar demostrar por qué las mortandades de los indios hispanoamericanos a manos de los españoles no fueron posibles y cuál fue la causa principalísima de esas mortandades: las enfermedades.

POR QUÉ FUERON IMPOSIBLES LAS MATANZAS EN HISPANOAMÉRICA

Hay una serie de razones que explican por qué las matanzas de indios en Hispanoamérica no fueron posibles. Vamos a exponer solo las tres más evidentes. Por sí mismas, cada una de ellas, bastaría para echar por tierra esta parte de la Leyenda Negra, pero eso no será así (para ello se necesitaría sinceridad y honradez y la Leyenda Negra se basa, entre otras cosas, en lo contrario). Vamos a ver, muy brevemente, cuáles son estas razones.

1. El desigual número de población: demasiados indios para tan pocos españoles.
2. Ningún imperio quiere territorios despoblados, porque no sirven para nada.
3. La enorme extensión de las colonias españolas.

En primer lugar, vamos a ver el número de población nativa americana y el número de hombres que fueron de España a América. Veremos que las cifras no permiten pensar, ni en la más calenturienta de las mentes, que unos miles de españoles acabaran con millones y millones de indios. Los enemigos de España que divulgaron esta fantasía hicieron, sin quererlo, un favor al ejército hispano pues lo consideraron tan imbatible como para que, solo unos miles de españoles, pudieron matar a millones de indios. Pero, no. No pudo ser así.

Por muchas vueltas que se les dé a la cantidad de población nativa y la

proveniente de España, las cuentas no salen. Algunas organizaciones estiman que, en las primeras décadas del siglo XVI, los españoles mataron a 90.000.000 de indios, (sí, sí: noventa millones). Una cifra tan excesiva y exagerada, no merece más calificativo que el de absurda y, en consecuencia, no la tomaremos en cuenta. Es imposible saber la cifra, ni siquiera aproximada, de los muertos en todo el continente durante los treinta o cuarenta años después del descubrimiento. Y, mucho menos, puede aceptarse que en todo el territorio, en todos los países y todas las tribus sufrieron por igual. Que el número de muertos fue alto en algunas zonas, parece claro. Pero, con la misma claridad, el número de muertos en otras zonas fue insignificante. Pensar que a la llegada de los españoles los indios morían como si los hispanos al mirarlos los fulminaran con la mirada no es serio. Sencillamente, en unos lugares sí había mortandades y en otros lugares no.

No obstante, si admitimos como hipótesis de trabajo que hubo varios millones de indios muertos en todo el continente, entre todas las tribus y en las primeras décadas, necesariamente hay que hacer una pregunta: ¿cuantos españoles llegaron a América en los primeros años después del descubrimiento? Necesariamente tendrían que haber sido varios millones pues solo así se pueden explicar las muertes de tantos indios si, realmente, fueron matados. ¿Varios millones de españoles? No es posible. Afortunadamente contamos con datos fiables sobre la emigración de españoles a América porque se encuentran recogidos en el Archivo General de Indias, en Sevilla. Por los estudios realizados hasta ahora sabemos que los españoles que partieron al nuevo continente, en las primeras décadas fueron unos 200.000. Y no 200.000 soldados, sino personas de todo tipo.

A poco que se hagan cuentas se verá que, si a ese número de personas se restan funcionarios, frailes, sacerdotes, artesanos, mujeres, niños, enfermos, etc. quedan bastantes pocos soldados. No un ejército de 200.000 sanguinarios soldados, sedientos de sangre, ansiosos de muerte, sádicos brutales, que disfrutaban con el sufrimiento ajeno y que se dedicaron a asesinar desde que pusieron pie en tierra. Tantos indios muertos ¿y sólo por unos miles de soldados? es imposible. Los números no cuadran. ¿Cómo unos miles de soldados, en solo unos años, mataran a varios millones de indios? Eso no ocurre ni en la peor de las películas.

Otro pequeño dato. Algunas publicaciones tendenciosas aseguran que en las

Antillas los españoles mataron, nada menos, a 1.000.000 de indios en el siglo XVI. Y, sin embargo, no fue posible. Sencillamente porque las Antillas nunca tuvieron tanta población.

Pero hay otro detalle que, con frecuencia, se pasa por alto; la inmensidad del territorio. Era tan extenso que era imposible llegar a todos los sitios y dedicarse a masacrar indígenas. Los indios pertenecían a varios cientos de tribus de las más variadas condiciones: sedentarios y nómadas, cultos e incultos, adelantados y prehistóricos, y un largo etc. Y entre ellos había una distancia de más de 12.000 km. Esa era la distancia entre el norte del virreinato de Nueva España hasta Tierra del Fuego, en Chile: los dominios de España. Y esa era, por tanto, la extensión de los territorios que los españoles debían recorrer para masacrar a tantas tribus. Solo nombraremos algunas de las más importantes que, con frecuencia, se componían de varios o de muchos millones de personas. De norte a sur, en México: los nauats, otomíes, tarascos, mayas, zapotecos, mixtecos, huicholes y chichimecas. En los Andes: quechuas, aimarás, nazcas y mochicas. En el Nuevo Reino de Granada (actuales Colombia, Ecuador, Panamá, parte de Venezuela y norte de Brasil, como zonas principales) chibchas y tupinambas. En la zona del Amazonas: tupis, guaranás y guaraníes. Y en la zona colonizada por España entre Argentina y Brasil: araucanos y mapuches. ¿Y España masacró todas aquellas tribus?

Alguien podrá decir que las armas de fuego fueron las grandes aliadas de los conquistadores españoles. Y es cierto. Pero hay que aclarar que, aunque eran superiores a las armas de los indios, eran todavía demasiado primitivas y funcionaban muy deficientemente por efecto de la alta humedad y, además, debido a su primitivismo su eficacia solo era relativa. Es un sinsentido mantener la idea de que el objetivo de la conquista era masacrar a los indios.

Hay otra importante razón (es la última que expondremos): ningún imperio quiere territorios despoblados por que ¿para qué sirven? La gran importancia de un territorio es, precisamente, su población. Importancia política, estratégica, económica, militar y de todo tipo. Por ello, es absurda la idea de llegar a un continente y ponerse a esquilmar a sus habitantes.

CAUSA PRINCIPAL: LAS ENFERMEDADES

Entre muchos casos bien documentados exponemos a continuación, a título de

ejemplo, solo dos. Al norte de Florida (actual estado de Estados Unidos), colonia española hasta 1821, en la zona de Georgia, entre 1612 y 1616 se produjo una epidemia que mató tanto a españoles como a indios. Pero, los españoles, todavía eran pocos en esa zona. Quienes sí eran muchos eran los indios de la tribu guale a quienes la enfermedad afectó hasta producir 10.000 enfermos mortales, lo que dejó la zona casi despoblada. El segundo ejemplo, lo exponemos de la misma zona: Florida. Para que se comprenda como, a veces, las enfermedades se «cebaban» en algunos territorios. Cuando los misioneros volvieron tras la epidemia —a ellos también les causó muertes—, recomenzaron de nuevo su lenta y humanitaria labor. Sus trabajos, sus esfuerzos y su ayuda a los indios volvieron a ser efectivos y el territorio comenzó a recuperarse. Sin embargo, en los años 1649 y 1650, una nueva enfermedad desconocida —podría ser cualquier enfermedad bien conocida hoy que con las vacunas y medicinas actuales no presentan peligro ninguno— volvió a convertirse en epidemia. El resultado fue que la población india, cuando se recuperaba de la anterior epidemia, se vio de nuevo afectada.

Y no solo somos nosotros los que razonamos así. Ya en el siglo XVI, personas imparciales como José Acosta (1540-1600), que ocupó importantes cargos en las Indias, en su «De procuranda indorum salute» escribe lo siguiente: «Cierto es que no han sido solo las guerras de los nuestros las que han producido esta devastación. Muchísimos murieron consumidos por una pestilente enfermedad que nunca antes habían visto». Y Fray Toribio de Motolinía llega a mencionar diez plagas como causa de la despoblación de la isla La Española. Dice: «… la primera plaga fue de viruelas… Después de once años también vino el sarampión…», y sigue hablando de enfermedades que se apoderaron de los indios.

Y por otro lado habría que plantearse de la manera más académica y honrada por qué, si los españoles mataron a tantos indios en América, como es que no mataron también en sus colonias de Asia: Filipinas, Carolinas, Marianas, Palaos, Guam, etc. A más a más, hay otro argumento sencillo. Las Casas decía que el sistema de encomiendas era la causa por la que morían tantos indios por el maltrato que se les daba. El argumento llegó a Carlos I y en 1547, Las Casas consiguió que el rey prohibiera el sistema de encomiendas. Por tanto, todo solucionado. ¿Todo solucionado? No. Los indios siguieron muriendo. ¿Cómo que muriendo? Pero ¿no era el sistema de las encomiendas la causa principal de

las mortandades de los indios? Pues si el sistema de las encomiendas se prohibió ¿cómo es que los indios seguían muriendo?

Todo esto sucedía en el siglo XVI y, en aquellos tiempos ¿qué se sabía de vacunas?, ¿de medicina?, ¿de epidemias?, ¿de células, gérmenes, microbios y bacterias? Y esta fue la causa principal de las mortandades de indios, cuando las hubo. Los organismos de los indios desconocían los virus y los virus se cebaron en ellos.

En algunas zonas, las mortandades fueron tan acusadas y en tan poco tiempo que ningún medio humano hubiera sido capaz de provocarlas: solo las epidemias pudieron hacerlo. ¿Cómo explicar, si no, que al norte de Río Grande murieran en muy pocos años más de cien mil de indios? ¿O los 500.000 de las Antillas que, como consecuencia, quedaron despobladas? (y como hemos señalado, una tierra deshabitada no podía interesar a nadie). Y la disminución enorme en las concentraciones de población indígena en México y Perú. A ningún estado del mundo le hubiera interesado despoblar unos territorios recién descubiertos, por que ¿para qué los querían entonces? ¿Para qué querían «desiertos» humanos?

La medicina ha avanzado muchísimo en estos últimos tiempos. Lo suficiente, y de sobra, para conocer con cierta exactitud qué circunstancias médicas y sanitarias tuvieron lugar en América. Las primeras mortandades de indios tuvieron lugar por una enfermedad que también mataba en Europa. Y si mataba en Europa donde la padecían desde que el hombre recordaba, en los indios mataba muchísimo más: era la viruela. Hoy sabemos que fue introducida en Amétrica por un negro que Pánfilo Narváez llevaba en 1520 en una de sus naves. Y que esta enfermedad provocó la muerte de casi un tercio de la ciudad de Tenochtitlán, actual México, (esta es una de las razones que explican la rápida conquista de México por Hernán Cortés). Lo cierto es que desde Tenochtitlán, una vez que ya se había cebado en los indios mexicas, proclives a padecerla por su ausencia de inmunidad, la enfermedad tuvo «vía libre» para extenderse por toda Sudamérica. También la población originaria de Santo Domingo fue casi exterminada por una epidemia de esta enfermedad. La rapidez con que se extendía la enfermedad puede dar una idea de que, ella sola, hubiera sido suficiente para matar a la población de toda América y más. Decimos esto porque ¡a Perú llegó la enfermedad antes que los españoles! Es decir, una vez que la enfermedad afectó a los indios de México, la propagación de la propia enfermedad, por medios naturales, fue más rápida que la ocupación de toda

América por parte de los españoles. Y en Perú afectó a la propia familia real inca que mandaba sobre un inmenso imperio.

Acabamos de exponer el caso de la viruela pero eran muchas las enfermedades que venían de Europa. En 1529 se produjo una enorme epidemia de sarampión, en 1545 una epidemia de tifus, en 1558 de gripe, en 1563 de nuevo la viruela, el tifus volvió a hacer estragos en 1576 y en 1595 de nuevo la viruela. ¿Y todavía hay quien dice que las mortandades fueron matanzas intencionadas? Sí. Y siempre los habrá porque siempre habrá personas a quienes no les interese la verdad.

Y esto solo son algunos datos sueltos. Estudios médicos especializados en la incidencia de las enfermedades en el Nuevo Mundo, como los del doctor Francisco Guerra, señalan más enfermedades: la gripe porcina. Los indios de las nuevas tierras descubiertas llevaban muchos miles de años en completo aislamiento del resto del mundo. En estas condiciones, recibieron de manera imprevista y repentina el golpe de todas las enfermedades europeas. Era ley de vida sin que ni nadie pudiera ni supiera hacer nada. Barcos, ratas, animales domésticos, personas infectadas, otras con las enfermedades incubadas, mantas, abrigos (todo tipo de ropas), en definitiva: todo era susceptible de ser portador de gérmenes nocivos. En algunos casos, hasta la propia madera de los barcos.

Y todo esto sucedía en los primeros decenios tras el descubrimiento. Pero hay un hecho que lo agravó todo aún más. Dean Snow, de la Universidad de Nueva York expone que las mayores mortandades de indios no tuvieron lugar unas décadas después del descubrimiento. No. La mayor incidencia de las enfermedades europeas sobre los indios tuvo lugar cuando comenzaron a llegar a América los niños de Europa. Traían un «regalo» envenenado del que nadie era consciente: la escarlatina, el sarampión, la tosferina y una larga serie de enfermedades infantiles que, para colmo de males, en América también afectaba a los adultos.

También sucedía esto, aunque en una medida mucho menor, a los españoles. Porque también en América se daban algunas enfermedades desconocidas por los blancos. Como ejemplo significativo exponemos lo que sucedió en el primer poblado fortificado construido por los españoles en América: «el fuerte Navidad». En el siguiente viaje desde España, en este fuerte casi no quedaban supervivientes: habían sido aniquilados por las fiebres.

Las epidemias de sarampión, viruela, escarlatina, tifus, gripe, difteria, disentería, paperas, tuberculosis o sífilis —entre otras muchísimas enfermedades

más— tenían unas consecuencias sobre las tribus de indios imposibles de prever. ¿Quién podía prever las enfermedades, en el siglo XVI? ¿Quién podía poner solución a las mismas epidemias que asolaban Europa sin que nadie pudiera ponerles coto? ¿Quién podía curar enfermedades para las que no existía curación? Por poner un ejemplo, recordemos que la vacuna contra la viruela no se descubrió hasta 1798 y que, entonces, solo cinco años después España envió a todas sus colonias la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna con la que lograron varios cientos de miles de curaciones y, sobre todo, crearon la infraestructura necesaria para que no se volviera a expandir tan feroz enfermedad. Es decir, cuando había soluciones, se aplicaban con rapidez. Pero esas soluciones solo llegaron en los siglos XVIII y, más que nada el XIX. Pero, sobre todo, lo que fue disminuyendo el número de muertes debidas a las enfermedades fue que los propios indios fueron creando anticuerpos naturales con el estrecho y largo contacto con los españoles.

Con desgraciada frecuencia, a veces, las enfermedades arriba señaladas afectaban con una mortalidad de hasta el 50% de la población. No podía ser de otra forma. Sencillamente, los indios no tenían anticuerpos para las más normales enfermedades que se padecían en Europa desde hacía milenios. Hay una frase de un colono que explica, mejor que los libros de historia, lo que ocurría: «nuestro solo aliento los mataba». Estas palabras muestran el asombro de quienes no entendían que sus enfermedades pudieran matar con tal rapidez y en tal cantidad a los indios.

Antes hemos hablado del casi medio millón de indios muertos en las Antillas en los primeros años después del descubrimiento. ¿Sería lógico que unos pocos hombres se dedicaran a masacrar a todos los habitantes de aquellas islas? ¿Y los indios no hubieran respondido con violencia? ¿Y medio millón no hubieran acabado con unos pocos hombres de tres barcos? Entonces: ¿qué pasó? En este lugar la enfermedad fue transmitida por los animales domésticos que la primera expedición de Colón llevó a América: la peste porcina. Enfermedad transmitida a unos indios que era la primera vez que la padecían. En Europa esa enfermedad era tan vieja como la historia pero en América era nueva. El resultado: llegaron casi a extinguirse las tribus caribes, tainos y arawaks.

Además, ¿cómo se explica la rápida conquista de Hernán Cortés de la populosa ciudad de Tenochtitlán, la actual México? Aquí intervinieron, sobre todo, dos factores. El primero que los pueblos sometidos por los aztecas, que

eran cruelísimamente tratados, se pusieron de inmediato de parte de los españoles. Era lógico. Aquellos hombres blancos aparecían como su «tabla de salvación» al horrible final que les esperaba de ser sacrificados a los sangrientos dioses aztecas. La otra razón eran, de nuevo, las enfermedades que hacían presa en los indios. Y, si seguimos en esta misma línea, en la zona de Río de la Plata (entre Uruguay y Argentina) las enfermedades se cebaron en pueblos como timbúes y huarpes.

Pero es que, además, por mucho que se quieran buscar razones de crueldad no es posible que esa actitud «ayudara» a los españoles a conquistar en tan poco tiempo, unos territorios tan extensos y tan densamente poblados. Se podrá decir que personajes como Francisco de Carvajal o Pánfilo de Narváez utilizaron métodos muy duros en sus conquistas. Aparte de que ningún conquistador inglés o francés o portugués del siglo XVI iba repartiendo monedas de oro, a Francisco Carvajal, el propio rey español mandó que le cortaran la cabeza. Y si nos quedamos con Pánfilo de Narváez, un hombre cruel no hace un país lleno de personas crueles, eso es tomar una parte por el todo y es una magnífica manera de manipular la historia y de eso, de manipular la historia, la Leyenda Negra sabe mucho.

Todo esto suponía un serio problema para la corona española pues no tenía sentido gobernar una tierra despoblada. Gobernar un desierto humano ¿para qué? Sobre esto exponemos un hecho. Para intentar solucionar las consecuencias de estas mortandades —no matanzas, que el sentido es muy distinto— en Río de la Plata se ideó llevar indios voluntarios del Alto Paraná (región oriental de Paraguay) y de Tucumán (noroeste de Argentina) para que heredaran las tierras que habían quedado vacías. Para ello se llevaron indios a las poblaciones de Luján, Baradero y otros lugares. Pero aquella idea feliz fracasó. Lo mismo que había diezmado a las poblaciones originales, diezmaba ahora a las nuevas poblaciones. ¿Es que, acaso, se podía, en el siglo XVI dominar en América las mismas enfermedades que no se podían dominar en Europa? La diferencia era que en Europa, aquellas enfermedades causaban estragos desde que se tenía memoria y, en consecuencia, los blancos tenían más o menos anticuerpos. Durante todo el primer siglo después del descubrimiento y, en parte, durante el siguiente, las epidemias actuaron de la misma manera. No es que los europeos estuvieran inmunes, es que las enfermedades incidían de manera más benigna sobre ellos. Lo que dejaba en cama con fiebre a un blanco, mataba a un indio.

Tendría que pasar mucho tiempo para que los cuerpos de los indios, crearan sus propias defensas a las enfermedades: la inmunidad. Solo así se puede explicar que durante los primeros tiempos, en algunas ciudades habitadas por españoles, no hubiera indios en los alrededores.

Podríamos hacer una ligera comparación con lo sucedido en otras zonas de la tierra, en cualquier época de la historia, y en circunstancias parecidas. Cuando los europeos llegaron a lugares, mucho tiempo aislados, como Papúa-Nueva Guinea, las enfermedades allí diezmaron a las poblaciones autóctonas. Y, como casos hay muchos, podemos poner otro ejemplo. Este en la misma Sudamérica. Hasta tiempos muy recientes, a medida que el hombre blanco ha ido llegando a las zonas interiores del Amazonas, en Brasil, de nuevo las poblaciones indígenas han resultado masiva y mortalmente afectadas por las epidemias de enfermedades que, al hombre blanco, afectaban mucho menos. Y para que nos resulte más cercano pondremos ahora dos ejemplos sucedidos en Europa. La gran enemiga del hombre en la Edad Media: la peste. Esta enfermedad vino de China pero, en Europa, causó tal mortandad que algunas poblaciones quedaron sin habitantes. Y más cercano a nosotros en el tiempo. La gripe de 1918, fue tan mortífera que causó la muerte de más de 30.000.000 de personas. Y hablamos de Europa en el siglo XX: hospitales, vacunas, sanidad plenamente moderna, servicios sanitarios de primer orden. Todo a disposición de la medicina y, aun así: 30.000.000 de muertos. ¿Qué no ocurriría entonces en América?

LA LEYENDA NEGRA

La Leyenda Negra es una corriente de opinión contra España, que busca su desprestigio y donde no se da importancia a que, lo que se transmite, sea falso. De hecho, no importa que sea falso si sirve para el fin que se persigue. La Leyenda Negra es una propaganda contra todo lo español, generalizada, absoluta, en la que se enseña que España jamás aportó nada bueno a la historia del hombre, ni positivo, ni digno de resaltar. Que fuera infundada e inventada en su mayor parte, no era un problema para sus promotores. Lo más digno de resaltar de los españoles es que tienen una excepcional crueldad, intolerancia, tiranía, oscurantismo, fanatismo, avaricia y traición y que son la perfecta personificación de todas las maldades y vicios humanos. ¿Exagerado?, pues a eso se dedicaron los enemigos de España desde el siglo XVI. ¿Tan exagerado que

no hay quien lo crea? Pues hay quien lo cree. La finalidad de la Leyenda Negra era conseguir el desprestigio, el descrédito y la peor fama. Pero no de cualquier manera, debía de ser un desprestigio y un descrédito absoluto y completo. Hasta el punto de la descalificación moral. Había que descalificar todo lo español por el hecho de ser español. Y que esta descalificación abarcara a todo el país, a todos los españoles y, en el colmo de la maldad, a toda su historia «incluida la futura»: ¡¡olé!! Así se comprende que haya quien explique la historia de España como un cúmulo de horrores, crueldad y fanatismo.

Como prueba de que la Leyenda Negra abarcó muchos aspectos, a Felipe II, por ejemplo, lo acusó de mujeriego, de tener relaciones sexuales con su propia hermana, adúltero, asesino y haber ejecutado a su propio hijo y heredero al trono. Y como había que seguir mintiendo, independientemente de la época, para provocar la guerra con España en 1898, las cadenas de periódicos Hearst y Pulitzer mandaron a Cuba a sus periodistas para «calentar» a la opinión pública estadounidense, con un resultado más que satisfactorio para ellos, como la historia demostró aquel mismo año. Y, llegando al colmo, en aquella misma guerra, para demostrar que los españoles eran «los malos» a los que había que combatir, se reconstruyó, en Nueva Jersey un fusilamiento falso. Pero el fusilamiento se presentó como verdadero, con el siguiente comentario: «fusilando insurgentes capturados. Una fila de soldados españoles alinean a los cubanos contra una pared y disparan».

¿Se comprende ahora por qué se cree que los españoles realizaron matanzas con los indios de Hispanoamérica cuando la verdad histórica fue que el exterminio sistemático fue llevado a cabo por Inglaterra y Estados Unidos con los indios de Norteamérica? ¿Se comprende ahora por qué al hablar de la Inquisición todo el mundo cree que fue una institución española, cuando antes ya se había implantado en Silesia en 1159, en Francia en 1182, en Inglaterra en 1290, en Alemania en 1348, en Hungría en 1349, en Provenza en 1439 y en España se implantaría en 1478? Claro que estos dos asuntos: los indios y la Inquisición, son las perlas de la Leyenda Negra, pero hay muchos otros asuntos. ¿Se comprende ahora por qué al hablar de la esclavitud se piensa en España cuando los países más esclavistas del mundo fueron Inglaterra, Estados Unidos, Portugal y Holanda? De hecho, Inglaterra luchó por la abolición de la esclavitud cuando Estados Unidos, colonia británica y el mayor «importador» de esclavos se independizó y ya no tenía donde llevar y vender esclavos.

¿Se comprende ahora por qué al hablar de fanatismo religioso se piensa en

España cuando, el fanatismo estaba extendido en toda Europa por igual pues, aunque hoy no lo comprendamos, esa era la mentalidad de los siglos XVI y XVII? ¿Se comprende ahora por qué al hablar de los reyes de Europa de la Edad Moderna (siglos XV-XVIII) se habla de la seriedad de Felipe II de España (a quien se presenta como el más cruel de los reyes). Y se hace poca referencia a Enrique VIII de Inglaterra, con sus seis matrimonios y dos esposas decapitadas (Ana Bolena y Catalina Howard) o a Luis XIV de Francia cuya soberbia enfermiza le llevó a decir que él era el estado, o a la corte real de Francia, donde la frivolidad era la norma? ¿O a algunas cortes italianas como Florencia y Milán, donde no resultar envenenado era casi un milagro? Podríamos seguir poniendo ejemplos, pero nos parece que no hay que abundar más en el asunto. No obstante, esto nos servirá para comprender por qué las muertes de los indios se han «convertido» en genocidio y matanzas. Por cierto, la conocida novelista Emilia Pardo Bazán escribió: «la Leyenda Negra falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela del género de Ponson du Térail, que no merece ni los honores del análisis».

Una parte de la leyenda se basa en que los españoles entraron en América masacrando sin compasión a toda la población india que se iban encontrando. Esta idea se creó a través de una organizada propaganda de hechos magnificados, tergiversación de la realidad y ocultación de la verdad. Se tomó una pequeña parte por el todo y se magnificaron hasta límites insospechados los errores humanos comunes a cualquier país del mundo. Se exponía solo lo que servía para crear una idea negativa de cualquier cosa que realizara España. Además, hay un hecho incontestable. Mientras en los países hispanoamericanos los indios son el sustrato principal de la población, en los países colonizados por ingleses, franceses y holandeses se exterminó tan sistemáticamente a la población autóctona que hoy, prácticamente, no existe. Nos referimos a Estados Unidos, Canadá, Guayanas y Haití.

En honor a la verdad hay que decir que, desde luego, hubo casos de dureza inexcusable pero esto fueron hechos aislados de algunos españoles. Un hecho aislado, no generalizado. De algunos españoles, no de la mayoría. Y sin embargo, nada es comparable a las bien planificadas matanzas de los indios de las praderas norteamericanas por parte de Inglaterra y de sus descendientes de Estados Unidos. Precisamente ¡oh casualidad! aquellos países que más interés pusieron en culparnos de lo que ellos mismos hacían. De hecho se sabe mucho

de lo «malos» que eran los españoles y casi nada de lo «malos» que eran los ingleses. Ya veremos por qué.

A base de repetir que España realizó en América un verdadero genocidio, la idea ha calado, aunque muchas personas que lo creen, ni siquiera saben lo que es un genocidio. Un genocidio tiene la específica voluntad de exterminar una población y eso nunca ocurrió en la América Hispana. Baste para comprobarlo la cantidad de leyes legisladas en aquellos años a favor, precisamente, de la población indígena. Jamás existió ni la más ligera idea de genocidio. Es más, hasta ese momento y con motivo del descubrimiento, ningún imperio a lo largo de la historia se había dedicado a aprobar leyes en defensa de los naturales del país descubierto y/o conquistado. Y, en esto, jugó un papel principal la iglesia porque fue precisamente la iglesia la primera que planteó la moralidad o inmoralidad de la conquista de América. De hecho fue el propio rey de España Carlos I (que era a la vez el emperador de Alemania Carlos V) quien convocó a los interesados en la «Controversia de Valladolid», en 1550-51. A muchos les asombraría saber que la moderna idea de los derechos humanos se generó por primera vez allí. Si hubiera sido en Francia o en Estados Unidos, a nadie le asombraría porque todos conocerían esto.

En esta leyenda antiespañola los españoles se presentan como malvados y satánicos autores de las peores matanzas de indígenas. Según parece, España no solo tenía que levantar y organizar el mayor imperio de la época, fundar ciudades, planificar la economía, explorar nuevos territorios, conocer nuevas tribus, pueblos y razas, abrir vías de comunicación, levantar universidades, crear imprentas, gobernar un inmenso territorio que todavía no se había acabado de descubrir, y un larguísimo etc. Por lo visto, además, a España y a los españoles les sobraban tiempo, planes, energías, medios y soldados (y por supuesto, ideas malvadas) para organizar la matanza de millones y millones de indios. Y arrasar todos sus poblados. Y destruir toda su organización social. Según parece, estos indios nunca se defendían y se dejaban matar inocentemente por los malvados españoles. Españoles que, por otra parte, debían de ser tontos porque no querían que su imperio tuviera población: querían un imperio despoblado y desértico que, en consecuencia, no sirviera para nada.

Además, hay una razón muy importante que explica que la colonización española no fue salvaje. Uno de los motores de la colonización de Hispanoamérica —el principal, pues de lo contrario los reyes de España no la hubieran apoyado— fue la conversión de los indígenas al cristianismo: su

evangelización. Este fue uno de los motores y pilares de la colonización de América Española. Aunque hoy sea poco comprensible, en los siglos XV, XVI y XVII la idea era lo suficientemente poderosa y atrayente como para que los españoles arriesgaran sus vidas, sus haciendas y su dinero. No estamos diciendo que la colonización española estuviese exenta de otras motivaciones, sino que esta o fue la principal o fue de las principales. Como consecuencia, entre las diversas colonizaciones que se llevaron a cabo en América, la realizada por los españoles fue, con mucha diferencia, la más humana. Lo contrario puede decirse, pero no es verdad.

La colonización española fue, con los habitantes de las tierras colonizadas, la menos agresiva de todas las potencias coloniales. Y hay una prueba incontestable: la pervivencia numerosísima de descendientes de todas las tribus que se encontraron los españoles en su llegada a América. ¿Qué todos los países hicieron lo mismo? ¿Sí? Pues busquen a los descendientes de los indios de las praderas norteamericanas, colonizados por Inglaterra. Busquen, a ver si los encuentran.

QUIÉNES LA INVENTARON Y POR QUÉ

Los principales «motores» de esa falsa propaganda —aquí solo tratamos las mortandades de indios, no otros aspectos de la propaganda antiespañola— fueron varios países y algunas personas. Fueron los enemigos políticos de España en aquellos siglos los que inventaron la Leyenda Negra. Es la práctica habitual de potencias menores ante la que, en cada época, es la primera potencia. Y también un español: fray Bartolomé de las Casas, de quien trataremos al final.

Para entenderlo, vamos a exponer el caso de Inglaterra que fue el país que más tiempo y más medios puso en la invención y propagación de la leyenda. Con una insistencia digna de estudio. Primero hay que intentar «meterse» en el siglo en que comenzó: el siglo XVI. Hay que recordar que estas matanzas inventadas forman parte importante de la Leyenda Negra y que las razones son, en gran parte las mismas que ya exponemos en el capítulo de la Inquisición. Como explicamos entonces, España era la primera potencia mundial. Como en cualquier otra época de la historia, a la primera potencia le surgen multitud de enemigos. Esta cuestión es muy importante. La enemistad de Inglaterra y

Holanda era manifiesta en los siglos XVI y XVII. Y, en concreto la de Inglaterra, hasta el XIX. Para no cansar al lector no deseamos repetir las explicaciones del por qué estos países eran enemigos de España. Por eso remitimos al lector a las ya expuestas en el capítulo de la Inquisición española (en el subcapítulo «su mala fama»).

Aunque aconsejamos la lectura que acabamos de exponer, vamos a señalar algunas razones que nos ayudarán a comprender mejor por qué surgió. Fue en el siglo XVI cuando comenzó en los países protestantes, sobre todo Inglaterra y Holanda. ¿La razón? La fuerte rivalidad existente entre estos países y España. Muy resumidamente podríamos decir que, en los siglos XVI y XVII, dos de los aspectos más importantes del mundo, eran el comercial y el militar. ¿Y acaso Holanda o Inglaterra podían competir con España, en esos siglos y en esos aspectos? ¿No? Pues ahí está la principal razón. Pero si a eso le sumamos que esos países habían intentado arrebatar parte de las posesiones españolas repartidas por todo el mundo y no lo habían conseguido, entonces, sus razones para denigrar a España van ganando peso. Y, además, esos países tenían un interés añadido: que España era católica y esos países protestantes (en una época en que la religión era de gran importancia). Conclusión evidente: España era el país a batir.

Inglaterra, fundamentalmente, combatió la supremacía española por todos los medios a su alcance. ¿Un ejemplo? Ahí va uno. Como, hasta el siglo XVI, Inglaterra era un país pequeño y, en muchos aspectos, todavía medieval, los reyes ingleses no podían hacer la competencia a España y debido a la superioridad militar y naval española, abiertamente tampoco se atrevían a retarla. En consecuencia, como deseaban las colonias que España tenía en América y el comercio que se desprendía de ellas, apoyaban misiones «no oficiales». Eran barcos que atacaban a los galeones españoles y que desembarcaban, si podían, en las colonias españolas: piratas. Lo que la corona inglesa organizaba y apoyaba contra España eran piratas, como Francis Drake y Henry Morgan. Y cuando lograban botín, las ganancias iban a medias con el gobierno inglés. De hecho, la reina Isabel I de Inglaterra apreció tanto los ataques de Drake a las posesiones y barcos españoles que, en recompensa, lo nombró caballero. ¿Se comprende ahora el interés de Felipe II en la Armada Invencible para invadir Inglaterra? No era una invasión por ambición de territorios, sino una respuesta a los ataques enemigos.

Para inventar las masacres de indios, Inglaterra tenía una razón muy poderosa: “distraer” la verdad sobre sus propias colonizaciones. La parte de responsabilidad que atribuimos de Inglaterra como promotora de la Leyenda Negra tiene unos fuertes fundamentos históricos. Con el paso del tiempo el enfrentamiento entre España e Inglaterra sería un hecho, ¿por qué? Porque el papa Alejandro VI había concedido una bula por la que a España se le reconocían todos los territorios que hubiera al oeste del meridiano 46º 37'. Sencillamente, el papa se limitaba a reconocer los descubrimientos que España, como primera potencia marítima de la época, estaba haciendo y que había convenido por el Tratado de Tordesillas con Portugal. El propio hispanista Maltby sostiene que la propagación por parte de Inglaterra de los peores errores españoles, reales o inventados, tenía como finalidad justificar sus propias acciones.

Pero… ¿Por qué dice eso Maltby? ¿A qué se refiere cuando escribe «justificar sus propias acciones»? Entre otras cosas, quizá, se refiera a los hechos siguientes. En 1623, en la conferencia de paz con las tribus powhatan, los ingleses envenenaron el vino y mataron a los sobrevivientes. 1637, Masacre de Mystic. Los ingleses al mando de John Mason atacan una aldea Peguot en el río Mystic (Connecticut), queman a los habitantes en sus casas y matan a los sobrevivientes. 1644, Masacre de Pound Ridge. Las tropas de John Underhill atacan y queman un pueblo de la tribu fenape. 1675, Masacre de Great Swamp. La milicia inglesa ataca Narrangansett, en Rhode Island. Los guerreros fueron asesinados y las mujeres, niños y ancianos fueron quemados en la aldea. 1676, Masacre de Turner Falls, Massachusetts. El capital William Turner ataca una aldea india en la que, sobre todo, mueren mujeres y niños. 1689. El gobernador inglés Jironza de Cruzate destruye al pueblo de zia, Nuevo México. 600 indios muertos y los sobrevivientes esclavizados. 1704, Masacre de los Apalaches. El exgobernador de Carolina James Moore ataca las aldeas de indios, en Florida: los guerreros son matados y los sobrevivientes esclavizados. 1713, Milicianos ingleses, al mando del coronel James Moore atacan Ft. Neoheroka, de la tribu tuscarora. Todos quemados o capturados. 1724, Masacre de Norridgewock. Los capitanes Jeremiah Moulton y Johnson Harmon atacan la aldea Abenaki de Norridgewock, Maine. Destruyen el asentamiento y matan a los supervivientes.

Los descendientes de los ingleses que realizaron estas masacres fundaron Estados Unidos en 1776. Habían aprendido bien como hay que suprimir a los indios porque, a partir de esa fecha, las masacres continúan.

Año 1832, El general Henry Atkinson masacra a los indios cerca de la actual Victory, Wisconsin. 1840, Matanza de Río Colorado. El coronel Moore masacra a los comanches en su aldea y captura a los niños. 1846, Masacre de Río Sacramento. El capitán Frémont ataca a los indios yanas en Sacramento, California. 1847, Masacre de los indios taos. 1850, Masacre de los indios pomo, en Bloody Island. 1852, Masacre de los indios wintu, por H. Dixon. 1853, Masacre de indios tolowa, por Yontoket. 1855, Masacre de indios siux en Blue Water Creek, Nebraska. 1856, Masacre de indios cayuse y walla walla, en río Grande Ronde, por el coronel Benjamin Shaw. 1858-1859, Masacre de indios auki, en Round Valley, California. 1859, Masacre de Río Pit, California, contra los indios achomawil. 1859, Masacre de Chico Creek, contra los indios maidu. 1860, Masacre de Bloody Rock, contra los indios yuki. 1860, Masacre de Indian Island, contra los indios wiyot. 1861, Masacre de Horse Canyon, contra los indios wailaki. 1863, Masacre de río Bear, contra los indios shoshone, por el coronel Patrick Connor. 1864, Masacre de Oak Run, contra los indios yana. 1864, Masacre de Sand Creek, contra los indios cheyenne. 1868, Masacre del 7º de Caballería al mando del coronel G. A. Custer, en Washita, contra los indios cheyenne. 1871, Masacre de Camp Grant, contra los apaches, por el exalcalde de Tucson, William Oury. 1872, Masacre de Skeleton Cave, contra los indios yavapai. 1877, Masacre de Big Hole, contra los indios nez, por el coronel John Gibbon. 1870, Masacre de Fort Robinson, contra los cheyennes. 1890, masacre de Stronghold, contra los siux. 1890, Masacre de Wounded Knee, Dakota de Sur, contra los indios siux, por el 7º de Caballería.

En Wounded Knee, el 19 de diciembre de 1890 el 7º de Caballería escoltó a un grupo de indios lakota hasta que acamparon. Después rodearon el campamento y situaron cañones. Al día siguiente, pidieron a los indios que entregaran las armas. La mayoría, voluntariamente, lo hizo y, a continuación, los atacaron. Cualquiera puede imaginar el resultado. Lo que cualquiera no puede imaginar es que los 20 soldados americanos que mataron a más indios fueron condecorados con la Medalla de Honor. No exponemos otras, pues son innumerables. Verdaderamente tenían razones para ocultar sus propias acciones ya que, justificarlas, es imposible.

A lo largo de la historia Inglaterra ha sido uno de los países más racistas y, en consecuencia, sus colonizaciones también. En este intento de achacar a España todos los males posibles —que eso es la Leyenda Negra— se emplearon todos los métodos. Y, por supuesto, la imprenta. Sobre la importancia que jugó este

magnífico invento en esta guerra de propaganda, baste decir que los suplicios de indios, inventados por ingleses y holandeses, jugaron un eficaz papel. Los grabados y láminas que se imprimieron para mostrar el sufrimiento indígena en manos de los españoles rebasan toda imaginación, por enfermiza que sea. Por ejemplo, el holandés Theodor de Bry, inventó unos martirios y unas formas de ejecución tan sádicas que lo que llama la atención no es su falta de sinceridad, sino cómo era posible que una persona normal inventara tales suplicios. Solo encontramos una explicación: Theodor de Bry debía tener alguna enfermedad síquica, para ser capaz de inventar semejante despliegue de sadismo. Por ejemplo, un montón de indios colgados por el cuello y quemados lentamente por los pies y todos a la vez (imaginamos que para ahorrar tiempo) mientras a unos niños pequeños, inocentes y desnudos, los feroces soldados españoles los chocan contra las rocas hasta destrozarlos.

Algunas otras escenas grabadas por el holandés son las siguientes. En uno de sus grabados se ven negros que gritan mientras son devorados por los perros que les han echado los españoles mientras ellos (los españoles) los miran impasibles como quien contempla una puesta de sol. En otro, un indio ha sido atado a una silla para que los españoles se entretengan: uno de ellos le apunta con una ballesta al corazón, otro le derrama metal hirviendo en los pies desnudos, otro le echa un perro salvaje y el cuarto le da latigazos con cadenas. En otro grabado se ve a los españoles cortarles los pies y las manos a los indios por el hecho de que eran indios. Quizá Theodor de Bry pensaba que a los españoles les parecían más bonitas las personas sin pies ni manos. En otro grabado (el último que describimos) se ven unos españoles detrás de un mostrador vendiendo brazos, piernas y cuerpos cortados a los indios.

Verdaderamente de Bry debía de tener alguna enfermedad mental que le llevaba a inventar y grabar semejantes escenas pues todos sus grabados son de este tipo. ¿Quién da más? Y en este asunto —como ocurrió con la Inquisición— la imprenta dio un gran resultado entre los enemigos de España. No hay mucho que decir. ¿Acaso no hay un refrán que afirma: «una imagen vale más que mil palabras»? Porque, ¿quién va a ponerse a investigar si los grabados de suplicios que aparecen en los libros son verdad o mentira? Grabados e imprentas jugaron el mismo y eficaz papel que con la Inquisición.

Y sin embargo, hay un hecho crucial que influyó notablemente en las colonizaciones españolas y la diferenció de las de otros países. En España se consideraba el mestizaje como un valor positivo, a diferencia de otros países que

fueron educados en el protestantismo. Las leyes de la corona de Castilla no permitían esclavizar a los indios. Y cuando se hacía se tenían problemas con la corte de Madrid que siempre los defendió. Alguien podrá pensar: «pero ¿qué va a decir este historiador? Claro, es español». Bueno, para mentes un poco desconfiadas exponemos a continuación solo algunos testimonios, de los muchísimos que hay, de otros historiadores.

El historiador francés Pierre Chaunu, catedrático de la Sorbona escribió:

> «La leyenda antihispánica… ha desempeñado el saludable papel de válvula de escape. La pretendida matanza de los indios por parte de los españoles en el siglo XVI encubrió la matanza norteamericana de la frontera Oeste, que tuvo lugar en el siglo XIX. La América protestante logró librarse de este modo de su crimen lanzándolo de nuevo sobre la América católica».

Y otro reconocido historiador, Jean Dumont, dice:

> «Si, por desgracia, España se hubiera pasado a la Reforma (protestante), se habría vuelto puritana y habría aplicado los mismos principios que se aplicaron en América del Norte donde se creía que “los indios son inferiores, unos hijos del demonio”. Entonces un inmenso genocidio habría eliminado de América del Sur a todos los pueblos indígenas, como los británicos hicieron en América del Norte. Hoy habría “reservas” en Hispanoamérica (como las actuales de Estados Unidos), y al visitarlas, los turistas harían fotos de los pocos supervivientes testigos de la matanza racial… como ocurre en Norteamérica».

Y otro historiador, Maltby escribe:

> «fueran cuales fuesen los defectos de su gobierno, en la historia no hubo ninguna nación que igualara la preocupación de España por la salvación de las almas de sus nuevos súbditos».

Y López Lomelí, en su Tesis Doctoral apunta:

> «… cabe aclarar la diferencia entre la Conquista española de América y la posterior Conquista anglosajona en el norte del continente. La primera, tras la experiencia de La Española, se caracterizó por el principio de no aniquilar a la población autóctona de las tierras conquistadas, y la segunda fue una auténtica masacre sin el menor cuestionamiento».

Y el mexicano Oscar Mazín Gómez dice:

> «Sin duda, lo que distinguió a los españoles de otros europeos de la época fue que buscaron conquistar y dominar territorios densamente poblados antes que matar o segregar a sus habitantes».

Entonces, puede surgir la siguiente pregunta: ¿es que España no hizo cosas malas en América? ¡Claro que sí! Todos los países las hacen a lo largo de su historia y también en las colonizaciones. Pero en España, desde el principio, las leyes y los reyes buscaron proteger a los indios. Es como si dijéramos que, como en los países occidentales hay asesinatos y trata de blancas, estos países aprueban y admiten los asesinatos y la trata de blancas. No. Existen esos delitos pero no son amparados por la ley y no puede decirse que en estos países los asesinatos y la trata de blancas sean admitidos. De hecho, son perseguidos. Por todo esto es tan injusto y doloroso escuchar a personas poco informadas que todavía creen en las «matanzas» de los indios a manos de españoles. ¿Qué no hubo españoles que cometieran barbaridades? Claro que los hubo. ¿Acaso hay algún país en el mundo que pueda presumir de que todos sus ciudadanos son honrados?

Afortunadamente para los indígenas de Iberoamérica, el concepto que tenía España de colonizar era diferente al inglés porque, de lo contrario, hoy estarían aniquilados (como en Estados Unidos) o con un retaso prehistórico los pocos supervivientes (como en Australia). Los españoles nunca fueron con ideas xenófobas. La prueba más evidente e indiscutible son las series de cuadros que había en las grandes casas de las colonias españolas, que representan los frutos de las muy diversas uniones de matrimonios entre españoles e indios, negros,

mulatos, y un largo etc. De hecho, estos cuadros, representan los hijos habidos de los siguientes matrimonios:

De español e indio	mestizo
De español y mestizo	castizo
De español y castizo	español
De español y albino	torna atrás
De español y negro	mulato
De español y mulato	morisco
De español y morisco	albino
De español y albino	saltatrás
De español y coyote	harnizo

Semejante clasificación y terminología no existe entre los británicos que colonizaron la costa este de los actuales Estados Unidos. Entre ellos, los matrimonios con personas de otras culturas nunca se practicaron. Esto, con todas las reservas que la prudencia aconseje, tuvo una importante consecuencia. Puesto que los españoles —técnicamente más adelantados—, se unían con los colonizados, —más atrasados—, la lógica humana tiende a «nivelar» las dos culturas: sube la más baja y baja la más alta.

De esta forma, además, en Iberoamérica no se necesitó población europea que poblase amplios territorios pues dichos territorios ya estaban poblados. En el caso de Estados Unidos había inmensos territorios despoblados. Esto es así porque los indios que no habían sido exterminados, habían sido recluidos en reservas. La prueba de lo que decimos, aunque parezca increíble, se encuentra en esas reservas que actualmente existen y donde viven los descendientes de los escasos indios que quedaron vivos.

Y entre los muchísimos ejemplos de la actitud española en el respeto a los indios vamos a consignar solo algunos. Cuando Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fue nombrado gobernador de Río de la Plata por Carlos V en 1540, al llegar a Asunción, su capital, se ocupó de defender a los indios de algunos abusos de los que eran objeto para impedirlos decididamente, y los impidió. De esa manera llevaba a cabo la orden del rey de que a los indios se les tratara con humanidad y se atajara con energía cualquier abuso. En la colonización de Florida, Felipe II ordenó que fuese pacífica y se cristianizara a los indios. La expedición partiría de México donde mandaba el virrey marqués de Salinas que había tratado siempre a los indios con justicia. Además, siguiendo las indicaciones del rey, de

él partió la orden de que en la colonización de Florida, el trato con los indios se realizara de igual a igual. Las órdenes del rey Carlos I no pudieron ser más claras y categóricas:

> «Es nuestra voluntad y mandamos que nadie sea osado de cautivar indios naturales de nuestra indias… ni tenerlos por esclavos… Y mandamos que ninguna persona pueda tomar, aprehender, ocupar, vender, ni cambiar esclavo a ningún indio, ni tenerle por esclavo. Aunque sea de los indios que los mismos naturales tienen entre sí por esclavos. So pena de que incurra en perdida de todos sus bienes y el indio sea restituido a sus propias tierras con entera y natural libertad. Y ordenamos que se tenga especial cuidado en castigar con todo rigor, privación de oficios y cien mil maravedíes a quien haga lo contrario».

El año 1550 Carlos I ordenó que no se realizaran conquistas o exploraciones sin examinar si se podían hacer «sin injusticias a los indígenas que viviesen en esas tierras». Sin duda estas órdenes mostraban una intención de grandes principios y, aunque no siempre fuera obedecida, sí marcó unas líneas que la mayoría de los exploradores mantuvo. A mediados del siglo XVI, en España, se impuso la idea de que la expansión en América debía ir dirigida por representantes de la Iglesia para asegurar que se llevaría adelante pacíficamente y no por la fuerza de las armas. Por eso, en julio de 1573 Felipe II, en Segovia, promulgó las «Ordenanzas de descubrimientos, nueva población y pacificación de las indias». Era un gran avance impulsado por los reyes de España porque equilibraba el deseo de conquista con el de la evangelización. Todas aquellas leyes sobre la protección de las tribus indígenas fueron las primeras de Europa que se dictaron y que se llevaron a cabo.

A pesar de todo, lo cierto es que muchos indios fueron sometidos a un duro régimen de trabajos. ¿Injusticia? No. Era el mismo régimen que se practicaba en Europa. Se les exigían muchas horas de trabajo. Igual que en Europa. Se les pagaba poco. Igual que en Europa. El régimen de servidumbre al que se sometían era el mismo que el que había en Europa. Aunque el trabajo nos pueda parecer inhumano en las encomiendas o en las minas, esta era la realidad en todos los países de Europa. Esta y no otra. Y repetimos algo importante: nunca hubo esclavitud entre los indios desde que llegaron los españoles. Las leyes y los

reyes no lo permitían. Ley tras ley, año tras año, rey tras rey. La Leyenda Negra dice lo contrario y, por eso, miente. Y es tan fácil comprobar donde se encuentra la verdad como leer un poco y estudiar las leyes promulgadas por España en aquellos siglos.

Desde el siglo XVI, en el que España se constituye en el primer estado moderno de Europa, surgen enemigos que piden cuentas a España. Pero hay algo que se practica poco: pedir cuentas a quienes nos las piden a nosotros y analizar, en sus países, los mismos errores que ellos atribuyen a España. Nos podemos llevar muchas sorpresas…

UN INTERESANTE EJERCICIO: INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Vamos a hacer un interesante ejercicio histórico. Veamos brevemente algún hecho de los que falsamente nos acusan, pero enfocados a la propia historia de los países que nos acusan. Tomemos unos breves ejemplos de la historia de Inglaterra y de Estados Unidos.

En el sometimiento de las poblaciones que colonizaban parece ser que en Australia, a Inglaterra, «se le fue un poco la mano». Vamos a verlo. Según los datos de la propia Sociedad Geográfica Inglesa, cuando llegaron los ingleses en el siglo XVIII, en Australia había algo menos de 1.000.000 de aborígenes (son sus datos). Pues bien, un siglo después, solo quedaban unos 30.000. La destrucción fue sistemática. El trato dado a aquellas personas que llevaban en esas tierras 60.000 años fue de todo menos humano: comenzaban a sufrir el despojo de todo lo que consideraban suyo. Primero, Inglaterra declaró aquellas tierras como *terra nullius*. Es decir, despobladas y, de esa manera, despojaron de sus tierras a sus legítimos dueños pues, si habían declarado que Australia no tenía habitantes no había a quien quitárselas. Sencillamente, eran del primer inglés que las reclamara: y el saqueo se hizo a conciencia. A los nativos que «iban apareciendo» se les desposeyó de todo tipo de derechos, de cualquier derecho. Contentos podían estar si les dejaban con vida (de hecho casi no dejaron aborígenes con vida, un problema menos). A los que no mataron los desterraron a las zonas desérticas del interior. En solo un siglo pasaron de casi 1.000.000 a 30.000. Era la actuación de los puritanos británicos. De esto acusaban a España, pero ellos eran los profesionales en hacerlo. Y si en España había numerosas

leyes que protegían a los indios, esas leyes no existían en Inglaterra. Hay una frase tan magistral como cierta: «siempre se ha dicho que a los británicos les ha faltado un Bartolomé de Las Casas que escribiera sus horrores»; sin comentarios.

Desde el principio de sus colonizaciones —y esto no cambió jamás— los ingleses nunca se unieron en matrimonio con personas de los pueblos colonizados, y siempre excluyeron a los nativos de las nuevas sociedades que iban formando. En el caso de Norteamérica, a medida que iban ocupando nuevas tierras, los indios eran apartados de esas tierras que eran suyas desde el principio de la historia en América. Los iban desplazando hacia territorios desérticos sin ningún tipo de posibilidades. Las colonias crecían a costa del territorio indio y los indios iban siendo recluidos en reservas para que no molestaran el desarrollo británico. De hecho, y como prueba de lo que decimos, entre los pocos indios que actualmente sobreviven y la sociedad norteamericana no hay ningún tipo de vínculo cultural. Es el caso completamente contrario a lo que ocurrió en Hispanoamérica. Aquí, entre la evangelización, la mejora económica, la promoción social y, muy sobre todo, las uniones matrimoniales de españoles con las razas nativas, el vínculo social y cultural fue amplísimo como consecuencia de aquella actitud española en la colonización.

El concepto de colonización de Inglaterra era diametralmente opuesto al de España. Como consecuencia, las tribus de indios de las praderas: Siux, apaches, cherokee, creeks, seminolas, yamasi, apalachicolas, timucuas, utes, comanches, kiowas, wichitas, pawnees, taovayas, kichais, piques, tawakonis, guales, wacos y numerosísimas tribus más fueron masacradas en su totalidad. Los propios historiadores norteamericanos dan unas cifras que van de 50.000.000 a 90.000.000 de indios exterminados, para que los colonos ingleses y sus descendientes pudieran extenderse hacia el oeste. Nunca existió nada parecido a un cruce de razas. No hubo unión, hubo aniquilación. A la vista de estos hechos quizá se comprenda mejor la afirmación de Maltby de que la propagación por parte de Inglaterra de la Leyenda Negra antiespañola tenía como finalidad justificar sus propias acciones. De nuevo lo decimos: ¡y son ellos los que acusan a España!

Hollywood siempre consideró a los indios como «los malos de la película». Sin embargo, sobre todo a partir del filme «Bailando con lobos» (ganó 7 Oscars) la visión del cine empezó a cambiar. En las películas rodadas desde entonces, los indios ya no se presentaban siempre como salvajes y crueles. Comenzaron a ser vistos, en parte, como los habitantes de unas tierras que unos hombres blancos

iban conquistando con la guerra o mediante tratados, aunque firmaron más de 400 tratados con los indios y no cumplieron si uno solo. En la actualidad, hay una corriente en Estados Unidos que tiende a reconocer el trato injusto dado a los indios por parte de los ingleses y sus descendientes. No vamos a tratar de las masacres de los indios de las praderas norteamericanas, solo hemos señalado algunas más arriba. Pero, para que se comprenda lo que queremos decir al hablar del exterminio sistemático de esas tribus, vamos a exponer, solo, unos hechos.

En primer lugar, cuando llega el invierno, en algunas zonas de los actuales Estados Unidos, la temperatura baja muchos grados bajo cero y el frio es intenso. En el siglo XIX, para protegerse de este frio, el sistema más usual, y también el más efectivo, los indios se protegían con pieles. Pues bien, los colonos británicos en su marcha hacia el lejano oeste encontraron un medio eficaz para suprimir los poblados indios que se interponían a su paso, porque vivían allí desde hacía miles de años. Los colonos querían suprimirlos porque suponían un obstáculo en su marcha hacia el oeste. Para ello, uno de los medios elegidos era el siguiente. En 1763 los indios se rebelaron contra los ocupantes de sus tierras. Ante esto, *Sir* Jeffrey Amherst, comandante de las tropas inglesas escribe lo siguiente al coronel Henry Bouquet: «hará bien en tratar de infectar de viruela a los indios con mantas y probar cualquier otro método para extirpar esa repugnante raza». En consecuencia dieron mantas a los indios para que se protegieran del frío. Uno de los que llevó las mantas escribió: «espero que tengan el efecto deseado». Efectivamente, tuvo el efecto deseado: los indios murieron de viruelas.

La estratagema se repitió con los indios mandan y otras tribus en Fort Clark, Dakota del Norte. Cuando los indios cogieron la enfermedad, los médicos les aconsejaron que se fueran a vivir con sus parientes sanos (con la secreta intención de que también los sanos se contagiaran). Así fue, la enfermedad se propagó entre los indios de forma rapidísima. La tribu manda fue exterminada y desapareció el impedimento que suponía su existencia. Churchill calcula en unos 100.000 indios los muertos en aquella ocasión por este procedimiento. Lógico si tenemos en cuenta que los indios no sabían que los colonos anglosajones previamente habían infectado las mantas y las pieles para propagar entre las tribus enfermedades mortales contra las que no tenían ni médicos ni medicinas y cuya consecuencia era la muerte.

En segundo lugar, el alimento básico de muchas tribus indias eran los

bisontes. Estos enormes animales poblaban las praderas en manadas de millones de ejemplares salvajes y libres. Nunca hubo incompatibilidad entre las manadas de bisontes y las tribus de indios. Cuando los colonos observaron que los animales eran el alimento fundamental decidieron matarlos, hasta exterminarlos y, así, dejar a los indios sin comida. El resultado fue doble. Por una parte tribus enteras murieron de hambre (un obstáculo menos en la marcha hacia el oeste). Y por otro, las matanzas de bisontes casi los exterminó. Hoy solo hay algunas manadas pequeñas protegidas en Las Rocosas, un lugar mínimo en comparación con las praderas que ocuparon hasta el siglo XIX. Trataron igual a los indios y a los bisontes: primero casi se les exterminó y después, a los que lograron sobrevivir, se les recluyó en lugares muy pequeños. Los bisontes eran la base de su existencia y se comprende que, al aniquilarlos, aniquilaban a los indios. En el siglo XVI Cabeza de vaca se convertía en el primer europeo que vio bisontes. Sobre ellos escribe:

> «no tienen los indios otra riqueza ni hacienda que los bisontes. De ellos comen, beben, visten, calzan, y hacen muchas cosas de los cueros: casas, calzados, vestidos y cuerdas. De los huesos hacen punzones. De los nervios y pelos: hilo. De los cuernos, buches y vejigas: vasos. De las boñigas: lumbre. Y de las terneras: odres en que traen y tienen agua. Hacen, en fin, tantas cosas de ellos cuantas han menester o cuantas les bastan para su vivienda».

Así pues, al acabar con los bisontes, se acababa con la principal fuente de comida y subsistencia de los indios. Acabada la comida, acabado el problema. Los indios morían sin mayor dificultad. Y si todavía alguien duda de la «bondad» anglosajona con las tribus indias de Norteamérica, vamos a reseñar un hecho curioso. A la pregunta de ¿quiénes cortaban las cabelleras en Norteamérica? la mayoría responderá: «los indios». La respuesta es normal porque es la imagen que ha propagado el cine con sus películas de vaqueros: los indios salvajes cortaban el cuero cabelludo de los vaqueros bondadosos. Pero la realidad fue muy diferente. Esta práctica brutal no era originaria de los indios. Era la empleada por los ingleses y sus descendientes, contra los indios, desde el siglo XVII. ¿Por qué lo hacían? Porque a partir de ese siglo los colonos blancos, para eliminar a los indios del territorio que ellos querían ocupar, comenzaron a

ofrecer fuertes recompensas por cada cabellera de indio que se presentara (era una forma fácil de demostrar que se había matado a un indio) y se pagaba siempre, fuera la cabellera de un guerrero, de una mujer, o de un niño. ¡¡Y son ellos los que critican la actitud de los españoles con los indios de Hispanoamérica!!

Y cuando los norteamericanos, herederos de la cultura y pensamiento británicos, descubrieron minas de oro entre 1872 y 1874, fue lo peor que les pudo pasar a las tribus indias. Vieron como se invadían las, ya, pocas tierras que les habían dejado los blancos. Pero antes de apropiárselas quisieron —por supuesto— actuar lícitamente. Al fin y al cabo ya tenían previsto un plan alternativo, que fue el que emplearon. Primero intentaron comprarles las tierras y, haciendo uso de gran generosidad les ofrecieron 400.000 dólares al año, aunque una sola de aquellas minas producía 500.000.000 de dólares anuales. Los indios dijeron que no. No les interesaba el dinero, aunque esto no lo comprendían los colonos. Entonces ofrecieron 6.000.000 en quince años, aunque una sola mina producía en ese periodo de tiempo 7.500.000.000 y los indios volvieron a decir que no porque era la tierra de sus antepasados.

Pues si no querían por las buenas, sería por las malas. No tenían escrúpulos pues ya les habían ofrecido dinero. Para que se fueran de las tierras de sus antepasados, que eran suyas desde hacía miles de años y apropiárselas, los colonos crearon el estado de Dakota. Allí mandarían a los indios, donde tenían sitio para vivir, aunque no fuera productivo. Total, ellos no sabrían que hacer con el oro. Y hacia Dakota podrían dirigir la emigración masiva a la que les obligarían. Entonces los colonos invadieron los territorios de los indios siux y les notificaron una decisión: hasta fines de enero de 1876 podían irse voluntariamente a las reservas que se estaban creando para ellos. Si no lo hacían voluntariamente, serían obligados. El final es conocido. Las tribus siux fueron, finalmente, despojadas de sus tierras que, por ley natural les pertenecían desde que tenían memoria.

LENGUAS INDÍGENAS

Ahora vamos a tratar, muy brevemente, un dato poco conocido. La actitud de las potencias coloniales hacia las culturas indígenas. Probablemente el mayor signo de identidad de un pueblo sea el idioma. Los españoles no solo no los eliminaron

ni los prohibieron sino que comprendieron que eran un vehículo para culturizar a los indios, para enseñarles y para evangelizarles. Porque hablar y cultivar las lenguas indígenas facilitaba la evangelización. Y no solo no se eliminaron, sino que se estudiaron a fondo. Se estudiaron tan a fondo que, incluso, se realizaron diccionarios de español a estas lenguas. Y para quienes no crean en esta actitud de sumo respeto, menos mal que quedan ejemplares de estos diccionarios en algunas instituciones estatales. Así, los frailes españoles escribieron libros religiosos en los idiomas más importantes del Virreinato de Perú: quechua y aimará. También se escribieron en otros diversos idiomas precolombinos como el zapoteco, náhuatl, otomí, tarasco y zoque. Y se llegó al extremo de escribir libros en tres idiomas: en quechua, en aimará y en español.

No fue esta la actitud de los norteamericanos con las lenguas de las tribus de las praderas. No precisamente. El 8 de febrero de 1876, tras haber exterminado a los búfalos (como ya dijimos, para matar de hambre a los indios) los norteamericanos declararon la guerra a la tribu Siux por el descubrimiento de minas de oro. La guerra duró dos años y los indios fueron derrotados. Lógico, si tenemos en cuenta que las armas norteamericanas eran modernos rifles y cañones. Tras la guerra, en 1883, se les prohibió el uso de sus lenguas nativas y de sus prácticas religiosas. A quienes desobedecieran se les reducirían los alimentos y se les llevaría a prisión. Y todo esto no pasaba en el siglo XVI. Esto ocurría a menos de 20 años del siglo XX, con los derechos del hombre declarados en 1789.

En las trece colonias originales inglesas de Norteamérica, las condiciones nómadas o seminómadas de las tribus que habitaban aquellos territorios eran, para los puritanos ingleses, una clara señal de que Dios no los quería y que eran rechazados por Él. En consecuencia, los indios sí tenían almas inmortales pero no había que salvarlas ni ayudarles en su camino hacía el cielo. Por tanto, el mestizaje y las uniones matrimoniales entre colonos y colonizados era un error que no podían cometer. Así se sentenció el triste destino de los indios: no hubo mestizaje biológico ni cultural. Y si hubieran dejado en paz a los indios, al menos habrían conservado la vida, pero se llevó a cabo la más salvaje y triste frase de los colonos: «el mejor indio es el indio muerto».

¿Y si hablamos de la cultura y la enseñanza? Entonces la diferencia es tan abismal que deja asombrado. Vamos a poner, solo, un ejemplo: las universidades.

La primera universidad fundada por Inglaterra en sus colonias americanas fue la de Harvard, en 1636. Para ese año, España ya había fundado, también en sus colonias americanas 16. Sin contar las abiertas también en sus colonias asiáticas y 14 Colegios Superiores. Fueron las siguientes:

—Universidad de Santo Tomás de Aquino, en Santo Domingo. En 1538.
—Universidad de San Marcos, en Lima. En 1551.
—Universidad de México. En 1551.
—Universidad de la Plata, en Sucre. En 1552.
—Universidad de Santiago de la Paz y Gorjón, en Santo Domingo. En 1558.
—Universidad de santo Tomás de Aquino, en Bogotá. En 1580.
—Universidad de San Fulgencio, en Quito. En 1586.
—Universidad de San Ildefonso, en Lima. En 1608.
—Universidad de Córdoba, en Argentina. En 1613.
—Universidad de Santo Tomás de Aquino, en Santiago de Chile. En 1619.
—Universidad de San Ignacio de Loyola, en Cuzco. En 1621.
—Universidad de San Miguel, en Santiago. En 1621.
—Universidad de San Francisco Javier, en Bogotá. En 1621.
—Universidad de San Gregorio Magno, en Quito. En 1622.
—Universidad de San Francisco Javier, en Sucre. En 1624.
—Universidad de Mérida. En 1624.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Un caso curioso es el del defensor de los indios fray Bartolomé de Las Casas. Hay que aclarar que una gran parte de la mala prensa de la colonización española en América se basa, precisamente, en sus testimonios. Su causa fue inmejorable: la defensa de los indios, pero le cegó su pasión en favor de los nativos. Como consecuencia, perdió toda imparcialidad al escribir sobre lo que pasaba en América. Si hubiera sido objetivo y hubiera escrito con veracidad hoy sería más

tenido en cuenta. Pero al describir a todos los españoles como malos malísimos y a todos los indios como buenos buenísimos, los historiadores actuales no consultan sus escritos por falta de rigor histórico. Sencillamente, no es posible que hubiera ocurrido todo lo que él dice, ni las circunstancias que él expone. Porque, para dar mayor credibilidad a sus ideas, argumentó toda clase de males y excesos de los españoles malos hacia los indios buenos. Por ejemplo, en la descripción que hace de las tribus indias hay tal grado de bondad, de ternura y de inocencia que ningún pueblo de la tierra, ni país, ni raza a lo largo de la historia de la humanidad ha sido así. Sencillamente, para recabar apoyo hacia los indios manipuló la realidad.

La descripción que hace de los indios en su «Brevísima relación de las destrucción de las Indias» es la siguiente: «sin maldades ni dobleces, obedientísimos y fidelísimos a sus señores naturales y a los cristianos a quien sirven. Más humildes, más pacientes, más pacíficos y quietos, sin rencillas ni peleas, no se enfadan, no querellan, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas… entre estas mansas ovejas entraron los españoles como lobos y tigres y leones crudelísimos… Y otra cosa no han hecho desde hace cuarenta años, que despedazarlos, matarlos, angustiarlos, afligirlos, atormentarlos y destruirlos por las entrañas con diversas formas de crueldad nunca antes vistas ni oídas ni leídas». Semejante texto parece escrito para tontos. Y no hubiera pasado de eso, un escrito para tontos, si los enemigos de España no lo hubieran repetido una y otra vez, sin cansancio y sin descanso.

Pero no se puede pensar que fray Bartolomé de Las Casas se lo inventara todo por las buenas. Eso sería caer en los mismos defectos que él tuvo. Evidentemente, Las Casas conoció serios casos de severidad. Y vio muchos muertos, como en toda conquista humana desde que el mundo es mundo. Pero vio muertos de uno y otro bando. Ni solo morían los indios, ni los españoles eran inmortales. Y de ahí viene el malentendido, no del todo involuntario, que llevó a la propagación de la Leyenda Negra por parte de Las Casas. Hoy sabemos que aquellas muertes que cita fueron causadas por las enfermedades transmitidas por los virus. Y, sobre este hecho, el grado de memez que se puede alcanzar es muy alto. Como el de aquellos que opinan que los españoles deberían haber adoptado medidas profilácticas para no contagiar a los indios de sus enfermedades. Los «sabios» que opinan así deberían saber que si en el siglo XVI alguien hubiera hablado de microbios, virus y enfermedades víricas lo hubieran tomado por loco.

Las Casas nació en Sevilla en 1474, de orígenes judíos. De personalidad compleja, obsesiva y vociferante, siempre dispuesto a señalar con el dedo a «los malos». Algunos historiadores y médicos han hecho estudios psicológicos sobre Las Casas y han dictaminado un «estado paranoico de alucinación», una «pérdida del sentido de la realidad». Estos juicios han sido apoyados por grandes historiadores como Menéndez Pidal. Otro historiador, ahora norteamericano, el hispanista William S. Maltby, profesor universitario de Historia de Sudamérica en Estados Unidos, dice: «ningún historiador que se precie puede hoy tomar en serio las denuncias injustas y desatinadas de Las Casas». Y más adelante expone: «Las exageraciones de Las Casas lo exponen a un justo e indignado ridículo». Y Jean Dumont afirma: «Ningún estudioso que se precie puede tomar en serio sus denuncias extremas». Y otro historiador más afirma: «Las Casas no duda en inventar noticias, en calcular en 20.000.000 el número de indios exterminados o escribir como verdaderas noticias fantásticas». Por ejemplo, que los españoles usaban a los esclavos negros como comida para sus perros de combate. Y Perena, de la Universidad de Salamanca afirma:

> «Las Casas no dice nunca cuándo ni dónde se consumaron los horrores que denuncia… En contra de toda verdad da a entender que las atrocidades eran el único modo habitual de conquista».

Y Lewis Hanke, al hablar de Las Casas, ante tanta crítica negativa, opina que no pudo suceder por el ingente esfuerzo legislativo de la corona española en su defensa de los indios.

No se puede mantener en pie, pues sería ridículo, que todos los indios eran bondadosos y todas las tribus inocentes, como afirmaba Las Casas. Recientemente (en el año 2015) los arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, han encontrado restos de 550 españoles, negros, mulatos y mestizos, 50 mujeres y 10 niños incluidos, torturados antes de ser sacrificados a los dioses aztecas. Ocurrió entre junio de 1520 y mayo de 1521. Fueron capturados en una caravana que iba de Veracruz a Tenochtitlán, capital azteca (hoy México). Al mando de la caravana estaba Juan de Alcántara. Todos fueron torturados y sacrificados. Los guerreros aztecas eran de la tribu Texcoco. Los fueron sacrificando poco a poco según las fiestas de sus dioses Huizilopochtli (dios de la guerra) e Izcalli (diosa del fuego).

En la festividad de Huizilopochtli fueron sacrificados 9 hombres y nueve mujeres embarazadas. ¿Cómo? Abrieron sus pechos y se comieron sus corazones, aunque hay quien piensa que solo fueron decapitados. En el calendario azteca, en el mes X, dedicado al dios Tlaloc, se sacrificaban personas cuya carne era cortada con cuchillos de obsidiana, se hervía y se comía. El director de las excavaciones, Martínez, dice:

> «Los sacrificados se elegían por parejas, se les extraía el corazón y los cuerpos se tiraban por las escaleras de la pirámide de ceremonias. Una vez abajo eran desmembrados y cocidos y, algunos huesos, repartidos entre los nobles y los guerreros. Los cráneos se colocaban en el altar de las calaveras. Quizá clavadas en estacas alrededor del poblado. Precisamente porque los hombres de Hernán Cortés vieron este terrible espectáculo, llamaron a ese sitio: "El lugar en el que se los comieron"».

Curiosamente, la primera noticia de matanzas entre indios y españoles no fue de indios, sino de españoles. Treinta y nueve soldados al mando de Diego de Arana en el Fuerte de la Navidad. Cuando Colón regresó a España tras el primer viaje dejó a algunos de sus hombres en compañía de los hospitalarios indios taínos de Haití que, por lo visto, no eran tan hospitalarios: los masacraron a todos. Ni el mundo indígena era un paraíso de paz ni todos los indios eran como los describe Las Casas. Y no se puede negar que entre los pueblos indígenas existían religiones terribles que se basaban en los peores rituales conocidos por el hombre, los sacrificios humanos. Estos sacrificios los practicaron masivamente, sobre todo, incas y aztecas. Para los aztecas, una persona era el sacrificio más querido por sus dioses. Así, durante la inauguración del templo de Tenochtitlán, se sacrificaron 20.000 seres humanos: presos, fugitivos, rebeldes, esclavos, hijos vendidos por sus padres para este fin, etc.

También es absurda la idea de que, antes de la llegada de los españoles, entre los indios todo era felicidad y buena convivencia. Como en todos los pueblos, existían los abusos y la crueldad. Y la peor de las crueldades eran los sacrificios humanos que exigían sus dioses. Algunos pueblos tenían regímenes que practicaban estos sacrificios en cantidades increíbles. Los incas y los aztecas se fundaron sobre la base de una violencia a ultranza. Esta actitud se recoge de forma histórica en la película «Apocalipto». Los incas y los aztecas mantenían

su superioridad militar y política sobre los pueblos circundantes por la sanguinaria opresión de unos dioses que, para calmarlos, pedían siempre más sangre.

Cuando algunas personas, como Las Casas, exageran sin límite sus alabanzas a los indios y sus censuras a los españoles, pierden la objetividad, caen en la falsedad y, en consecuencia, quedan desautorizados para servir como fuentes de la historia.

La profesora universitaria María Saavedra, expone con gran claridad la manipulación realizada con motivo de las muertes de los indios hispanoamericanos. Opina lo siguiente: «Hablar de genocidio para referirse a la actitud que los españoles adoptaron con los nativos americanos es, cuanto menos, un error de conocimiento histórico. Un genocidio implica la voluntad de acabar con un pueblo borrando en la medida de lo posible su rastro sobre la tierra. Y si tuviéramos que hablar en términos de intereses, esto estaría muy lejos de los objetivos de la Corona española en América. Pero es que, además, el español demostró con su conducta que no le interesaba en absoluto arrancar del continente americano a su población nativa. ¿Para qué entonces crear escuelas, colegios y muy pronto Universidades? Recordemos la temprana fecha de fundación de la Universidad de Santo Domingo (1538), seguida muy pronto por las de Lima y México. O la de San Francisco Xavier de Chuquisaca, en Bolivia. Pero la razón más importante es que la Corona impulsó la colonización americana con un objetivo prioritario: la evangelización de los indígenas».

PARA LEER MÁS:

- ASOLEN, A. y ESPARZA, J. J. (2009), *The Politically Incorrect Guide to Western Civilization*. Madrid.
- GUERRA, F. (1988), Origen de las epidemias en la conquista de América. *Quinto Centenario*, nº 14.
- http://elpais.com/elpais/2015/11/28/opinion/1448729726_665886.html
- http://laorejadejenkins.es/historia/la-gran-mentira-de-la-esclavitud-y-el-genocidio-espanol-en-america
- SUÁREZ, L. (2011), *En los orígenes de España. Mitos y realidades*. Barcelona.

- www.corazones.org/diccionario/historia/evangelizacion_america.htm
- www.cronicasdeunmundofeliz.com/2013/10/ni-genocidio-ni-saqueo.html
- www.elespiadigital.com/index.php/tribuna-libre/11034-sobre-la-leyenda-negra-anti-espanola
- www.elmanifiesto.com/articulos.asp?idarticulo=246
- www.josejavieresparza.es/news/sobre-la-leyenda-negra-anti-espanola/
- www.mediavida.com/foro/off-topic/epidemia-acabo-nativos-americanos-439886
- www.mendozatransparente.com.ar/noticias/lagranmentiradelgenocidioespan
- www.portalmisionero.com/evamer.htm